

ANTHONY DOERR

Autor de
LA LUZ QUE NO PUEDES VER



**EL MURO
DE LA
MEMORIA**

DEBOLSILLO

ANTHONY DOERR

El muro de la memoria

Traducción de
Eduardo Iriarte

DEBOLSILLO

SÍGUENOS EN
megustaleer



@Ebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

Para Shauna

Hay que haber comenzado a perder la memoria, aunque sea solo a retazos, para darse cuenta de que esta memoria es lo que constituye toda nuestra vida. Una vida sin memoria no sería vida, como una inteligencia sin posibilidad de expresarse no sería inteligencia. Nuestra memoria es nuestra coherencia, nuestra razón, nuestra acción, nuestro sentimiento. Sin ella no somos nada.

Luis Buñuel, *Mi último suspiro*

El muro de la memoria

Hombre alto en el jardín

Alma Konachek, de setenta y cuatro años, vive en Vredehoek, una zona residencial por encima de Ciudad del Cabo: un lugar de lluvias cálidas, lofts con grandes ventanales y automóviles silenciosos y depredadores. Detrás de su jardín, la Montaña de la Mesa se alza inmensa, verde y ondulada; más allá de la galería de la cocina, un millar de luces urbanas parpadean y se van consumiendo tras cortinas de niebla cual llamas de vela.

Una noche de noviembre, a las tres de la madrugada, Alma despierta al oír que la verja de seguridad que protege la puerta principal se abre con un traqueteo y alguien entra en su casa. Siente una sacudida y derrama un vaso de agua sobre la mesita de noche. Una tabla del entarimado de la sala de estar cruje. Oye lo que podría ser una respiración. El agua gotea en el suelo.

Alma consigue emitir un susurro: «¿Hola?».

Una sombra cruza fugaz el vestíbulo. Oye el roce de un zapato en las escaleras, luego nada. Entra una ráfaga de aire nocturno en la habitación: huele a flor de frangipani y carbón vegetal. Alma se lleva un puño al corazón.

Al otro lado de las ventanas de la galería, retazos de nube iluminados por la luna sobrevuelan a la deriva la ciudad. El agua derramada se desliza hacia la puerta del dormitorio.

«¿Quién anda ahí? ¿Hay alguien ahí?»

El reloj de caja de la sala marca los segundos con firmeza. A Alma le retumba el pulso en los oídos. Tiene la sensación de que el dormitorio rota muy lentamente.

«¿Harold? —Alma se acuerda de que Harold está muerto, pero no puede evitarlo—. ¿Harold?»

Otro paso desde el piso de arriba, otro quejido de una tabla. Transcurre algo así como un minuto. Quizá oye a alguien bajar la escalera. Tarda otro minuto entero en armarse de valor para ir hasta la sala arrastrando los pies.

La puerta principal está abierta de par en par. El semáforo al final de la calle parpadea ámbar, ámbar, ámbar. Las hojas guardan silencio, las casas están a oscuras. Cierra de un tirón la verja de seguridad, da un portazo, echa el cerrojo y escudriña por la celosía de la ventana. Menos de veinte segundos después está ante la mesita del vestíbulo, manejando torpemente un bolígrafo.

«Un hombre —escribe—. Hombre alto en el jardín.»

El muro de la memoria

Alma está descalza y sin peluca en el dormitorio de arriba con una linterna. El reloj de la sala de estar hace tictac sin parar, liquidando la noche. Hace un momento, Alma estaba haciendo algo muy importante, está segura. Algo de vida o muerte. Pero ahora no recuerda lo que era.

La única ventana está entreabierta. La cama del cuarto de invitados está pulcramente hecha, la colcha alisada. En la mesita de noche hay un aparato del tamaño de un microondas, con la leyenda «Propiedad del Centro de Investigación de la Memoria de Ciudad del Cabo». Tres cables salen del

mismo en espiral y se conectan con algo que se parece vagamente a un casco de ciclista.

La pared delante de Alma está cubierta de recortes de papel. Diagramas, mapas, hojas de bordes mellados con multitud de garabatos. Entre los papeles relucen cientos de cartuchos de plástico, cada cual del tamaño de un librito de cerillas, con un número de cuatro cifras grabado y clavado a la pared por un único orificio.

El haz de la linterna se posa sobre una fotografía en color de un hombre que sale caminando del mar. Alma toca los bordes con las yemas de los dedos. El hombre lleva remangados los pantalones hasta las rodillas; su expresión es mitad mueca, mitad sonrisa. Agua fría. Sobre la foto, con una caligrafía que reconoce como propia, se lee el nombre «Harold». Conoce a ese hombre. Puede cerrar los ojos y recordar la carne rosada de sus encías, los pliegues del cuello, sus manos de nudillos grandes. Era su marido.

En torno a la foto, los retazos de papel y cartuchos de plástico se prolongan hacia fuera en capas abigarradas y superpuestas, anclados con chinchetas y chicle y clavitos. Ve listas de tareas pendientes, anotaciones, dibujos de lo que podrían ser bestias prehistóricas o monstruos. Lee: «Puedes confiar en Pheko». Y «Tomar la Coca-Cola de Polly». Un folleto reza: «Inmobiliaria Porter». Hay frases más raras: «dinocéfalos, pérmico tardío, cementerio de vertebrados gigantes». Unas hojas de papel están en blanco; otras revelan un chaparrón de tachaduras y borraduras. En media página arrancada de un folleto hay una frase repetidamente subrayada con mano trémula: «Los recuerdos no están ubicados en el interior de las neuronas sino en el espacio extracelular».

Algunos cartuchos también llevan su caligrafía, debajo de los números. «Museo.» «Funeral.» «Fiesta en casa de Hattie.»

Alma parpadea. No recuerda haber escrito en los cartuchitos, arrancado

páginas de libros ni colgado cosas en la pared.

Se sienta en el suelo en camisón, con las piernas estiradas. Entra una ráfaga de viento por la ventana y los recortes de papel cobran vida, bailotean, tiran de las chinchetas. Unas páginas sueltas trazan remolinos sobre la alfombra. Los cartuchos repiquetean ligeramente.

Cerca del centro de la pared, el haz de la linterna vuelve a dar con la fotografía del hombre que sale andando del mar. Mitad mueca, mitad sonrisa. «Es Harold —piensa—. Era mi marido. Murió. Hace años. Claro.»

Del otro lado de la ventana, más allá de las coronas de las palmeras, más allá de las luces de la ciudad, el océano está bañado en luz de luna, luego queda en sombra. Luz de luna, luego sombra. Pasa un helicóptero. Las palmeras aletean.

Alma baja la vista. Tiene un papel en la mano. «Un hombre —pone—. Hombre alto en el jardín.»

El doctor Amnesty

Pheko conduce el Mercedes. Las torres de apartamentos reflejan el sol matinal. Los sedanes ronronean en los semáforos. Por seis veces Alma mira con los ojos entornados los indicadores que pasan fugaces por su lado y le pregunta adónde van.

—Vamos a ver al doctor, señora Alma.

¿El doctor? Alma se frota los ojos, insegura. Intenta llenarse los pulmones. Juguetea con la peluca. Los neumáticos chirrían cuando el Mercedes sube las rampas de un aparcamiento.

La escalera del doctor Amnesty es de acero inoxidable y está bordeada de

helechos. Ahí está la puerta a prueba de balas, la dirección estarcida en el ángulo. A Alma le resulta familiar, del mismo modo que se lo resultaría una puerta de la infancia; como si entre tanto ella hubiera doblado su tamaño.

Les franquean el paso con un zumbido a una sala de espera. Pheko tamborilea con los dedos sobre la rodilla. Cuatro sillas más allá, dos mujeres bien vestidas, una varias décadas más joven que la otra, están sentadas al lado de una pecera. Las dos llevan orondas perlas en los lóbulos. Alma piensa: «Pheko es la única persona negra en todo el edificio». Por un instante no recuerda lo que hace aquí. Pero el cuero de la silla, la grava azul en el acuario de agua salada: es la clínica de la memoria. Claro. El doctor Amnesty. En Green Point.

Unos minutos después acompañan a Alma hasta un sillón acolchado recubierto de papel arrugado. Ahora todo le resulta conocido: la caja de cartón de guantes de látex, la bandejita de plástico para los pendientes, dos electrodos bajo la blusa. Le quitan la peluca y le frotan un gel frío en el cráneo. La pantalla de televisión muestra dunas de arena, luego dientes de león, luego bambúes.

Amnesty. Qué apellido tan ridículo: amnistía. ¿Qué significa? ¿Un perdón? ¿Un indulto? Pero es más permanente que un indulto, ¿no? La amnistía es para las infracciones. Para alguien que ha hecho algo mal. Le pedirá a Pheko que lo consulte cuando vuelvan a casa. O quizá recuerde consultarlo ella misma.

La enfermera está hablando.

—¿Y el estimulador a distancia está dando resultado? ¿Nota alguna mejoría?

—¿Mejoría? —Eso cree. Todo parece ir a mejor—. Las cosas son más nítidas —dice Alma. Cree que es la clase de comentario que debe hacer. Se

están forjando nuevas rutas. Está recordando cómo recordar. Es lo que quieren oír.

La enfermera murmura. Unos pies susurran por el suelo. La maquinaria invisible emite un zumbido. Alma, aturdida, alcanza a sentir cómo desenroscan los taponcitos de goma de los puertos que tiene en el cráneo y colocan cuatro tornillos simultáneamente en su lugar. Tiene una nota en la mano: «Pheko está en la sala de espera. Pheko llevará a la señora Alma a casa después de la sesión». Claro.

Se abre una puerta con un pequeño ojo de buey. Entra a paso ligero un hombre con ropa desechable verde que huele a chicle. Alma piensa: «Hay otros sillones acolchados en este lugar, otras salas como esta, con otras máquinas que levantan la tapa de otros cerebros confusos y fisgan en su interior. Hurgan en ellos en busca de recuerdos, graban esos recuerdos en cartuchitos cuadrados. Intentan combatir el olvido».

Le inmovilizan la cabeza. Las persianas de aluminio repiquetean contra la ventana. En las pausas entre una respiración y la siguiente, alcanza a oír el susurro del tráfico al pasar.

Desciende el casco.

Tres años antes, brevemente

«Los recuerdos no se almacenan como cambios en las moléculas en el interior de las neuronas», le dijo el doctor Amnesty a Alma durante su primera cita tres años antes. Llevaba en lista de espera diez meses. El doctor Amnesty tenía el pelo pajizo, la piel casi translúcida y las cejas invisibles.

Hablaba inglés como si todas y cada una de sus palabras fueran diminutos huevos que hubieran de pasar con cuidado entre sus dientes.

«Es lo que siempre se había pensado pero estábamos equivocados. Lo cierto es que el sustrato de los recuerdos antiguos no está ubicado dentro de las neuronas sino en el espacio extracelular. En esta clínica nos centramos en esos espacios, los tintamos y los transcribimos a modelos electrónicos con la esperanza de enseñar a las neuronas dañadas a hacer las sustituciones adecuadas. Forjar nuevas rutas. Volver a recordar.

»¿Lo entiende?»

Alma no lo entendió. Lo cierto es que no. Durante meses, desde la muerte de Harold, había estado olvidando cosas: olvidaba pagarle a Pheko, olvidaba desayunar, olvidaba lo que significaban las cifras de la chequera. Salía al jardín con las tijeras de podar y llegaba un momento después sin ellas. Encontraba el secador de pelo en un armario de la cocina, las llaves del coche en el bote del té. Sondeaba su mente en busca de un nombre y salía con las manos vacías: ¿Cacerola? ¿Alfombra? ¿Cachemir?

Ya le habían diagnosticado demencia dos médicos. Alma hubiera preferido amnesia: un borrado más rápido, menos cruel. Esto era una corrosión, un lento derrame. Siete décadas de historias, cinco décadas de matrimonio, cuatro décadas de trabajo en la Inmobiliaria Porter, más casas y compradores de las que podría contar; espátulas y tenedores de ensalada, novelas y recetas, pesadillas y ensueños, holas y adioses. ¿De verdad podía borrarse todo?

«No ofrecemos una cura —decía el doctor Amnesty—, pero es posible que podamos ralentizar el proceso. Es posible que podamos devolverle algunos recuerdos.»

Juntó las yemas de los dedos en forma de triángulo. Alma percibió que se avecinaba una declaración.

«Tiende a progresar muy rápidamente sin estos tratamientos —dijo—.

Cada día le resultará más difícil estar en el mundo.»

Agua en un jarrón, estropeando los tallos de las rosas. Óxido colonizando los fiadores de una cerradura. Azúcar corroyendo la dentina de los dientes, un río erosionando sus orillas. A Alma se le ocurría un millar de metáforas, y todas eran inadecuadas.

Era viuda. Sin hijos, sin mascotas. Tenía su Mercedes, un millón y medio de rands ahorrados, la pensión de Harold y la casa de Vredehoek. El procedimiento del doctor Amnesty ofrecía cierta esperanza. Firmó.

La operación fue una niebla. Cuando volvió en sí, le dolía la cabeza y no tenía cabello. Palpó con los dedos los cuatro tapones de goma fijados al cráneo.

Una semana después Pheko volvió a llevarla a la clínica. Una de las enfermeras del doctor Amnesty la acompañó hasta un sillón de cuero parecido a los de los dentistas. El casco era una mera vibración en la parte superior del cuero cabelludo. Le dijeron que recuperarían recuerdos; no podían predecir si esos recuerdos serían buenos o malos. Era indoloro. Alma tuvo la sensación de que unas arañas tejían telas de punta a punta de su cabeza.

Dos horas después de esa primera sesión el doctor Amnesty la envió a casa con un estimulador de memoria a distancia y nueve cartuchitos en una caja de cartón. Todos los cartuchos eran del mismo polímero beige, con un número de cuatro cifras impreso en la parte superior. Observó detenidamente el reproductor a distancia durante dos días antes de subirlo al dormitorio un mediodía ventoso, cuando Pheko había salido a hacer la compra.

Lo enchufó e introdujo un cartucho al azar. Le subió un estremecimiento por las vértebras del cuello y luego sintió que el cuarto se iba alejando por capas. Las paredes se disolvieron. A través de grietas en el techo, el cielo se onduló como una bandera. Entonces la visión de Alma se extinguió, como si

la estructura de su casa se hubiera sumido por un desagüe y se hubiera vuelto a materializar un mundo anterior.

Estaba en un museo: techo alto, iluminación escasa, un olor como a revistas viejas. El Museo Sudafricano. Harold estaba a su lado, inclinado sobre una vitrina, emocionado, le brillaban los ojos. «¡Míralo! ¡Qué joven!» Los pantalones caquis le quedaban cortos, le asomaban los calcetines negros de los zapatos. ¿Cuánto hacía que lo conocía? ¿Seis meses, quizá?

Ella se había equivocado al escoger los zapatos: ceñidos, demasiado rígidos. Ese día el tiempo había sido perfecto y Alma hubiera preferido sentarse en Company Gardens bajo los árboles con su nuevo novio alto. Pero era al museo donde Harold quería ir y ella quería estar con él. Poco después estaban en una sala de fósiles, un par de docenas de esqueletos encima de podios, unos grandes como rinocerontes, otros con colmillos larguísimos, todos con inmensos cráneos sin ojos.

«Ciento ochenta millones de años más antiguos que los dinosaurios, ¿eh?», susurró Harold.

Cerca, unas colegialas mascaban chicle. Alma vio a la más alta escupir lentamente sobre una fuente de agua de porcelana y luego succionar el salivazo para volver a metérselo en la boca. Un letrero advertía con pulcra caligrafía que la fuente era «Solo para personas blancas». Alma se sentía como si unos tornos le estuvieran estrujando los pies.

«Solo un momento más», dijo Harold.

La Alma de setenta y un años lo veía todo a través de la Alma de veinticuatro. ¡Era Alma a los veinticuatro años! ¡Tenía las palmas de las manos húmedas, le dolían los pies y estaba de cita con Harold vivo! ¡Un Harold joven y delgado! Estaba entusiasmado con los esqueletos; parecían animales mezclados con animales, dijo. Cabezas de reptil sobre cuerpos de perro. Cabezas de águila sobre cuerpos de hipopótamo. «No me hartó nunca

de verlos», le comentaba el joven Harold a la joven Alma con un lustre juvenil en el rostro. «Hace doscientos cincuenta millones de años —dijo—, estas criaturas murieron en el barro, sus huesos se comprimieron lentamente entre las piedras.» Ahora alguien los había exhumado; ahora estaban reconstruidos a la luz.

«También fueron nuestros antepasados», susurró Harold. Alma apenas soportaba mirarlos: eran feroces, sin ojos ni carne; parecían concebidos únicamente para despedazarse entre sí. Quería llevar a ese chico alto a los jardines, sentarse a su lado cadera con cadera en un banco y quitarse los zapatos. Pero Harold tiraba de ella: «Esto es un gorgonopsio. Una gorgona. Del tamaño de un tigre. Doscientos, trescientos kilos. Del Pérmico. Es solo el segundo esqueleto completo hallado. No muy lejos de donde crecí, por cierto». Le apretó la mano a Alma.

Alma se sintió mareada. El monstruo tenía patas cortas y potentes, las cuencas de los ojos del tamaño de un puño y la boca llena de colmillos. «Aquí pone que cazaban en manada —susurró Harold—. ¿Te imaginas toparte con seis así en pleno monte?» La Alma de veinticuatro años se estremeció en el recuerdo.

«Damos por supuesta nuestra existencia —continuó él—, pero no es más que pura chiripa, ¿verdad?» Se volvió hacia ella, a punto de explicarse, y al hacerlo las sombras surgieron desde los márgenes como tinta, inundaron la escena entera, emborronaron el techo abovedado y a la colegiala que había estado escupiendo en la fuente, y por fin al joven Harold y sus pantalones demasiado cortos. El dispositivo a distancia emitió un silbido; el cartucho salió disparado; el recuerdo se desmoronó sobre sí mismo.

Alma parpadeó y se encontró aferrada al travesaño de la cama de invitados, sin aliento, a cuatro kilómetros y cinco décadas de distancia. Se desenroscó el

casco. Por la ventana un zorzal cantaba *chii-chuiiiuu*. Un dolor le recorrió las raíces de los dientes a Alma. «Dios mío», se dijo.

El contable

Eso fue hace tres años. Ahora media docena de médicos de Ciudad del Cabo están cosechando recuerdos de personas ricas e imprimiéndolos en cartuchos, y a veces se trafica en la calle con esos cartuchos. Se ha sabido que hay ancianos en asilos que están utilizando las máquinas de recuerdos como si fueran droga, introduciendo los mismos cartuchos andrajosos en sus aparatos a distancia: noche de bodas, tarde de primavera, paseo en bici por el cabo. Los cuadraditos de plástico están lisos y lustrosos por efecto de la insistencia de los dedos envejecidos.

Pheko lleva a Alma a casa desde la clínica con quince nuevos cartuchos en una caja de cartón. No quiere echar una siesta. No quiere los triángulos de tostada que Pheko le deja en una bandeja junto al asiento. No quiere más que sentarse en el dormitorio de arriba, encorvada, muda y mustia en su sillón con el casco del dispositivo a distancia enroscado en los puertos de la cabeza y algún que otro hilillo de baba cayéndole de la boca. Vivir menos en este mundo que en un pasado sintetizado en Technicolor donde momentos olvidados llegan a través de cables.

Cada media hora o así, Pheko le limpia la barbilla e inserta un cartucho nuevo en el aparato. Introduce el código y la ve poner los ojos en blanco. Hay casi un millar de cartuchos clavados en la pared delante de ella; cientos más están amontonados por la alfombra.

Hacia las cuatro el BMW del contable aparca delante de la casa. Entra sin

llamar y grita «Pheko» escaleras arriba. Cuando este baja, el contable ya tiene el maletín abierto encima de la mesa de la cocina y está escribiendo algo en una carpeta. Lleva mocasines sin calcetines y un jersey azul pavo real que parece sumamente suave. Su pluma es de plata. Dice «hola» sin levantar la vista.

Pheko le saluda, enciende la cafetera y se aparta de la encimera con las manos detrás de la espalda. Procura no inclinar la cabeza en un ademán de servilismo. La pluma del contable susurra sobre el papel. Del otro lado de la ventana nubes de color malva forman rizos sobre el Atlántico.

Cuando el café está preparado, Pheko sirve una taza y la deja junto al maletín del hombre. Continúa de pie. El contable escribe durante otro minuto. La nariz le silba al respirar. Al final levanta la vista y dice:

—¿Está arriba?

Pheko asiente.

—Bien. Mira, Pheko. He recibido una llamada de ese... médico hoy. —Le lanza una mirada dolida y tamborilea con la pluma sobre la mesa. Tac. Tac. Tac—. Tres años. Y no ha avanzado mucho. El doctor dice que sencillamente cogimos la enfermedad muy tarde. Dice que igual hemos demorado cierto deterioro, pero ahora se ha terminado. La roca es demasiado grande para ponerle freno a estas alturas, eso ha dicho.

Arriba, Alma guarda silencio. Pheko se mira la parte superior de los zapatos e imagina una roca que arrolla árboles a su paso. Ve a su hijo de cinco años, Temba, en la escuela de la señorita Amanda, a quince kilómetros de allí. ¿Qué está haciendo Temba en ese instante? Comer, tal vez. Jugar al fútbol. Llevar sus gafas puestas.

—La señora Konachek requiere cuidados veinticuatro horas al día —dice el contable—. Hace ya tiempo que debería ser así. Seguro que lo veías venir, Pheko.

Pheko carraspea.

—Yo cuido de ella. Vengo siete días a la semana, del amanecer al anochecer. Muchas veces me quedo más tarde. Cocino, limpio, hago la compra. No hay ningún problema.

El contable arquea las cejas.

—Hay muchos problemas, Pheko, eso ya lo sabes. Y haces un buen trabajo. Un buen trabajo. Pero se nos ha acabado el tiempo. Ya la viste en las oficinas del gobierno el mes pasado. El médico dice que se le olvidará cómo comer. Se le olvidará cómo sonreír, cómo hablar, cómo hacer sus necesidades. Con el tiempo, probablemente, olvidará cómo tragar. Es una suerte terrible, en mi opinión. ¿Quién se merece algo así?

El viento en las palmeras del jardín hace un ruido como de lluvia. Llega un crujido de arriba. Pheko hace un esfuerzo por mantener las manos inmóviles detrás de la espalda. Piensa: «Ojalá estuviera el señor Konachek. Vendría del estudio con una polvorienta camisa de lona, con las gafas de seguridad levantadas sobre la frente, la cara como si se la hubieran hervido. Bebería directamente de la cafetera, le pasaría el brazo bien grande por los hombros a Pheko y diría: “¡No puedes despedir a Pheko! ¡Pheko lleva quince años con nosotros! ¡Ahora tiene un hijo pequeño! Venga ya, ¿eh?”. Lanzaría guiños a todos. Quizá le daría una palmada en la espalda al contable».

Pero el estudio está oscuro. Harold Konachek lleva muerto más de cuatro años. La señora Alma está arriba, conectada a su máquina. El contable se guarda la pluma en un bolsillo y abrocha los cierres del maletín.

—Podría quedarme en la casa, con mi hijo —prueba Pheko—. Podríamos dormir aquí. —La súplica suena modesta y desesperada incluso a sus propios oídos.

El contable se pone en pie y se quita de un manotazo algo invisible de la manga del jersey.

—La casa sale a la venta mañana —dice—. Llevaré a la señora Konachek al asilo Suffolk la semana que viene. No hay necesidad de hacer el equipaje mientras siga aquí; solo la asustaría. Puedes quedarte hasta el lunes que viene.

Luego coge el maletín y se marcha. Pheko oye alejarse sigilosamente el coche. Alma empieza a llamar de arriba. La taza de café del contable humea intacta.

La isla del tesoro

Al anoecer Pheko hierve una pechuga de pollo y pone un montoncito de judías verdes de acompañamiento. Del otro lado de la ventana flotillas de nubes de lluvia se congregan sobre el Atlántico. Alma mira el plato como si fuera un rompecabezas incomprensible. Pheko dice:

—¿Ha encontrado el doctor algunos buenos esta mañana, señora Alma?

—¿Buenos? —Parpadea. El reloj de caja en el salón hace tictac. En la habitación destella una intensa luz plateada. Pheko es un par de globos oculares, un olor como a jabón—. Antiguos —dice Alma.

La ayuda a ponerse el camisón y le pone un cilindro de dentífrico sobre el cepillo de dientes. Luego las pastillas: dos blancas, dos doradas. Alma se acuesta en la cama mascullando preguntas.

La lluvia traída por el viento inicia un suave repiquetear contra las ventanas.

—Bien, señora Alma —dice Pheko. Le sube la colcha hasta el cuello—. Tengo que ir a casa. —Tiene la mano en la lámpara. Le vibra el móvil en el bolsillo.

—Harold —dice Alma—. Léeme algo.

—Soy Pheko, señora Alma.

Alma menea la cabeza.

—Maldita sea.

—Ha hecho trizas su libro, señora Alma.

—¿Ah, sí? Qué va. Eso lo ha hecho otra persona.

Un soplido. Un suspiro. En la cómoda hay tres lustrosas pelucas encima de cabezas de porcelana sin rasgos.

—Diez minutos —dice Pheko.

Alma se recuesta, calva, vidriosa, una niña marchita. Pheko se sienta en la silla al lado de la cama y coge *La isla del tesoro* de la mesita. Se desprenden páginas al abrirlo.

Lee los primeros párrafos de memoria. «Lo recuerdo como si fuera ayer, meciéndose como un navío llegó a la puerta de la posada, y tras él arrastraba, como en unas angarillas, su cofre marino; era un viejo recio, macizo, alto, con el color de bronce viejo...»

Una página más y Alma se queda dormida.

B478A

Pheko coge el Golden Arrow de las 9.20 a Khayelitsha. Es un hombrecillo con pantalones negros y un jersey rojo de punto trenzado. En el asiento del autobús, apenas llega al suelo con los zapatos. Urbanizaciones valladas, muros de buganvilla y pequeños bistrós iluminados con bombillas de colores desfilan fugaces por su lado. En Hanny Street el autobús hace una parada delante del polideportivo Virgin Active Fitness, donde en tres piscinas

cubiertas arde una luz verde mar; unos pocos nadadores de última hora avanzan trabajosamente por las calles, un tobogán elefantino arroja agua en el rincón.

El autobús se llena de chicas del asentamiento para negros: limpiadoras de oficinas, camareras, lavanderas, mujeres que responden a un nombre en Ciudad del Cabo y a otro en los asentamientos, amas de llaves llamadas Sylvia o Alice a punto de convertirse en madres llamadas Malili o Momtolo.

La llovizna abre vetas en las ventanillas. Voces murmuran en xhosa, sotho, tswana. Las distancias entre las farolas se hacen más largas; poco después Pheko solo alcanza a ver los conos vueltos del revés de los focos de las carteleras aquí y allá en la oscuridad. «Bebe Opa.» «Denuncia a los ladrones de cable.» «Ponte condón.»

Khayelitsha son cuarenta y cinco kilómetros cuadrados de chabolas hechas de aluminio y ladrillo de ceniza, arpillera y portezuelas de coche. A finales de siglo era el hogar de medio millón de personas; ahora es cuatro veces más grande. Refugiados de guerra, refugiados del agua, refugiados del sida. El paro puede llegar al sesenta por ciento. Un millar de torres de iluminación descuellan al azar sobre las chozas cual árboles sin ramas. Mujeres llevan bebés o bolsas de plástico, verduras o bidones de agua de cuarenta litros por las cunetas. Pasan hombres tambaleándose en bicicleta. Deambulan perros.

Pheko se apea en la Zona C y se apresura por delante de una hilera de chabolas bajo la lluvia. Tintinean carillones de viento. Una cabra se abre paso entre los charcos. Hombres de aspecto aletargado se apoyan en parachoques de taxis hechos polvo o cajas de fruta vueltas del revés o bajo lonas andrajosas. Alguien, unas callejuelas más allá, prende un artilugio pirotécnico que se abre y se desvanece sobre los tejados.

El B478A es un cobertizo verde pálido con suelo arenoso y puerta azul claro. Tres neumáticos sin dibujo mantienen el tejado en su sitio. Las dos

ventanas tienen rejas. Temba está dentro, todavía despierto, animado, susurrante, casi dando brincos sin moverse del sitio. Lleva una camiseta varias tallas más grande de lo debido; las gafitas le rebotan sobre la nariz.

—¡Papá —dice—, papá, te has retrasado veintiún minutos! Papá, Boginkosi ha atrapado tres gatos hoy, ¿no es increíble? Papá, ¿se puede hacer parafina con bolsas de plástico?

Pheko se sienta en la cama y espera a que se le adapte la vista a la penumbra. Las paredes están empapeladas con circulares de supermercado descoloridas. Lavavajillas por 1,99 rands. Zumo, dos unidades por una. La colada de ayer está tendida del techo. Hay una cocina rojiza de óxido encima de unos ladrillos en el rincón. Dos sillas plegables de metal y plástico completan el mobiliario.

Afuera la lluvia se cierne a través de las luces de vapor y repiquetea lenta y sosegadamente contra el tejado. Entran insectos con sigilo, en busca de refugio; mosquitos, milpiés y grandes moscas relucientes. Vetas idénticas de hormigas discurren por el suelo y se entrelazan formando canales bajo la cocina. Mariposas nocturnas baten las alas en las rejillas de la ventana. La voz del contable resuena en los oídos de Pheko: «Seguro que lo veías venir». Ve la pluma de plata reluciente a la luz de la cocina de Alma.

—¿Has comido, Temba?

—No me acuerdo.

—¿No te acuerdas?

—¡No, he comido! ¡He comido! La señorita Amanda tenía maíz cocido y alubias.

—¿Y has llevado hoy las gafas?

—Las he llevado.

—Temba.

—Las he llevado, papá. ¿Ves? —Se señala la cara con dos dedos.

Pheko se descalza.

—Vale, corderito. Te creo. Ahora elige una mano. —Tiende los dos puños. Temba está descalzo con el jersey enorme y sus ojos castaños parpadean detrás de las gafas.

Al final escoge la izquierda. Pheko menea la cabeza, sonrío y muestra la palma vacía.

—Nada.

—La próxima vez —dice Pheko.

Temba tose, se limpia la nariz. Parece reprimir una decepción conocida.

—Ahora quítate las gafas y haz uno de esos ataques de percebe tuyos — dice Pheko, y Temba deja las gafas encima de la cocina y se abalanza sobre su padre, rodeándole las costillas con las piernas. Ruedan por la cama. Temba le estruja a su padre el cuello y la espalda.

Pheko retrocede, da zancadas exageradas por la pequeña chabola con el niño aferrado a él.

—Papá —dice Temba, que habla pegado al pecho de su padre—. ¿Qué había en la otra mano? ¿Qué tenías esta vez?

—No te lo puedo decir —responde Pheko. Finge intentar zafarse de los brazos del niño—. La próxima vez tienes que acertar.

Pheko va dando pisotones por la casa. El niño sigue colgado de él. Su frente es una piedra contra el esternón de Pheko. El pelo le huele a polvo, virutas de lapicero y humo. La lluvia murmura contra el tejado.

Hombre alto en el jardín

El lunes por la noche Roger Thsoni lleva al pequeño y discreto manipulador

de memoria llamado Luvo al elegante barrio residencial de Vredehoek y, por decimosegunda vez, fuerza la entrada de la casa de Alma Konachek. Roger tiene el cabello y la barba blancos y la nariz como una calabaza parda. Sus dientes son de color naranja. Despide un hedor a tabaco barato. La banda de su sombrero de paja lleva impreso «Ma Horse» tres veces en torno a la circunferencia.

Cada vez que Roger ha abierto con ganzúa la cerradura de la verja de seguridad, Alma se ha despertado. Cree que debe de tener algo que ver con una alarma, pero no ha visto ninguna en el interior de la casa. De todos modos, Roger ha renunciado a intentar esconderse. Esta noche apenas se molesta en guardar silencio. Espera en el umbral, contando hasta quince, y luego entra con el chico.

A veces ella amenaza con llamar a la policía. A veces le llama Harold. A veces algo peor: chico. O salvaje. O negrata. En plan despectivo: «Ponte a trabajar, chico». O: «Maldita sea, chico». A veces mira a través de él con ojos vacíos como si estuviera hecho de humo. Si la asusta, sencillamente se aleja, se fuma un cigarrillo en el jardín y vuelve a entrar por la puerta de la cocina.

Esta noche Roger y Luvo permanecen en la sala de estar un momento, los dos empapados de lluvia, contemplando la ciudad por las puertas de cristal de la galería: unas pocas luces rojas parpadean entre diez mil de color ámbar. Se limpian la nariz; escuchan cómo Alma masculla para sí misma en el dormitorio al final del pasillo. El océano más allá del puerto es una negrura invisible bajo la lluvia.

—Es como un búho, esa señora —susurra Roger.

El chico llamado Luvo se quita el gorro de lana, se rasca entre los cuatro puertos instalados en la cabeza y sube las escaleras. Roger entra en la cocina, coge tres huevos de la nevera y los pone a hervir en una cacerola. Poco

después, Alma sale de la habitación arrastrando los pies, descalza, calva, poco más grande que una niña.

Las manos de Roger susurran sobre la pechera de su camisa, buscan un cigarrillo sin encender guardado en la cinta del sombrero y vuelven a los bolsillos. Son sus manos, según ha averiguado, lo que la aterran, más que cualquier otra cosa. Manos largas. Manos morenas.

—Tú eres... —sisea Alma.

—Roger. A veces me llama Harold.

Se pasa una muñeca por la nariz.

—Tengo una pistola.

—No es verdad. De todos modos, no podría dispararme. Venga a sentarse.

Alma lo mira, confusa. Pero un momento después, se sienta. La única luz es la que arroja el círculo azul de la llama. Allá abajo en la ciudad los puntos de luz de los automóviles se dilatan y se disuelven a medida que se desplazan entre las gotas de lluvia de los cristales.

La casa le resulta sofocante a Roger esta noche, con la carraca del reloj de caja, los sofás immaculados y la vitrina grande del estudio. Se muere de ganas de encender el cigarrillo.

—Hoy el médico le ha dado unos cartuchos nuevos, ¿verdad, Alma? He visto que ese criado suyo la llevaba a Green Point.

Alma guarda silencio. Los huevos tamborilean en la cazuela. Parece como si el tiempo se hubiera detenido dentro de ella: las venas gruesas como sogas, con aspecto de pajarillo, inexpresiva. Una sola arteria azul le late encima de la oreja derecha. Lleva los cuatro tapones de goma firmemente ajustados contra el cuero cabelludo.

Frunce levemente el ceño.

—¿Quién eres?

Roger no contesta. Apaga el quemador y saca los tres huevos humeantes

con un cucharón perforado.

—Yo soy Alma —dice ella.

—Ya lo sé —responde Roger.

—Sé lo que estás haciendo.

—¿Ah, sí? —Deposita los huevos sobre un trapo de cocina delante de ella.

Lo han hecho ya una docena de veces a lo largo del último mes, los dos sentados a la mesa de la cocina en mitad de la noche, Roger y Alma, un negro alto, una blanca entrada en años, las luces de Trafalgar Park, los jardines del tren y el puerto dispersos allá abajo. Un retablo que no es exactamente de este mundo. ¿Qué significa, se pregunta Roger distraídamente, que los innumerables fracasos de su vida lo hayan conducido hasta esta precisa circunstancia?

—Venga, coma —le dice.

Alma le lanza una mirada recelosa. Pero instantes después coge un huevo, rompe la cáscara contra la superficie de la mesa y empieza a pelarlo.

El orden de las cosas

Las cosas no están por orden. No van de A a B a C a D. Todos los cartuchos son del mismo tamaño, del mismo beige redundante. Sin embargo, unos ocurren hace décadas y otros el año pasado. También varían de intensidad: unos captan a Luvo y mantienen su atención durante quince o veinte segundos; otros lo arrastran al pasado de Alma por la fuerza y lo retienen allí media hora. Los momentos se prolongan; se desvanecen meses en un suspiro. Regresa jadeante, como si hubiera estado sumergido en el agua; se siente catapultado de regreso a su propia mente.

A veces, cuando Luvo vuelve en sí, Roger está a su lado, con un cigarrillo sin encender fijado en el vértice de los labios, contemplando el crítico muro de papeles, postales y cartuchos de Alma como esperando que surja del mismo alguna explicación esencial.

Otras veces la casa está en silencio y solo se oye el viento susurrando a través de la ventana abierta, y los papeles aleteando en la pared, y un centenar de preguntas se arremolinan en la cabeza de Luvo.

Luvo cree que tiene unos quince años. Posee muy pocos recuerdos propios: ninguno de sus padres, ni idea de quién pudo haberle instalado cuatro puertos en el cráneo y dejado a la deriva entre los diez mil huérfanos de Ciudad del Cabo. Ningún recuerdo de cómo o por qué. Sabe leer; habla inglés y xhosa; sabe que los veranos en Ciudad del Cabo son calurosos y ventosos y los inviernos son frescos y azules. Pero no sabría decir cómo aprendió esas cosas.

Su historia reciente gira en torno al dolor: dolores de cabeza, dolores de espalda, dolor de huesos. Nota punzadas en lo más hondo del cuello; las migrañas llegan como tormentas. Los orificios en el cráneo le pican y rezuman un líquido claro; no son ni remotamente tan simétricos como los puertos que ha visto en la cabeza de Alma Konachek.

Roger dice que encontró a Luvo en Company Gardens, aunque este no tiene memoria de ello. De un tiempo a esta parte duerme en el apartamento de Roger. Una docena de veces ya, el hombre mayor le ha despertado a patadas en plena noche; lo lleva a empujones a un taxi y ascienden desde el puerto hasta Vredehoek, Roger fuerza dos cerraduras y entran en la elegante casa blanca de la colina.

Luvo trabaja de izquierda a derecha por el dormitorio de arriba, desde la escalera hacia la ventana. A estas alturas, a lo largo de una docena de noches, ha fisgado quizá quinientos recuerdos de Alma. Quedan cientos de cartuchos,

unos apilados en torres en la alfombra, muchos más clavados a la pared. Los números grabados en los extremos no se corresponden con ninguna cronología que alcance a discernir Luvo.

Pero tiene la sensación de estar avanzando paulatina, torpemente, hacia el centro de algo. O, si no hacia, entonces desde, como si se alejara poco a poco de un cuadro formado por miles de puntos minúsculos. Cualquiera día la imagen tomará forma; cualquier día quedará enfocada alguna verdad fundamental de la vida de Alma.

Ya sabe muchas cosas. Sabe que Alma de niña estaba obsesionada con las islas: amotinados, naufragios, los últimos miembros de tribus, náufragos con la mirada fija en horizontes vacíos. Sabe que ella y Harold trabajaron en la misma inmobiliaria durante décadas, y que ha tenido tres Mercedes plateados, doce años cada uno. Sabe que Alma diseñó esta casa con un arquitecto de Johannesburgo, eligió los colores de la pintura, los pomos y los grifos de catálogos, colgó grabados con ayuda de un nivel y un metro. Sabe que ella y Harold iban a conciertos, compraban ropa en Gardens Centre, viajaron a una ciudad llamada Venecia. Sabe que el día después de jubilarse, Harold se compró un Land Cruiser de segunda mano y una pistola Crusader de nueve milímetros y empezó a hacer viajes en busca de fósiles a una inmensa región árida al este de Ciudad del Cabo llamada Great Karoo.

También sabe que Alma no es especialmente amable con su sirviente Pheko. Sabe que este tiene un hijito llamado Temba y que el marido de Alma pagó una operación ocular que necesitó el niño al nacer, y que Alma se enfadó mucho cuando se enteró.

En el cartucho 5015 una Alma de siete años le pide a la niñera que le dé una botella de Coca-Cola recién abierta. Cuando la niñera vacila, con una mueca en el rostro, Alma amenaza con hacer que la despidan. La niñera le alcanza la botella. Un instante después aparece la madre de Alma, furiosa, y

lleva a Alma a rastras al rincón del dormitorio. «¡Nunca jamás bebas de nada donde haya puesto los labios alguno de los criados!» La madre de Alma grita. Tiene el rostro crispado; sus dientecillos destellan. Luvo nota que se le revuelve el estómago.

En el cartucho 9136, Alma, con setenta años, asiste a las exequias de su marido. Hay unas docenas de personas de piel blanca bajo arañas de luz, devorando mitades de albaricoque asado. Pheko, el pequeño y meticuloso sirviente de Alma, se abre paso entre ellos con camisa blanca y corbata negra. Va acompañado de un niño con gafas que apenas empieza a andar; el niño se enrosca a la pierna izquierda del hombre igual que una enredadera. Pheko le ofrece a Alma un tarro de miel con un solo lazo azul atado en torno a la tapa.

—Lo siento —dice, y parece sentirlo.

Alma levanta la miel. Las luces de una araña quedan atrapadas un momento en su interior.

—No hacía falta que vinieras —dice, y deja el tarro en una mesa.

Luvo alcanza a oler la nauseabunda densidad del perfume en la funeraria, percibe la ansiedad en la mirada de Pheko, siente la inestabilidad de Alma en sus propias piernas. Entonces se ve arrancado de la escena, como por unos cables invisibles, y se convierte de nuevo en sí mismo, levemente tembloroso; nota cómo un dolor sordo se le escurre por el mentón, está sentado en el borde de la cama en la habitación de invitados de Alma.

Poco después es la hora anterior al amanecer. La lluvia ha amainado. Roger está a su lado, expulsando humo de cigarrillo por la ventana abierta del dormitorio mientras contempla el jardín trasero.

—¿Hay algo?

Luvo niega con la cabeza. Nota el cerebro pesado, explosivo. La esperanza de vida de un manipulador de memoria, según ha oído Luvo, es de uno o dos años. Infecciones, convulsiones, ataques. Hay días en que siente los vasos

sanguíneos combarse en torno a las columnas instaladas en el cerebro, siente cómo las neuronas se le desgarran y le escuecen al intentar sortear las obstrucciones.

Roger tiene un aspecto grisáceo, casi enfermizo. Se pasa una mano trémula por los bolsillos de la pechera de la camisa.

—¿Nada en el desierto? ¿Nada en un Land Cruiser con su marido? ¿Estás seguro?

Luvo vuelve a negar con la cabeza. Pregunta:

—¿Está dormida?

—Por fin.

Desfilan escaleras abajo. Los recuerdos serpentean lentamente por los pensamientos de Luvo: Alma con seis años, un comedor, manteles de lino, la risa de los adultos, el tenue sigilo de los criados con camisa blanca que traen comida. Alma envainando en la punta de un anzuelo el cuerpo de una lombriz. Un cementerio que reluce ligeramente, y los dedos huesudos de la madre de Alma aferrados a un volante. Excavadoras y autobuses que traquetean y agujeros en las vallas de seguridad en torno a los barrios residenciales donde creció. Comprar brandy de tapadillo con el nombre de «relámpago blanco» a chicos xhosas con la mitad de años que ella.

Para cuando llega a la sala de estar, Luvo está a punto de desmayarse. Los dos armarios y la lámpara, las puertas de cristal de la galería y el inmenso reloj de caja con volutas labradas, el péndulo de latón y los gruesos pies de caoba; todo parece latir en la penumbra. El dolor de cabeza avanza, irrefrenable; es una llama naranja que lame los bordes de todo. Cada latido de su corazón hace que su cerebro reverbere en las paredes del cráneo. En cualquier momento su campo de visión empezará a arder.

Roger le cala el gorro de lana al chico en la cabeza, le pasa un largo brazo

por la axila y ayuda a Luvo a salir por la puerta cuando las primeras hebras de luz aparecen sobre la Montaña de la Mesa.

El martes por la mañana

Pheko llega justo después de amanecer y se encuentra con el tenue olor a tabaco en la casa. Hay tres huevos menos en la nevera. Permanece inmóvil un instante, sopesándolo. Nada más parece fuera de su sitio. Alma está sumida en un sueño profundo.

El agente inmobiliario viene esta mañana. Pheko pasa el aspirador, friega las ventanas de la galería, saca brillo a las encimeras hasta que lanzan destellos de un palmo. Entra por las ventanas una luz blanca pura, enjuagada por la lluvia de anoche. El océano es una reluciente bandeja de peltre.

A las diez Pheko se toma un café en la cocina. Hay dos paños, blancos y almidonados, doblados sobre el tirador de la puerta del horno. Los suelos están fregados, el lavavajillas vacío, le ha dado cuerda al reloj de caja. Todo está en su sitio.

A Pheko se le pasa por la cabeza que podría robar algo. Podría llevarse el televisor de la cocina, algunos libros de Harold y el reproductor de música de Alma. Las bicicletas verde guisante a juego en el garaje: ¿cuántas veces ha montado Alma en la suya? ¿Una? ¿Quién sabe siquiera que están ahí esas bicis? Pheko podría llamar un taxi ahora mismo y cargarlo de maletas, llevarlas a Khayelitsha y antes del anochecer un centenar de cosas que Alma no sabía que tenía podrían convertirse en dinero en metálico.

¿Quién se enteraría? El contable no. Ni Alma. Solo Pheko. Solo Dios.

Alma despierta a las diez y media, grogui, confusa. Pheko, la viste, la

acompaña a la mesa del desayuno. Ella se sienta en su silla, el té intacto, con las manos temblorosas, hebras de la peluca enredadas en las pestañas.

—Yo venía aquí —masculla Alma—. Antes.

—¿No quiere el té, señora Alma?

Alma le dirige una mirada perpleja.

Arriba el muro de la memoria aletea al viento. El sedán del agente inmobiliario se desliza por el sendero de acceso a las 11.00, con absoluta puntualidad.

El museo sudafricano

Luvo despierta por la tarde en el piso de una habitación de Roger en la urbanización Cape Flats. A su lado hay una mesa y dos sillas. Cacerolas en un armario, una cocina de parafina, una hilera de libros en una estantería. No es mucho más que una celda. La única ventana de Roger ofrece una vista del ángulo inferior de una cartelera, a unos dos metros y medio. En la cartelera una mujer blanca con un bikini aún más blanco está tumbada en la playa con una botella de cerveza Crown. Desde donde está tendido, Luvo alcanza a ver la mitad inferior de sus piernas, los tobillos cruzados, las pálidas plantas de los pies descalzos moteadas de arena.

A través de las paredes y el techo cabalga el estrépito de Cape Flats, risas, niños, trifulcas, sexo, los bramidos de los motores y los ventiladores. Seis o siete veces, en el mes o así que Luvo recuerda que lleva durmiendo aquí, ha oído un tabaleo de disparos. Mujeres con uñas brillantes y gargantillas vagan por los pasillos abiertos; todas las noches alguien pasa por delante de la puerta susurrando: «Mandrax, Mandrax».

Roger ha salido. Probablemente va siguiendo a Alma. Luvo se sienta a la mesa y come un montón de galletas saladas mientras lee un libro de Roger. Es una novela de aventuras sobre unos hombres en el Ártico. Los aventureros se han quedado sin comida y cazan focas, el hielo es fino y parece que en cualquier momento alguien va a atravesarlo y a caer al agua helada.

Una hora o así más tarde Roger sigue sin volver. Luvo coge dos monedas de un cajón, se lava la cara y las manos en el lavabo y se pasa una toallita de papel por las punteras de las zapatillas deportivas. Se cala el gorro sobre los puertos de la cabeza y va en autobús a Company Gardens.

Entra en el Museo Sudafricano en torno a las cuatro de la tarde y accede a la galería de paleontología seguido por la mirada recelosa de dos vigilantes. Hay cientos de fósiles encerrados en vitrinas de cristal, especímenes de todo el sur de África: conchas y gusanos, nautilus, helechos con semillas y trilobites, y también minerales; cristales de color verde amarillento y relucientes trozos de cuarzo; mosquitos dentro de gotas de ámbar; scheelita, wulfenita.

En los reflejos en el cristal es como si Luvo viera los papeles y cartuchos colgados en el muro de Alma flotando en la penumbra sobre las piedras. Huesos, dientes, huellas, peces, las costillas alabeadas de antiguos reptiles; en los recuerdos de Alma, Luvo ha visto a Harold volver del Karoo henchido de fervor, entusiasmado con las doleritas y las limolitas, los lechos óseos y las rutas migratorias. El hombretón rompía piedras con un cincel en el garaje, le enseñaba a Alma anfibios enteros, una libélula de un palmo incrustada en piedra caliza, pequeños rastros de gusanos en el barro endurecido. Entraba en la cocina, sonrojado, animado, oliendo a polvo y calor y rocas, con las gafas de seguridad levantadas sobre la frente, agitando un bastón que había encontrado en algún lugar, casi tan alto como él, hecho de ébano, la

empuñadura envuelta en cuentas rojas y un elefante tallado en la parte superior.

Todo aquel asunto enfurecía a Alma: el bastón de turista de safari, las gafas de seguridad, la avidez juvenil de Harold. Cuarenta y cinco años de matrimonio, ¿y ahora había decidido convertirse en un lunático buscador de pedruscos? ¿Qué pasaba con sus amigos, qué pasaba con sus paseos juntos, qué pasaba con lo de entrar a formar parte del Club de Cruceros por el Mediterráneo? Los jubilados, le gritaba Alma, en teoría tenían que buscar la comodidad, no rehuirla.

Lo que sabe Luvo es lo siguiente: dentro del billetero desgastado y baqueteado de Roger hay una esquila de periódico de hace cuatro años. El titular reza «Destacado profesional inmobiliario convertido en cazador de dinosaurios». Debajo hay una fotografía granulada en blanco y negro de Harold Konachek.

Luvo ha pedido ver la esquila tantas veces que la ha memorizado. Un jubilado de sesenta y ocho años de Ciudad del Cabo, que viajaba con su esposa por carreteras de la meseta esteparia en el Karoo, se había detenido para buscar fósiles en un desfiladero cuando tuvo un infarto fatal. Según la esposa del hombre, justo antes de morir había hecho un descubrimiento importante, un fósil pérmico poco común. Exhaustivas búsquedas en el área no arrojaron ningún resultado.

Roger, con su sombrero de paja, su barba blanca y sus dientes de lápida, le ha dicho a Luvo que fue al desierto con docenas de cazadores de fósiles, incluso con un grupo de la universidad. Dice que varios paleontólogos acudieron a casa de Alma y le preguntaron qué había visto. «Dijo que no lo recordaba. Dijo que el Karoo era enorme y todos los montes parecían iguales.»

Decayó el interés. La gente supuso que el fósil era irrecuperable. Luego,

varios años después, Roger vio a Alma Konachek saliendo de una clínica de la memoria en Green Point con su sirviente. Y empezó a seguirlos.

«*Gorgonops longifrons*», le dijo Roger a Luvo hace un mes, la primera noche que trajo al chico a casa de Alma. Luvo se ha grabado el nombre en la memoria.

«Un depredador grande y cruel del Pérmico. Si es un esqueleto entero, vale cuarenta o cincuenta millones de rands. El mundo se ha vuelto loco por estas cosas. Estrellas de cine, financieros. El año pasado un chino compró un cráneo de triceratops en una subasta por treinta y cuatro millones de dólares americanos.»

Luvo levanta la vista de la vitrina. Resuenan pasos por la galería. Aquí y allá se apiñan grupos de turistas. El esqueleto de gorgona que exhibe el museo sobre un pedestal de granito es el mismo que Harold le enseñó a Alma hace cincuenta años. Tiene los laterales de la cabeza lisos y las mandíbulas rebosantes de dientes. Sus garras parecen capaces de ejercer gran violencia.

La placa debajo del ejemplar de gorgona reza «Gran Karoo, Pérmico superior, hace 260 millones de años». Luvo se queda un buen rato delante del esqueleto. Oye la voz de Harold, susurrándole a Alma a través de los oscuros pasillos de su memoria: «También fueron nuestros antepasados».

Luvo piensa: «Somos todos intermediarios». Piensa: «Así que esto es lo que quiere Roger. Esto tan incomprensiblemente viejo».

Miércoles por la noche,
jueves por la noche

Cuando Luvo despierta, Roger está inclinado sobre él. Es más de medianoche

y se encuentra de nuevo en el apartamento de Roger. La sacudida que le provoca volver a su propia cabeza manipulada es atroz. Roger se pone en cuclillas, da una chupada al cigarrillo y mira el reloj con cara de disgusto.

—Has salido.

—He ido al museo. Me he dormido.

—¿Voy a tener que empezar a encerrarte?

—¿Encerrarme?

Roger se sienta en la silla al lado de Luvo, deja el sombrero encima de la mesa y mira el cigarrillo a medio fumar con gesto de desagrado.

—Alguien ha puesto un cartel de «Se vende» delante de su casa hoy.

Luvo se lleva las yemas de los dedos a las sienes.

—Van a vender la casa de la anciana.

—¿Por qué?

—¿Por qué? Porque ha perdido la cabeza.

Los focos iluminan las piernas bronceadas de la mujer de la cerveza Crown. Debajo de ella las hojas de los árboles emborronan y desemborronan las luces de color cadmio de la urbanización Cape Flats. El vecindario borbotea. La brasa del cigarrillo de Roger brilla y se desvanece.

—Entonces ¿hemos acabado? ¿Ya no vamos a volver por allí?

Roger le mira.

—¿Que si hemos acabado? No. Todavía no. Tenemos que darnos prisa. —
Vuelve a mirar el reloj de muñeca.

Una hora después están otra vez dentro de la casa de Alma Konachek. Luvo se sienta en la cama del dormitorio de Alma, observa el muro delante de sí e intenta concentrarse. En el centro, un hombre joven sale caminando del mar, con los pantalones arremangados hasta las rodillas. En torno al hombre orbitan frases de libros, postales, fotos, nombres mal escritos, listas

de la compra subrayadas con una docena de trazos de lápiz vacilantes. Viajes. Fiestas de empresa. *La isla del tesoro*.

Cada cartucho en la pared de Alma se convierte en un pequeño brasero que arde en la oscuridad. Luvo deambula entre ellos, explorando paulatinamente el laberinto de su historia. Quizá, piensa, al principio, antes de que la enfermedad hubiera hecho estragos, el muro ofrecía a Alma cierto control sobre lo que le estaba pasando. Igual podía colgar un cartucho de un clavo, buscarlo un par de días después y sentir que su cerebro lograba recobrar el mismo recuerdo: una nueva ruta forjada a través de la luz crepuscular.

Cuando funcionaba, debía de haber sido igual que bajar a un sótano oscuro como boca de lobo en busca de un bote de conservas y encontrar el bote ahí esperando, fresco y pesado, de modo que pudiera llevarlo por las escaleras combadas y polvorientas hasta la luz de la cocina. Sea como fuere, durante una temporada debía de haberle funcionado a Alma; debía de haberla ayudado a creer que podía esquivar el borrado inevitable.

A Roger y Luvo no les ha dado tan buen resultado. Luvo no sabe de qué modo utilizar el muro para sus fines: solo le enseña la vida de Alma como le viene en gana. Los cartuchos viran hacia su objetivo y se alejan del mismo sin llegar a alcanzarlo del todo; se sume en un pasado y una mente sobre los que no tiene control.

En el cartucho 6786 Harold le dice a Alma que está recuperando algo vital, por fin está intentando aprender cosas sobre los lugares en los que creció, afrontando su propio lugar infinitesimal en el tiempo. Estaba aprendiendo a ver, dijo, lo que hubo una vez: tormentas, monstruos, cincuenta millones de años de protomamíferos pérmicos. Aquí estaba, con sesenta y pico años, todavía lo bastante ágil para deambular por los yacimientos de fósiles más abundantes aparte de la Antártida. ¡Para caminar entre las piedras, para usar los ojos y los dedos, para buscar las huellas de animales que vivieron en una

era tan incomprensiblemente lejana! Le dijo a Alma que era suficiente para que le entraran ganas de arrodillarse.

—¿Arrodillarte? —brama Alma—. ¿Arrodillarte? ¿Ante quién? ¿Ante qué?

—Por favor —le pide Harold a Alma en el cartucho 1204—. Sigo siendo el mismo de siempre. Déjame que haga esto.

—Estás como una cabra —le dice Alma.

Un cartucho tras otro Luvo siente cada vez más simpatía por Harold: el rostro ancho y rojizo del hombre, la tierna curiosidad que le brilla en los ojos. Hasta el ridículo bastón de ébano y los grandes pedazos de piedra en el garaje son entrañables. En los cartuchos en los que aparece Harold, Luvo alcanza a sentirse debajo de Alma, en torno a ella, y quiere quedarse mientras que ella se quiere ir; quiere aprender de Harold, ver lo que saca de la trasera del Land Cruiser y verlo limpiar su estudio con utensilios de dentista. Quiere ir al Karoo con él para merodear por lechos de ríos, pasos de montaña y desfiladeros, y se lleva una decepción cuando no puede hacerlo.

¡Y cuántos libros hay en el estudio del blanco! Más de los que Luvo recuerda haber visto en toda su vida. Luvo está aprendiendo incluso los nombres de los fósiles en la vitrina de Harold en la planta baja: caracola, escafópodo, amonita. Quiere extenderlos sobre la mesa cuando llegan Roger y él; quiere recorrerlos con los dedos.

En el cartucho 6567, Alma llora. Harold está en alguna otra parte, buscando fósiles probablemente, y es una tarde larga y gris en la casa sin conciertos ni invitaciones, sin nadie que llame por teléfono, y Alma come patatas asadas sola a la mesa mientras unos detectives mascullan en la televisión de la cocina. Las caras en la pantalla se desdibujan y se extravían, y las luces de la ciudad al otro lado de las ventanas de la galería le parecen a Luvo los ojos de buey de un crucero lejano, doradas y cálidas y distantes.

Alma piensa en su juventud, en cómo acostumbraba a mirar fotografías de islas. Piensa en Billy Bones, Long John Silver, un náufrago en una playa desierta.

El dispositivo emite un quejido; el cartucho es expulsado. Luvo cierra los ojos. Siente punzadas en las placas del cráneo; nota el roce de las roscas del casco contra los tejidos del cerebro.

Desde abajo llega la voz queda de Roger, que habla con Alma.

El viernes por la mañana

Se propaga una infección por la Zona C que va asaltando a los niños una chabola tras otra. Una hora los comentaristas radiofónicos dicen que se contagia a través de la saliva; la siguiente dicen que se transmite por el aire. No, los portadores son los perros de la ciudad; no, es el agua potable; no, es una conspiración de farmacéuticas occidentales. Podría ser meningitis, otra pandemia de gripe, alguna nueva plaga infantil. Nadie parece saber nada. Se habla de dispensarios públicos de antibióticos. Se habla de cuarentena.

El viernes por la mañana Pheko se despierta a las cuatro y media como siempre y lleva la palangana esmaltada bajo el grifo de agua seis chozas más allá. Pone la maquinilla de afeitar, el jabón y el paño encima de una toalla y se acuclilla para afeitarse solo y sin espejo en la oscuridad fresca. Las luces de sodio están apagadas, y asoman algunas estrellas aquí y allá entre las nubes. Dos cornejas lo observan en silencio desde un alero vecino.

Cuando ha terminado se lava los brazos y la cara y vacía la palangana en la calle. A las cinco Pheko lleva a Temba calle abajo hasta el domicilio de la señorita Amanda y llama suavemente a la puerta antes de entrar. Amanda se

incorpora en la cama sobre los codos y le ofrece una sonrisa soñolienta. Deja a Temba todavía dormido en el sofá y las gafas del niño en la mesa a su lado.

De camino a la estación de la Zona C, Pheko ve una hilera de colegialas con uniforme blanco y azul marino que hacen cola para montarse en un autobús blanco. Todas llevan la nariz y la boca cubiertas con una mascarilla de papel. Sube la rampa y espera. En el campo cubierto de hierba más abajo yacen aquí y allá alcantarillas olvidadas cual columnas caídas de una civilización desaparecida, recubiertas de firmas pintarrajeadas con spray: «Exacta» y «Fuck» y «Blind 43». «Jamakota se muere ayuda por favor.»

Los trenes pasan de aquí para allá igual que bestias traqueteantes. Pheko piensa: «Tres días más».

El cartucho 4510

Alma parece más cansada que nunca. Pheko la ayuda a levantarse de la cama a las once y media. Le rezuma un líquido claro del ojo izquierdo. Contempla fijamente la nada.

Esta mañana deja que Pheko la vista pero no quiere comer. Viene dos veces un agente inmobiliario a enseñar la casa y Pheko tiene que llevar a Alma al jardín y sentarse con ella en las tumbonas, cogiéndole la mano, mientras una pareja joven se pasea por las habitaciones, admira las vistas y deja huellas en las alfombras.

En torno a las dos Pheko suspira, dándose por vencido. Sienta a Alma en la cama de arriba, la conecta al dispositivo a distancia y le deja ver el cartucho 4510, el que guarda Pheko en el cajón al lado del lavaplatos para tenerlo a mano cuando lo necesita. Cuando ella lo necesita.

A Alma se le encorva el cuello; las rodillas se le separan. Pheko baja a comer una rebanada de pan. El viento empieza a azotar las palmeras del jardín. «Se acercan perturbaciones desde el sudeste», anuncia la televisión. Luego se suceden los anuncios. Una blanca alta corre por un aeropuerto. Un sándwich de un metro de largo va pasando por la pantalla. Pheko cierra los ojos e imagina el viento llegando a Khayelitsha, las cajas que pasan rodando por delante de los pequeños comercios, las bolsas de plástico que se deslizan sobre las carreteras y van a estamparse contra verjas. La gente en la estación estará cubriéndose la boca con el cuello de la camisa para protegerse del polvo.

Unos minutos después, oye que Alma llama. Sube al cuarto, la vuelve a recostar y pone otra vez el mismo cartucho.

Chefe Carpenter

El viernes Roger lleva a Luvo por una acera frente a una casa que no es la de Alma Konachek, en la otra punta de la ciudad. La casa está rodeada de un muro de estuco de tres metros de altura con botellas rotas incrustadas en la parte superior. Nueve o diez eucaliptos asoman por encima, meciéndose.

Roger lleva una bolsa grande de plástico en una mano con algo pesado dentro. En la verja levanta la vista hacia una cámara de seguridad dentro de una burbuja tintada y levanta la bolsa. Después de unos diez minutos una mujer les franquea el paso sin decir una palabra. Dos pastores escoceses perfumados la siguen al trote.

La casa es pequeña y tiene las paredes de vidrio. La mujer los acomoda en una sala diáfana con una chimenea grande. Encima de esta hay un fósil de

algo que parece un cocodrilo aplastado con alas saliendo en espiral de un trozo de pizarra pulida. Luvo cae en la cuenta de que por toda la sala hay docenas de fósiles más: colgados de columnas, sobre pedestales, dispuestos en una vitrina iluminada desde atrás. Algunos son inmensos. Ve una concha ensortijada del tamaño de una boca de alcantarilla, un corte transversal de madera petrificada montado sobre una puerta y lo que parece un colmillo de elefante sobre dos soportes dorados.

Poco después entra un hombre que se inclina sobre los pastores escoceses y les rasca detrás de las orejas. Roger y Luvo se ponen en pie. El hombre va descalzo, lleva los pantalones remangados hasta los tobillos y una camisa de aspecto terso desabrochada. Se le forma un grueso pliegue de grasa en la nuca y una pulsera de oro le ciñe la muñeca derecha. Las uñas le relucen como si se las hubiera lustrado. Levanta la vista de los perros, se sienta en un sillón de cuero y lanza un bostezo enorme.

—Hola —saluda, y les dirige un asentimiento.

—Este es Chefe Carpernter —dice Roger, aunque no queda claro si se lo está diciendo a Luvo o no. Nadie se estrecha la mano. Roger y Luvo se sientan.

—¿Tu hijo?

Roger niega con la cabeza. La mujer vuelve a aparecer con una taza negra; Chefe la acepta y no ofrece nada a Luvo ni a Roger. Chefe bebe el contenido de la taza de tres tragos, luego la deja y muestra una sonrisa burlona, hace crujir unos huesos de la espalda, gira el cuello de lado a lado y por fin dice:

—¿Tienes algo?

Para sorpresa de Luvo, Roger saca de la bolsa de plástico un fósil que el chico reconoce. Roger lo ha cogido de la vitrina de Harold. Contiene las huellas de un helecho con semillas, tres frondas impresas casi en paralelo al

mismo, prácticamente blancas en contraste con la piedra más oscura. Al verlo en las manos de Roger, Luvo siente deseos de pasar los dedos por las hojas.

Chefe Carpenter lo mira durante quizá cuatro o cinco segundos, pero no se levanta del sillón ni alarga los brazos para cogerlo.

—Puedo darte quinientos rands.

Roger deja escapar una risa forzada, empalagosa.

—Venga ya —repite Chefe—. Ahora mismo tengo en el solarío un centenar como ese. ¿Qué voy sacar vendiéndolos? ¿Qué más tienes?

—Nada, ahora mismo.

—Pero estás trabajando en uno grande, ¿verdad?

—Está en marcha.

Chefe alarga la mano para coger la taza, mira dentro y la vuelve a dejar en el suelo.

—Debes dinero, ¿verdad? Unos tipos van a ir a sacártelo, ¿a que sí? —Dirige una suave mirada de soslayo a Luvo y después vuelve a mirar a Roger—. Aún te queda mucho para saldar tu deuda, ¿no?

—Estoy manos a la obra con el grande —dice Roger.

—Quinientos rands —ofrece Chefe.

Roger asiente con ademán derrotado.

—Bien —dice Chefe, que se levanta. La cara oronda y lustrosa se le ilumina como si una nube se hubiera apartado del sol—. ¿Le enseño la colección al chico?

El piso de arriba

Luvo está descubriendo que en el muro de Alma hay espacios en blanco,

omisiones y lagunas. Aunque reorganizara todo el proyecto, dispusiera su vida en una línea cronológica, del primer recuerdo al último, la historia de Alma discurriendo como una pequeña hilera beige escaleras abajo y por toda la sala de estar, ¿qué averiguaría? Seguiría habiendo brechas en el tiempo, cosas que no alcanzaría a comprender, meses fuera de su alcance. ¿Quién sabe si existe siquiera un cartucho que contenga los momentos previos a la muerte de Harold?

El viernes por la noche decide renunciar a su método de izquierda a derecha. Fuera cual fuese el orden que existió alguna vez en la disposición de los cartuchos, quedó traspapelado hace tiempo. Es un museo organizado por una loca. Empieza a visionar cualquier cartucho que por algún motivo innombrable le llama la atención en el barullo clavado a la pared. En uno de ellos una Alma de nueve o diez años está tendida en una cama llena de almohadones mientras su padre le lee un capítulo de *La isla del tesoro*; en otro un médico le dice a una Alma mucho mayor que probablemente no podrá tener hijos. En un tercero Alma ha escrito «Harold» y «Pheko». Luvo lo pasa por el dispositivo a distancia dos veces. En el recuerdo Alma le pide a Pheko que lleve varias cajas de libros al estudio de Harold y los coloque por orden alfabético en los estantes. «Por autor», le indica.

Pheko es muy joven; debe de estar recién contratado. Parece apenas poco mayor que Luvo ahora. Lleva una camisa blanca planchada y los ojos se le llenan de temor al concentrarse en sus instrucciones.

«Sí, señora», dice varias veces. Alma desaparece. Cuando vuelve, tal vez una hora después, con Harold tras sus pasos, Pheko ha puesto prácticamente todos los libros en las estanterías del despacho de Harold del revés. Alma se acerca mucho a las estanterías. Ladea un par de títulos hacia ella y los vuelve a dejar en su sitio. «Vaya, no siguen ninguna clase de orden», comenta.

La confusión asoma al rostro de Pheko. Harold se ríe.

Alma vuelve a mirar las estanterías. «El chico no sabe leer», dice.

Luvo no puede volver la cabeza de Alma para mirar a Pheko; este es un espectro, un borrón al margen de su campo de visión. Pero alcanza a oír a Harold detrás de ella, su voz aún risueña. Dice: «No te preocupes, Pheko. Todo se aprende. Te irá bien aquí».

El recuerdo pierde intensidad; Luvo se desenrosca el casco y vuelve a colgar el cartuchito beige en el clavo del que lo había retirado. Afuera en el jardín las palmeras trapalean al viento. Luvo cree que dentro de poco se venderá la casa y los cartuchos volverán a la consulta del médico, o serán enviados con Alma allí donde la ingresen, y este extraño conjunto de papeles acabará arrugado en una bolsa de basura. Los libros, electrodomésticos y muebles se venderán. Pheko será enviado a casa con su hijo.

Luvo se estremece. Piensa en los fósiles de Harold abajo, esperando en su vitrina. Alcanza a oír la voz de Chefe Carpenter cuando le enseñó a Luvo varios dientes suaves y pesados que según dijo eran de un mosasaurio, arrancados de una fosa de tiza en Holanda. «La ciencia —había dicho Chefe— siempre tiene que ver con el contexto. Pero ¿qué hay de la belleza? ¿Qué hay del amor? ¿Qué hay de sentir una profunda humildad respecto de nuestro lugar en el tiempo? ¿Dónde queda eso?

»Si encontráis lo que buscáis —les dijo antes de que se marcharan—, ya sabéis donde traerlo.»

Esperanza, fe. Fracaso o éxito. En cuanto salieron por la verja delante de la casa de Chefe, Roger encendió un pitillo y empezó a darle chupadas trémulas, voraces.

Luvo está plantado en el dormitorio de arriba de Alma en mitad de la noche y oye a Harold Konachek susurrar como desde la tumba: «Todos volvemos a sumirnos lentamente en el fango. Todos volvemos al barro. Hasta que nos alzamos de nuevo en lazos de luz».

Luvo cae en la cuenta de que este viento que ahora mismo escora por el jardín de Alma ha llegado a Ciudad del Cabo todos los meses de noviembre que alcanza a recordar, y vendrá también el mes de noviembre próximo, y el siguiente, y seguirá viniendo, durante siglos, hasta que todos los que ellos han conocido y todos los que llegarán a conocer hayan desaparecido.

La planta baja

Tres huevos humean encima de un paño delante de Alma. Rompe la cáscara de uno. Por la ventana, el cielo y el océano están muy oscuros. El hombre alto con manos enormes mueve los dedos por su cocina.

—Se nos está acabando el tiempo —dice—. Tanto a usted como a mí, abuela.

Empieza a merodear por la cocina, caminando de aquí para allá. Las barandillas de la galería gimen al viento, o si no es el viento el que gime, o el viento y las barandillas a la vez, sus oídos son incapaces de desenmarañarlos. El hombre alto levanta una mano hasta el cigarrillo que lleva en la cinta del sombrero y se lo pone entre los labios, sin encender.

—Probablemente se cree que es una heroína —dice—. Allá arriba, blandiendo su espada contra un ejército enorme.

Roger agita una espada imaginaria, cortando el aire con ella. Alma procura no hacerle caso, intenta concentrarse en el huevo templado entre los dedos. Ojalá tuviera un poco de sal pero no ve un salero por ninguna parte.

—Pero va perdiendo. Va perdiendo de mala manera. Va perdiendo y va a acabar como todos esos yonquis viejos y ricos: va a perderse, a ausentarse, a dejarse llevar, a suministrarse un flujo constante de recuerdos de esos. Hasta

que no quede nada de usted. ¿Verdad que sí? Ahora mismo no es más que un tubo, ¿eh, Alma? Nada más que un puñetero tubo. Se mete algo por arriba y sale directamente por abajo.

Alma tiene en la mano un huevo que evidentemente acaba de pelar. Lo come lentamente. En el rostro del hombre delante de ella parpadea y se revela algo reprimido, una ira, un desprecio de toda la vida. Sin volver la cabeza tiene la sensación de que ahí en la oscuridad del otro lado de las ventanas de la cocina algo terrible avanza hacia ella.

—¿Y qué hay del criado? —está diciendo el hombre alto. Ojalá dejara de hablar—. Por un lado probablemente parece un sacrificio. Sí, un buen chico, sano, habla inglés, no está aquejado de ninguna enfermedad, tiene un chiquitín, hace quince kilómetros en autobús de ida y otros quince de vuelta desde los barrios de chabolas a las zonas residenciales para prepararle el té, regar el jardín, peinarle las pelucas, llenar el frigorífico, cortarle las uñas, doblarle su ropa interior de vieja. El apartheid se acabó y está haciendo un trabajo de mujer. Es un santo. Un criado. ¿Estoy en lo cierto?

Hay dos huevos más delante de Alma. El corazón se le abre y se le cierra muy rápidamente en el pecho. El negro alto lleva puesto el sombrero dentro de la casa. Le viene a la memoria una frase de *La isla del tesoro*, como llegada de la nada: «Los ojos les ardían en las cabezas; sus pies se volvían más rápidos y livianos; su alma entera estaba absorta en esa fortuna, toda esa vida de extravagancia y placer, que estaba esperándoles a todos y cada uno de ellos».

Roger se da golpecitos en la sien con un dedo. Sus ojos son remolinos en los que no debe mirar. No estoy aquí, piensa Alma.

—Pero por otro lado, ¿qué parece? —dice el hombre—. El criado cruza la verja, entra por la puerta, la ve renquear por ahí, se mueve más allá de los márgenes de su memoria. Preparado para echarle mano a su herencia, claro.

Con los dedos en la caja registradora. También se come las salchichas, ¿verdad? Probablemente paga las facturas. Está al tanto del dinero que gasta con ese médico.

—Cállate —dice Alma. No estoy aquí. No estoy en ninguna parte, piensa.

—Se lo hice yo al chico —dice él—. Ya sé que ni siquiera sabe de qué hablo. Lo encontré en Company Gardens y, ¿quién era? Un huérfano nada más. Pagué la operación. Lo alimenté, lo cuidé. Lo traje de regreso. Lo mantengo sano, ¿verdad? Le dejo deambular por ahí.

Los faros de un coche que pasa barren el jardín, se filtran por entre los árboles. A Alma le sube el miedo a la garganta. Los faros se esfuman. El viento sobrevuela la casa.

—Deja de hablar ahora mismo —dice.

—Venga, coma —dice Roger—. Coma y yo dejaré de hablar y el chico en el piso de arriba encontrará lo que estoy buscando y luego usted podrá morir en paz.

Alma parpadea. Por un momento el hombre en la cocina se ha transformado en un demonio: imperioso, imponente; la mira desde su altura bajo un ceño de piedra caliza. Agita las manos terribles.

—Todos tenemos una gorgona aquí —dice el demonio, que se señala el pecho.

—Sé quién eres. —Lo dice en voz queda y con gran intensidad—. Te veo como lo que eres.

—Apuesto a que sí —responde Roger.

Pesadilla

En una pesadilla Alma se encuentra en la exposición de fósiles a la que fue con Harold hace cincuenta años. Todas las luces del techo de la galería se han apagado. La única iluminación procede de los haces de color azul pálido que atraviesan la sala, captando cada vez un esqueleto y dejándolo luego en la oscuridad, como si unos extraños faros girasen en los jardines delante de las ventanas altas.

El ejemplar de gorgona con el que tan emocionado estaba Harold ya no se encuentra allí. La abrazadera de hierro que sostenía el esqueleto sigue en su sitio, y una silueta de polvo señala su ubicación. Pero la gorgona no está.

Una columna de luz azul que se columpia a través de la arcada de las ventanas del museo revela telarañas, revela a los monstruos esqueléticos en sus diversas posturas, revela el pedestal vacío, revela a Alma. Las sombras se alzan y son absorbidas de nuevo por la oscuridad. El tejado encima de su cabeza emite gemidos oceánicos. El objetivo de su recado le pasa por delante, está ahí mismo, y luego desaparece.

Entonces lo ve. En la ventana acecha un demonio. Orificios nasales, una mandíbula, una cara blanca como la tiza con la piel seca y dos incisivos caninos de color amarillo, cada cual tan largo como sus antebrazos, que brotan de unas escamosas encías rosadas. Exhala por la húmeda nariz de reptil; dos óvalos idénticos de vaho empañan la ventana. Le cuelgan hilos oscilantes de saliva de la mandíbula inferior. La luz vira delante de ella; la bestia se agacha un poco más. Se le convulsionan los pliegues del cuello; la mira con un solo ojo, recubierto con una filigrana de capilares, diminutos sistemas fluviales que envían sangre hacia las profundidades amarillas de su globo ocular, incognoscible, terrible, húmedo: es un demonio salido de algún rincón negro de la memoria; incluso desde el otro lado de la galería atina a ver la cripta de su ojo, inmenso e imperturbable, y alcanza a olerlo también; la criatura huele a ciénaga, a orilla de río, a fango y limo, y un pensamiento,

un retazo, una frase de un libro, surge de algún absceso de su memoria, y despierta con una oración en los labios: «Vienen. Vienen y no traen buenas intenciones».

El sábado

El viento del sudeste tiende un denso manto de niebla sobre la Montaña de la Mesa. En Vredehoek todo tiene un aspecto tenue y brumoso. Salen coches de la blancura y vuelven a desvanecerse. Alma duerme hasta mediodía. Cuando despierta, sale tambaleándose con la peluca perfectamente colocada y los ojos chispeantes.

—Buenos días —dice.

Pheko se sobresalta.

—Buenos días, señora Alma.

Le sirve gachas de avena, pasas y té.

—Pheko —dice, enunciando su nombre como si lo paladeara—. Eres Pheko. —Pronuncia su nombre varias veces más.

—¿Quiere quedarse hoy en casa, señora Alma? Hay una humedad tremenda.

—Sí, me quedaré en casa. Gracias.

Están sentados en la cocina. Alma se lleva grandes cucharadas de avena a la boca. La televisión borbotea noticias sobre tensiones en aumento, ataques a granjas, violencia a la entrada de una clínica.

—Pues mi marido —dice de pronto Alma, no concretamente a Pheko sino a la cocina en general—, siempre tuvo pasión por las piedras. Las piedras y las cosas muertas que encerraban. Siempre se estaba yendo, como decía él, a

robar alguna tumba. La mía era menos evidente. Me gustaban las casas. Fui agente inmobiliaria antes de que empezaran a serlo muchas mujeres.

Pheko se lleva una mano a la cabeza. Salvo por un leve temblor en la voz, Alma suena prácticamente igual que hace una década. La televisión emite un zumbido monótono. La niebla se agolpa contra las ventanas de la galería.

—Había veces que era feliz y veces que no lo era —continúa Alma—. Como cualquiera. Decir que alguien es una persona feliz o una persona infeliz es ridículo. Somos un millar de personas distintas a cada hora. —Entonces mira a Pheko, aunque no directamente a él. Como si hubiera un invitado flotando detrás de él y hacia su izquierda. La niebla se filtra por el jardín. Los árboles desaparecen. Las tumbonas desaparecen—. ¿No crees?

Pheko cierra los ojos, los abre.

—¿Eres feliz?

—¿Yo, señora Alma?

—Deberías tener familia.

—La tengo. ¿Se acuerda? Un hijo. Ahora tiene cinco años.

—Cinco años —repite Alma.

—Se llama Temba.

—Ah, ya. —Mete la cuchara en lo que queda de las gachas de avena, la suelta y ve cómo el mango desciende lentamente hasta tocar el borde del cuenco—. Ven conmigo.

Pheko la sigue escaleras arriba hasta el dormitorio de invitados. Durante un minuto entero ella se queda a su lado, los dos frente al muro de papeles y cartuchos. Alma se agacha, desplazándose de aquí para allá por el muro. Sus labios se mueven en silencio. En la pared delante de Pheko hay una postal de una islita rodeada de un mar turquesa. Hace dos años Alma se afanaba todos los días en ese muro, colgando cosas, concentrándose. ¿Cuántas comidas le subió Pheko a esta habitación?

Alarga la mano hacia la foto de Harold y acaricia la esquina un momento.

—A veces —dice—, tengo problemas para acordarme de cosas.

A su espalda, del otro lado de la ventana, la niebla da vueltas y más vueltas. El jardín ha desaparecido. Los tejados vecinos han desaparecido. El jardín ha desaparecido. Todo está blanco.

—Lo sé, señora Alma —dice Pheko.

Lámparas de vapor

Son las nueve y media de la noche y el viento aúlla contra las diez mil chabolas dispuestas al azar por la Zona C. En cuanto entra por la puerta, Pheko se da cuenta por el modo en que la señorita Amanda se muerde los labios de que Temba se ha puesto enfermo. A un palmo, alcanza a notar el calor que irradia el cuerpo del niño. «Corderito», le susurra.

La cola en la clínica abierta las veinticuatro horas ya es larga, más larga de lo que nunca había visto Pheko. Madres e hijos están sentados en cajas de cebollas vueltas del revés o dormidos sobre mantas. Detrás de ellos un mural de la longitud de un autobús muestra a Jesucristo extendiendo unos brazos sobrenaturalmente largos por una pared. Hojas secas y bolsas de plástico se escabullen carretera adelante.

En dos ocasiones distintas durante las siguientes horas Pheko tiene que ausentarse de la cola porque Temba se ha manchado la ropa. Limpia a su hijo, lo envuelve en una toalla y regresa a esperar delante de la clínica. Las luces de vapor en las torres sobre la Zona C oscilan de aquí para allá como una especie de congregación de lunas lejanas. Debajo de estas surcan el aire trozos de papel y madejas de polvo.

Para las dos Pheko y Temba no están ni remotamente cerca de los primeros puestos de la fila. Cada hora o así una enfermera agotada recorre la cola de punta a punta y dice, en xhosa, lo agradecida que está por la paciencia de todo el mundo. La clínica, les informa, está a la espera de antibióticos.

Pheko nota cómo el sudor de Temba empapa la toalla en torno a su cuerpo. El niño tiene las mejillas de color agua sucia. «Temba», susurra Pheko. En una ocasión el niño levanta la cara débilmente y Pheko ve los puntos trémulos de las torres de iluminación reflejados en el lustre de sus ojos.

Esa misma hora

Roger y Luvo entran en casa de Alma Konachek el domingo de madrugada. Alma no se despierta. El sonido de su respiración llega uniforme desde el dormitorio. Roger se pregunta si el criado le habrá suministrado un sedante.

Luvo sube las escaleras a largas zancadas. Roger abre el frigorífico y lo cierra; se plantea salir un momento al jardín a fumar un cigarrillo. Esta noche siente con suma intensidad que casi no le queda tiempo. A los pies de la galería, en algún lugar más allá de la niebla, Ciudad del Cabo duerme.

Distraídamente, sin motivo alguno, Roger abre el cajón al lado del lavaplatos. Ha estado en esa cocina diecisiete noches distintas pero no había abierto nunca ese cajón. Dentro ve encendedores de gas, monedas, una caja de grapas. Y un solitario cartucho de polímero beige, idéntico a centenares más en el piso de arriba.

Roger coge el cartucho y lo acerca a la ventana. Número 4510.

—Chaval —llama Roger, alzando la voz al techo—. Chaval.

Luvo no contesta. Roger sube al piso de arriba y espera. El chico está

conectado al aparato. Da la impresión de que el torso le vibra ligeramente. Un minuto después el aparato emite un suspiro y los ojos de Luvo se abren con un parpadeo. El chico se incorpora y se frota las cuencas de los ojos con las palmas de las manos. Roger levanta el cartucho nuevo.

—Mira esto. —El temblor de la voz de Roger los sorprende a ambos.

Luvo alarga la mano y lo coge.

—¿Lo he visto alguna vez?

El cartucho 4510

Alma está en un cine con Harold. Tienen tal vez treinta años. La película es sobre submarinistas. En la pantalla, pájaros blancos de cola hendida vuelan sobre una playa. La luz roza la cresta de las olas rompientes. Alma y Harold están sentados codo con codo; ella con un vestido verde intenso, zapatos verdes, pendientes de plástico verde, él con una camisa marrón cara. Harold tiene el lateral de la rodilla pegado al de Alma. Luvo percibe la tenue electricidad que se transmite entre ellos.

Ahora la cámara se sumerge. Arcoíris de peces surcan fugaces la pantalla. Desfilan los arrecifes. El corazón de Alma hace su trabajo constante.

El recuerdo avanza de súbito; Alma y Harold están en un taxi, la funda de la cámara de Alma en el asiento corrido entre ambos. Van por un lugar que a Luvo le parece Camps Bay. Del otro lado de la ventanilla todo es difuso; es como si, para Alma, no hubiera nada que mirar. Solo hay sentimiento, solo ilusión, solo su joven marido a su lado.

Un suspiro después están subiendo las escaleras de un elegante hotel de color crema con unos acantilados iluminados por la luna al fondo. Vuelan

gaviotas por todas partes. En un cartel con letras doradas se lee: HOTEL DOCE APÓSTOLES. En el vestíbulo una mujer esbelta con blusa y pantalones blancos y un cinturón de hebilla dorada les da una llave con una cadenita de latón; recorren sin hacer ruido una serie de pasillos.

En la habitación del hotel Alma deja escapar una serie de risas alegres y genuinas. Toma vino a tragos. Todo se ve prístino: dos ventanas immaculadas, una amplia cama blanca, pantallas de lámpara con exquisitos fruncidos. Harold pone en marcha un reproductor de música, se quita los zapatos y baila torpemente en calcetines. Por la ventana, una línea tras otra de olas impecables se pliega contra una playa.

Después de lo que quizá sean unos minutos, Harold salta la barandilla de la galería y se quita la camisa y los calcetines. «Ven», dice, y Alma coge la funda con la cámara y lo sigue hacia la playa. Se ríe al ver a Harold arremeter contra las olas que rompen. Chapotea un poco, sonriendo de oreja a oreja. «¡Está helada!», grita. Cuando sale del agua, Alma levanta la cámara y hace una fotografía.

Si se dicen algo más, no pasa al recuerdo, no queda registrado en el cartucho. En el recuerdo Harold le hace el amor a Alma dos veces. Luvo tiene la sensación de que debería marcharse, debería arrancar el cartucho, enviarse de regreso a la casa de Alma en Vredehoek, pero la habitación está tan limpia, las sábanas tan frescas bajo la espalda de Alma... Todo es suave; todo parece vibrar de tantas posibilidades como ofrece. Alma saborea el mar en la piel de Harold. Nota sus manos de nudillos grandes aferradas a sus costillas, las yemas de sus dedos le tocan las protuberancias de la espina dorsal.

Hacia el final del recuerdo Alma cierra los ojos y parece sumergirse en el agua, igual que si estuviera de nuevo en la película del cine, ve cómo un enorme erizo de mar negro agita sus púas, se fija en que el agua no está en silencio sino llena de leves chasquidos, y enseguida los colores pastel del

coral están desfilando por delante de sus ojos, y se le cuelan entre los dedos peces aguja cual pequeños tajos, y da la impresión de que el cuerpo de Harold no está encima de ella, sino que va a la deriva a su lado; nadan juntos, se apartan del arrecife flotando lentamente hacia un lugar donde el lecho marino se aleja y el fondo está tan lejos que no se ve, y solo está la luz que se filtra hasta las aguas profundas, las aguas insondables, y la sangre de Alma parece rebosar los bordes mismos de su piel.

Domingo, 4 de la madrugada

Alma se incorpora en la cama. Del techo llega un sonido inconfundible de pasos. En la mesilla hay un vaso de agua con el fondo moteado de burbujas en miniatura. Al lado hay un libro de tapa dura. Aunque le falta la sobrecubierta y la mitad de la encuadernación ha sido arrancada, el título le viene reluciente y completo a la cabeza. *La isla del tesoro*. Claro.

Llega otro crujido del techo. Hay alguien en mi casa, piensa Alma, y entonces alguna ensambladura todavía activa en su cerebro arroja la imagen de un hombre. Tiene los dientes de color naranja. Su nariz parece una calabacita parda. Lleva pantalones caquis manchados y un desgarrón en el hombro izquierdo de la camisa deja ver su piel más oscura. Un jaguar desvaído se aferra a la cara interna de su muñeca.

Alma se pone en pie de una sacudida. Un demonio, piensa, un ladrón, un hombre alto en el jardín.

Se apresura por la cocina hasta el estudio y abre el pesado cajón con dos tiradores en la parte inferior de la vitrina de fósiles de Harold. Un cajón que no abría desde hace años. Hacia el fondo, debajo de un montón de revistas de

paleontología, hay una caja de puros forrada de lino naranja pálido. Antes incluso de hallarla, está segura de que se encuentra allí. De hecho, nota la cabeza especialmente despejada. Engrasada. Operativa. Eres Alma, piensa. Soy Alma.

Coge la caja, la deja en la mesa que una vez fue de Harold y la abre. Dentro hay una pistola de nueve milímetros.

La contempla un momento antes de cogerla. Chata, sin color y de aspecto nuevo. Harold acostumbraba a llevarla en la guantera. No sabe cómo comprobar si está cargada.

Alma lleva el arma en la mano izquierda por la cocina hasta la sala de estar y se sienta en el sillón plateado desde el que se ve la caja de la escalera. No enciende ninguna luz. El corazón le aletea en el pecho como una mariposa nocturna.

Llega de arriba una fina hebra de humo de tabaco. El péndulo del reloj de caja oscila de aquí para allá. Del otro lado de la ventana solo hay una tenue blancura: la niebla. Todo parece impregnado de un sentido que solo ahora reconoce. Mi casa, piensa. Adoro mi casa.

Si Alma mantiene la mirada al frente y no mira a derecha o izquierda, es posible creer que Harold está a punto de acomodarse en el sillón a juego a su lado, con la lámpara y la mesa entre los dos. Alcanza a sentir el peso del cuerpo de su marido cambiando de postura, a oler algo parecido a polvo de roca en su ropa, a notar la atracción gravitatoria apenas perceptible que ejerce un cuerpo sobre otro. Tiene tanto que decirle...

Permanece sentada. Espera. Intenta recordar.

Abandona la cola

A las cuatro y media de la madrugada todavía separan a Pheko y Temba de la entrada de la clínica unas veinte personas. Temba duerme ahora de manera constante, tiene los brazos y las piernas lánguidos, los grandes párpados lo aíslan del mundo. El viento ha amainado. Encima de las chabolas se materializan nubes de mosquitos. Pheko se acucilla contra la pared con su hijo en el regazo. El niño parece como ahuecado, las mejillas hundidas, los tendones del cuello marcados.

Encima de ellos el Jesucristo pintado extiende sus brazos inverosímilmente largos. Las torres de iluminación se han apagado y en los vientres de las nubes se refleja una difusa luz anaranjada.

Mi último día de trabajo, piensa Pheko. Hoy me pagará el contable. Otro pensamiento sucede a ese: la señora Alma tiene antibióticos. Le sorprende que no se le haya ocurrido antes. Los tiene a patadas. ¿Cuántas veces ha repuesto Pheko el pequeño ejército de frasquitos naranjas en el armario del cuarto de baño?

Los murciélagos trazan silenciosos rizos sobre los tejados de las chozas. Una niña a su lado desencadena una ristra de toses. Pheko nota el polvo en la cara, percibe el sabor a tierra en las muelas. Un momento después levanta a su hijo dormido, abandona su lugar en la cola y lleva al niño por las calles en silencio a la estación de autobuses.

Harold

—¿Igual es algo que el criado no quería que ella viera? —murmura Roger—. ¿Algo que la afectaba?

Luvo espera a que el recuerdo se esfume. Contempla el muro de Alma en la penumbra. *La isla del tesoro. Gorgonops longifrons. Inmobiliaria Porter.*

—No es eso —dice. En la pared delante de ellos flotan incontables iteraciones de Alma Konachek: una mujer de setenta años sentada en el suelo con las piernas cruzadas; una enérgica agente inmobiliaria de treinta años; una anciana calva. Una mujer por derecho propio, una amante, una esposa.

Y en el centro Harold sale perpetuamente caminando del mar. Su nombre escrito debajo en letra trémula. Una fotografía tomada la noche precisa en que Harold y Alma al parecer alcanzaron el culmen de todo lo que podían ser. Luvo está convencido de que Alma había colocado esa foto en el centro a propósito, antes de que su interminable reorganización hubiera desfigurado la lógica original del proyecto. Lo único que sería incapaz de mover.

La fotografía está descolorida, con los bordes ligeramente abarquillados. «Debe de tener unos cuarenta años», piensa Luvo. Alarga la mano y la coge del muro.

Antes de sentirla, sabe que estará ahí. La fotografía pesa un poquito más de lo que debería. Hay dos trozos de celo en el reverso; han pegado algo debajo.

—¿Qué es eso? —pregunta Roger.

Luvo retira con cuidado el celo para no rasgar la fotografía. Debajo hay un cartucho. Tiene el mismo aspecto que los otros, salvo por una X negra trazada encima.

Roger y él lo miran fijamente un momento. Luego Luvo lo introduce en el aparato. La casa se desvanece en lentas oleadas cual hojas caducas.

Alma va junto a Harold en un todoterreno polvoriento: el Land Cruiser de Harold. Este maneja el volante con la mano izquierda, tiene la cara roja por efecto del sol, lleva la mano derecha colgando por la ventanilla abierta. La carretera está sin asfaltar y llena de baches. A ambos lados campos cubiertos de hierba ascienden hacia laderas de montaña medio desmoronadas.

Harold está hablando; Alma solo presta atención de pasada a sus palabras. «¿Qué es lo único permanente en el mundo? —dice ahora—. ¡El cambio! El cambio incesante e implacable. Todas estas laderas, todos estos pedregales, ¿ves ese desprendimiento de ahí?, son todos registros de calamidades. Nuestras vidas no son más que un abrir y cerrar de ojos en todo esto.» Harold menea la cabeza en un ademán de asombro sincero. Mueve la mano adelante y atrás en el aire por la ventanilla.

Dentro del recuerdo de Alma surge un pensamiento tan claro como si Luvo atinara a ver la frase impresa en el aire delante del parabrisas. Piensa: «Nuestro matrimonio se está acabando y no hablas más que de piedras».

De vez en cuando pasan fugaces granjas, paredes blancas con tejados rojos, molinos de viento, corrales de ovejas avejentados por el sol; todo diminuto contra el telón de fondo de las cumbres cada vez más grandes al otro lado del adorno del capó. El cielo es un torbellino de nubes y luz.

El tiempo se comprime; Luvo se siente propulsado hacia delante. Un instante una muralla de acantilados más allá reluce de color blanco tiza, parpadeando ligeramente como si estuviera hecha de llamas. Un momento después Alma y Harold están entre las rocas, el Land Cruiser ascendiendo por largos senderos con fuertes altibajos. El camino es de grava de color óxido, bordeado de cuando en cuando por muros de roca desiguales. Se abren terraplenes cortados a pico por el lado izquierdo y luego por el derecho. Un cartel reza: SWARTBERGPAS.

Dentro de Alma, Luvo siente que algo grande alcanza un punto crítico. Está creciendo, borbotea en su interior. El calor le pica bajo la blusa; Harold reduce la marcha al subir el todoterreno una serie casi imposible de curvas cerradísimas. El lecho del valle con su mosaico de granjas parece un centenar de kilómetros más abajo.

En un momento dado Harold se detiene en un arcén rodeado de rocas

desprendidas. Saca unos sándwiches de una neverita de aluminio. Come con voracidad; el sándwich de Alma permanece intacto en el salpicadero. «Voy a hurgar un poco por ahí», dice Harold, y no espera respuesta. Coge una cantimplora de la parte de atrás del Land Cruiser y el bastón de ébano con el elefante en la empuñadura, pasa por encima del muro de contención de piedra en seco y desaparece.

Alma permanece sentada, se traga la ira. El viento juguetea con la hierba a ambos lados de la carretera. Por las crestas de las montañas se arrastran nubes. No pasan coches.

Lo había intentado. ¿Verdad que sí? Había intentado entusiasmarse con los fósiles. Acababa de pasar tres días con Harold en un refugio de caza a las afueras de Beaufort West: una abigarrada sucesión de habitaciones adosadas rodeada de piedras y viento, garrapatas en las perneras de los pantalones, una solitaria hormiga remando en círculos en la superficie de su té. Tormentas eléctricas escudriñaban el horizonte. Los escorpiones salían de patrulla por la pequeña cocina. Harold se iba al amanecer y Alma se sentaba en una silla plegable delante de su habitación con una novela de misterio en el regazo y la desolación del Karoo rielando en todas direcciones.

Un destello, una locura. El Gran Vacío, así llamaba al Karoo la gente de Ciudad del Cabo, y ahora veía por qué.

Harold y ella habían estado sin dirigirse la palabra, sin dormir en la misma cama. Ahora iban juntos por ese desfiladero en dirección a la costa para pasar una noche en un hotel de verdad, un lugar con aire acondicionado y vino blanco en cubiteras plateadas. Le contaría cómo se sentía. Le diría que había llegado a cierto umbral cuya perspectiva la hacía sentir aletargada y simultáneamente entusiasmada.

El sol empieza a ponerse sobre las cumbres. Las sombras surcan el camino. El tiempo se desliza y ondula. Luvo empieza a sentir náuseas, como si Alma

y el Land Cruiser estuvieran en el borde de un acantilado, como si la calzada entera estuviese a punto de precipitarse montaña abajo y sumirse en el olvido. Alma susurra para sí algo acerca de serpientes, de leones. Susurra: «Date prisa, maldita sea, Harold».

Pero él no regresa. Pasa otra hora. No viene ni un solo coche en ninguna de las dos direcciones. El sándwich de Alma desaparece. Orina al lado del Land Cruiser. Casi ha anochecido para cuando Harold vuelve a pasar por encima del muro. Le ocurre algo en la cara. Tiene la frente de color carmesí. Las palabras le salen de prisa, en rápidas ristas enrevesadas, como si las expulsara a trompicones.

«Alma, Alma, Alma», está diciendo. Le brota saliva de los labios. Ha encontrado, dijo, los restos de un *Gorgonops longifrons* en un saliente hacia la mitad del terraplén. Es dentado, arqueado, del tamaño de un león. Las garras largas y curvas siguen en su lugar; tiene el cráneo entero, el esqueleto con todas las articulaciones. Está convencido de que es el espécimen fosilizado de gorgona más grande que se ha encontrado. El holotipo.

Da la impresión de que cada vez respira más aprisa. «¿Estás bien?», pregunta Alma, y Harold dice: «No», y un instante después, «Solo tengo que sentarme un momento».

Luego se rodea el pecho con los brazos, se apoya en el costado del Land Cruiser y se deja caer al polvo.

«¿Harold?», chilla Alma. Un hilillo de saliva espumosa y moteada de sangre resbala por un lateral del cuello de su marido. El polvo ya empieza a aferrarse a las superficies húmedas de sus globos oculares.

La luz es tenue, dorada, e implacable. En la meseta esteparia allá abajo, los tejados de zinc de las granjas lejanas reflejan el sol poniente. Hasta la última sombra del último guijarro resulta intolerablemente severa. Bajo las costillas

de Alma comienza un diminuto desprendimiento de tierras. Le da la vuelta a Harold; abre la puerta de atrás. Grita el nombre de su marido una y otra vez.

Cuando el estimulador de memoria expulsa por fin el cartucho, Luvo se siente como si llevara días ausente. Flotan en su campo de visión motas de luz de color óxido. Aún nota el monótono bamboleo del Land Cruiser en el cuerpo. Aún alcanza a oír el viento, a percibir las siluetas de las cumbres con la visión periférica, a sentir la gravedad de las alturas. Roger le mira; lanza un cigarrillo al jardín por la ventana abierta. Por entre los árboles del patio trasero se cuelan hebras de niebla.

—¿Y bien? —dice.

Luvo intenta levantar la cabeza pero tiene la sensación de que se le va a quebrar el cráneo.

—Era este —responde—. El que estabas buscando.

Hombre alto en el jardín

Alma tiene sed. Ojalá le llevara alguien un zumo de naranja. Se pasa la lengua por el envés de los dientes. Harold está aquí. ¿No está Harold en el otro sillón junto a ella? ¿No oye su respiración al otro lado de la lámpara?

Suenan pasos en las escaleras. Alma levanta la mirada. Se nota casi mareada de miedo. El arma en su mano izquierda huele levemente a aceite.

Ahora pasan pájaros por encima de la casa, una gran bandada, apresurándose a través del cielo cual almas. Atina a oír el batir de sus alas.

El péndulo del reloj de caja oscila hacia la izquierda, oscila hacia la derecha. El semáforo al final de la calle envía su brillo en serie por la ventana.

La niebla se escinde. Las luces de la ciudad parpadean entre las palmeras del jardín. El océano más allá es un inmenso escudo curvado. Parece resonar hacia ella igual que un altavoz, un enorme altavoz de luz de estrellas reflejada.

Primero está el zapato derecho del hombre: sin cordones, con una estrecha abertura entre la puntera y la suela. Luego el zapato izquierdo. Calcetines oscuros. Las perneras del pantalón sin dobladillo.

Alma intenta gritar pero solo le sale de la boca un leve sonido animal. Un hombre que no es Harold está bajando las escaleras y tiene los zapatos sucios y las manos tendidas y abre la boca para hablar en uno de esos idiomas que ella nunca tuvo necesidad de aprender.

Sus manos son enormes y terribles. Tiene la barba blanca. Tiene los dientes del color de las hojas en otoño.

En su sombrero pone «Ma Horse», «Ma Horse», «Ma Horse».

Virgin Active Fitness

El autobús se detiene con un chirrido en Claremont y Temba se incorpora y, en silencio, mira con ojos soñolientos el polideportivo Virgin Active Fitness, que ese día aún no ha abierto. Su mirada localiza a través de las gafas las piscinas todavía iluminadas y despobladas. Unas luces sumergidas irradian a través del agua verde.

El autobús se pone en marcha con una sacudida. Mirando por la ventanilla, el niño ve cómo la oscuridad va escurriéndose del cielo. Los primeros rayos de sol quiebran el horizonte y fluyen a través de los valles orientados al este

de la Montaña de la Mesa. Orondos copetes de niebla se deslizan desde la cima.

Una mujer en el pasillo permanece con la espalda muy recta y la mirada fija en un libro de bolsillo.

—¿Papá? —dice Temba—. Me noto el cuerpo flojo.

El brazo de su padre le aprieta los hombros.

—¿Flojo?

Al niño se le cierran los ojos.

—Flojo —murmura.

—Vamos a por medicamentos para ti —dice Pheko—. Tú descansa. Aguanta un poco, corderito.

El amanecer

Luvo se está desconectando del dispositivo a distancia cuando oye que Roger dice, desde la escalera:

—Eh, espere un momento.

Entonces algo explota abajo. Es como si todas y cada una de las moléculas del dormitorio se hubieran despertado de una sacudida. Vibran las ventanas. Los cartuchos de la pared tiemblan. En la escalofriante conmoción que se produce entonces Luvo oye a Roger caer por las escaleras y proferir un solo sollozo, como si expulsara todo el aliento que le queda de una vez.

Luvo permanece paralizado en el borde de la cama. El reloj de caja reanuda su avance de metrónomo. Alguien en la planta baja dice algo en voz tan queda que Luvo no lo oye. Capta su mirada una pequeña e inexplicable acuarela de un barco que vuela por los aires en medio de cientos de papeles

en el muro delante de él, un velero que se desliza entre las nubes. Lo ha visto un centenar de veces pero nunca lo había mirado de verdad. Las velas van tensas, las nubes pasan flotando alegremente.

Poco a poco las moléculas en el aire en torno a Luvo parecen regresar a sus estados anteriores. No oye nada más abajo salvo el reloj de caja, estruendoso en la sala de estar. Roger ha recibido un disparo, piensa. Alguien le ha disparado a Roger. Y Roger tiene el cartucho con la X en el bolsillo de la camisa.

Una suave brisa entra por la ventana abierta. Las hojas del muro de Alma se abren delante de él como una flor, como una mente vuelta del revés.

Luvo escucha el reloj, cuenta hasta cien. Aún alcanza a ver a Harold en la grava al lado del Land Cruiser, su rostro una máscara, el polvo pegado a los ojos, la saliva reluciente en la barbilla y el cuello.

Al final Luvo avanza a gatas por el suelo y mira desde lo alto de las escaleras. El cuerpo alto de Roger está abajo, hundido sobre sí mismo, casi doblado por la mitad. Todavía lleva el sombrero puesto. Tiene los brazos torcidos bajo el torso. Una parte de su cara ha desaparecido. Se ha formado una aureola de sangre en torno a su cabeza sobre el suelo de baldosa.

Luvo se tiende en la alfombra, ve la immaculada habitación de Alma en el hotel Doce Apóstoles, ve una cordillera que pasa por delante del polvoriento parabrisas de un todoterreno. Ve cómo las piernas de Harold sufren espasmos bajo su cuerpo en la grava.

¿Qué hay en la vida de Luvo que tenga sentido? El polvo en el Karoo se convierte en el amanecer en Ciudad del Cabo. Lo que ocurrió hace cuatro años es revivido hace veinte minutos. La vida de una anciana se convierte en la de un joven. El fisgón de recuerdos se convierte en guardián de recuerdos.

Luvo se pone en pie. Arranca cartuchos de la pared y se los mete en el bolsillo. Cuarenta, cincuenta cartuchos. Una vez tiene llenos los bolsillos va

hacia la caja de la escalera, pero se detiene y vuelve la vista. El cuarto pequeño, la alfombra impoluta, la ventana lavada. En el edredón se entrelazan un millar de rosas idénticas. Coge la fotografía de Harold saliendo del mar y se la mete por debajo de la camisa. Deja el cartucho 4510 en mitad de la sobrecama, donde alguien pueda encontrarlo.

Luego va hasta lo alto de las escaleras, cobrando ánimos. De la sala de estar de Roger llega un olor a sangre y pólvora. Un olor más lúgubre y nauseabundo de lo que esperaba.

Luvo está a punto de bajar las escaleras cuando la verja de seguridad emite un traqueteo y oye que alguien introduce una llave en la cerradura de la puerta principal.

El reloj

Quizá lo último sobre la faz de la tierra que está preparado para ver Pheko es a un hombre bocabajo a los pies de las escaleras de acero inoxidable de Alma en medio de un charco de sangre.

Temba vuelve a estar dormido, es un peso caliente sobre la espalda de su padre. Pheko está sin aliento y sudoroso de llevar al niño colina arriba. Ve al hombre muerto primero y luego el charco de sangre pero aun así le lleva unos segundos asimilarlo todo. A través de las puertas de la galería caen paralelogramos de luz matinal.

Al fondo del pasillo, en la cocina, Alma está sentada a la mesa, pasando a ritmo uniforme las páginas de una revista. Va descalza.

Las preguntas le surgen demasiado deprisa para discernirlas. ¿Cómo ha entrado ese hombre? ¿Ha muerto de un disparo? ¿Lo ha matado la señora

Alma? Pheko nota en la espalda el calor que irradia de su hijo. Quiere que todo se esfume de súbito. Que se esfume el mundo entero.

Tendría que huir, piensa. No tendría que estar aquí. En cambio, lleva a su hijo por encima del cadáver, pasando sobre la sangre, y cruza la cocina de Alma. Sale al jardín por la puerta trasera de la cocina, posa al niño en una tumbona y vuelve dentro para coger la manta de felpilla blanca a los pies de la cama de Alma y envolver en ella al niño. Luego entra de nuevo en busca de los frascos de pastillas de Alma. Le tiemblan las manos mientras intenta leer las etiquetas. Al final escoge dos clases de antibióticos de los que hay frascos llenos y los machaca mezclados con una cucharada de miel. Alma no levanta la vista de las páginas al pasarlas, una, luego la siguiente, luego la siguiente, la mirada perdida, incognoscible y reptil.

—Sed —dice.

—Un momento, señora Alma —responde Pheko. En el jardín le mete la cuchara a Temba en la boca, se asegura de que el niño se lo trague todo y luego vuelve a la cocina, se guarda los antibióticos y escucha un rato cómo Alma va pasando las páginas con chasquidos, pone en marcha la cafetera, y cuando está seguro de que va a poder hablar con claridad se saca el móvil del bolsillo y llama a la policía.

Un chico que cae del cielo

Temba está contemplando las formas cambiantes e inarticuladas de las hojas en el jardín trasero de Alma cuando un chico cae del cielo. Se estrella contra unos setos y sale gateando de entre la hierba, ubica la cabeza en el centro del

sol matinal y mira a Temba con una corona de luz derramándose en torno a su cabeza.

—¿Temba? —dice la silueta. La voz es áspera y vacilante. Sus orejas tienen un rubor rosado allí donde las atraviesa la luz del sol. Habla en inglés —. ¿Eres Temba?

—Mis gafas —dice Temba. El jardín es un mar de negro y blanco. La cara delante de él se desplaza y una súbita avalancha de luz le perfora los ojos a Temba. Algo le borbotea en las entrañas. La lengua le sabe a la medicina dulce y pegajosa que su padre le ha metido en la boca.

Ahora unas manos le están poniendo las gafas a Temba, que levanta la vista con los ojos entornados, parpadeando.

—Mi papá trabaja aquí.

—Lo sé. —El chico susurra. A través de su voz viaja el miedo.

Temba también procura susurrar.

—En teoría no tendría que estar aquí.

—Yo tampoco.

Temba está recuperando la vista. Vislumbra grandes palmeras, rosales y un árbol col contra el muro del jardín. Intenta distinguir al chico de pie ante él en contraste con el telón de fondo del sol. Tiene la piel suave y bronceada y un gorro de lana sobre la cabeza, como ligeramente recubierta de fieltro. Alarga los brazos y le pone bien la manta sobre los hombros a Temba.

—Mi cuerpo está enfermo —dice Temba.

—Chis —susurra el chico. Se quita el gorro y se lleva tres dedos a la sien como para refrenar un dolor de cabeza. Temba se fija en unos contornos curiosos en el cráneo del chico, pero entonces se vuelve a poner el gorro, sorbe por la nariz y mira con nerviosismo hacia la casa.

—Soy Temba. Vivo en el B478A, Zona C, Khayelitsha.

—De acuerdo, Temba. Más vale que descanses ahora.

Temba mira hacia la casa. Las líneas puras de su perfil descuellan sobre los setos, divididas por marcos de ventana plateados y barandillas de galería cromadas.

—Voy a descansar —dice.

—Bien —susurra el chico de piel tersa y orejas relucientes. Luego da cinco pasos rápidos por el patio trasero, se aúpa entre los troncos de dos palmeras, escala el muro del jardín y desaparece.

Los días siguientes

El rostro agonizante de Harold, el cuerpo derrumbado de Roger y los ojos vaporosos de Temba dan vueltas por los pensamientos de Luvo como una película atroz. La muerte sucede a la muerte en incesante concatenación.

Pasa el resto del domingo escondido por los laberínticos senderos de Company Gardens, agazapado entre las hojas. Aquí y allá corren ardillas; trabajadores municipales cuelgan luces navideñas a lo largo de una hilera de robles. ¿Le están buscando? ¿Le busca la policía?

El lunes Luvo está escondido en la callejuela delante de un asador viendo las noticias en una televisión del establecimiento a través de una ventana abierta. Le hacen falta varias horas para verlo: Una anciana ha abatido a un intruso en Vredehoek. Una periodista está en la calle de Alma, a unas casas de distancia, y habla por el micrófono. Al fondo una tira de cinta policial roja y amarilla se extiende a través de la carretera. La periodista no dice nada sobre la demencia de Alma, nada sobre Pheko ni Temba, nada sobre cómplices. La noticia entera dura tal vez unos veinticinco segundos.

No regresa al apartamento de Roger. No va nadie a por él. No aparece

Roger en mitad de la noche para despertarlo zarandeándolo y meterlo en un taxi a empujones. No llega Pheko a pedirle explicaciones. No se presentan los fantasmas de Harold o Alma. El martes por la mañana Luvo va en autobús a Derry Street y se llega caminando a las laderas de la Montaña de la Mesa por entre las casas elegantes y silenciosas de Vredehoek. Hay una camioneta azul delante de la casa de Alma y la puerta del garaje está abierta. El garaje está vacío del todo. No está el Mercedes, ni el cartel de la inmobiliaria. No hay luces. La cinta policial sigue allí. Mientras permanece un momento junto a la cuneta, una mujer de piel oscura pasa por detrás de la ventana manejando un aspirador.

Esa tarde le vende los cartuchos de recuerdos de Alma a un traficante llamado Repollo. Este hace salir de entre los árboles a un adolescente de ojos enrojecidos para que los visiona con ayuda de un aparato de memoria desvencijado. La transacción dura más de dos horas. «Son reales», afirma el adolescente por fin, y Repollo mira a Luvo de arriba abajo antes de ofrecerle 3.300 rands por todo el lote.

Luvo observa los cartuchos en el fondo de su mochila. Son sesenta y uno. Momentos puntuales de una vida. Le pregunta al traficante si puede comprar el dispositivo a distancia, con su casco alabeado de aspecto mugriento, pero Repollo se limita a sonreír y negar con la cabeza. «Cuesta más de lo que llegarás a tener nunca», dice, y tira del cordón de la mochila para cerrarla.

Después Luvo vuelve a cruzar Company Gardens hasta el Museo Sudafricano y se queda en la sala de fósiles con su dinero en el bolsillo. Mira todas las vitrinas. Braquiópodo, mejillón papiro, almeja de marisma. Cola de caballo, hepática, helecho con semillas.

Afuera empieza a lloviznar. Un celador llega caminando sin prisas y anuncia sin dirigirse a nadie en particular que es hora de cerrar. Dos turistas entran por la puerta, echan una mirada y se van. Enseguida la sala se queda

vacía. Luvo permanece delante del espécimen de gorgona un buen rato. Es un esqueleto de cabeza esbelta que persigue algo sobre sus largas patas con los incisivos caninos a la vista.

En el mercado callejero de Greenmarket Square Luvo compra los siguientes artículos: un bolso de lona verde vivo, nueve hogazas de pan blanco, un raspador para quitar pintura, un martillo, una bolsa de naranjas, cuatro botellas de agua de dos litros, un saco de dormir de poliéster y un anorak rojo acolchado con la leyenda «Kansas City Chiefs» en la espalda. Una vez ha terminado, tiene 900 rands en el bolsillo, todo el dinero que le queda en el mundo.

B478A

Pheko levanta la vista en la oscuridad de su casita y escucha el repiqueteo de la lluvia contra el tejado. A su lado Temba parpadea con sus ojazos, esperando a que el sueño se esfume. Ha empezado a bajarle la fiebre: está recuperándose poco a poco.

Pheko está pensando en su primo, que dice que igual le puede buscar un trabajo cargando sacos de cemento en polvo para ser transportados. Está pensando en la pelusa de los insectos muertos en las mosquiteras de las ventanas, los rastros de las hormigas que marchan por el suelo. Y está pensando en Alma.

La policía estuvo haciéndole preguntas a Pheko durante seis horas. No sabía adónde se habían llevado a Temba; apenas sabía dónde estaba. Luego lo soltaron. Le dejaron quedarse los antibióticos, hasta le pagaron el billete de tren. Después de salir de la cocina esa mañana con la policía, mientras Alma

seguía pasando las páginas de aquella gruesa revista de moda de hace cinco años, no ha vuelto a verla.

Por toda la casita hay cosas que le han dado Harold y Alma a lo largo de los años, cosas en desuso y prendas desechadas: una cacerola mellada, un peine de plástico, una taza esmaltada en la que pone PICNIC DE VERANO, Inmobiliaria Porter. Un trapo de cocina, un colador de plástico, un termómetro. ¿Cuántas horas habría pasado Pheko con Alma durante los últimos veinte años? La lleva grabada; forma parte de él.

—Vi a un chico —dice Temba—. Parecía un ángel de la iglesia.

—¿En sueños?

—Igual —contesta Temba—. Igual era un sueño.

Swartberg Pass

Ante el autobús matinal en dirección este desde Ciudad del Cabo queda la rectitud imposible de la N1 que cruza el desierto hasta el horizonte mismo. La enorme ventanilla tintada del autobús engulle la carretera como un infinito lazo negro. A ambos lados de la N1, praderas agostadas se alejan de los márgenes de la carretera hacia gavillas de montañas pardas. Por todas partes hay luz y piedra y una distancia inimaginable.

Luvo se siente simultáneamente asustado e impresionado. Hasta donde alcanza a recordar, no ha salido nunca de Ciudad del Cabo, aunque alberga los recuerdos de Alma viajando en su interior, las ensenadas azul intenso de Mozambique, la lluvia en Venecia, una fila de viajeros de traje guardando cola en primera clase en una estación de ferrocarril en Johannesburgo.

Saca la fotografía de Harold de la mochila. Harold, con un gesto que es

medio sonrisa, medio mueca, saliendo del mar. Piensa en Roger, muerto en el suelo de la sala de estar de Alma. Oye a Chefe Carpenter decir: «Debes dinero, ¿verdad?».

Es por la tarde cuando Luvo se apea en la intersección de Prince Albert Road. Una gasolinera y unos cuantos tráileres de aluminio se acurrucan bajo un sol de color latón. Águilas negras describen lentos óvalos unos cientos de metros por encima de la carretera. Tres mujeres de aspecto amigable están sentadas bajo una sombrilla de vinilo y venden queso, mermelada y bollos pringosos.

—Hace calor —dicen, tomándole el pelo—. Quítate el gorro.

Luvo niega con la cabeza. Mastica un bollo y espera con el bolso de lona. Casi ha anochecido cuando un viajante bantú en un Honda de alquiler se detiene delante de él.

—¿Adónde vas?

—Al Swartberg.

—¿Quieres decir al otro lado del Swartberg?

—Sí, señor.

El conductor alarga el brazo y abre la portezuela. Luvo se monta. Giran hacia el sudeste. El sol se pone en una estela de color naranja y la luz de la luna se derrama sobre el Karoo.

El asfaltado se termina. El hombre conduce la última hora por tierras yermas en silencio; los ojos asombrados de zorros con orejas de murciélago se reflejan de vez en cuando en los alargados haces de luz, una enorme extensión de estrellas les sigue el ritmo en lo alto y se levantan cortinas de polvo al paso de las ruedas traseras.

El coche vibra bajo sus cuerpos. Poco después ya no hay tráfico en ninguna dirección. Se alzan inmensos muros de piedra, más oscuros que el cielo. Toman una curva y un letrero marrón rectangular, con la parte superior

acribillada por una andanada de perdigones, reza SWARTBERGPAS. Luvo piensa: «Harold y Alma vieron ese mismo letrero. Antes de que Harold muriera pasaron por este preciso lugar».

Quince minutos después el Honda está subiendo una de las incontables pendientes cuando Luvo dice:

—Pare aquí el coche, por favor.

El hombre aminora.

—¿Que pare?

—Sí, señor.

—¿Estás mareado?

—No, señor.

El cochecito se estremece al detenerse con la marcha en vacío. Luvo se desabrocha el cinturón. El hombre le mira parpadeando en la oscuridad.

—¿Vas a bajarte aquí?

—Sí, señor. Justo antes de la cumbre.

—Estás de broma.

—No, señor.

—Venga, aquí arriba hace frío. Aquí arriba nieva. ¿Has visto alguna vez la nieve?

—No, señor.

—La nieve está tremendamente fría. —El hombre se tira del cuello de la camisa. Parece a punto de asfixiarse de tan extraña como es la petición de Luvo.

—Sí, señor.

—No puedo dejar que te bajes aquí.

Luvo guarda silencio.

—¿Hay alguna posibilidad de convencerte de que no lo hagas?

—No, señor.

Luvo coge el bolso grande de lona y las cuatro botellas de agua del asiento de atrás y sale a la oscuridad. El hombre lo mira medio minuto entero antes de arrancar. El ambiente es cálido a la luz de la luna pero Luvo se queda temblando un momento, con sus cosas en la mano, y luego va a la orilla de la carretera y mira por encima del muro de retención las sombras más abajo. Encuentra un sendero estrecho, abierto en la ladera, y recorre tal vez unos doscientos metros hacia el norte del camino, deteniéndose de vez en cuando para mirar los pilotos idénticos del Honda del viajante que suben las pendientes mucho más arriba en dirección a la cima del paso.

Luvo encuentra una repisa desigual cubierta de hierba seca y piedras más o menos del tamaño del dormitorio de arriba de Alma Konachek. Desenrolla el saco de dormir, orina y contempla a sus pies el talud iluminado por las estrellas, que desciende un kilómetro tras otro hasta las llanuras del Karoo, mucho más abajo.

Echa un trago de agua, se acuesta en el saco de dormir e intenta tragarse el miedo. Las piedras en el suelo siguen calientes del sol. Las estrellas son brillantes y tan numerosas que parece imposible. Cuanto más mira un área de cielo, más estrellas surgen allí. Una cordillera tras otra de soles ardiendo hasta extinguirse más allá de su capacidad de visión.

No aparece ningún coche por el camino. No cruza el cielo ningún avión. El único sonido es el del viento. ¿Qué hay aquí? Milpiés. Buitres. Serpientes. Jabalíes verrugosos, avestruces, bosboks. Más lejos, en las mesetas del norte: chacales, perros salvajes, leopardos. Los pocos rinocerontes que quedan.

El primer día

El amanecer halla a Luvo caliente y con la cabeza descubierta dentro del saco de dormir; una brisa acaricia los puertos que tiene en el cuero cabelludo. Una furgoneta sube a duras penas las pendientes del camino a lo lejos, con la leyenda HAPPY CHIPS pintada en el lateral.

Se incorpora. Alrededor del saco de dormir hay piedras, y allende el pequeño saliente cubierto de hierba donde está, más rocas. Las laderas por debajo y por encima de él están sembradas de rocas de todos los tamaños, medio hundidas en la tierra cual lápidas. Más allá se han desprendido de los precipicios losas del tamaño de casas. De hecho, parece haber bloques de arenisca y caliza por todas partes, un sinfín de rocas.

La furgoneta de Happy Chips desaparece tras otra curva cerrada. No hay almas, solo unos cuantos árboles raquíticos; solo cantos rodados y distancias. Sobre su pedestal en el museo, el esqueleto de gorgona le había parecido enorme, del tamaño de un dinosaurio, pero aquí la escala de los objetos resulta nueva. ¿Qué era un dinosaurio en comparación con precipicios como estos? Sin volver la cabeza, Luvo ve diez mil rocas en las que podría estar oculta una gorgona.

¿Por qué pensó que sería capaz de encontrar aquí el fósil? ¿Un chico de quince años que solo sabe de novelas de aventuras y de los recuerdos de una anciana? ¿Que nunca ha buscado un fósil en su vida?

Luvo come dos pedazos de pan y camina lentamente en círculo alrededor del saco de dormir, volviendo piedras con los dedos de los pies. En algunas crecen manchas de liquen, tonos naranja pálido y grises, y las piedras también albergan granos de color, estriaciones negras, salpicaduras plateadas. Son preciosas pero no contienen nada que se parezca a los fósiles del museo, en la vitrina de Harold, en los recuerdos de Alma.

Todo ese primer día Luvo describe círculos cada vez más amplios en torno a su pequeño campamento, provisto de una botella de agua, viendo cómo su

sombra se desliza sobre las laderas. Las nubes pasan a la deriva sobre la cordillera hacia el horizonte y sus sombras se arrastran por encima de las granjas mucho más abajo. Luvo recuerda a Harold hablándole a Alma del tiempo. Más joven era «más arriba en las rocas». Las cosas antiguas estaban más profundas. Pero aquí, ¿qué es más arriba y más abajo? Esto es un desierto de rocas. Y todas y cada una de las piedras que vuelve Luvo son lisas y no tienen rastro alguno de hueso.

Igual atraviesa el paso un coche cada dos horas. Tres águilas planean por encima de su cabeza al caer la tarde, llamándose, sin aletear ni una sola vez mientras sobrevuelan la cumbre.

El Great Karoo

En sueños Luvo es Alma: una agente inmobiliaria de piel blanca, sin dolor alguno, bien alimentada. Por todas partes hay percheros circulares en los que relucen prendas de ropa. Aire acondicionado, perfumes, escaleras automáticas. Los recepcionistas le muestran sus caras limpias y sonrientes.

Los dolores de cabeza le parecen cada vez más intensos. Tiene la sensación de que le aplastan la cabeza lentamente y que lo que brota por efecto de la presión es el sabor metálico que se le filtra en la boca.

El segundo día en Swartberg Pass, las hormigas abren un agujero en una de las bolsas de pan. El sol le abrasa los brazos y el cuello. Allí tumbado por la noche Luvo tiene la sensación de que la gorgona está en el eje de una rueda de la que salen innumerables radios. Ahí viene Luvo en un radio, Temba en el siguiente y Pheko, Harold y Alma después. Todo siguiendo su curso a través de la noche, describiendo inmensos giros, casi insondablemente, como

la rueda de la Vía Láctea en las alturas. Solo el centro permanece en la oscuridad, solo la gorgona.

Luvo intenta evocar de su memoria imágenes de la gorgona en el museo, intenta imaginar el aspecto que podría tener un espécimen así aquí fuera, entre las rocas. Pero su mente vuelve una y otra vez a la casa de Alma Konachek.

Roger está muerto. Harold está muerto. Alma está o bien en la cárcel, o bien ingresada en un asilo para ricos y blancos. Si queda algo de quien era, es un retazo, un jirón, alguna nota garabateada que una limpiadora o Pheko desprendió con gesto culpable de su muro y tiró a la basura. Y ¿cuánto tiempo aguantará Luvo en mejor estado que ellos, con esos puertos palpitándole en el cráneo? ¿Unos meses más?

La sorpresa es esta: a Luvo le gusta la tarea extraña y relajante de buscar entre las piedras. Siente cierta paz aferrado a la ladera de Swartberg Pass: las nubes son como inmensos acorazados plateados, los atardeceres como líquidos dorados; el Karoo es un lugar de luz cruda, cielos monumentales e incesante silencio. Pero bajo el silencio, está averiguando, bajo el viento que todo lo erosiona, siempre hay ruido: el sonido de la hierba que sisea en las laderas de los acantilados y el trapaleo de los árboles de los pastores, agazapados aquí y allá en las hendiduras. Cuando se acuesta en el saco de dormir la tercera noche alcanza a oír unos susurros casi imperceptibles: flores nocturnas que descubren sus pétalos a la luna. Cuando está muy quieto y su mente ha aplacado el roer y girar y sorber de sus miedos, imagina que alcanza a oír el discurrir del agua muy por debajo de las montañas, y los movimientos de las raíces de las plantas que se zambullen hacia ella: suena como las voces de hombres, que se cantan suavemente unos a otros. Y detrás de eso —¡ojalá fuera capaz de escuchar con más atención aún!— habría mucho que oír: los chillidos supersónicos de los murciélagos y, en las mesetas más lejanas, las

conversaciones subsónicas de los elefantes en las reservas de caza, gruñidos y gemidos tan profundos que se transmiten entre animales a kilómetros de distancia, obligados a permanecer en unas cuantas reservas aisladas, como náufragos en islas lejanas, sus llamadas atravesando las montañas y viajando de regreso.

Esa noche despierta al oír los pasos temblorosos de seis grandes antílopes, tímidos e inquietos; la queratina de sus pezuñas resuena contra las piedras, el vaho de su aliento asoma a la luz de la luna cuando pasan en fila por delante de su saco de dormir, a poco más de quince metros.

La cuarta mañana que Luvo lleva allí, deambulando debajo del paso, tal vez a medio kilómetro largo de la carretera, le da la vuelta a una piedra del tamaño de su mano y encuentra impreso en la cara inferior el perfil blanco y nítido de lo que parece una concha de almeja. La concha es más clara que la piedra en torno y tiene los bordes festoneados. El nombre del fósil surge de algún rincón de su cerebro: braquiópodo. Se sienta al sol y pasa las yemas de los dedos por las docenas de surcos de la piedra. Un animal que vivió y murió hace una eternidad, cuando la falda de esa montaña era un lecho marino y galaxias de almejas batían sus conchas al sol.

Luvo oye la voz sonora y entusiasta de Harold Konachek: «Hace doscientos cincuenta millones de años este lugar era exuberante, estaba lleno de helechos, ríos y barro». Carne que se desprendía, minerales que penetraban en los huesos, el peso de milenios acumulándose, cuerpos que se convertían en rocas.

Y ahora esta pequeña criatura había salido a la superficie, al ser erosionada la tierra por el viento y la lluvia, del modo en que a veces un cadáver congelado mucho tiempo atrás sale a la superficie de un glaciar, después de siglos reposando en las profundidades sin luz.

¿Qué perdura?

Sus sueños se extravían cada vez más de su realidad, sueños que parecen emerger no de su propia infancia olvidada sino de vidas que han llegado hasta él a través de la sangre. Sueños de antepasados, sueños de hombres de hace mucho tiempo que arrastraron sus cabezas doloridas por este lugar tan árido, siglos de naciones persiguiendo manadas a través de las arenas, grupos enteros pasando entre la calima con las caras pintadas de ocre, lanzas en los puños y grandes tiendas harapientas dobladas y atadas a la espalda, los largos mástiles oscilantes al ritmo de sus pasos, los perros trotando a sus pies con la lengua fuera. Manadas de cuerpos gruesos, animales de lluvia y huellas de manos, líneas de puntos que descendían de un cielo y se conectaban con un cuerpo de rinoceronte. Hombres con cabeza de antílope. Peces con caras de hombre. Mujeres que se disolvían en neblinas rojizas.

La quinta mañana en Swartberg Pass halla a Luvo agotado y vacío y tan dolorido que no puede levantarse del saco de dormir. Saca la fotografía abarquillada de Harold del bolso de lona y la observa, pasando los dedos por los rasgos del hombre. Por los pequeños orificios en cada esquina asoman puntos de cielo.

Luvo intenta abrirse paso a través del dolor de cabeza, intenta engatusar a su memoria para que recuerde los momentos previos a la muerte de Harold. Este estaba hablando de geología, de muerte. «¿Qué es lo único permanente en el mundo? ¡El cambio!» Molinos de viento, corrales de ovejas, un cartel que dice SWARTBERGPA.

Luvo recuerda el sándwich de Alma en el salpicadero, el viento entre la hierba a la orilla de la carretera, a Harold volviendo por fin por encima del arcén de la carretera, tambaleándose al tiempo que mascullaba el nombre de

Alma. Le salía espuma rosada por la boca. Alma pulsaba los botones del teléfono en vano. La grava se le clavaba en la mejilla a Harold y el polvo se le posaba en los globos oculares.

Luvo mira fijamente la fotografía de Harold. Ha empezado a sentirse como si el muro de papeles y cartuchos de Alma se hubiera reiterado aquí en la ladera de la montaña un centenar de veces, estas legiones de piedras cual idénticos cartuchos beiges, todas impresas en el mismo material. Y aquí está condenado a repetir el mismo proyecto una y otra vez, rastreando un patrón entre un millar de cosas, registrando un paisaje enrevesado en busca de los restos de algo que hubo antes.

Los cartuchos del doctor Amnesty, el Museo Sudafricano, los fósiles de Harold, la colección de Chefe Carpenter, el muro de la memoria de Alma: ¿acaso no eran maneras de intentar enfrentarse al olvido? ¿Qué es la memoria de todos modos? ¿Cómo puede ser algo tan frágil, tan perecedero?

Las sombras viran, se acortan; el sol se aúpa sobre la cima de una montaña. Luvo recuerda por primera vez algo que le decía el doctor Amnesty a Alma en uno de los cartuchos: «La memoria se construye sin ninguna lógica clara u objetiva: un punto aquí, otro punto allá, y espacios oscuros más que de sobra en medio. Lo que sabemos siempre está evolucionando, siempre se está subdividiendo. Si se recuerda un recuerdo con la suficiente frecuencia, se puede crear un nuevo recuerdo, el recuerdo de recordar».

Si se recuerda un recuerdo con la suficiente frecuencia, piensa Luvo. Quizá se impone. Quizá el recuerdo vuelve a ser nuevo.

En la memoria de Luvo explota un arma. Roger se derrumba escaleras abajo y deja escapar un último suspiro. Un niño de cinco años está sentado en una tumbona arropado con una manta y parpadeando hacia el cielo. Alma arranca una página de *La isla del tesoro* y la clava a una pared. Todo ocurre una y otra y otra vez.

«Un cadáver —le dijo Harold a Alma en una ocasión—, se desvanece tan rápidamente que te deja sin aliento.» De niño, dijo, su padre depositaba una oveja muerta a la orilla de la carretera y en tres días los chacales no habían dejado más que los huesos y la lana. En una semana, hasta los huesos habían desaparecido.

«Nada dura —decía Harold—. Que aparezca un fósil es un milagro. Una posibilidad entre cincuenta millones. ¿El resto de nosotros? Desaparecemos convertidos en hierba, en escarabajos, en gusanos. En lazos de luz.»

Es lo más excepcional lo que se preserva, piensa Luvo, lo que no queda borrado, descompuesto, transformado.

Luvo da vueltas a la fotografía entre las manos y le viene a la cabeza un pensamiento nuevo: cuando Harold estaba apoyado en el Land Cruiser, agarrándose el pecho, respirando cada vez más aprisa, con el corazón parado en el pecho, no llevaba el bastón. El bastón de ébano hortera con el elefante en lo alto. El bastón que ponía a Alma de los nervios. Cuando Harold se alejó del Land Cruiser, cogió el bastón de la parte de atrás del todoterreno. Y a su regreso, un par de horas después, ya no lo llevaba.

Quizá se le cayó cuando volvía al Land Cruiser. O quizá lo dejó entre las rocas para señalar la ubicación de la gorgona. Han transcurrido cuatro años y alguien podría haber recogido el bastón o podría haber caído por un acantilado durante una tormenta, o Luvo podría estar recordándolo mal, pero se da cuenta de que estuvo aquí una vez, en la ladera norte de Swartberg Pass, en algún lugar por debajo de la cumbre. Cerca de donde Luvo ha acampado. Y podría seguir aquí.

Luvo quiere encontrar la gorgona, necesita encontrarla, por sí mismo, por Alma, por Pheko, por Roger, por Harold. Si el bastón sigue aquí, piensa, no le será tan difícil encontrarlo. Aquí arriba no hay árboles tan grandes o ramas

ni remotamente tan largas como ese bastón. Ninguna madera tan oscura como el ébano.

Es un detalle, quizá, pero es suficiente para que Luvo se ponga en pie y empiece a buscar de nuevo.

La gorgona

Durante todo ese día y el siguiente, Luvo camina por el mar de piedras. Solo le queda una botella de agua de dos litros y la raciona con cautela. Trabaja en círculos, en rectángulos, en triángulos. Cinturones y ringleras y alfombras de piedras. Ahora busca algo oscuro, teñido por el sol quizá, unas pocas cuentas rojas enrolladas en torno a la empuñadura, el elefante de madera tallado en la parte superior. Ha visto a niños que vendían bastones parecidos por la carretera del aeropuerto, en tiendas para turistas y en Greenmarket Square.

La sexta noche se pone a llover y Luvo tiende el saco de dormir encima de un arbusto, se refugia debajo y duerme sin soñar, y en torno a él las arañas tejen sus telas entre las ramas. Cuando despierta, el cielo está pálido.

Se levanta, sacude las gotas de agua del saco de dormir. Nota la cabeza sorprendentemente ligera, casi no le duele. Es por la mañana, piensa Luvo. He dormido durante todo un aguacero. Sube quizá unos quince metros hasta una roca plana y tersa, se sienta para comer una rebanada de pan y entonces lo ve.

El bastón de Harold asoma entre dos cantos rodados a doscientos metros de allí. Incluso desde donde está sentado Luvo alcanza a ver el agujero casi en el extremo superior, un minúsculo espacio tallado entre las piernas y el torso del elefante.

Todos y cada uno de los segundos mientras recorre esos doscientos metros son como zambullirse en agua muy fría, ese primer instante en que el cuerpo sufre una sacudida, y todo lo que eres, todo eso que consideras tu vida, se desintegra un momento, y lo único que te rodea es el agua y el frío, tu corazón intentando clavar astillas en un bloque de hielo.

El bastón está descolorido por el sol y las cuentas ya no se hallan en la empuñadura pero sigue clavado en el suelo. Como si Harold lo hubiera dejado así para que lo encontrara Luvo. Se queda mirándolo un rato, temeroso de tocarlo. La luz matinal es fresca y clara. Por la ladera en torno gotea suavemente la lluvia de la víspera.

Hay un montón de piedras minuciosamente dispuestas justo al lado, e incluso después de que Luvo las haya quitado casi todas a zarpazos, le lleva unos minutos caer en la cuenta de que lo que está mirando es un fósil. La gorgona es blanca en contraste con la piedra caliza más gris y el contorno del animal en su interior parece interrumpido en algunos lugares. Pero al final atina a identificar su forma desde una pata delantera hasta la punta de la cola: Es del tamaño de un cocodrilo, está inclinado hacia un lado y como hundido en una enorme bañera de cemento. Las garras grandes y curvas siguen en su lugar. Y el cráneo está separado por completo del resto de la piedra, como si lo hubiera desplazado el retroceso de una inundación. Es grande. Más grande, le parece, que el fósil del museo.

Luvo levanta más piedras, retira la grava y el polvo con las manos. El esqueleto está totalmente articulado, como curvado sobre la piedra. Mide quizá tres metros. El corazón le da un patinazo.

Con el martillo le lleva a Luvo tal vez unas dos horas desprender el cráneo entero. Saltan pequeñas lascas de piedra más oscura cuando lo golpea y espera no estar dañando lo que ha llegado a encontrar. Del tamaño de una antigua televisión de caja, totalmente de piedra, incluso una vez liberada de la

matriz que la rodea parece imposible que pueda levantar la cabeza. Hasta las cuencas de los ojos y las fosas nasales están llenas de piedra, de un color más claro que el cráneo que la rodea. Luvo piensa: «No podré moverlo yo solo».

Pero lo mueve. Abre la cremallera del saco de dormir y lo dobla sobre el cráneo, protegiéndolo por todos lados, y sirviéndose del bastón como palanca, empieza a hacer rodar el cráneo, unos centímetros cada vez, hacia la carretera. Ha oscurecido y Luvo se ha quedado sin agua antes de que haya llevado el cráneo hasta los pies del muro de contención. Luego vuelve donde el resto del esqueleto, lo cubre con piedras y grava otra vez, lo señala con el bastón y traslada el campamento más cerca de la carretera.

Le duelen las piernas; tiene cortes en los dedos. Sobre el perfil de la cordillera se expanden círculos de luz de estrellas. Los insectos en la hierba a su alrededor se regocijan en su coro nocturno. Luvo se sienta en el bolso de lona con la última naranja en el regazo y el cráneo esperando un par de metros más abajo, envuelto en el saco de dormir. Se pone el anorak rojo intenso. Aguarda.

La luna pasa lentamente por encima de las montañas, inmensa, verde, plagada de cráteres.

El regreso

Tres finlandesas que hablan inglés paran a recoger a Luvo después de medianoche. Dos se llaman Paula. Parecen un poco borrachas. Es sorprendente las pocas preguntas que hacen acerca de por qué Luvo tiene un aspecto tan desastrado o cuánto rato llevaba sentado a la orilla de una de las carreteras más remotas de África. Se deja el gorro puesto y les dice que ha

estado buscando fósiles y que si pueden ayudarle con el cráneo. «De acuerdo», acceden, y trabajan en equipo, descansando de vez en cuando para pasarse una botella de cabernet, y en quince minutos han pasado el cráneo por encima del muro y le han hecho sitio en la trasera de la autocaravana.

Están viajando por Sudáfrica. Una ha cumplido hace poco los cuarenta y las otras han venido a celebrarlo con ella. Tienen el suelo del vehículo cubierto hasta la altura de las rodillas de envoltorios de comida, mapas y botellas de plástico. Se pasan un grueso trozo de queso arrancado de cualquier modo; una de las Paulas corta cuñas y las coloca encima de galletitas saladas. Luvo come poco a poco, mirándose las uñas rotas y preguntándose cómo debe de oler. Y aun así, está la música reggae que suena en el salpicadero, está la abundancia de la risa de esas mujeres. «¡Vaya aventura!», dicen, y él piensa en los libros de bolsillo en el fondo del bolso de lona. Cuando se detienen en la cima del paso y le piden a Luvo que les saque una fotografía al lado del baqueteado indicador marrón que dice DIE TOP, Luvo tiene la sensación de que igual le han sido enviadas como ángeles.

El amanecer los halla comiendo huevos revueltos y tomates troceados en el comedor desvencijado y desierto del hotel Queens en un pueblo de carretera llamado Matjiesfontein. Luvo se toma una Fanta helada y ve comer a las mujeres. Su viaje está llegando a su fin y se enseñan fotos en la pantalla de la cámara. Avestruces, bodegas, clubes nocturnos.

Cuando se ha terminado la primera Fanta, Luvo se toma otra, los ventiladores giran lentos por encima de sus cabezas, y las sonrisas amables y perladas de sudor de las tres mujeres se vuelven hacia él de vez en cuando, como si sus mundos blanco y negro fueran uno y el mismo, como si las diferencias entre las personas no fueran tan importantes, y luego se levantan, suben en la autocaravana en tropel y regresan a Ciudad del Cabo.

Conduce una de las Paulas; las otras dos mujeres duermen. Por las

ventanillas desfilan los cables de comunicaciones describiendo parábolas someras de un poste al siguiente. La carretera es incesantemente recta. Paula la conductora vuelve la vista de cuando en cuando hacia Luvo en el asiento de atrás.

—¿Te duele la cabeza?

Luvo asiente.

—¿Qué clase de fósil es?

—Igual es uno que llaman gorgona.

—¿Gorgona? ¿Cómo Medusa? ¿La que tenía serpientes en vez de pelo y todo eso?

—No estoy seguro.

—Bueno, las gorgonas son esas, desde luego. Medusa y sus hermanas. Te convertías en piedra si las mirabas a los ojos.

—¿De verdad?

—De verdad —asegura Paula, la finlandesa de cuarenta años.

—Esta gorgona es muy antigua —comenta Luvo—. De cuando todo este desierto era una marisma y discurrían grandes ríos por todas partes.

—Ya —dice Paula. Conduce un rato, llevando el ritmo de la música con el pulgar contra el volante—. ¿Te gusta eso, Luvo? Ir por ahí desenterrando cosas antiguas.

Luvo mira por la ventanilla. Ahí fuera, más allá de las líneas que trazan las vallas, bajo la luz de las estrellas, las colinas de cima plana, bajo la meseta esteparia, bajo los matorrales enanos, bajo el viento que corre incesantemente por el Karoo, ¿qué más queda oculto?

—Sí —contesta—. Me gusta.

El hotel Doce Apóstoles

Paula aparca la autocaravana delante del muro de estuco de Chefe Carpenter, los cuatro se apean y Luvo saluda con la mano a la cámara de vigilancia pero no parece ocurrir nada, así que se sientan en el bordillo a esperar. Ni diez minutos después llega Chefe en albornoz por la calle paseando a sus dos pastores escoceses. Mira a Luvo y luego a las mujeres con el pelo apelmazado y las camisas arrugadas, y cuando abren la trasera de la caravana y retiran los restos andrajosos del saco de dormir de Luvo, observa el fósil un minuto entero sin decir nada. Sus ojos parecen incrédulos y al mismo tiempo ensoñados, como si no supiera con seguridad si lo que está ocurriendo es real. Con el labio trémulo y la mirada cálida contempla a Luvo igual que si estuviera a punto de llorar.

Veinte minutos después están en el immaculado garaje de Chefe tomando café con el cráneo desnudo sobre el suelo pintado. La enorme cabeza recuperada del pasado y despojada de su contexto. Chefe hace una llamada y viene un indio que mira el cráneo con la mano en la barbilla y después hace varias llamadas más. Su entusiasmo es evidente. En cuestión de una hora vienen tres hombres más a ver el cráneo y a las tres finlandesas que no paran de bostezar y al chico raro con el gorro de lana.

Al final Chefe desaparece en el interior de la casa y vuelve a salir vestido con un traje azul de corte elegante. Dice que puede ofrecer 1.400.000 rands. A las finlandesas se les abre la boca simultáneamente. Dan palmadas a Luvo en la espalda. Se ponen a chillar y a saltar por el garaje. Luvo pregunta qué puede darle ahora y Chefe dice:

—¿Ahora? ¿Hoy mismo?

—Eso ha dicho —señala una de las Paulas. Después de otra media hora de espera Chefe le da a Luvo 30.000 rands en efectivo. Es tanto dinero que tiene que dárselo en una bolsa de la compra de papel. Luvo pide que el resto le sea enviado en una sola suma a Pheko Garrett, B478A, Zona C, Khayelitsha.

—¿Todo? —pregunta Chefe, y Luvo dice:

—Todo.

—¿Cómo podemos estar seguros de que lo hará? —pregunta Paula, y Chefe levanta la vista hacia las tres, apartándola del cráneo por primera vez en varios minutos, como si no supiera cuál ha hablado. Parpadea una sola vez.

—Ya podéis iros —dice.

A tres manzanas de allí Luvo se despide de las finlandesas, que lo abrazan una detrás de otra y la dan sus direcciones de email en tarjetitas blancas; una de las Paulas llora suavemente al ver a Luvo apearse de su autocaravana alquilada.

Cerca de la entrada de Company Gardens hay una pequeña librería inglesa. Luvo entra con la bolsa de papel llena de dinero. Busca una edición de bolsillo de *La isla del tesoro* y paga con un billete de mil rands.

Luego para un taxi en el muelle y le dice al taxista que lo lleve al hotel Doce Apóstoles. El taxista lo mira de una manera rara y la recepcionista del hotel lo mira de la misma manera rara, pero Luvo tiene dinero en efectivo y una vez ha pagado, esta lo acompaña por un tramo de alfombra de color crema de cien metros de longitud hasta una puerta negra con el número 7.

La habitación está tan limpia y blanca como en el recuerdo de Alma. Delante del balcón rompen olas de color jade contra una playa dorada. En el cuarto de baño diminutas baldosas blancas cubren el suelo formando diamantes. Cuelgan toallas blancas y almidonadas de barras chapadas en níquel. Hay un retrete grande, blanco e inmaculado. En el suelo hay mullidas

alfombras de baño blancas. Una solitaria orquídea blanca se abre en un jarrón rectangular sobre la cisterna del retrete.

Luvo se da una ducha de tres cuartos de hora. Tiene unos quince años y le quedan tal vez seis meses de vida. Después de ducharse se acuesta en las sábanas perfectamente blancas de la cama y ve discurrir cual líquido por delante de la ventana el inmenso cielo vespertino. Multitud de gaviotas remontan el vuelo sobre la playa. Piensa en los recuerdos de Alma, tanto los que lleva en su cabeza como los que están en algún lugar de la ciudad: seguro que Repollo ya debe de haberlos vendido a estas alturas. Piensa en el recuerdo de Alma de este lugar, de la película sobre peces, deslizándose hacia el gran azul. Se duerme.

Cuando despierta, horas después, mira fijamente un rato los cuadros de noche de color cobalto por las ventanas y luego enciende la lámpara y abre *La isla del tesoro*.

«Lo recuerdo como si fuera ayer, meciéndose como un navío llegó a la puerta de la posada, y tras él arrastraba, como en unas angarillas, su cofre marino; era un viejo recio, macizo, alto, con el color de bronce viejo...»

La gorgona

Una cuadrilla de seis hombres tarda seis semanas en exhumar el esqueleto. Trabajan solo a la luz del día y aparcan los coches a dos curvas de la ruta más fácil y cuando tienen que llevar la grúa lo hacen por la noche. Lo transportan a Ciudad del Cabo en un vehículo sin distintivos. El tratante que se lo compra a Chefe Carpenter lo lleva a una casa de subastas del mercado negro en Londres. En Londres lo limpian y lo preparan, lo barnizan y lo montan sobre

un soporte de titanio. Se vende en una subasta anónima y clandestina por cuatro millones y medio de dólares, la cuarta suma más alta que se ha pagado nunca por un fósil. El esqueleto viaja desde Londres en un contenedor de barco a través del Mediterráneo y el Canal de Suez y a través del océano Índico hasta Shangai. Una semana después unos instaladores especializados lo colocan en un pedestal en el vestíbulo de un hotel de cincuenta y ocho plantas.

Nada de vegetación falsa, ni color, solo acetato de polivinilo en las juntas y un cubo de plexiglás colocado encima. Alguien pone dos grandes palmeras en macetas a los lados pero dos días después el propietario del hotel pide que las retiren.

Pheko

A finales de febrero Pheko va a la oficina de correos detrás de la tienda y en su casilla hay un solo sobre con su nombre. Dentro hay un cheque por casi 1.400.000 rands. Pheko levanta la vista. De pronto oye cómo le fluye la sangre a toda velocidad por la cabeza. El suelo se balancea bajo sus pies. Madame Gecelo, detrás del mostrador, le mira y vuelve a concentrarse en el formulario que estaba cumplimentando. Pasa un autobús sin ventanillas. Una nube de polvo discurre por encima de la pequeña oficina de correos.

No mira nadie. El suelo vuelve a ser estable. Pheko escudriña otra vez el sobre y lee la cantidad. Levanta la vista. La baja de nuevo.

En la línea del asunto en el cheque pone: «Venta de fósil». Pheko cierra la casilla del correo, se cuelga la llave al cuello y permanece un rato con los ojos cerrados. Cuando llega a casa le enseña a Temba los dos puños. Temba

lo mira con sus gafitas, luego mira los puños. Espera, concentrándose, y luego toca el puño derecho. Pheko sonrío.

—Prueba el otro.

—¿El otro?

Pheko asiente.

—Nunca me dices que pruebe el otro.

—Esta vez te digo que pruebes el otro.

—¿No es un truco?

—No es un truco.

Temba toca la mano izquierda. Pheko la abre.

—¿Tu tarjeta de autobús? —dice Temba. Pheko asiente—. ¿Tu tarjeta de autobús? —repite Temba.

Pasan por el mercado camino de la estación y compran bañadores, uno rojo para Pheko y otro azul claro para Temba. Van en el Golden Arrow a la ciudad. Pheko lleva la bolsa de la compra de plástico con los bañadores en la mano derecha pero no deja que Temba vea lo que hay dentro. Es un cálido día de marzo y las faldas de la Montaña de la Mesa son de una intensidad increíble en contraste con el cielo.

Pheko y Temba se apean en la parada de Claremont, caminan dos manzanas cogidos de la mano y entran en una sucursal del Standard Bank of South Africa a dos escaparates del polideportivo Virgin Active Fitness. Pheko abre una cuenta y muestra su identificación y el cajero pasa diez minutos tecleando datos diversos en el ordenador y luego solicita un depósito inicial. Pheko desliza el cheque por encima del mostrador.

Treinta segundos después aparece un director que mira el cheque y se lo lleva a un despacho con tabiques de cristal. Habla por teléfono quizá unos diez minutos.

—¿Qué estamos haciendo? —susurra Temba.

—Mantenemos la esperanza —susurra Pheko.

Después de lo que les parece una hora el director vuelve y le sonríe a Pheko y el banco ingresa el cheque.

Diez minutos más tarde Temba y Pheko están bajo el sol deslumbrante y despejado ante los ventanales de vidrio de Virgin Active Fitness. Un poco más arriba ven a gente en cintas de andar, esforzándose, y justo delante, a través de los tabiques, a través de sus propios reflejos, ven las tres piscinas cubiertas, los nadadores que se afanan por las calles, los socorristas en las sillas y los niños que se precipitan por los canales del sinuoso tobogán verde.

A la entrada Pheko le da a la portera un billete de 1.000 rands y ella rezonga un momento sobre el cambio pero se lo devuelve y Pheko rellena un formulario en una tablilla y luego entran en un vestuario grande, recubierto de taquillas con puerta de caoba, con algunos hombres aquí y allá afeitándose, atándose los cordones de las deportivas o anudándose la corbata, y ahí viene Pheko seguido al trote por Temba, poniéndose bien las gafitas con un gesto de alegre incredulidad, y Temba escoge la taquilla número 55 y se ponen los bañadores recién comprados, el rojo para Pheko y el azul claro para Temba. Van por un pasillo de baldosas bordeado de duchas que gotean, bajan doce peldaños, trasponen una puerta de cristal y acceden al ambiente agitado y clorado de las piscinas cubiertas.

Temba susurra algo que Pheko no alcanza a oír. Los socorristas con polos rojos están sentados en sillas. Cae agua a borbotones por el tobogán; los gritos de los niños resuenan en el techo.

Pheko sube con Temba por la escalerilla del tobogán, cogiéndolo de la manita, las piscinas cada vez más pequeñas a sus pies, las espaldas rosadas de los niños que van delante cubiertas de gotas de agua. Hacia la parte superior hay una breve espera, cada uno de los que van delante se coloca en su lugar, luego se suelta, lanzándose por el tobogán, tomando las curvas a toda

velocidad, y en un instante Pheko y Temba han subido los últimos peldaños y están juntos en lo alto del tobogán.

Pheko se sienta, aúpa a su hijo y lo coloca entre sus piernas. El agua tibia corre por sus bañadores, se precipita tobogán abajo y desaparece más allá de la primera curva. Pheko le quita las gafas a su hijo y se las queda en la mano.

Temba vuelve la mirada, sus ojos desnudos.

—Parece muy rápido, papá.

—Desde luego.

Pheko mira siguiendo el empinado canal hasta la primera curva y luego por encima del lateral hacia donde la piscina parece quedar muy, pero que muy lejos allá abajo, los nadadores cual abejitas soñolientas; la luz pura del sol entra a raudales por las ventanas, el tráfico discurre en silencio por delante.

La pregunta:

—¿Preparado?

—Preparado —dice Temba.

Alma

Alma está en el comedor comunitario sentada en un sillón amarillo. Lleva el pelo corto, plateado y rígido. La ropa que viste no es suya; las prendas parecen mezclarse en este lugar. Por la ventana a su izquierda ve un muro de hormigón, la mitad superior de un asta de bandera y un polígono de cielo.

El aire huele a repollo hervido. Los fluorescentes emiten un leve zumbido en el techo. Cerca dos mujeres intentan jugar al rummy pero las cartas se les caen una y otra vez. En algún otro lugar del edificio, tal vez en el sótano,

alguien podría estar aullando. Es difícil saberlo. Igual es solo el aire, silbando por los conductos de ventilación.

El espectro de un recuerdo le pasa fugazmente por la cabeza a Alma: está ahí mismo, luego se esfuma. En una televisión que preside la sala aparece un hombre con un micrófono, aparece una rueda que gira, aparece un público que aplaude.

Entra por la puerta una mujerona con un chaleco cerrado blanco y pantalones vaqueros blancos. A la luz de la entrada su piel oscura le resulta casi invisible a Alma, tanto así que parece como si un atuendo blanco hubiera cobrado vida y se le acercara, unos pantalones blancos, un chaleco blanco y unos globos oculares blancos flotando. Va directa hacia Alma y empieza a vaciar cajas sobre la mesa larga a su lado.

Una enfermera con bata de flores detrás de Alma da unas palmadas.

—A ver todos, va empezar la clase de manualidades —dice—. El que quiera trabajar con la señorita Stigers que venga.

Varias personas echan a andar hacia la mesa, una empujando un andador con ruedas. La mujer de ropa blanca está disponiendo cuencos, platos, pinturas. Abre un cubo grande de plástico. Mira a Alma.

—Hola, cariño —dice.

Alma vuelve la cabeza. Guarda silencio. Unos minutos después algunos otros están riendo, levantan las manos cubiertas de yeso. La mujer de ropa blanca canta para sí en voz queda mientras supervisa los diversos trabajos de los pacientes. Su voz resuena por debajo del barullo.

Alma permanece sentada muy tiesa. Lleva un jersey rojo con un ciervo. No lo reconoce. Sus manos, inmóviles en el regazo, están frías y le parecen garras. Como si también hubieran sido de otra persona.

La mujer canta en xhosa. La canción es dulce y lenta. En un cuarto apartado en la otra punta de la ciudad, dentro de una clínica de la memoria en

Green Point, cogen polvo un millar de cartuchos que albergan los recuerdos de Alma. En el cajón de su mesilla, entre tapones para los oídos, vitaminas y pañuelos de papel arrugados, está el cartucho que le dio Pheko cuando vino a verla, el cartucho 4510. Alma ya no recuerda qué es o lo que contiene, ni siquiera que le pertenece.

Cuando la canción termina, un hombre con jersey azul sentado a la mesa se pone a aplaudir con las manos manchadas de yeso. El pedazo de cielo que se ve por la ventana de Alma es cálido y púrpura. Lo cruza un avión de pasajeros que despide destellos de luz dorada.

Cuando Alma vuelve a mirar, la mujer de blanco está cerca de ella.

—Venga, cariño —dice con esa voz. Una voz como aceite tibio—. Pruébelo. Seguro que le gusta.

La mujer le pone a Alma delante un platillo de estaño. Hay hojas de periódico encima del mantel, alcanza a ver Alma, pintura y corazoncitos de madera y muñecos de nieve dispersos por ahí en cuencos de plástico. La mujer que canta vierte yeso blanco mate del cubo de plástico en el platillo de Alma y lo limpia con un palito de madera.

El yeso mate tiene una textura bonita, cremosa. Uno de los pacientes lo ha esparcido por todo el mantel. Otra tiene manchado el pelo. La mujer de blanco ha empezado otra canción. O igual está cantando de nuevo la misma, Alma no está segura.

—*Kuzo inzingo zalomhlaba* —canta—. *Amanda noxolo, uxolo kuwe.*

Alma levanta la mano izquierda. El yeso está húmedo y a la espera.

—Vale —susurra—. Vale.

Piensa: «Yo tenía a alguien. Pero me dejé aquí sola».

—*Kuzo inzingo zalomhlaba. Amanda noxolo, uxolo kuwe* —canta la mujer.

Alma hunde la mano en el yeso.

Procrear, generar

Imogene es minúscula, toda blanca. El pelo de algodón de azúcar, la frente pálida, los brazos de color tiza. Imogene la Reina de Hielo. Imogene la Princesa de Leche. Lleva tatuada una telaraña negra en el bíceps izquierdo. Es manager de gestión de recursos en Cyclops Engineering en Laramie, Wyoming.

Herb es de tamaño mediano, calvo, y no posee ninguna valentía especial. Su sonrisa es un torpe mosaico de dientes. Las venas le recorren los antebrazos como formaciones de raíces. Enseña filogenia molecular a universitarios. Imogene y él viven en una casa de una planta de ladrillo y cedro en cinco acres de terreno a poco más de veinte kilómetros de la ciudad. La mayor parte de la vegetación es salvia y espiguilla, pero tienen unos cuantos álamos de Virginia en un lecho de río seco, y un cementerio de neumáticos abandonados que Herb intenta despejar, y bandadas enteras de codornices que a veces cruzan el sendero de acceso a toda velocidad temprano por la mañana. Imogene tiene veintidós comederos para pájaros, unos colocados en postes, otros suspendidos de los aleros, comederos de plataforma y comederos esféricos, comederos en latas de café y comederos que tienen aspecto de chalet suizo, y todas las tardes, cuando vuelve de trabajar, los recorre provista de una escalera y un cubo de semillas surtidas, para tenerlos llenos.

En septiembre de 2002, Imogene se toma su última pastilla anticonceptiva y ella y Herb salen al sendero para que ella machaque el pastillero vacío con

el extremo plano del mazo de madera. El gesto excita a Herb: los pedazos de plástico en la grava, los tendones tensos en el cuello de Imogene. Ha estado pensando constantemente en niños de un tiempo a esta parte; se imagina volver a casa de la universidad y encontrarse a sus hijos encima de todo el mobiliario.

A lo largo de las treinta mañanas siguientes Herb e Imogene tienen relaciones sexuales veinte veces. Todas las veces, al terminar, Imogene levanta las caderas hacia el techo, cierra los ojos e intenta imaginárselo tal como se lo describió Herb: inmensos bancos de espermatozoides lanzados a la carrera por su cuello uterino, cruzando el útero, ascendiendo por las trompas de Falopio. En su imaginación los cromosomas se ensamblan con el ruidito más leve imaginable: dos dientes de cremallera al cerrarse.

Luego: el sol en las ventanas. Herb prepara tostadas. Un cigoto como un pequeño signo de interrogación va a la deriva hasta su matriz.

No ocurre nada. Un mes, un período. Dos meses, dos períodos. Después de cuatro meses, en Nochevieja, con el viento arrastrando aguanieve por el sendero de entrada, Herb llora un poco.

«Todavía arrastro los efectos de los anticonceptivos —dice Imogene—. Esto no ocurre de hoy para mañana.»

Luego empieza 2003. Imogene empieza a ver embarazadas por todas partes. Se bajan de minivans en el concesionario Loaf’N Jug; se agachan en los pasillos de Walmart levantando a la luz pijamas para bebé. Una reparadora embarazada arregla la fotocopidora de la oficina; una cliente embarazada derrama zumo de naranja en la sala de reuniones. ¿Qué defectos tiene Imogene que no tienen esas mujeres?

Lee en internet que, por término medio, a las parejas les lleva un año

concebir. Así pues, no hay problema. Hay tiempo de sobra. Después de todo, no tiene más que treinta y tres años. Treinta y cuatro en marzo.

A instancias de Herb, Imogene empieza a ponerse el termómetro en la boca todas las mañanas cuando despierta. Él anota sus temperaturas en un papel cuadriculado. «Lo que queremos —le dice—, es calcular el punto álgido de ovulación.» Cada vez que tienen relaciones, traza una equis pequeñita en el gráfico.

Tres meses más, tres períodos más. Cuatro meses más, cuatro períodos más. Herb toma por asalto la temperatura álgida de Imogene con pelotones de equis. Ella se tumba en la cama con los dedos de los pies hacia el techo y Herb hurga encima de ella y gruñe y los espermatozoides avanzan remando a toda velocidad.

Y no pasa nada. Imogene tiene calambres, encuentra sangre, susurra por teléfono: «Soy un puñetero reloj suizo».

Termina el curso universitario. Vuelven los turpiales ojiclaros. Vuelven los últimos gorriones. Imogene se afana por el jardín trasero llenando los comederos. Hace no mucho, piensa, me lapidarían en público por algo así. Herb se divorciaría de mí. Arrasarían nuestras cosechas. Unos chamanes me meterían dientes de ajo en el aparato reproductor.

En agosto, la administradora del departamento de biología, Sondra Juetten, da a luz a una niña. Herb e Imogene llevan claveles a la maternidad. La niña está arrugada y bizca y tiene un aspecto milagroso. Lleva un gorrito de algodón. Tiene el cráneo encrespado y oblongo.

Herb dice:

—Cuánto nos alegramos por ti, Sondra.

Y se le ve inquieto, Imogene se da cuenta; apoya el peso sobre los dedos

de los pies; sonrío forzosamente; le hace a Sondra una serie de preguntas sobre el cordón umbilical.

Imogene permanece en el umbral y se pregunta si es lo bastante generosa para alegrarse también por Sondra. Las enfermeras se abren paso. Hay salpicaduras de sangre seca en el linóleo al lado de la cama de hospital; parecen minúsculos filos de sierra marrones. Una enfermera desenvuelve al bebé y su diafragma asciende y desciende bajo la fina barquilla de las costillas y el diminuto cuerpo le parece a Imogene la destilación de una docena de generaciones, la madre de la madre de la madre de Sondra, todo un pedigrí acendrado en una sola llama y guardado aún candente en el interior de las tributarias azules de las venas que palpitan bajo su piel.

¿Por qué yo no?, piensa.

Wyoming se aleja del sol. Adiós, patos silvestres. Adiós, reyezuelos. Adiós a la pequeña curruca amarilla que se posó ayer en el comedero de la ventana y le guiñó el ojo a Imogene antes de seguir su camino. Los neumáticos abandonados se congelan en el suelo. Los pájaros emprenden sus brutales migraciones.

—Y vosotros dos, ¿qué? —pregunta el hermano de Herb. Es el día de Acción de Gracias, en Minnesota. La madre de Herb ladea la cabeza, de pronto interesada. Los sobrinos de Herb golpean la mesa con los cubiertos igual que tamborileros—. ¿Pensáis tener hijos?

Herb mira a Imogene.

—Claro. Nunca se sabe.

El bocado de tarta de calabaza se vuelve cemento en la boca de Imogene.

La cuñada de Herb dice:

—Bueno, más vale que no esperéis mucho o acabaréis yendo a recitales de flauta en silla de ruedas.

Hay otros momentos. El sobrino de Herb de dos años se le sube a Imogene al regazo sin que medie invitación y le acerca un libro titulado *Pez grande, pez pequeño*.

—¡Grande! —dice, pasando las páginas—. ¡Pez grande! —Se retuerce contra su pecho; el cráneo le huele como un lago fresco y profundo en verano.

Un día después Herb le tira de la manga a Imogene en el aeropuerto y señala: Hay unos gemelos al lado de unas máquinas expendedoras de periódicos con petos y el pelo rubio. Igual tienen tres años. Saltan sobre los dedos de los pies y cantan una canción acerca de una araña pequeñita que se cayó por el desagüe y cuando acaban baten palmas y corren en círculos alrededor de su madre.

Cuando Imogene tenía veintiún años, sus padres murieron simultáneamente al salirse su Buick Desabre de la Ruta 506 a kilómetro y medio de su casa y caer en una cuneta. No había hielo en la superficie de la carretera ni venía tráfico en dirección contraria y el Buick de su padre estaba en buenas condiciones. La policía lo consideró un accidente. Durante dos semanas Imogene y Herb estuvieron en una serie de salones excesivamente calientes y de decoración recargada sosteniendo galletas en platitos y después Imogene se licenció en la universidad y enseguida se mudó a Marruecos.

Vivió tres años en un apartamento de una habitación en Rabat sin frigorífico y con una sola ventana. No podía llevar pantalones cortos ni falda y no podía salir a la calle con el pelo húmedo. A veces se pasaba el día entero

en la cocina, leyendo novelas de detectives. Sus cartas de aquella época tenían varias páginas y Herb las leía una y otra vez, apoyado en el salpicadero de la camioneta.

Aquí hay dos clases de palomas. Están las de aspecto fornido, palomas bravías, las que vemos allá en casa. Zurean en el tejado por la noche. Pero también hay otras palomas con manchas blancas en el cuello. Son aves grandotas que se reúnen formando enormes ruedas y sobrevuelan los tejados, oscuras y relucientes, girando allá arriba como inmensos móviles de metal. Algunas mañanas los cuervos se abalanzan sobre ellas y las palomas empiezan a chillar y desde mi cama parece como si niñitos voladores gritaran pidiendo ayuda.

Nunca mencionaba a sus padres. Una vez escribió: «Aquí nadie se pone cinturón de seguridad». Otra vez: «Espero que lleves sacos de sal en la trasera de la camioneta». Eso fue lo más cerca que estuvo de hacerlo. Al final, se unió a una iniciativa del Cuerpo de Paz y empezó a trabajar con mujeres ciegas.

En más de una ocasión durante esos años Herb se detuvo delante de la agencia de viajes Destinations Travels y vio girar el globo terráqueo de plástico de más de un metro en el escaparate, pero no tuvo valor para comprar un billete de avión. Solo llevaban saliendo cuatro meses antes de la muerte de sus padres. Y ella no le había invitado.

Escribía sus respuestas prosaicas: una excursión a un lago, unos nuevos cereales que le gustaban. «Con cariño, Herb», firmaba, sintiéndose decidido y estúpido al mismo tiempo. Le preocupaba estar escribiéndole demasiado. Le preocupaba no estar escribiéndole lo suficiente.

En 2004, después de dieciséis meses de intentar quedarse embarazada sin conseguirlo, Imogene se lo cuenta a su ginecólogo. Este le dice que se pueden

programar chequeos. Se pueden poner en contacto con endocrinólogos. Se pueden poner en contacto con urólogos. Hay opciones de sobra.

—No es momento de perder la esperanza —le dice.

—No es momento de perder la esperanza —le repite ella a Herb.

—No pierdo la esperanza —responde él.

Se hacen la prueba del sida. Se hacen pruebas de hepatitis. Dos días después Herb se masturba en un frasco de muestras de veinticinco centilitros y conduce noventa y nueve kilómetros por la I-80 hasta la consulta de un urólogo en Cheyenne con el frasco en una bolsita navideña para regalos de oficina porque Imogene y él se han quedado sin bolsas de papel marrón. La bolsita ocupa el asiento del acompañante con pequeños Papás Noel sonrientes por todas partes. Su muestra apenas ocupa el fondo del recipiente. Se pregunta: «¿Hay hombres que lo llenan entero?».

Esa misma tarde Imogene sale temprano de trabajar para que le metan dióxido de carbono en las entrañas. Le inyectan un tinte opaco al radio a través del cuello uterino hasta el útero y las trompas de Falopio. Luego la llevan en silla de ruedas a una sala de rayos equis donde una enfermera con aliento a mantequilla de cacahuete y pendientes de Snoopy tiende un delantal de plomo sobre el pecho de Imogene y le indica que permanezca totalmente inmóvil. La enfermera se aparta; Imogene oye cómo la máquina cobra vida, oye el gemido agudo de los electrones al acumularse. Cierra los ojos, procura no moverse. La luz se derrama en su interior.

Seis días después llaman por teléfono. Los médicos han discutido la situación. Infertilidad de factor dual. Imogene capta cuatro palabras: síndrome de ovario poliquístico. Herb capta dos palabras: graves déficits. De

motilidad, de densidad, de alguna otra cosa. Solo el tres por ciento de sus espermatozoides alcanzan el nivel de viables.

Da la impresión de que a Herb se le desmorona el semblante. Deja la tajada de melón a medio comer en la encimera, se va al cuarto de baño y cierra la puerta. Imogene se sorprende mirando la ranura entre los armarios y el frigorífico. Hay polvo, y un solitario Cheerio. Surge un gruñido del cuarto de baño. Luego se oye el agua de la cisterna. Con una mano Imogene se palpa suavemente el abdomen con los dedos.

Se pasa toda la mañana sentada ante el ordenador y se sume en el recuerdo. Un autobús asciende a través de capas de aire frío, montañas de color cartón, un cielo fosforoso. En un patio unas gacelas hurgan en la basura. Perros pastores dormitan en los tejados del pueblo.

«Ni padres, ni marido, ni hijo —le dijo una ciega en una ocasión. Su mirada era un vacío. Imogene no sabía dónde mirar—. Soy una tribu de una sola persona.»

La pantalla del ordenador se vuelve líquida. Apoya la frente en la mesa.

—¿Estás enfadada? ¿Estás enfadada conmigo, Imogene?

Herb no puede reprimirse: el estribillo se vuelve casi visible, un remolino de bruma, como las aspas de un ventilador dando vueltas delante de su cara.

—No estoy enfadada —responde. Sus fracasos, decide ella, eran inevitables desde el primer momento. Preestablecidos. Genéticos. Sus insuficiencias, sus cohibiciones, sus diferencias de todos los demás. Siempre había estado confusa, siempre había vivido lejos de la ciudad, siempre leyendo, siempre rehusando las invitaciones a los bailes del instituto.

Imogene la Reina de Hielo. Imogene el Sueño Imposible. Tan pequeña, tan pálida, tan bonita. Tan propensa a quemarse.

—Todo va bien —le dice a Herb durante la cena, mientras ven el concurso *Jeopardy!* Diez años procurando que no se quedara embarazada y ahora resulta que no podían.

Herb elabora su propia teoría: Son los neumáticos en el terreno de atrás. Todo un cementerio, diecisiete metales, dieciséis clases de hidrocarburos, y se han filtrado en el agua del pozo, la ducha, la pasta, y ahora esos venenos están en el interior de sus cuerpos.

Más pruebas. Imogene se somete a una laparoscopia durante la que un médico le pincha los ovarios una docena de veces con una aguja electroquirúrgica. Herb se masturba en otro frasco, hace otro trayecto de hora y media a Cheyenne, se baja los pantalones delante de otro urólogo.

Esperan otros seis días. Reciben otra llamada. Diagnóstico confirmado. Imogene se mira en el espejo del cuarto de baño. Ha estado pensando que podría dejar su empleo. Ha estado pensando que podría empezar a cocinar comida marroquí, cocina tunecina: un bebé colgado del pecho, las cacerolas humeantes encima de los fuegos. Quizá podría criar gallinas. En cambio, empieza un régimen antidiabético con metformina y tiene diarrea durante una semana.

Esto no es auténtico sufrimiento, se dice. No es sino cuestión de reprogramarse su imagen del futuro. De comprender que la línea de descendencia no es continua sino arbitraria. Que en toda estirpe siempre habrá alguien que sea el último: la última hoja del árbol genealógico, la última piedra en las tierras de la familia. ¿Acaso no lo sabía ya?

Después de clase Herb sale al enorme prado detrás de la casa y se afana con los neumáticos. Hay sitios donde están tan amontonados, cubiertos de tanto polvo y nieve, que al arrancar uno, o los trozos de uno, encuentra

inevitablemente otro debajo. A veces se pregunta si habrá neumáticos hasta el centro de la tierra. Los hace pedazos con un hacha, carga los trozos a paladas en la camioneta. Hace frío y solo se oye el viento entre la hierba, y el hielo que tintinea suavemente en los álamos. Después de un par de horas, se yergue, mira la casa, pequeña desde allí, una caja de cerillas bajo el cielo. La diminuta figura de Imogene se abre paso entre la salvia, rellenando los comederos, lleva un cubo de diez kilos con un brazo, una escalera con el otro, sus piernas quedan ocultas por la bruma.

Acceden a una clínica de reproducción asistida. Está a ocho minutos, con buen tiempo. Aparcado justo al lado de la entrada hay un Mercedes con la matrícula BBYMKR: *Babymaker*, fabricante de niños.

El médico está sentado detrás de una mesa con el tablero de cristal y dibuja del revés. Dibuja un útero, las trompas de Falopio, dos ovarios. Dibuja instrumentos que entran y cosechan óvulos. En la pared hay un póster enmarcado de una vagina gigante y sus mecanismos internos. Al lado, una foto enmarcada de tres hijas rechonchas apoyadas en un Honda.

—Vale —dice Herb—. Bien.

¿Tiene Imogene alguna pregunta? Imogene no tiene ninguna pregunta. Tiene un millar de preguntas.

El médico les ofrece un cuarto de sonrisa.

—Practicad —dice.

La secretaria encargada del aspecto económico es simpática, huele a tabaco. Pueden acceder a préstamos. Los tipos de interés son estupendos. Su hija se sometió a tres «ciclos». Señala unas fotos.

El procedimiento, incluida la medicación, el laboratorio embriológico y la anestesiología, saldrá por trece mil dólares. En el trayecto a casa les rondan

acrónimos por el cerebro: IUI, ICSI, HGC, FIV. Hay una manada de antílopes entre los restos de nieve a la salida de la interestatal, sus sombras nítidas y austeras en la ladera a su espalda, los ojos lisos y negros. Pasan en un destello: están ahí, de pronto han desaparecido. Herb alarga la mano para tomar la de Imogene. El cielo es azul y carece de profundidad.

Se inscriben. Llega una caja de medicamentos. Herb los pone en el armario del cuarto de baño. Imogene no puede ni mirar. Herb apenas si puede. Hay cuatro bolsitas con autocierre diferentes de jeringuillas. Viales y frascos de pastillas. Vídeos. Contenedores para agujas usadas. Cuatrocientas toallitas antisépticas. Hormonas sintéticas por valor de mil cuatrocientos dólares.

El protocolo de Imogene empieza, mira por dónde, con anticonceptivos orales. Para regular el ciclo, según dice el folleto. Se sirve un vaso de leche y estudia la pastillita rosa.

Anochece sobre las montañas. Herb evalúa exámenes sentado a la mesa de la cocina. Las nubes se han vuelto más profundas, más oscuras. Imogene sale al jardín con la escalera, el cubo de semillas y la pastilla disolviéndose en sus entrañas y el silencio se extiende, el cielo se va apagando, los comederos parecen estar a kilómetros unos de otros y es una sensación como de agonía.

Cada vez que oye rasgarse la envoltura de una jeringuilla, Imogene se siente ligeramente indispuesta. Diecisiete días de un estimulador ovárico llamado Lupron. Dos semanas de progesterona a fin de preparar el útero para el embarazo. Luego supositorios vaginales. Si llega a quedarse embarazada, ocho semanas más de inyecciones diarias. A veces al retirar la aguja sale un

puntito de sangre y Herb lo cubre con una toallita antiséptica, la sostiene ahí y cierra los ojos.

Después de las inyecciones, le saca las pastillas, cinco comprimidos. Imogene se come una tostada untada con compota de manzana antes de ir a trabajar y se toma las pastillas a punto de salir por la puerta.

—Dime que me quieres, Imogene —le grita Herb desde la cocina, y en el garaje, con la ventanilla del coche subida, Imogene quizá lo oye o quizá no. El Corolla se pone en marcha. La puerta del garaje sube, baja. Los neumáticos sisean sobre las cenizas. La pradera se transforma bajo su manto de hielo.

Primavera. Los ovarios de Imogene se hinchan según lo previsto. Se convierten en globos de agua, cabezas de diente de león, peonías infladas. El médico le mide los folículos por medio de un monitor de ultrasonido: su interior es una ventisca de píxeles. Nueve milímetros. Trece milímetros. El médico quiere que crezcan hasta los dieciséis, los veinte. Se dan ánimos para alcanzar cifras: treinta óvulos, veinte embriones. Tres blastocitos. Un feto.

A mediados de abril, Ed Collins, el director regional de Cyclops Engineering, llama a Imogene a su despacho y la reprende por tomarse demasiadas tardes libres.

—¿Cuántas visitas al médico puede hacer una persona? —Juguetea con los botones del polo.

—Ya lo sé. Lo siento.

—¿Estás enferma?

Ella se mira los zapatos.

—No. No estoy enferma.

Cuanto mayor es el nivel de estrógenos que inunda el cuerpo de Imogene, más bonita se pone. Tiene los labios casi de color carmesí, su cabello es una gran corona opalescente. Herb ve cómo le recorre los brazos una telaraña púrpura de venas.

Las hormonas se arremolinan en sus células. Suda; se hiela. Renquea por ahí en pantalón de chándal con los ovarios llenos de folículos y los folículos llenos de óvulos. «Es como tener dos vejigas llenas», comenta. Antes de pasar por encima de un bache tiene que aminorar la marcha del Corolla todo lo posible.

Herb va a su lado con el escroto palpitante entre los muslos, traicionero, demasiado caliente. Encima de la mesa tienen ochenta y tres trabajos sobre estructura de las proteínas por evaluar. Está casi seguro de que va a tener que cargar el pago de la hipoteca de este mes a la tarjeta de crédito. Se dice: «Otros lo llevan peor». A otros, como Harper Ousby, el entrenador del equipo femenino de baloncesto, les sierran las costillas y les sustituyen las válvulas del corazón por pedazos de corazones de *animales*.

Las nubes se amontonan en el horizonte, de color ciruela y llenas de estribaciones.

El Primero de Mayo Herb se masturba en otro frasco y lleva a Imogene y su muestra a la clínica de reproducción asistida y el médico se introduce en los ovarios de Imogene, aspirando su fluido folicular con lo que parece una hidra de acero inoxidable: una docena o así de serpientes de acero segmentadas por un extremo y una aspiradora por el otro. Herb se queda en la sala de espera y supone que oirá un siseo pero no oye más que los zumbidos y chasquidos de la rejilla de calefacción, y la radio de la recepcionista: Rod Stewart.

Una hora después le llaman. Imogene está temblorosa en una silla en el consultorio de la enfermera. Tiene los labios grises y lentos y le pregunta varias veces si ha vomitado. Él le contesta que no está seguro, pero cree que no.

«Recuerdo haber vomitado», dice. Toma Gatorade de un vasito de cartón. Él le coloca una compresa en las bragas, le desabrocha la bata y le ayuda a ponerse los pantalones de chándal.

Durante tres días desean que los óvulos crezcan, que una célula se escinda en dos, dos en cuatro. La delicadeza de la mitosis: un cristal de nieve que se posa sobre una rama, un solo batir de alas de mariposa nocturna.

—Estuve en África —dice Imogene—. Había cantidad de buitres en el cielo.

Dos días después llama una enfermera para decirles que solo han fertilizado debidamente seis óvulos, pero dos se han convertido en embriones viables de ocho células. Vuelven a ir a Cheyenne. El médico le implanta ambos embriones a Imogene con una jeringuilla y un tubo largo como un espagueti a medio cocer. El procedimiento entero lleva treinta segundos.

Ella vuelve a Laramie tumbada en el asiento corrido, con el cielo desfilando a toda velocidad del otro lado del parabrisas. Siguiendo las instrucciones del médico, guarda cama durante tres días, come yogur, vuelve la cadera hacia Herb cada tres horas para que le ponga las inyecciones, preguntándose si está ocurriendo en su interior algo diminuto, si alguna chispa microscópica brilla, se apaga, vuelve a brillar. Luego regresa al trabajo, magullada, todavía llena, con un invisible pinchazo en cada ovario. Se sorprende caminando con mucho cuidado. Se sorprende pensando:

¿Gemelos? Una semana después Herb la lleva a la clínica de nuevo para someterse a un análisis de sangre.

Los resultados son negativos. La implantación no ha surtido efecto. No hay embarazo. No hay gemelos. No hay bebé. Nada.

Las cosas entre Herb e Imogene se sumen en el silencio. Llegan facturas por correo, una tras otra. Para ganar dinero extra Herb imparte un curso de verano de biología general. Pero se le va el santo al cielo constantemente en mitad de las clases. Una tarde, mientras está dibujando en la pizarra una síntesis básica de proteínas, transcurren quizá veinticinco segundos durante los que no consigue imaginar más que médicos hurgando entre las piernas de Imogene, extrayendo óvulos del tamaño de pelotas de golf de sus ovarios.

Resuenan risillas. Se le cae la tiza. Una alumna alta de segundo año en primera fila, una nadadora con beca llamada Misty Friday, lleva pantalones de camuflaje y una camisa con un centenar de lacitos delante de los pechos, como la que vestiría un caballero debajo de la armadura. Tiene las pantorrillas de una largura increíble.

—¿Profesor Ross?

Mordisquea las puntas de los lacitos de la camisa. A Herb se le tuerce la mirada. Tiene la sensación de que el suelo gira lentamente bajo sus pies. Las placas del techo están cada vez más cerca. Da por finalizada la clase.

Imogene y Herb hacen la compra, comen, ven la tele. Una noche ella se agazapa en la orilla del sendero de acceso y ve cómo una mantis desova en una brizna de hierba, poniendo una ristra por lo visto interminable de huevos, perlas de color tapioca envueltas en una sustancia ambarina. Tres minutos

después un escuadrón de hormigas se ha llevado toda la carga en sus minúsculas mandíbulas. ¿Qué habría sido de esos dos embriones?, se pregunta. ¿Se deslizaron de su interior y se perdieron entre las sábanas? ¿Se desprendieron en el trabajo, le cayeron por la pernera del pantalón y quedaron aplastados en esa horrible moqueta beige?

Herb la tantea en junio, y luego de nuevo el cuatro de julio:

—¿Crees que podríamos probar con otro ciclo, Imogene?

Agujas. Llamadas de teléfono. Fracaso.

—Todavía no —masculla—. Ahora mismo, no.

Yacen despiertos uno junto al otro, mudos, y buscan dibujos en el enlucido del techo. Diez años de matrimonio y ¿no imaginaban que ya tendrían hijos a estas alturas? ¿Un feto acurrucado en un océano de líquido amniótico, una hija en la puerta de atrás con barro en las zapatillas y una cría de pájaro en la palma de la mano? Setenta y cinco billones de células en sus cuerpos y no logran que dos se junten.

Otro problema es el siguiente: los clichés. Hay demasiados clichés en el asunto, multitud de ellos. Los que menos le gustan a Imogene son los más evidentes y suelen provenir de las madres en el trabajo: «Los años no pasan en balde». O: «Cómo envidio tu libertad, ¡puedes hacer lo que te dé la gana!».

Igual de malo es el momento en el picnic de verano del departamento de biología cuando Goss, la nueva incorporación en ciencias botánicas, anuncia que su mujer está embarazada. «Mis chicos sí que *nadan*», proclama, se sube las gafas sobre el puente de la nariz y da una palmada a Herb en la espalda.

Está el cliché en el que Imogene le dice a Herb (el sábado por la noche, el domingo por la noche) que no le pasa nada, que no necesita hablar de ello; en el que Herb oye casualmente comentar a un alumno en el pasillo que es un «profesor al que más vale no tocarle los huevos»; en el que Imogene se cruza

con dos recepcionistas en el trabajo a la hora de comer y oye que una dice: «Es que no puedo ni rozarme con Jeff sin quedarme embarazada».

Estrías, leche para biberones, marcas de cochecitos; si estás atento a algo, no oyes más que eso.

—Dime cualquier cosa, Imogene —responde Herb—. Pero haz el favor de no decirme que no te pasa nada.

Ella fija la atención en el techo. Su nombre queda suspendido en el espacio que los separa. No contesta.

La lección sobre reproducción humana en el libro de texto encima de la mesa de Herb se titula *El milagro de la vida*. Imogene consulta «milagro»: «Un suceso que parece contrario a las leyes de la naturaleza».

Consulta «nada»: «Ninguna cosa, ninguna cantidad». O: «Absoluta inexistencia de seres».

Herb llama a su hermano en Minnesota. Su hermano intenta entenderlo pero tiene problemas propios, despidos, un hijo enfermo. La felicitación de las navidades pasadas de su hermano era una fotografía de un hoyo de golf. En el interior decía: «La distancia hasta el éxito se mide según el empuje de tu drive. Felices fiestas».

—Al menos debéis de pasarlo en grande intentándolo —comenta su hermano—. ¿Verdad?

Herb hace una broma, cuelga. En la habitación de al lado, Imogene apoya la cabeza en el frigorífico. Afuera el viento desciende desde las montañas y no se han visto faros en la carretera en toda la noche y lo único que alcanza a oír Imogene es el runrún del lavaplatos y los sollozos quedos de su marido y el viento cálido que se abre paso entre la salvia.

Laramie: una película de polvo en el parabrisas, un ballet de coches que deambulan por acres de aparcamiento, Bloedorn Lumber, Office Depot, Dollar Store, el sol filtrándose a través de un humo lejano, hombres de capa caída que raspan tickets de lotería en el banco de una parada de autobús. Dos señoras de aspecto dinámico con vestido largo llevan ensaladas en cajas de plástico. Pasa un avión con un gañido. Todo es abrumadoramente normal. ¿Cuánto tiempo puede Imogene seguir viviendo así?

Se pelean. Él dice que la ve distante. Dice que no se le da bien afrontar la pena. En los ojos de Imogene vuelan hojas de aquí para allá. Distante, piensa Imogene, y recuerda el vídeo de lapso temporal que vio una vez de una estrella de mar distanciándose del pilar de un muelle y vagando por el lecho marino sobre sus mil pies diminutos.

Se retira al garaje y pasa las manos por los cubos de semillas.

Él saca neumáticos a pedazos del jardín hasta que empiezan a estallarle estrellitas detrás de los ojos. En un mundo paralelo, piensa, soy padre de nueve hijos. En un mundo paralelo estoy esperando bajo un paraguas a que mis hijos se refugien de la lluvia.

El curso de verano toca a su fin. La nadadora de la primera fila, Misty Friday, quiere hablar de su examen para hacer en casa. Luce un chaleco sin mangas lustroso, tiene los hombros pecosos y lleva el pelo en un moño recogido con gomas doradas. El aula se vacía. Herb se sienta en la mesa al lado de Misty, ella se ladea por encima del hueco y los dos inclinan la cabeza sobre un párrafo que ha escrito acerca de las eucariotas, y enseguida el edificio queda vacío por completo. Un cortacésped emite un bordoneo grave afuera en alguna parte. Zumban moscas contra las ventanas. Misty huele a crema

hidratante y cloro de piscina. Herb mira los bucles orondos y perfectos de su cursiva, con la sensación de que está a punto de precipitarse hacia la página, cuando ella le llama —completamente por accidente— «cariño».

Misty parpadea dos veces. Se pasa la lengua por los labios, tal vez. Es difícil saberlo.

Él tartamudea:

—Todas las células tienen..., ¿qué, Misty? Membrana celular, citoplasma y material genético, ¿verdad? La levadura, los ratones, la gente, da igual....

Misty sonríe, repiquetea en la mesa con la punta del bolígrafo, desvía la mirada hacia el pasillo.

Las montañas se vuelven marrones. Unos incendios en los pastos cubren el sol de humo. Imogene se ve incapaz de cobrar ánimo para conducir a casa desde el trabajo. Ni siquiera tiene fuerzas para levantarse de la mesa. Los peces del salvapantallas cruzan nadando el monitor del ordenador y la luz del día se convierte en penumbra y luego en oscuridad cerrada e Imogene sigue sentada en su silla de plástico y nota el peso del edificio asentarse a su alrededor.

Una persona puede ponerse en pie y dejar atrás su vida. El mundo es muy grande. Puedes cobrar una herencia de 4.000 dólares e irte a un aeropuerto y, antes de que el dolor te dé alcance, estar en mitad de una ciudad en pleno desierto oyendo ladrar a los perros y sin nadie que sepa tu nombre en cinco mil kilómetros a la redonda.

La nada es lo único permanente. La nada es la regla. La excepción es la vida.

Es casi medianoche cuando vuelve a casa por la carretera oscura y una vez

en el garaje se apoya en el volante antes de entrar y nota cómo la vergüenza le sube por el torso y le brota por las axilas.

Debería ser más sencillo, piensa. O bien puedo tener hijos o bien no puedo tenerlos. Y luego seguir adelante. Pero no hay nada sencillo.

En agosto Herb recibe un correo de Misty45@hotmail.com. Asunto: *Neuronas.*

así que si como decía el otro día en clase las neuronas son lo que nos hace sentir todo lo que sentimos y todos los receptores funcionan igual bombeando iones de aquí para allá ¿por qué unas cosas duelen y otras cosas cosquillean o algo así y otras cosas dan frío? ¿qué hace que unas cosas sean agradables profesor ross y por qué si las fibras nerviosas son lo que nos hace sentir yo siento TANTO sin que el receptor sea estimulado para nada profesor ross sin que ninguna parte de mí llegue a ser tocada??

Herb lo lee otra vez. Luego otra. Es miércoles por la mañana y la tostada, untada de mermelada de fresa, permanece a medio camino de su boca. Imagina respuestas: «Es complicado, Misty», o «Veamos, hay fotorreceptores, mecanorreceptores y quimiorreceptores», o «Vamos a hablarlo más a fondo», o «El viernes, a las cuatro, en mi coche, no te preocupes porque NO PUEDO DEJARTE EMBARAZADA», pero luego imagina que podría dejarla embarazada, que bastaría con que quisiera hacerlo, unas palabras por aquí, una sonrisa por allá, sus ovarios de veinte años deben de estar prácticamente rebosantes de óvulos de todos modos, tan sanos, tan en sazón, óvulos casi el doble de jóvenes que los de Imogene, provistos como quien dice de «rayos de abducción», tanto así que hasta su esperma agonizante, ese débil tres por ciento, podría alcanzar su objetivo. Piensa en los tobillos de Misty, la clavícula de Misty; una veinteañera de

pestañas relucientes y con un nombre —Viernes de Neblina— que parece un pronóstico meteorológico.

Llega de la cocina el ruido de la silla de Imogene arrastrada por el suelo. Herb borra el mensaje, permanece ante la pantalla, sonrojado.

Seis meses después de que Imogene volviera de Marruecos, se casaron. Herb la llevó a Montana de luna de miel y subieron por un sendero bajo una serie de torres de telesquí con una llovizna resbalando por los brazos desnudos de Imogene y la hierba seca susurrante en torno a sus rodillas, y la procesión de las torres de telesquí que iban quedando más abajo muda bajo la lluvia. Había comprado una botella de vino; había llevado ensalada de pollo.

«¿Sabes? —le dijo Herb—. Creo que estaremos casados siempre.»

Ahora es 2004 y llevan casi once años casados. Presenta en secretaría las calificaciones finales del curso de verano y luego se sienta en un taburete apartado en Cole's y se toma una jarra de cerveza dulce, oscura.

Después conduce hasta la piscina de Corbett. Hay unas cuantas personas en manga corta sentadas en las gradas bajo un mural de doce metros de un vaquero. Es fácil localizar a Misty Friday: más alta que las demás chicas, esbelta en un bañador azul oscuro con ribetes blancos. La nadadora en la calle de Misty da el giro y emprende el regreso. Misty se encarama a la plataforma de salida, se pone las gafas. Resuenan voces en todas partes: en el techo, en el agua revuelta. «Venga Tammy, Venga Becky.» Herb tiene la sensación de estar abriéndose camino por el interior de una célula viva, con mitocondrias corriendo de aquí para allá, iones cargados que rebotan en las membranas, todo organizándose y reorganizándose.

Y sin embargo, desde otra perspectiva, todo está inmóvil. Misty tiene las rodillas dobladas, los brazos tendidos por encima de la cabeza. El momento

antes de que su compañera de equipo toque el borde, antes de que salte Misty, se prolonga un minuto, una hora. El cloro en el ambiente le llega a Herb hasta el fondo de la garganta.

Misty se zambulle en el agua; Herb vuelve a toda prisa a su camioneta. Se dice que no es más que biología, el impulso químico del deseo, su espina dorsal estremeciéndose por efecto del mismo como un arbolillo. La verdad. Las preguntas. No hay transgresión si no hay acción. ¿No era eso lo que enseñaban en catequesis? Misty hacía bien en preguntarse cómo unas personas pueden provocar sensaciones a otras sin llegar a tocarse.

Arranca la camioneta y va hacia casa. El sol se pone detrás de Medicine Bow hacia el oeste y proyecta destellos cual gallardetes dorados y plateados.

«Nunca se sabe —le dijo a Herb una vez su madre, con la piel bajo los ojos manchada de rímel— todas las cosas que contribuyen a que un matrimonio dure. Nunca se sabe lo que ocurre tras las puertas cerradas.»

Cuando Herb entra en casa, Imogene está sentada a la mesa de la cocina con lágrimas en las mejillas. A la luz menguante el pelo se le ve más blanco que nunca, casi translúcido.

—De acuerdo —dice—. Lo haré. Quiero probar una vez más.

Están a primeros de octubre para cuando la clínica puede programar un nuevo ciclo. Esta vez conocen los nombres de las enfermeras, el programa, las dosis; esta vez el lenguaje no es tan impenetrable. La caja de medicamentos es más pequeña; ya tienen frascos de muestras, toallitas antisépticas, jeringuillas. Imogene se baja la cinturilla del pijama; Herb le clava la primera aguja.

En Cyclops Engineering, las recepcionistas cuelgan telarañas de imitación del techo. Goss, el profesor de ciencias botánicas, se pasa por el despacho de

Herb con unos sándwiches: pavo, tomate, vinagre. Le habla del embarazo de su mujer, cómo vomita en el fregadero, cómo su hija aún por nacer es ya del tamaño de un aguacate.

—¿No es una locura —comenta— que todos los alumnos de este centro, todas las personas de la ciudad, todos y cada uno de los seres humanos que han vivido, existieron porque dos personas follaron?

Herb sonrío. Comen.

—¡Creced y multiplicaos! —grita Goss, y desparrama trocitos de lechuga por la mesa de Herb.

Por la noche Imogene sueña: Herb y ella están sentados en el saloncito de una señora ciega en un sofá con estampado de flores y toman té frío y la mujer les hace preguntas sobre su historial sexual. Entra la madre de Imogene, arrastrando dos neumáticos viejos. La ciega somete a Imogene a una ecografía. Unas palomas baten las alas contra el techo.

Subcutáneas. Intramusculares. Herb desenrosca agujas usadas, las mete en el contenedor para objetos punzantes. Dispone el rosario de pastillas de Imogene. Afuera en el jardín una niebla baja se aferra a la salvia, acordonando el terreno. Unos cuantos pinzones se desplazan entre los comederos cual fantasmas.

En el trabajo Imogene le dice a Ed Collins, el director regional, por qué tendrá que tomarse más tardes libres. Se levanta el pliegue de la falda y le enseña el espectro de marcas de las inyecciones sobre la goma de las bragas como lentos fuegos de artificios de color púrpura.

—He visto cosas peores —comenta él, pero los dos saben que no es verdad. Ed tiene dos hijas y un tobogán de piscina en el patio de atrás y se

emborracha a más no poder jugando al mini-golf todos los viernes por la noche.

A poco más de veinte kilómetros de allí, sentado a la mesa de la cocina, Herb firma el formulario de su plan de jubilación.

Los ovarios de Imogene vuelven a hincharse. Enseguida empieza a cambiar la estación; vuelan hojas por encima del campo de los neumáticos viejos, el cielo está escindido por una inmensa y ondulada espina dorsal de nubes.

—Así pues, de nuestras dos ranas sale el Bebé Renacuajo —explica Herb a la clase de prácticas del jueves—, y el Bebé Renacuajo acabará siendo como sus padres pero no exactamente como ellos: la reproducción no es replicación.

Después de clase borra de la pizarra el Bebé Renacuajo, luego las flechas de descendencia, la rana progenitora A, la rana progenitora B. El cuerpo tiene una obligación, piensa: procrear. ¿Cuántos homo sapiens machos están en ese preciso instante poniéndose encima de sus parejas y gruñendo bajo el peso de la especie?

Mañana, el médico se introducirá en Imogene y le extraerá los óvulos. Herb vuelve a casa, prepara pechugas de pollo. El viento arranca gemidos al tejado.

—¿Crees que esta vez me dejarán llevar calcetines?

—Llevaremos un par.

—¿Crees que se me caerá todo el pelo?

—¿Por qué se te habría de caer?

Entonces Imogene se echa a llorar. Herb se apoya en la mesa y le coge la mano.

Empieza a nevar. Nieva tanto que parece que las nubes no llegarán a

vaciarse nunca y por la mañana hacen el trayecto de noventa y nueve kilómetros en mitad de una ventisca y no hablan en ningún momento, no dicen ni una sola palabra. Cada pocos kilómetros hay un camión volcado. La nieve cae en cortinas hipnóticas a través de los faros y da la impresión de que la interestatal hubiera estallado en llamas blancas de tres metros de altura. Herb se inclina hacia delante, con los ojos muy entornados. Imogene sostiene su muestra de esperma entre los muslos. Las cabezas de sus ovarios se mecen pesadamente dentro de ella. La manera en que la nieve se arremolina, vuelve a su ser y se arremolina de nuevo le recuerda el modo en que de niña rezaba para que nevara, recitaba un padrenuestro y enunciaba todas y cada una de las palabras y se pregunta cómo puede ser una huérfana de treinta y cinco años cuando ayer mismo era una cría de nueve años con botas de nieve.

Cuando por fin Herb aparca delante de la clínica han pasado tres horas en la camioneta. Tiene que hacer un esfuerzo para arrancar los dedos del volante.

El anestesista va todo de negro y es sumamente bajo. Han llegado tarde, conque todo va muy deprisa.

—Ahora voy a darte una golosina —le dice a Imogene a través de la mascarilla, y le suministra el Pentotal.

Herb intenta evaluar trabajos de prácticas en la sala de espera. El aguanieve se deshace en charcos oscuros sobre la moqueta. «Pase lo que pase —se dice—, por muy mal que parezcan ir las cosas, siempre hay alguien que lo lleva peor. Hay por ahí pacientes de cáncer aullando de dolor, y criaturas muriéndose de hambre, y alguien en alguna parte está decidiendo cargar una pistola y usarla. ¿Has corrido una maratón? Enhorabuena. ¿Has oído hablar de la ultramaratón? Igual hace frío donde vives, pero en Big Piney hace más frío.»

Un rato después hacen pasar a Herb. Se arrodilla al lado de Imogene en la

consulta de la enfermera, le rellena el vaso de Gatorade, ve cómo los ojos se le vuelven a iluminar. A quince metros de allí, por segunda vez en lo que va de año, un embriólogo lava los óvulos de Imogene, diluye la zona pelúcida e inserta un espermatozoide viable en cada uno.

Entra una enfermera en la consulta y dice:

—Qué pareja tan mona hacéis.

—No nos va tan mal —oye Imogene decir a Herb, mientras medio la acompaña, medio la lleva al coche a través del aguanieve—. No nos va nada mal.

El cielo se ha despejado y el sol funde con su luz todo el aparcamiento. En la camioneta ella dormita, y sueña, y despierta con sed.

En Minnesota, en la otra punta del país, los padres de Herb elevan plegarias hacia los árboles sin hojas delante de sus dormitorios. Los sobrinos de Herb brindan con leche a la salud de Herb e Imogene. En Cyclops Engineering, Ed Collins deja una violeta africana en una macetita de plástico encima de la mesa de Imogene.

Suena el teléfono. Veinte óvulos fertilizados. Catorce embriones. Toda una camada. Imogene sonríe en el umbral y dice:

—Soy la ancianita que vivía en un zapato.

Dos días después, tres embriones se han dividido en ocho células y parecen lo bastante fuertes para ser transferidos. La nieve se deshace en el tejado; la casa entera cobra vida por efecto del agua que gotea.

Lo más triste de todo esto, piensa Herb, son los embriones que no aguantan ni siquiera tres días, los que son desechados, informes y fragmentados, considerados inviábiles. Células nucleadas, envueltas en coronas como solecitos. Hijitos. Hijitas. Herb e Imogene, padre y madre, el ADN ya abierto,

emparejado y cerrado de nuevo, las habilidades para tocar el piano, jugar al hockey sobre hierba y hablar en público, predeterminadas. Ojos pálidos, extremidades venosas, narices con la misma forma que la de Herb. Pero no lo bastante buenos. No viables.

Herb e Imogene, los pájaros en los comederos y Goss el profesor de ciencias botánicas y Misty Friday la nadadora: todos fueron una vez invisibles, demasiado pequeños para verlos. Motas en un rayo de sol. Una sección transversal de una hebra de cabello. Más pequeños. Miles de veces más de pequeños.

«Las estrellas —le explicó una vez a Herb un maestro de ciencias— también están ahí arriba durante el día.» Cobrar conciencia de ello le cambió la vida a Herb.

—Incluso si conseguimos que me quede embarazada esta vez —dice Imogene—, ¿crees que dejaremos de preocuparnos? ¿Crees que estaremos más tranquilos? Luego querremos saber si el bebé tiene síndrome de Down. Querremos saber por qué llora, por qué no come, por qué no duerme.

—Yo no me preocuparía nunca —asegura Herb—. Yo nunca lo olvidaría.

Conducen los noventa y nueve kilómetros de vuelta a Cheyenne. El médico les enseña fotografías de los tres embriones buenos: unos grumos grises sobre papel satinado.

—¿Los tres? —pregunta, e Imogene mira a Herb.

Herb dice:

—Es tu útero.

—Los tres —responde Imogene.

El médico se pone los guantes, saca el espagueti a medio cocer. Implanta los embriones. Herb lleva a Imogene a la camioneta. La interestatal pasa volando a ras de tierra por su lado, las cenizas emitiendo parloteos desde el dibujo de los neumáticos. La sube al dormitorio. Sus pies golpean la pantalla

de la lámpara. El pelo se le derrama sobre la almohada como la seda. Tiene que guardar cama tres días. Tiene que imaginar semillitas que germinan, raicillas que ascienden a través de sus paredes.

Por la mañana, en la universidad, Herb reparte los exámenes de mitad del trimestre. Sus alumnos se encorvan en las hileras de mesas, con nieve en las botas, ansiedades aleteando en el pecho.

—Lo único que tenéis que hacer —les dice, paseando entre las filas— es demostrarme que entendéis los conceptos.

Le miran con los ojos abiertos, con caras cual océanos.

A poco más de veinte kilómetros de allí, Imogene se da la vuelta en la cama. En el interior de su útero tres embriones se desprenden y se aferran, se desprenden y se aferran. Dentro de diez días, un análisis de sangre les dirá si alguno ha arraigado.

Diez días más. Por el momento solo está el silencio de la casa. Los pájaros. Los neumáticos en el campo. Ella se observa las palmas de las manos, los ríos y los valles. Un recuerdo: Imogene, quizá con seis años, se había roto las palas contra la barandilla. Su padre estaba buscando los trozos de un diente en la alfombra del vestíbulo. Imogene notaba las pulseras de su madre frías contra la mejilla.

Empieza a sonar el teléfono. Delante de la ventana del dormitorio un par de juncos de color pizarra aletean y revolotean en torno a un comedero.

—Dime que va a ir bien —susurra Herb, con el auricular del teléfono de su despacho pegado a la oreja—. Dime que me quieres.

Imogene se echa a temblar. Cierra los ojos y se lo dice.

La zona desmilitarizada

El papel que mi hijo ha llevado consigo, que ha escrito con un bolígrafo. Me lo acerco a la nariz pero no huele más que a papel de cuaderno.

Papá: los pájaros. Águilas pescadoras. Patos igual que los ánades reales solo que más bonitos. Garcetas, pero no como nuestras garcetas: más altas, más asilvestradas. Los observo con los catalejos y se ven sucios y andrajosos, como reyes depuestos. Acuchillan el barro con sus largos picos.

Quiero averiguar sus nombres; se los pregunto a todos pero nadie los sabe ni le importan. Hasta grito preguntas a los norcoreanos, pero qué saben ellos. El abuelo, creo yo, los sabría.

He descubierto que ese pájaro enorme de cola corta y cuello negro se llama grulla de Manchuria. Me lo dijo Ahn, que llama a la grulla turumi, pájaro de la paz. Pero dice que los del norte la llaman de otra manera, algo así como «mensajero de la muerte». Dice que el Ejército Popular de Corea ha construido comederos enormes que llenan de caracoles envenenados. Pero Ahn aborrece a los del norte y aquí lejos es difícil saber qué es verdad y qué es inventado.

Y luego está la diarrea esta. Dolorosa, terrible. No he ido al médico. No se lo digas a mamá. Dile que estoy bien.

—Papá —digo—, despierta. —Y le leo la carta. Entre unas frases y otras le miro la cara, pero no hay manera de saber si está entendiendo nada. Parpadea. Se lleva una mano a la boca y se ajusta la dentadura.

Papá también estuvo en Corea. Pasó doce meses allí en 1950, haciendo cosas de las que nunca nos habló a ninguno, ni una sola vez. Ahora, con el

alzhéimer, dudo que recuerde gran cosa. ¿Adónde van los recuerdos una vez hemos perdido la capacidad de evocarlos?

Es octubre aquí en Idaho, hay arañas de cartón pegadas con celo a las ventanas. Le preparo la cena a papá, lo baño, lo acuesto. Antes de dormirme, saco una carta al azar de la caja de zapatos al lado de la cama y leo:

Ambos bandos tienen altavoces por todas partes, en los árboles, en torres, y vociferan propaganda toda la noche, tan estruendosa que dudo que nadie le encuentre sentido. Mamá la detestaría. Recuerdo cuando fuimos a Seattle en Navidad y tuvo que dormir con guata en los oídos.

La noche siguiente oigo sus llaves en la cerradura, sus botas en el pasillo.

—Tengo que meterme en el espacio entre las dos plantas —grita, y desaparece en el sótano. Cuando vuelve a subir, lleva en la mano una peluca rubia que no había visto nunca.

—Para mi disfraz —dice. Va a la nevera y se pone algo de beber. Sigo sin entender cómo funciona esto: ¿Puede entrar aquí sin más? ¿Cambio las cerraduras? Hace una semana quité todas las fotografías, luego volví a colgarlas, luego quité las fotos en las que aparecía ella.

Nos quedamos en lados opuestos de la isleta de la cocina. Papá está sentado a la mesa coloreando con acuarelas. Ella pregunta:

—¿De qué vas a ir disfrazado?

—¿De verdad crees que voy a ir a esa fiesta? —Me imagino a su novio, esperándola en el apartamento: Irá disfrazado de vampiro, tal vez, o de asesino con hacha, algo que tenga que ver con la sangre falsa.

—Déjame ver una carta —dice.

—Igual más vale que te pongas en marcha —respondo.

—Enséñame una carta, coño. También es hijo mío.

Le traigo una de agosto. Ya sé lo que dice: «Pienso en el abuelo ahí fuera

entre el barro, con toda la carga encima, las colinas iluminadas por la artillería. Siento deseos de preguntarle: Abuelo, ¿pasaste miedo? ¿Diste por sentado aunque fuera un solo instante?».

Ella levanta la vista.

—¿No vas a dejarme ver una nueva?

—Esa es nueva.

—No me mientas, Davis.

—Sí. Bueno.

Menea la cabeza y maldice. Papá hace circulitos azules, rellenando poco a poco el interior de la caricatura de una linterna hecha con una calabaza vaciada.

—El caso —dice ella— es que este puñetero numerito de mártir me está hartando.

Son agentes inmobiliarios, mi mujer y él. Los sorprendí de la manera más trillada y humillante: en el Chevy Tahoe de él, en el aparcamiento del Sun Valley Lodge. Pasaba por allí en coche, vi el todoterreno de mi esposa (al lado del de él) y se me ocurrió parar a ver qué quería cenar.

Se mudó la semana siguiente. Eso fue en julio. Nuestro hijo aún no lo sabe.

Mamá y papá: Hoy estaba en el búnker de vanguardia cuando ha surgido de entre la niebla una bandada de gaviotas —por lo menos un millar—, volando tan bajo que se les veían las plumas de las alas. Han tardado un par de minutos en pasar por encima. Igual eran las pastillas para la diarrea, o el silencio de la mañana, pero me sentía invisible ahí fuera, como un fantasma, con esos pájaros sobrevolándome como probablemente han sobrevolado este lugar durante millones de años, sus ojos percibiéndome como algo sin mayor importancia que un tocón de árbol, un pedazo de tierra. He pensado: «Están más integradas en el mundo de lo que llegaré a estarlo yo nunca».

Ahora está nevando, de regreso en la guarnición, y todo es gris y sombrío. A mi espalda, hacia Seúl, veo una línea de luces de freno que se desvanecen al fondo de la autopista.

Le compro libros sobre pájaros y mamíferos asiáticos, los envuelvo en papel de regalo navideño y se los envío. Por la noche sueño: huellas de tigre en la nieve; un millar de pájaros se derraman sobre los árboles. Osos asiáticos, leopardos del Amur. Encima y a ambos lados hay gruesas mallas metálicas. Despierto pensando: «Somos todos animales, deambulando por un pasillo, de un mar a otro».

El día de Acción de Gracias salgo después de haber acostado a papá y camino por la carretera fría y brillante, subo al collado y voy hacia la urbanización Big Wood, donde viven ella y su novio. Su apartamento está en la planta baja, con la salvia como telón de fondo, y salgo de la carretera y voy bastante más arriba hasta que puedo descender al abrigo de la oscuridad y mirar a hurtadillas por la puerta de su patio.

Están en torno a una mesa grande con otras personas: la familia de él, quizá. Viste un chaleco de cachemir. Ella mueve en el aire una copa de vino mientras habla. Luce unos pantalones brillantes y dorados; no se los había visto nunca. En la encimera a su espalda hay un pavo desfigurado.

Él dice algo, ella echa atrás la cabeza y ríe, su risa es sonora y sincera, y los observo un poco más antes de retirarme, bajo la luz de la luna, por donde había llegado.

Mamá, papá: Corren rumores de que el Norte ha construido una bomba. Todo el mundo está un poco más tenso, se les caen cosas, se gritan. Desde el Puesto Gamma observaba el contorno de Kaesong con un telémetro: veía el tejado de un templo, tres chimeneas, un edificio de hormigón. Carreteras sinuosas que entraban y salían de la ciudad. Pero ahora nada: nadie. No sale humo de las chimeneas, no pasan coches por las carreteras.

Ahn viene a verme a la clínica de campaña y me pregunta por qué estoy aquí y le digo que porque tengo parásitos en los intestinos, y él dice, no, por qué estoy en

Corea. Lo pienso un poco y le digo que para servir a mi país. Gruñe y menea la cabeza. Dice que él está aquí porque si no cumple tres años de servicio lo matarían.

El primer sábado de diciembre le pongo a papá las raquetas de nieve y subimos a las colinas con una sierra para árboles y un trineo de plástico. La nieve ya se ha acumulado en algunos lugares y papá se hunde un poco pero lo lleva bien: tiene el corazón más fuerte que nunca. Cuando estamos hacia la mitad del valle a los pies de Proctor Mountain, muy por encima de las mansiones del campo de golf, encontramos un árbol más o menos adecuado, retiramos la nieve de la base y lo talamos.

Luego, cuando lo llevo a casa por la nieve, el trineo se vuelca en una pendiente y el árbol se cae. Me vuelvo, pero antes de que dé un solo paso, papá se ha puesto de rodillas, lo ha aupado al trineo y lo ha sujetado con un pedazo de cuerda que debía de llevar en el bolsillo del abrigo. Como si lo entendiera: como si tampoco él quisiera que esta tradición en concreto se malogre.

Estoy en el espacio entre las dos plantas de la casa revisando cajas cuando caigo en la cuenta de que mi mujer se ha llevado todos los adornos.

El 10 de diciembre recibo esto:

Papá: Ayer por la mañana me había levantado del catre y estaba mirando por la ventana cuando llegaron dos grullas remontando el vuelo desde la ZDM, silenciosas como dioses. Estaban quizá a unos doce metros cuando una chocó con un cable de comunicaciones y se precipitó al suelo, dando volteretas. Fue increíble lo deprisa que cayó. Los cables se estremecieron y temblaron. Sonó como si se partiera un haz de ramas. El ave se quedó tendida sobre el adoquinado, retorciéndose un poco.

La observé unos tres minutos y no dejaba de retorcerse y no pasaba nadie. Al final, me puse las botas y salí.

La grulla medía quizá metro y medio. Movía el pico adelante y atrás, como si

masticara, pero la parte de arriba ya no encajaba con la de abajo. Creo que estaba medio paralizada porque las patas no se le movían.

Su compañera descendió de un árbol y se quedó mirándome desde un contenedor igual que un antiguo monje blanco. Estuve agachado sobre el ave herida unos cinco minutos. Movía el pico enorme y sus ojos reflejaban pánico; solo pasó un jeep en todo ese rato y el otro pájaro simplemente me miraba desde el contenedor.

Pensarás que estoy loco pero recogí a la grulla. Pesaba más de lo que cabría esperar de un ave, quizá diez kilos. Temía que opusiera resistencia pero se quedó lánguida en mis brazos, mirándome. Olía como huelen aquí los arrozales, a babosas y caracoles. Crucé la carretera con ella, pasé por delante del primer puesto y fui a ver a Ahn, que estaba a punto de acabar su guardia en la Torre Delta. «Ahn —le dije—, ¿qué puedo hacer con esto?» Pero se quedó mirando el ave, me miró a mí y no quería tocarla. Mientras estábamos allí plantados, la grulla se murió: su ojo dejó de moverse y noté como si algo la abandonara. Ahn se me quedó mirando un instante, y abrí la verja y sin ser del todo consciente de lo que hacía, crucé la alambrada con el ave hasta la ZDM.

Me detuve quizá unos trescientos metros escasos más allá, bajo unos robles achaparrados. Tan lejos hay minas por todas partes y no logré que mis pies siguieran avanzando. Al otro lado el bosque estaba silencioso y oscuro.

La tierra estaba helada, pero supongo que si quieres cavar un hoyo, siempre puedes cavarlo. Dejé la grulla dentro, puse un poco de tierra encima empujándola con la bota y la cubrí.

Ausencia no autorizada, Ausencia Sin Permiso, ya lo sé. Me daban tanto miedo las minas después de haberla enterrado que no me moví mucho. Hacía frío. Contemplé el semblante impávido del bosque hacia el norte.

El Ejército de Corea del Sur vino a por mí unos veinte minutos después. Llevaban perros. Supongo que tengo suerte de que no dispararan. Hubo mucho griterío, amartillaron los fusiles y escribieron cosas en tablillas. No sé qué pasará: Dicen que un consejo de guerra pero el médico me aconseja que no me preocupe. Mientras escribo han empezado a sonar los altavoces, metálicos y estruendosos. Echo de menos Idaho; echo de menos a mamá.

Marco el único número que tengo del Campamento Red Cloud, en Uijongbu, Corea del Sur, y un sargento del turno de noche me dice que espere, luego vuelve y me indica que pruebe la semana que viene en algún

momento. Miro nuestro árbol ralo e ilegal en el rincón; ya se le están cayendo agujas. Cojo uno de los cuadernos para colorear de papá, uno navideño, y recorto los dibujos que ha coloreado. Un ciervo azul, un san José anaranjado, un niño Jesús verde: todos meticulosamente coloreados. Los sujeto con celo a las ramas: unos pastores por aquí, María por allá. Dejo la copa para Jesús.

La tarde siguiente recibo esto:

Papá: ¿Te acuerdas del trabajo del abuelo en la plantación forestal? ¿Cerca de Boardman? Todos aquellos álamos. Recuerdo ir por las vías de servicio en quad. ¿Qué edad tendría, siete años? El abuelo iba deprisa, desfilaban un acre tras otro de álamos a ambos lados, y recuerdo que cuando miraba las hileras, durante medio segundo llegaba a ver hasta el fondo de la plantación, quizá kilómetro y medio más allá, donde había un remanso de luz —como una arboleda lejana, casi imaginaria— que destellaba una y otra vez al final de todas y cada una de las hileras, largas filas de troncos blancos asomando fugaces entre una y la siguiente, y aquella luz que se repetía al fondo, como uno de esos folioscopios en los que se pasa las páginas y parece que un caballo galopa.

Me han puesto vías intravenosas en los brazos. La diarrea es horrible; noto como si se me derramara todo. *Giardia lamblia*, según me dice el médico. Cuando aprieta mucho es una sensación como la de ver aquellos álamos del abuelo desfilando a toda velocidad, y la luz al final repitiéndose así.

No va a haber ningún consejo de guerra, nada parecido. Lo que se rumorea es que me enviarán a casa. A Ahn también le irá bien: a su sargento le gustan los pájaros.

Es un día antes del solsticio, y justo después de anochecer, cuando suena el teléfono y al otro extremo está mi hijo. Ya siento que empiezan a formarse las lágrimas en algún punto al fondo de los ojos.

—Pasado mañana —dice, y lo único que me viene a la cabeza es la mañana de Navidad, y su madre, cómo se quedaba sentada en las escaleras, mirando el árbol, esperando a que despertáramos para poder empezar a abrir los regalos.

—Con respecto a mamá —digo, pero ya ha colgado. Arriba cojo la caja de

zapatos con las cartas y la ato con un lazo. Le pongo a papá el abrigo y los guantes y salimos de casa para subir al collado.

Nieva con suavidad, justo lo suficiente para que los copos lleven un poco de luz. Papá sube a buen paso, pisando sobre mis huellas.

En la urbanización Big Woods vamos hasta el extremo de la planta baja. Escucho un momento —hay silencio— y dejo la caja de zapatos delante de la puerta.

Luego damos media vuelta, volvemos a subir al collado y llegamos a la cima de la colina, con el aliento precediéndonos. Desde allí vemos las luces de Ketchum más abajo: la extensión oscura del campo de golf, las luces de Navidad a lo largo de la verja que desciende hacia la población, las luces de los quitanieves que recorren los flancos de las pistas de esquí, acumulando la nieve; y la ciudad en sí, centelleando en el valle, el tejadillo de nuestra casa pequeño entre los tejados cubiertos de nieve, y todas las montañas de Idaho al fondo. En algún lugar, por encima de todo eso, nuestro hijo está cruzando el océano, de regreso a casa.

El pueblo 113

La presa

El Director del Pueblo está bajo un paraguas con la fachada del Ayuntamiento chorreando a su espalda. El cielo es una cortina raída de color plateado.

—Es verdad —dice—. Nos han designado para quedar sumergidos. Las propiedades se compensarán. Se cubrirán los gastos de mudanza. Tenemos once meses.

Debajo de él, a los pies de las escaleras, sus hijas se abrazan las rodillas. Los hombres se vuelven de aquí para allá en sus chubasqueros y murmuran. Pasan una docena de gaviotas, cruzando llamadas entre sí.

En los mapas del proyecto, entre marañas de curvas de nivel, el pueblo está rodeado por un halo rojo de sumersión ligeramente más grande que una mota de polvo. Su única etiqueta es un número.

Uno uno tres, ciento trece, uno más uno más tres son cinco. La adivina se encorva en su puesto y esparce polen sobre un campo de números.

—Veo egoísmo —dice—. Veo recompensa. El cáliz del éxtasis. El fin del mundo.

Primos lejanos de otras poblaciones fluviales, ya reubicados, envían cartas dando testimonio de la buena vida. Escuelas de verdad, clínicas dignas, hornos, frigoríficos, karaokes. Los distritos de reubicación disponen de todo

aquello que no tienen los pueblos. Hay electricidad veinticuatro horas al día. Hay carne roja en todas partes. «Daréis un salto de medio siglo», escriben.

El Director del Pueblo dona barriles de cerveza; hay una fiesta. Retumban los generadores en el muelle, brillan luces en los árboles y de vez en cuando una bombilla estalla y los vecinos del pueblo dan vítores mientras el humo asciende de las ramas.

La comisión de la presa cuelga fotos de los distritos de reubicación en las paredes del Ayuntamiento: dos niñas se columpian con las coletas al viento; modelos de caqui se apoyan en el mobiliario tapizado en cuero y se ríen. «El río quedó represado —reza una leyenda—, la nación se alimentó.» ¿Por qué esperar? Los granjeros se detienen a la vuelta del mercado con los cestos vacíos sobre los hombros y las miran.

Preguntas

El Maestro Ke señala a quien pasa agitando el bastón; su abrigo es un andrajo; su casa, un cobertizo. Ha sobrevivido a dos guerras, una purga cultural y el Invierno de Comer Malas Hierbas. Hasta los vecinos más ancianos del pueblo dicen que el Maestro Ke es viejo: sin familia, sin dientes. Sabe leer en tres idiomas; lleva en el barranco más tiempo que las piedras, dicen.

—¿Esparcen una carretada de tierra en el desierto y lo llaman tierras de cultivo? ¿Nos arrebatan nuestro río y nos dan billetes de autobús?

La conservadora de semillas agacha la cabeza. Piensa en su jardín, las orondas cabezas de los repollos, las calabazas cada vez más grandes. Piensa en las semillas de su tienda: semillas de pimienta, de color crema y blanco;

semillas de ajo, negras como la obsidiana. Semillas en tarros, semillas en embudos, semillas más pequeñas que los copos de nieve.

—¿No te sientes traicionada? —grita el maestro a su espalda—. ¿No estás furiosa?

Octubre

Se cuelan entre las nubes fillos de luz; el aire huele a hojas en pleno vuelo, lluvia y grava. Los granjeros sacan sus carros para la cosecha. Los hortelanos miran con ojos grises sus hileras de árboles.

Corrían rumores sobre la presa desde hacía años: la cuenca baja quedaría sumergida de punta a punta, energía limpia para la ciudad. Líneas discontinuas, líneas continuas, un manantial en el centro de cada pueblo: ¿acaso no se predecía en las historias más antiguas? Los ríos subirán hasta cubrir la tierra, los mares se alzarán, las montañas se convertirán en islas; la palabra es el agua y la tierra es el pozo. Todo gira de vuelta a los comienzos. En el templo hay frases así talladas encima de las ventanas.

La conservadora de semillas asciende por las escaleras, deja atrás a mujeres que acarrear leña en balancines, mozos de cuerda que lucen sombreros de papel de periódico, los bancos y los ginkgos del Parque de los Héroes y accede a los senderos por encima del pueblo. Enseguida el bosque se cierra en torno a ella; el olor a las agujas de pino, el clamor del aire. Más arriba hay acantilados, tumbas, cuevas cerradas con muros de barro.

Aquí, hace un millar de años, se amarraban monjes a las rocas. Aquí un

cazador permaneció inmóvil dieciséis inviernos hasta que los dedos de los pies se le convirtieron en raíces y los dedos en ramas.

Nota las piernas pesadas de sangre. Abajo, entre los árboles, alcanza a ver un centenar de tejados amontonados. Más allá está el río: su meandro amplio, perfilado, la superficie verde e inquieta.

Li Qing

Después de medianoche el único hijo de la conservadora de semillas aparece en el umbral. Lleva unas gafas enormes; tiene un cigarrillo con el papelillo dorado entre los labios.

Vive trescientos kilómetros río abajo en la ciudad y llevaba cuatro años sin verlo. Tiene la frente más lustrosa de lo que recordaba y los ojos húmedos y bordeados de rosa. En una mano le tiende una sola peonía blanca.

—Li Qing.

—Madre.

Tiene cuarenta y cuatro años. Le flotan hebras de cabello sueltas tras las orejas. Encima del cuello de la camisa su cuello parece hecho de masa blanda, pálida.

Ella pone la peonía en un jarrón y le sirve fideos con jengibre y puerros. Come con cuidado y delicadeza. Cuando termina toma el té con la espalda totalmente erguida.

—De primera —comenta.

Afuera un perro ladra y se calla y el ambiente en la estancia es cálido y silencioso. Los frascos, bolsitas y paquetes de semillas están alrededor de la

mesa y su aroma —un olor como a madera barnizada— es de pronto muy intenso.

—Has vuelto —dice ella.

—Para una semana.

Una pirámide de azucarillos asciende poco a poco ante él. Las arrugas de su frente, el brillo de sus orejas: en sus dedos pálidos y nerviosos ella ve sus dedos de la infancia; donde la barbilla grande y redondeada se le pliega sobre la garganta, ve su barbilla de recién nacido, la sangre susurrante a través de los años.

Dice:

—¿Son nuevas esas gafas?

Asiente y se las sube sobre el puente de la nariz.

—Otros guardias me toman el pelo. «Con semejantes lentes no te hacen falta catalejos, Li Qing», dicen, y se ríen a carcajadas.

Ella sonrío. Allá en el río una barcaza hace sonar la bocina.

—Puedes dormir aquí —dice, pero su hijo ya niega con la cabeza.

La inspección

Durante todo el día siguiente Li Qing recorre las escaleras de la población hablando con los vecinos y anotando cifras en un cuaderno. «Inspeccionando», dice. Evaluando. Los niños le siguen, recogen la colilla de sus cigarrillos y examinan el papelillo dorado.

De nuevo no se presenta en el umbral de su puerta hasta cerca de medianoche; de nuevo come como un príncipe entrado en años. Ella se fija en imperfecciones que no había visto la víspera: un ojal deshilachado, unos

pelillos que se ha dejado al afeitarse la cara. Lleva las gafas empañadas de manchas. Tiene un grano de arroz pegado al labio inferior y ella tiene que contenerse para no limpiárselo.

—Paseo por ahí —dice— y me pregunto cuántas plantas, qué porción de la estructura de este pueblo, procede de tus semillas. Los rastros de los arrozales, los campos de patatas. Las alubias y lechugas que llevan los campesinos al mercado, sus músculos mismos. Todo de tus semillas.

—Hay gente que sigue teniendo sus propias semillas. En los viejos tiempos ni siquiera hacía falta que hubiera una conservadora de semillas. Todas las familias tenían las suyas y comerciaban con ellas.

—Lo digo como un cumplido.

—Ah —contesta ella.

Juguetea con un lápiz que lleva en el bolsillo de la camisa. La luz del farol se entrevera con sus gafas. Cuando era niño se dormía con la mejilla apoyada en un libro de matemáticas. Ya entonces tenía el pelo del color de las sombras y los lápices surcados de marcas de dientes. Se maravilla de cómo tener a su hijo sentado a la mesa puede ser un intenso placer y al mismo tiempo una espina clavada en el corazón.

El farol chisporrotea. Enciende un cigarrillo.

—Has venido a ver qué opinión nos merece la presa —dice—. No le importa a nadie. Lo único que quieren saber es quién se llevará el cheque de reubicación más grande.

Su hijo traza circulitos sobre la mesa con el dedo índice.

—Y a ti. ¿A ti te importa?

Del otro lado de la ventana un rectángulo de papel, una carta o la página de un libro, pasa dando vueltas, se desliza calle abajo y rula por encima de un tejado en dirección al río. Ella piensa en su madre, partiendo melones con el cuchillo: la tajada húmeda y reluciente, el sonido sumiso al separarse los

hemisferios. Piensa en el agua cerniéndose sobre los lomos de los dos leones de piedra en el Parque de los Héroes. No le contesta.

Toda esa semana

Los ingenieros de la comisión de la presa amontonan cuerdas, trípodes y tubos con proyectos en los muelles. Por la noche celebran banquetes ruidosos y bien iluminados; durante el día pintan caracteres rojos con spray — indicadores del nivel del agua— en las casas.

La conservadora de semillas desentraña calabazas y esparce la pulpa sobre láminas de plástico hechas jirones. Las semillas son blancas y relucientes. El interior de las calabazas huele igual que el río.

Cuando levanta la vista el Maestro Ke está delante de ella, delgado, tan viejo que parece imposible.

—Tu hijo —dice— es uno de ellos.

Llovizna y el jardín está húmedo y silencioso.

—Es un hombre hecho y derecho. Toma sus propias decisiones.

—Para él somos números. Somos menos que eso.

—No se preocupe, Maestro —dice—. Venga. —Se pasa una mano mojada por la frente—. Casi he terminado. Debe de tener frío. Voy a preparar té.

El maestro de escuela retrocede con las palmas de las manos en alto. El viento le mueve el abrigo y a ella le da la impresión de que todo su cuerpo es de tela y podría salir volando en cualquier momento.

—Ha venido a detenerme —dice el anciano con un siseo—. Ha venido a matarme.

Cifras

La memoria es una casa con diez mil habitaciones; es un pueblo designado para quedar bajo las aguas. La conservadora de semillas ve a un Li Qing de seis años caminando por el barro en los márgenes de los muelles. Lo ve contemplando las estrellas más allá de los aleros del templo.

Nació con el pelo tan tupido y negro que parecía absorber la luz. Su padre se ahogó tres meses después y ella crio sola al niño. Los deberes de matemáticas eran los únicos que le gustaban: álgebra, geometría, gráficos y diagramas; reglas incorruptibles y conclusiones explícitas. Un mundo que no era de barro, árboles y barcazas, sino de volúmenes, circunferencias y áreas de superficie.

—Las ecuaciones son perfectas —le dijo una vez—. Si tienen solución, la solución es la misma para todos. No como —hizo un gesto para referirse a sus plantas de semillero, la casa, el barranco más allá— este sitio.

A los catorce empezó a estudiar en la ciudad. Para los diecisiete había accedido a la facultad de ingeniería civil y no tenía tiempo para nada más. «Estoy muy ocupado —le escribía—. Aquí hay un ambiente muy competitivo.»

Entró en Seguridad Pública; patrullaba los pasillos de los trenes con una pistola, una gorra de visera corta y pantalones con una franja en las perneras. Cada vez que volvía, parecía un poco distinto, no solo mayor, sino cambiado: un acento nuevo, los cigarrillos, tres firmes toques a la puerta. Era como si la ciudad estuviera entrando en su cuerpo y rehaciéndolo; veía las casas bajas y oscuras, las gallinas errantes y los campesinos con una cuerda por cinturón, como si fueran una película de otro siglo.

No hubo ningún altercado dramático, ninguna discusión culminante. Le

enviaba teteras por su cumpleaños. En Año Nuevo le enviaba un delfín de cristal, o un cepillo de dientes eléctrico o siete nubes hechas de lentejuelas. El espacio que había entre ellos, fuera cual fuese, se extendió de alguna manera, aumentando invisiblemente, las raíces aéreas de la hiedra abriéndose camino hacia el interior del hormigón. Pasaba todo un año. Luego otro.

Ahora vuelve a anochecer y Li Qing está sentado a su mesa con chaqueta y corbata y recita cifras. La presa se hará con once millones de toneladas de cemento; el dique tendrá kilómetro y medio de longitud; el embargo engullirá una docena de ciudades, un centenar de ciudades pequeñas, un millar de pueblos. El río se convertirá en un lago y el lago será visible desde la luna.

—Qué tamaño tendrá —dice, y el humo asciende por encima de sus gafas.

La partida

Llaman a los cabezas de familia al Ayuntamiento por grupos de seis. Pueden elegir entre un empleo estatal y el sueldo de un año en efectivo. Los apartamentos en las ciudades de reubicación se les descontarán. Todo el mundo acepta el dinero.

Cierra la fábrica de mineral. El propietario del restaurante de fideos se marcha. El barbero se marcha. Todos los días pasan por delante de la ventana de la conservadora de semillas gabinetes de boda y cestos de ropa, cajas y cajones a hombros de porteadores.

Prácticamente nadie compra semillas de trigo de invierno. La conservadora mira los recipientes y piensa: «Sería más fácil si hubiera viajado. Podría haber ido a ver a Li Qing a la ciudad. Podría haberme subido a un transbordador y visto un poco de mundo».

Para finales de semana los ingenieros se han ido. La hilera superior de señalizaciones rojas biseca la ladera de roca de la montaña encima de la población. El río ascenderá sesenta y cuatro metros. Las copas de los árboles más altos no llegarán a la superficie; el aguilón del Ayuntamiento no hará ni acercarse. Intenta imaginar el aspecto que tendrá su jardín a través de tanta agua: el peral chino y el placaminero, los nudos fangosos de la enredadera de las calabazas, el vientre de una barcaza pasando quince metros por encima de su tejado.

Al otro lado de la malla metálica de su gallinero los chicos del vecino susurran historias que giran en torno a Li Qing. Cuentan que ha matado a hombres; su trabajo consiste en librarse de todo aquel que no apoye la construcción de la presa. Lleva una lista doblada en el bolsillo de atrás, y en esa lista hay nombres; cuando identifica a la persona que se corresponde con un nombre, te lleva al embarcadero y los dos vais río arriba pero solo vuelve uno.

Cuentos, nada más que cuentos. No todas las historias tienen un poso de verdad. Aun así, ella se acuesta en la cama y se hunde a través de la superficie de las pesadillas: El río asciende por los pilares de la cama; el agua entra por las persianas. Se despierta ahogándose.

La noche antes de que Li Qing se marche

Bajan las viejas escaleras hasta los muelles y cruzan el Puente de las Hermosas Miradas; las boyas de las nasas se revuelven de aquí para allá en los rápidos y media docena de esquifes se rozan con sus amarras.

El viento trae olor a lluvia. De vez en cuando Li Qing pierde pie delante de

ella y caen rodando al agua unos guijarros.

El río se traga todos los demás sonidos. Solo se aprecian los súbitos descensos de los murciélagos que se precipitan desde los altos muros, la luz de la luna que se posa sobre hileras de maíz lejanas y las líneas plateadas de los rápidos allí donde el río se frunce contra sus orillas.

—Aquí estamos —dice Li Qing.

La brasa de su cigarrillo reluce y se lleva la mano al bolsillo de atrás; una súbita espiral de pánico se aferra a la garganta de ella y piensa: «Lo sabe. Mi nombre está en esa lista». Pero Li Qing solo saca un cuadradito de tela y se limpia los cristales de las gafas.

Con los ojos al aire Li Qing mira la oscuridad como si estuviera al borde de un abismo frío y profundo pero luego se vuelve a poner las gafas y no es más que Li Qing otra vez, cuarenta y cuatro años, soltero, enlace adjunto de seguridad de la Tercera División de Ingenieros de la Comisión para la Presa.

—He visto que no has cobrado la paga de reubicación —dice.

Habla con cautela; ella se da cuenta de que está poniendo a prueba la estabilidad de sus palabras.

—Te estás haciendo mayor, madre. Todas estas escaleras, todas las horas que pasas encorvada en el jardín. Aquí la vida es dura. El frío, el viento. Nadie tiene calefacción eléctrica. Nadie tiene teléfono siquiera.

Empieza a cernirse una llovizna sobre el río y ella la oye acercarse. En unos pocos segundos la tienen encima y las gotas le motean las gafas.

—Un acuerdo en efectivo o un empleo estatal. Y además con tu hijo viviendo cerca. No son opciones tan terribles. Todos los días la gente abandona el campo por menos.

El repiqueteo de la lluvia suena y resuena de punta a punta del barranco y el viento se cuela en las cuevas y sale de nuevo describiendo espirales. El

pequeño extremo anaranjado del cigarrillo traza un arco por encima del río y desaparece. Ella pregunta:

—¿No hay una tercera opción?

Li Qing suspira.

—No hay una tercera opción.

El maestro

En la oscuridad, a un kilómetro escaso de allí, el Maestro Ke está delante del Ayuntamiento. La lluvia cae más allá de los faroles. Sostiene una vela dentro de un tarro; la llama se zarandea adelante y atrás. Sopla el viento y el poncho de plástico que lleva sobre los hombros se alza a su espalda, levantándose bajo la lluvia como las alas de un fantasma.

Noviembre

Hay poco trabajo. Come sola. Las medianoches parecen más vacías sin la presencia de Li Qing; cuelga su peonía boca abajo encima de la puerta y los pétalos se caen uno a uno.

El roble enano detrás de la casa se desprende de las últimas bellotas y ella escucha los agudos susurros entre las ramas, el silbido y el golpe seco de las semillas de gran tamaño que caen sobre el tejado. «Aquí —parecen decir los árboles—, y aquí.»

Una carta:

Madre: Desearía que hubiéramos podido hablar. Desearía muchas cosas. Tendríamos que empezar a buscarte un apartamento. Algo que no quede muy lejos de mí, algo con ascensor. Aquí hay cosas que te harán la vida más fácil. Lo que quería decir es que no tienes que seguir siendo leal a un lugar toda la vida.

Sería de gran ayuda que hicieras el favor de enviarme tu solicitud de reubicación. No falta mucho para el 31 de julio. Las listas de espera se hacen más largas a cada día que pasa.

Las transacciones de tierras se acaban. Las peticiones de mano se acaban. Todas las tardes otra barcaza accede estrepitosamente al muelle y otra familia amontona sus posesiones: armazones de cama y muñecas desnudas, perrillos babeantes y acuatintas de hijos de uniforme que se fueron hace mucho tiempo.

La mujer del Director del Pueblo entra en el almacén de semillas y mira la abertura de una docena de sobres. Su jardín detrás del Ayuntamiento estuvo rebosante de ásteres todo el verano: púrpuras, magentas, blancos. Ahora se va con cincuenta semillas.

—Dicen que tendremos una galería —comenta, pero sus ojos están llenos de preguntas.

Al parecer no hay prácticamente nada que la gente no pueda llevarse: tejados, cajones, alfombras de fieltro, molduras de ventana. Un vecino se pasa todo el día subido a una escalera retirando tablillas del tejado; otro arranca adoquines de las calles. La mujer de un pescador exhuma los huesos de tres generaciones de gatos domésticos y los envuelve en un delantal.

También dejan cosas: estuches de maquillaje agrietados y ristras de petardos quemados, deberes de aritmética calificados y círculos limpios de polvo encima de una repisa donde había unas estatuillas. Lo único que encuentra en el interior del restaurante son los pedazos de una pecera rota; lo

único que encuentra en la zapatería son tres pares de medias azules y la mitad superior de un maniquí de mujer.

En todo ese mes la conservadora de semillas no ve al Maestro Ke ni una sola vez. Cae en la cuenta de que está empezando a buscarlo. Los pies la hacen pasar por delante del cobertizo diminuto y medio hundido del maestro, pero la puerta está cerrada y no atina a ver si hay nadie dentro.

Igual ya se ha ido. La carta de Li Qing está encima de la mesa, pequeña y blanca. «No falta mucho para julio. No tienes que seguir siendo leal a un lugar toda la vida.»

Hay noches en que, sentada a solas entre el millar de sombras tenues de los recipientes de semillas, se nota un poco mareada, a punto de perder el equilibrio, como si su hijo estuviera tirando de ella desde el otro extremo de un cable enorme e invisible, como si le hubieran conectado al cuerpo miles y miles de hilos individuales.

Los niños

Aquí está el Parque de los Héroes; aquí están los ginkgos, una procesión en la oscuridad. Aquí están los antiguos leones, sus lomos pulidos a lo largo de cinco siglos de niños jinetes. «Todas las noches de luna llena — acostumbraba a decir su madre—, los leones cobran vida y se pasean por el pueblo, mirando por las ventanas, olisqueando los árboles.»

La niebla se arrastra por las calles y la luz de la luna se derrama en su interior igual que leche. Siempre, antes de las primeras luces, los leones regresaban a sus pedestales, cruzaban las patas y se volvían otra vez de piedra. No des por falso aquello que no puedes ver. Enfila la vieja callejuela

con las paredes medio derrumbadas. El cobertizo del maestro de escuela es una silueta apenas. La puerta está abierta.

—¿Hola?

Pasa un gato a toda prisa. Sube un peldaño, luego el otro. La entrada es toda oscuridad. La madera emite un crujido.

—¿Maestro Ke?

Dentro hay montones de papeles y una estufa de medio barril, manchada y fría. Cuelgan dos cacerolas de un clavo; el catre está vacío; la sábana, doblada.

La niebla avanza con lentitud. Allá en el río un transbordador hace resonar la sirena, un sonido parecido al mugir de un toro, inmenso y prehistórico. Ella se aleja a paso ligero, temblorosa.

Por la mañana hace más frío y del otro lado de la malla metálica del gallinero los chicos del vecino amontonan lascas de hielo y cuchichean.

—¿Lo has oído? ¿Te has enterado? Lo llevó río arriba. Al viejo maestro. Se adentró trescientos kilómetros en las montañas con él. ¿En una barca? En una barca. Luego lo dejó allí. ¿Sin comida? Le dio un cigarrillo dorado. Lo obligó a llegar nadando a la orilla. A kilómetros de ninguna parte. ¿Ese anciano? Lo llevó a la nada y lo dejó allí para que muera.

Se recuesta contra la malla. Se queda allí sentada un buen rato hasta que el jardín luce una barba de sombra y el crepúsculo llena el cielo de trincheras y heridas.

Río abajo

Desfilan velozmente acantilados blancos entre la niebla. En unos quince

minutos la conservadora de semillas está atravesando una región que ha visto quizá cinco veces en toda su vida. El barranco se abre y se retira; pasan terraplenes de tierras de cultivo, patatas de invierno, plantas de mostaza y los rastrojos amarillos del arroz cosechado.

El barco navega por barrancos y el río va cobrando fuerza todo el día, haciendo acopio de afluentes: alcanza una anchura de cincuenta metros, luego queda comprimido entre riscos y rápidos. Ella nota su potencia en los pies. La imagen del catre vacío del maestro se le aparece en un centelleo en la cara de un pueblo que pasa; permanece firme en el reflejo del sol encapotado, medio descascarillada, quebrada por los bajíos y acusadora en el agua.

No abandona la cubierta. Una familia comparte su arroz. La luz diurna se transforma rápidamente en penumbra y uno tras otro los pasajeros se retiran a los camarotes a dormir. Una docena de pueblos pasan al abrigo de la noche, salones de cartas, hoteles desvencijados, los esquifes de los pescadores, faroles que se mecen sobre los muelles cual estrellas díscolas. Piensa: «Vais los dos río arriba pero solo vuelve él». Piensa: «Dentro de seis meses, todo esto estará bajo las aguas».

La ciudad

Una altísima fachada negra, enfundada en vidrio, un exoesqueleto de balcones. Su apartamento está en el piso cuarenta y ocho. La cocina se va llenando de luz poco a poco. Li Qing calienta bolas de masa hervida en un microondas; sirve té en tazas con logos de ingeniería estampados.

—Come —dice—. Ponte mi albornoz.

Por la ventana, más allá del balcón, la salida del sol se pierde tras una

convulsión de tejados y antenas.

Su colchón es pequeño y firme. Ella respira y escucha el bramido asordado del tráfico, a su hijo, que se mueve suavemente por el cuarto, se pone un traje, se anuda la corbata. Todo parece imitar el movimiento del río, la cama oscila de aquí para allá, una corriente la impulsa hacia delante.

—Descansa —dice Li Qing, y su rostro pende sobre ella como una luna—. Me alegra que hayas venido.

Cuando despierta es por la tarde. Un escarabajo cruza el techo, demorándose en las volutas del enlucido. El agua transita por las paredes, la que descargan los retretes de los vecinos, los fregaderos desobstruidos.

Se sienta a la mesa y espera a su hijo. El sueño tarda en abandonarla. Las cortinas echadas son gruesas y pesadas.

Llega a casa antes de las ocho. Lanza la chaqueta sobre el sofá.

—¿Has dormido? Voy a pedir algo de comer.

Uno de los calcetines tiene un agujero y se le ve el talón.

—Li Qing. —Carraspea—. Siéntate.

Pone la tetera al fuego y se sienta. Su mirada es muy fija. Ella procura sostenérsela.

—¿Hablaste alguna vez con el Maestro Ke? ¿Mientras estabas en el pueblo?

—¿El maestro jubilado?

—Sí. ¿Qué le dijiste?

La tetera gruñe al ir calentándose.

—Le expliqué el asunto de la presa. Tenía unas preguntas, me parece. Procuré contestarlas.

—¿Nada más?

—Nada más.

—¿No hiciste más que hablar con él?

—Solo hablé con él. Y le di el cheque de reubicación.

Las barandillas del balcón vibran al viento y la conservadora de semillas traga saliva. Su hijo saca un cigarrillo del bolsillo, se lo pone en la boca y enciende una cerilla.

Los días venideros

Li Qing le deja llevar sus jerséis; le compra una toalla. Ella se queda mirando cómo giran sus prendas en la secadora. Después de las comidas él fuma en el balcón y el viento lo azota y le levanta la corbata, cuyo extremo suelto golpetea contra el cristal. Las colillas caen describiendo espirales hasta desaparecer.

«Igual el Maestro Ke se marchó como todos los demás. Igual —piensa—, me he equivocado de medio a medio. Igual en algún momento una debería dejar de acumular opiniones y dejarlas correr.»

Va con él a trabajar en su sedán negro. En el vestíbulo de su edificio de oficinas hay una maqueta de la presa encima de una mesa enorme. Los turistas se arraciman en torno al plexiglás y los flashes de las cámaras se encienden y se apagan.

El elegante y uniforme trazado del contrafuerte de la presa en la maqueta es del tamaño del coche de Li Qing. Está tachonado aquí y allá por grúas detalladas, que oscilan adelante y atrás y suben y bajan los aguilonos. En las riberas hay excavadoras de juguete en movimiento y un convoy de camiones diminutos discurre por unas vías mecánicas. Arbustos y pinos en miniatura puntean las colinas; hay luces brillantes y torres eléctricas por todas partes. El

agua corre por las esclusas, se precipita con fuerza por un derramadero, se remansa plácidamente en el embalse, toda teñida de un azul de fábula.

—Bienvenidos —dice una voz desde el techo, una y otra vez—. Bienvenidos.

El distrito 104

La pasea en coche por el distrito de reubicación. Inmensas estructuras de apartamentos nuevos, del tamaño de una manzana entera, se elevan a horcajadas sobre plazas centrales. Pasan volando una tras otra: hormigón blanco, vidrio azul, neón, mercadillos de aves y puestos de venta de carne, vehículos de limpieza con escobones giratorios y los alegres nombres de las intersecciones: Calle del Resplandor, Avenida del Paraíso. Aletean al viento lonas de construcción; se mecen cubos colgados de los andamios. Todo está tiznado de polvillo de carbón.

—Este distrito —comenta Li Qing— es uno de los más bonitos. La mayor parte de esta gente procede de los Veinte Primeros.

Se detienen en un semáforo. A ambos lados resuenan las motos. Más allá alcanza a oír un retumbo grave y sordo, el tintineo de los escoplos y el tamborileo de un martillo neumático. Li Qing sigue hablando acerca de lo emocionante que es para los ingenieros urbanos construir barrios desde cero, planificar alcantarillados como es debido, calzadas amplias, pero ella ve que ya no puede prestar atención. Pasan mujeres en bicicleta, una alarma de coche cobra vida con un gañido y luego guarda silencio y los tubos de escape de las motos al ralentí despiden gases sin cesar. El semáforo se pone verde; televisores lanzan brillos azules simultáneamente en un millar de ventanas.

Después de cenar él quiere saber su opinión: ¿Se ha fijado en las ventanas altas? ¿Le gustaría volver a visitar un apartamento piloto? En el envés de sus párpados aparece Li Qing con tres años; hace girar una piña por el suelo y prueba a contar mentiras: El viento ha tirado las semillas; un fantasma ha manchado su sábana.

Luego tiene doce años y ata ciempiés a hilos de globo y los ve ascender entre los riscos. ¿Cómo puede tener cuarenta años?

—Hay quien piensa que la presa es una mala idea —dice—. Lllaman a las emisoras de radio; se organizan. En un pueblo han amenazado con encadenarse a las casas y ahogarse contra las vigas.

A ella le suben palabras a la boca pero comprueba que no consigue organizarlas en frases. La ciudad entera se extiende más allá del balcón de Li Qing, un enigma de tejados y salidas de incendios, una bruma de antenas. El viento envuelve el edificio; todo se mece adelante y atrás.

—Pero en realidad no es más que un pequeño porcentaje —continúa Li Qing—. La mayoría de la gente está a favor de la presa. Las inundaciones río abajo son terribles, ya lo sabes. El verano pasado murieron dos mil personas. Y no podemos seguir consumiendo tanto carbón. La discusión es buena. Es saludable. Estoy a favor de que se discuta.

Egoísmo, recompensa y el cáliz del éxtasis. Su hijo quiere saber algo sobre su padre; ¿qué cree ella que habría pensado su padre de la presa? Pero todo le da vueltas; va flotando por los rápidos, atrapada entre las paredes de un barranco. Pasan muros de piedra caliza a toda velocidad, blancos y medio desmoronados.

El regreso

En el pueblo, a trescientos kilómetros, se van otros vecinos: la madre, el padre, el hijo, la hija, un desfile de mobiliario, un conejillo de Indias, un conejo y una ardilla, las jaulas suspendidas de las perchas de bambú de los porteadores; sus ojos negros escudriñan la nieve que cae, su aliento se hace visible en pequeñas espirales.

Lleva nueve días en la ciudad cuando se levanta, se viste y sale a la otra habitación, donde duerme su hijo, que a duras penas cabe en el sofá de poliéster. Las gafas están con las patillas dobladas en el suelo a su lado. Cada vez que respira, las ventanas de la nariz se le ensanchan ligeramente; tiene los párpados grandes y azules y surcados de capilares minúsculos.

Pronuncia su nombre. Él pestañea.

—¿Cómo llega el agua, cuando llega?

—¿A qué te refieres?

—¿Llega rápido? ¿Llega en tromba?

—Llega poco a poco. —Parpadea—. Primero el río se quedará sin corrientes y luego las aguas se volverán muy mansas. Desaparecerán los rápidos. Después, día tras día, los embarcaderos. El agua tardará en alcanzar su nivel más alto ocho días y medio, calculamos.

Ella cierra los ojos. El viento sisea a través de las barandillas del balcón, un sonido como el de la electricidad.

—Vas a regresar —dice él—. Te vas a ir.

El pueblo

Hace meses que no se construye nada nuevo. Las ventanas se rompen y se

quedan rotas. Caen a la calle piedras del tamaño de perros y nadie se molesta en retirarlas. Sube por la larga escalera y enfila la callejuela desmoronada hacia la casa del maestro. La puerta está abierta; una lámpara de queroseno cuelga de una viga. El Maestro Ke está encorvado sobre una hoja de papel en un haz de luz. Tiene una manta en el regazo; moja un pincel en un frasco de tinta. Su barba se menea sobre el papel.

No ha sido detenido; no ha sido asesinado. Igual no desapareció en absoluto; igual estaba en un pueblo cercano bebiendo *mao tai*.

—Buenas noches, Maestro —saluda, y continúa calle adelante.

Su casa continúa tal como estaba. Las semillas se encuentran donde las dejó. Arrastra el cubo de carbón por el suelo y abre la portezuela de la estufa.

Quedan tal vez unos cien vecinos en el pueblo, unos cuantos viejos pescadores, unas cuantas esposas y un puñado de arroceros a la espera de que las plantas del semillero sean lo bastante grandes para transplantarlas. Los niños se han ido; el Director del Pueblo se ha ido. Hay excrementos en los caparzones vacíos de las casas. Pero por la mañana la conservadora de semillas se siente curiosamente aliviada, incluso eufórica: parece adecuado estar aquí, en el aire plateado, estar en el jardín entre los restos de aguanieve y oír cómo el viento surca el barranco.

La luz se derrama entre las nubes, vidria los tejados, salpica las calles. Lleva una cazuela de estofado escaleras arriba y por la callejuela medio derrumbada y la deja humeante en los peldaños de la casa del maestro de escuela.

La primavera

Febrero trae aguaceros y el primer aroma a semillas de colza. Por las paredes del cañón discurren hilos de agua. Dentro del templo seis o siete mujeres cantan entre andanadas de truenos. El tejado tiene goteras y el agua de lluvia se filtra a través de grandes manchurroneos pardos y gotea en cacerolas dispuestas por los pasillos.

No hay Festival de Primavera, ni carreras de remeros por el río, ni fuegos artificiales en las cumbres. Ahora estaría sembrando las semillas del arroz, una simiente en cada recipiente de sus bandejas de plástico, luego tierra, luego agua. En cambio, siembra el jardín, y luego el jardín del vecino, y también lanza puñados de semillas a los patios de las casas abandonadas: col rizada, rábano, nabo, cebollino. De pronto es rica: tiene semillas para cincuenta jardines. Por las noches cocina —fideos con especias, sopa de tofu—, lleva las cazuelas a los peldaños del maestro y las deja tapadas, y recoge las cazuelas que ha dejado antes, vacías, lavadas sin mucha maña.

Entretanto, el pueblo desaparece. Los tablones de los muelles se desvanecen. Los árboles se quedan sin corteza. Desaparecen las agujas de los relojes y las puertas del Ayuntamiento, los cables de las antenas de radio y las antenas también. Se esfuman campos enteros de bambú. Desarraigan magnolios y los llevan en carretilla hasta las barcazas. Se evaporan bisagras y pomos, tuercas y tornillos. Hasta la última pizca de teca de todas las casas es desmontada, envuelta en sábanas y cargada escaleras abajo.

En marzo los pocos campesinos que quedan trillan el trigo. Cuando el viento da tregua los oye, el chop chop de las guadañas. Ha oído ese sonido todos los meses de marzo de su vida.

No recuerda una primavera más llena de color. Da la impresión de que las flores estallan en el barro. Para abril hay tonos escarlata y lavanda y jade por todas partes. Detrás del Ayuntamiento las zinnias brotan con un vigor

intenso, casi sobrenatural, como si salieran a borbotones de la tierra. Permanece arrodillada sobre ellas durante media hora, observando los tallos tersos y robustos que germinan de las semillas.

Poco después crecen tantas plantas en su jardín que tiene que empezar a arrancarlas. Es como si hubiera alguien debajo de la tierra, empujando las verduras con las manos. ¿Siempre ha sido así la primavera? ¿Pasmosa, abrumadora? Igual está más sensible este año. Vuelan abejas por las callejuelas con sus pesados cestos, aparentemente ebrias; estar debajo de los sicomoros es verse en mitad de una ventisca de semillas.

De noche se pasea por el pueblo y tiene la sensación de que la oscuridad es un enorme lago fresco. Todo parece a punto de salir flotando. La oscuridad, piensa, es lo único permanente.

Y el silencio. Una vez desaparecida la gente, y acallada la fábrica de mineral, es como si el pueblo se hubiera convertido en un tesoro de silencio, como si los ruidos de sus zapatos en las escaleras, y el aire que entra y sale de sus pulmones, fueran los únicos sonidos en kilómetros a la redonda.

Deja de funcionar el servicio de correo. No tiene noticias de Li Qing. Es posible, piensa, que se presente en cualquier momento y le pida que se vaya con él de inmediato. Pero no llega a aparecer. Por la noche solo hay tres o cuatro luces en contraste con el inmenso telón de fondo del barranco y el cielo oscuro y el río más oscuro aún con su tenue avenida de estrellas reflejadas.

Las luciérnagas

Ahora todas las noches miles de luciérnagas ascienden flotando por las

escaleras y cuelgan de los árboles, lanzando sus destellos de luz secuenciados, hasta que el barranco entero parece decorado con hileras de bombillas verdes. Se agacha para cambiar una cazuela de sopa por otra vacía que está en las escaleras de la casa del maestro cuando se abre la puerta.

—Estás mirando los escarabajos —comenta. Sale por la puerta a paso vacilante y se sienta con el extremo del bastón apoyado en el peldaño inferior. Ella asiente.

—Creía que te habías ido. En invierno.

Ella se encoge de hombros.

—Todo el mundo se está yendo.

—Pero tú sigues aquí.

—Usted también.

Él carraspea. Ahí fuera en los frutales las luciérnagas ascienden y destellan, ascienden y destellan.

—Mi hijo... —comienza ella.

—Más vale que no hablemos de él.

—De acuerdo.

—Están cortejando a las hembras —dice—. Los escarabajos. En los árboles más grandes a orillas del río, los he visto a miles brillando en sincronía. Se encienden, se apagan. Se encienden, se apagan.

Ella se levanta para irse.

—Quédate —dice el maestro—. Vamos a hablar un rato.

La memoria

Todas las piedras, todas las escaleras, son la clave de un recuerdo. Aquí los

hijos de sus vecinos hacían volar cometas. Aquí el afilador desdentado solía poner su rueda, que soltaba estertores y humeaba. Aquí, hace cuarenta años, una chica sin piernas tostaba frutos secos en un wok de cobre y aquí la madre de la conservadora de semillas le dejó una vez tomar un vaso de cerveza el día de los Festivales de Antaño. Aquí el río le arrebató de las manos una camisa limpia; aquí había antes un campo, cubierto de brotes verdes; aquí un pescador puso su boca caliente y seca sobre la de ella. El olor corporal de los porteadores, las caras blancas de las tumbas, las pantorrillas dulces y abultadas del padre de Li Qing: el pueblo está anegado en recuerdos.

Una y otra vez sus pies la llevan por las escaleras que cruzan el parque en dirección a la callejuela medio desmoronada, las mareas de luciérnagas y el perfume acre del patio del maestro de escuela. Lleva una cazuela de agua caliente y una bolsa de azucarillos, y el maestro se reúne con ella a la entrada de su casa y beben y ven cómo los escarabajos palpitan y ascienden igual que si el barranco entero ardiese a fuego lento y fueran ascuas que se hubiesen desprendido.

Antes de que se construyera el Ayuntamiento, antes del servicio de correos, antes de la fábrica de mineral, esto era un lugar de monjes y guerreros, y pescadores. Siempre los pescadores. La conservadora de semillas y el maestro hablan de presidentes y emperadores, y de las canciones de los rastreadores, y el templo y los pájaros. Sobre todo escucha la voz del anciano en la oscuridad, sus frases parcelándose una tras otra hasta que su cuerpo frágil al lado de ella da la impresión de desaparecer en la oscuridad y no es más que una voz, la elocución de un maestro de escuela a punto de apagarse.

—Tal vez —dice— un lugar parece distinto cuando sabes que lo estás viendo por última vez. O tal vez sea la certeza de que nadie volverá a verlo. Tal vez la certeza de que nadie lo volverá a ver lo cambia.

—¿Cambia el lugar o cómo lo vemos?

—Las dos cosas.

Ella toma un sorbo de agua dulce. El maestro dice:

—La Tierra tiene cuatro mil quinientos millones de años de antigüedad. ¿Sabes cuánto son mil millones de años?

Ciento trece, sesenta y seis, cuarenta y cuatro. Cien mil millones de soles por galaxia, cien mil millones de galaxias en el universo. El Maestro Ke escribe tres cartas al día, un centenar de palabras en cada una. Se las enseña; el papel blanco, la caligrafía irregular. Las envía a periódicos, funcionarios, ingenieros. Le enseña todo un listado —con cientos de páginas— de empleados de la comisión de la presa. El nombre de mi hijo figura ahí, piense.

—¿Qué dice en las cartas?

—Que la presa es un error. Que están inundando siglos de historia, arriesgando vidas, barajando cálculos erróneos.

—¿Y sirven de algo?

El maestro la mira; la humedad de sus ojos refleja las luciérnagas, las ruinas altísimas y lustrosas de los acantilados.

—¿Tú qué crees?

Julio

Todo acumula una tremenda belleza. Los amaneceres son largos y de color rosa; los anocheceres duran una hora entera. Las golondrinas viran y se lanzan en picado y la franja de cielo entre las paredes del barranco es púrpura y tersa como la piel. Las luciérnagas flotan en lo alto de los acantilados, una espuma verde, como si lo supieran, como si notaran que el agua se aproxima.

¿Está intentando Li Qing ponerse en contacto con ella? ¿Está viniendo ahora mismo río arriba a toda velocidad en un hidroala para llevársela?

El Maestro Ke le pide que vaya con sus cartas a los muelles y vea si las embarcaciones de paso quieren llevarlas a otro pueblo para enviarlas. Los pescadores rehúsan en su mayor parte; miran con ojos entornados la letra vacilante en los sobres y presienten que son peligrosas. La conservadora de semillas tiene más suerte con los rebuscadores de ojos hueros que vienen en lanchas desvencijadas a recoger chatarra o adoquines; los soborna con un vestido viejo, o queroseno o una bolsa de papel llena a rebosar de berenjenas. Quizá las echan al correo; quizá a la vuelta del meandro las tiran a los rápidos.

A estas alturas todas las losas enteras han sido sustraídas y empiezan a brotar girasoles en mitad de las calles. Sus jardines improvisados en los patios de los vecinos están hechos un desbarajuste de abejas y ortigas.

—Hay momentos —dice el maestro— en que recuerdo a los limpiabotas riéndose de mí, y los montones de basura humeantes bajo la lluvia, y las quemaduras en los dedos por culpa de esa estufa vieja, y me muero de ganas de verlo todo bajo el agua.

Las largas escaleras, un rellano tras otro, la parte anterior de cada peldaño bordeada de luz. Ni cinceles, ni perros ni motores. Nada más que el cielo, y la luz cayendo entre los armazones de los edificios, como una lluvia fina, y sus pisadas resonando por las callejuelas.

Se queda en casa y mira las bocas de los recipientes, ve cómo se reflejan diamantitos de luz en el terso lustre de las semillas, sus geometrías perfectas, sus sueños hibernales.

Mira más allá del maestro el interior de su diminuto cobertizo, los montones dispersos de papeles y los libros, el farol ennegrecido y las cascarillas de escarabajo en los rincones.

Ella dice:

—Va a ahogarse junto con el pueblo.

—Eres tú —responde él— la que debería preocuparnos.

Por fin

Le quedan dos noches al mes de julio cuando el maestro se planta en la puerta de su casa. Va vestido de traje, lleva los zapatos limpios y se ha peinado la barba. Le brillan los ojos. Lleva al hombro una mochila, en una mano el bastón y en la otra el cuello de una bolsa grande de plástico.

—Mira. —Dentro hay cientos, quizá miles de luciérnagas—. Miel y agua. Nunca tienen suficiente.

Ella sonríe. El maestro vacía la mochila: una botella de *mao tai* y un fajo de treinta cartas o así.

—Dos vasos —dice, y arrastra las piernas rígidas hasta una silla, se sienta y no sin esfuerzo consigue descorchar la botella. Brindan.

—Por un último envío.

—Por un último envío.

Él le explica lo que necesita y ella vacía todos los tarros que tiene, vertiendo las semillas en cubos y bandejas. El maestro arranca corchos con una navaja e introduce cartas en las botellas y juntos utilizan un embudo de papel para meter dentro las luciérnagas. Los insectos vuelan por todas partes y atascan los cuellos de las botellas, pero se las apañan para meter unos treinta o así en cada recipiente.

Amontonan las botellas con el corcho puesto en una cesta. Las luciérnagas

reptan por el cristal. La luz del farol tiembla y las sombras lamen las paredes. Ella nota cómo el licor le arde en el estómago y en las venas de los brazos.

—Bien —dice el Maestro Ke—, bien, bien, bien. —Su voz es un susurro, las revoluciones susurrantes de la aguja que surca un disco antiguo.

Cuando ella apaga el farol las botellas relucen suavemente. Se echa la cesta al hombro y la lleva escaleras abajo, y el maestro cojea a su lado, apoyándose en el bastón.

El aire es cálido y húmedo; el cielo es una franja de tinta azul oscuro entre los muros negros de los acantilados. La cesta sobre su hombro emite un tenue zumbido. Llegan a lo que queda de los muelles, unos quince pilares o así clavados en el lecho del río, y ella deja la cesta en el suelo y la observa.

—Se quedarán sin aire —dice, pero nota el efecto del licor, y el Maestro Ke respira con dificultad, también medio borracho. Todo está en silencio salvo el río.

—Venga —dice él—. Vamos a echarlas.

Ella se mete en el agua fría. Los guijarros se mueven bajo sus pies. La corriente se escinde con suavidad en torno a sus rodillas. El maestro es un peso trémulo junto a ella. Lleva la cesta flotando a su lado. Las botellas relucen sin cesar. Al final los dos —la conservadora de semillas y el maestro de escuela— están sumergidos hasta la cintura.

Igual el río ya está empezando a calmarse, a remansarse y ascender. Igual brotan espectros de la Tierra, de las bocas de las tumbas de un extremo a otro de los barrancos, de las puntas de los brotes en los remates de las ramas. Las luciérnagas repiquetean contra el cristal. «Más que cualquier otra cosa —piensa—, me entristecerá ver que el agua pierde impulso.»

Le pasa la primera botella y él la deja en el agua y ambos ven cómo el río se la lleva, una luz azul verdosa que parpadea en mitad de la corriente, girando levemente conforme va cogiendo velocidad.

Veinte mil días y noches en un lugar, cada cual acodada, atrapada y plegada encima de la anterior, las líneas de sus manos, los dolores entre las vértebras. Embrión, tegumento, endosperma: ¿qué es una semilla sino la forma más pura de recuerdo, un vínculo con todas las generaciones que la han precedido?

La botella desaparece. Le tiende la siguiente. Cuando el maestro se vuelve ella atina a ver que está llorando.

Todo la ha preparado para esperar que esta tentativa se malogre. Li Qing con sus cigarrillos; el maestro con sus preguntas. Nuestro bando, su bando. Pero tal vez, piensa, no hay bien ni mal en todo esto. Todos los recuerdos que ha tenido todo el mundo acabarán en algún momento bajo las aguas. El progreso es una tormenta y las alas de todo se ven sumidas en ella.

Se inclina hacia delante y le enjuga el ojo al maestro con el pulgar. La segunda botella ha desaparecido.

El Maestro Ke se pasa el antebrazo por la nariz.

—Tanto esfuerzo —dice—, y aun así, ¿verdad que es un placer? ¿No te hace sentir joven?

El río murmura contra sus cuerpos y las botellas van abandonando la cesta una tras otra. El anciano se toma su tiempo. Las botellas relucen y destellan en la corriente, vuelven el meandro y desaparecen. Ella escucha la corriente y el anciano envía sus cartas cauce abajo, y los dos permanecen en el agua hasta que no son capaces de decir dónde terminan sus piernas y dónde empieza el río.

El 31 de julio

El último día, vienen a por los árboles seis militares de aire templado e impasible con motosierras. Los talan en secciones de metro y pico, cargan los troncos en carretillas y bajan haciendo rebotar las carretillas por lo que queda de las escaleras, por delante del adoquinado roto, los girasoles y los jardines de la conservadora de semillas en los patios de los vecinos. Se llevan los robles, los ginkgos, los tres viejos sicomoros del jardín detrás del Ayuntamiento. Dejan los leones.

No ve al maestro en todo el día y espera que se haya marchado ya, ascendiendo río arriba por algún sendero antiguo, o acucillado en la canoa de algún pescador de paso, viendo desfilar los barrancos. Igual ella es la última persona en el pueblo; igual es la última persona en el río.

Por la tarde vienen tres policías a registrar el pueblo, alumbran las habitaciones con linternas, levantan tablones de desecho con la puntera de las botas, pero es fácil esconderse de ellos y una hora después su hidroala ha desaparecido, bramando hacia la siguiente población.

Extiende una manta sobre la mesa y vuelca los recipientes de semillas encima. Plantas de mostaza, pak choy, repollo, berenjena, coliflor. La voz de su madre: «Las semillas son los sueños que sueñan las plantas mientras duermen». Semillas del tamaño de monedas; semillas livianas como el aliento. Todas van a parar a la manta. Cuando todos los recipientes están vacíos, dobla las esquinas de la manta y las ata formando un fardo.

Pesa en sus brazos más o menos lo mismo que una criatura. El sol descende detrás del barranco. A estas alturas el desvío ha quedado cortado y el agua se acumula detrás de la presa.

Un gorro de lana. Una chaqueta. Deja los platos apilados en los armarios.

Baja las escaleras por última vez, sale al Puente de las Hermosas Miradas y se sienta en el pretil. El calor del día asciende de la piedra hasta la cara posterior de sus muslos. Todo está radiante.

Los pájaros se posan en el tejado del Ayuntamiento. Acercándose río arriba se oye el grave reverberar de una lancha motora, y cuando vuelve la curva ella se gira. Detrás del parabrisas va un piloto y al lado del piloto está Li Qing, que la saluda con la mano y luce sus ridículas gafas.

Años después

Vive en un edificio de una manzana de largo llamado Nuevo Inmigrante 606. Su apartamento tiene tres habitaciones, cada cual con una puerta y una ventana de un solo vidrio. Las paredes son blancas e impersonales. No le llega ni una sola factura.

Los domingos Li Qing se pasa por allí y está unas horas con ella, bebiendo cerveza. De un tiempo a esta parte lleva a Penny Ou, una divorciada con voz dulce y un trío de lunares arracimados a un lado de la nariz. A veces llevan al hijo de esta, un niño de nueve años de cara redonda llamado Jie. Comen estofado, o fideos con brotes de soja, y no hablan de nada.

Jie columpia los pies bajo la mesa. Una radio borbotea en el aparador. Luego Penny lleva los platos al fregadero, los lava, los seca y los apila en el armario.

Los días parecen hechos de crepúsculo, incorpóreos como las sombras. Los recuerdos, cuando aparecen, suelen ser viscosos y endebles, atrapados bajo superficies lejanas, o apresados en marañas neurofibrilares. Está delante de la bañera llena pero no recuerda haberla llenado. Va a poner agua en la tetera pero se la encuentra ya humeante.

Sus semillas están cubiertas de moho, agrietadas o caducas por completo en una cómoda prefabricada de madera contrachapada que venía con el

apartamento. De vez en cuando la mira, la superficie sin barnizar, los ocho pomos relucientes, y la acosa una noción en el fondo de la conciencia, una sensación como de que ha extraviado algo pero ya no recuerda lo que es.

Su madre decía que las semillas eran eslabones de una cadena, ni principios ni finales, pero se equivocaba: las semillas son tanto principios como finales; son el tejido orgánico de una planta y su ataúd. Los huertos permanecen invisiblemente agazapados cada uno en el siguiente. Jie trae seis vasos de poliestireno llenos de turba para un proyecto escolar. La conservadora de semillas le ofrece seis semillas de magnolia, cada una brillante como una gota de sangre.

El niño abre un agujero en cada taza de tierra con un dedo; deja caer las semillas como minúsculas bombas. Ponen las semillas en el alféizar de su apartamento. Agua. Tierra. Luz.

—Ahora, a esperar —dice.

Damos la vuelta al mundo solo para volver de nuevo. El envoltorio de una semilla se abre, emerge una diminuta raicilla. En las noticias un funcionario del gobierno desmiente los informes de que hay grietas en las esclusas de la presa. Llama Li Qing: Esta semana tiene que salir de viaje. Hay mucho trabajo. Penny intentará pasarse por allí.

La conservadora de semillas va a la ventana. En la plaza, mareas de gente van a la deriva en un centenar de direcciones; ciclistas, personas de camino al trabajo, mendigos, barrenderos, compradores, policías. El Maestro Ke habrá envejecido más incluso; difícilmente podría seguir vivo. Sin embargo: ¿Y si es una de esas figuras de ahí abajo, dentro de uno de esos coches, una de las siluetas en la acera, una cabeza con sus hombros, las infinitesimales punteras de sus zapatos?

Más allá de la plaza, decenas de miles de luces rielan al viento, aviones y escaparates y carteleras, luces piloto y lámparas detrás de las ventanas y luces

de aviso en las antenas. Encima de ellas un puñado de estrellas se deja ver un momento, turbias, apenas visibles entre las nubes, destellando azules y rojas y blancas. Luego desaparecen.

El río Niemen

Me llamo Allison. Tengo quince años. Mis padres están muertos. Llevo un caniche que se llama Tropiezo en una caja para mascotas entre los tobillos y una biografía de Emily Dickinson en el regazo. La azafata me sirve zumo de manzana una y otra vez. Estoy a treinta y seis mil pies de altitud sobre el océano Atlántico y al otro lado de mi ventanilla empañada el mundo entero se ha convertido en agua.

Me voy a vivir a Lituania. Lituania está en el rincón superior derecho de Europa. Encima de Rusia. En el mapamundi del colegio, Lituania es rosa.

El abuelo Z me está esperando a la salida de la zona de recogida de equipajes. Tiene la barriga tan grande que le cabría un bebé dentro. Me abraza mucho rato. Luego saca a Tropiezo de la caja y abraza también a Tropiezo.

Lituania no parece rosa. Es más bien gris. El abuelo Z tiene un pequeño Peugeot que huele a polvo de roca. El cielo se ve bajo encima de la autopista. Pasamos por delante de cientos de edificios de apartamentos de hormigón a medio construir que parece como si hubieran sido azotados por tornados una o dos veces. Hay anuncios de Nokia grandes y anuncios de Aquafresh más grandes aún.

El abuelo Z dice: El dentífrico Aquafresh es bueno. ¿Tenéis Aquafresh en Kansas?

Le digo que usamos Colgate.

Él dice: Yo te busco Colgate.

Desembocamos en una autopista dividida en cuatro carriles. La tierra a ambos lados está distribuida en pastos que parecen tremendamente embarrados para ser principios de julio. El Peugeot no tiene limpiaparabrisas. Tropiezo duerme en mi regazo. Lituania se vuelve de un verde húmedo y caluroso. El abuelo Z conduce con la cabeza asomada por la ventanilla.

Al final nos detenemos en una casa con tejado de madera a dos aguas y chimenea central. Es exactamente como las otras veinte casas agrupadas alrededor.

Ya estamos en casa, dice el abuelo Z, y Tropiezo se baja de un brinco.

La casa es larga y estrecha, como un vagón de tren. El abuelo Z tiene tres habitaciones: una cocina delante, un dormitorio en medio y un cuarto de baño al fondo. Afuera hay un cobertizo. Saca una mesa plegable. Me trae un montoncito de patatas Pringles en un plato. Luego un filete. Ni alubias verdes, ni panecillos ni nada parecido. Nos sentamos a comer en el borde de su cama. El abuelo Z no bendice la mesa, así que susurro para mis adentros. Bendícenos Señor y bendice estos alimentos. Tropiezo olisquea entre mis pies con escepticismo.

Mientras está a medio comer su filete, el abuelo Z me mira y tiene lágrimas en las mejillas.

No pasa nada, digo. Últimamente digo mucho «No pasa nada». Se lo he dicho a señoras de la iglesia, azafatas y consejeros. Digo: «Estoy bien, no pasa nada». No estoy segura de que esté bien, ni de que no pase nada ni de que decirlo haga sentirse mejor a nadie. Más que nada es algo que decir.

Fue cáncer. Por si os lo preguntabais. Primero se lo encontraron a mamá y le extirparon los pechos y los ovarios pero seguía teniéndolo, y luego le hicieron pruebas a papá y lo tenía en los pulmones. Me imaginaba el cáncer como un

árbol: un árbol negro, grande y sin hojas dentro de mamá y otro dentro de papá. El árbol de mamá la mató en marzo. El de papá lo mató tres meses después.

Soy hija única y no tengo más parientes, conque los abogados me enviaron a vivir con el abuelo Z. La Z es de Zydrunas.

La cama del abuelo Z está en la cocina porque me ha dejado el dormitorio. Las paredes son de yeso y la cama chirría y las sábanas huelen como el polvo encima de una bombilla caliente. No hay persiana en la ventana. En la cómoda hay un panda rosa nuevecito, que es más bien para críos, pero también es mono. Lleva todavía el precio colgado de la oreja: 39.99 Lt. Lt. es de litas. No sé si 39.99 es mucho o poco.

Después de apagar la lámpara, no veo más que negrura. Algo hace tap tap tap contra el techo. Oigo a Tropiezo jadear a los pies de la cama. Mis tres bolsos de lona, amontonados contra la pared, contienen todo lo que poseo en este mundo.

¿Parezco alejada? ¿Parezco perdida? Probablemente lo estoy. Susurro: «Querido Dios, cuida de mamá en el Cielo, por favor, y cuida de papá en el Cielo, por favor, y cuida de mí en Lituania, por favor. Y cuida de Tropiezo también, por favor. Y del abuelo Z».

Y entonces siento que se me viene encima la Gran Tristeza, como si tuviera una brillante y afilada hoja de hacha enterrada en el pecho. La única manera de seguir con vida es quedarme inmóvil por completo, así que en vez de susurrar «Querido Dios, cómo has podido hacerme esto», solo susurro «Amén», que según me dijo el pastor Jenks allá en casa significa «así sea» y me quedo tumbada con los párpados cerrados cogiendo a Tropiezo muy fuerte y aspirando su olor, que a mí siempre me huele a chips de maíz, y pruebo a inspirar luz y expulsar un color —luz, verde, luz, amarillo— como me dijo el consejero que hiciera cuando me sobreviene el pánico.

A las cuatro de la madrugada ya ha salido el sol. Me siento en una silla de jardín al lado del cobertizo del abuelo y veo a Tropiezo husmear por Lituania. El cielo es plateado y se arrastran por los campos grandes bufandas de niebla. Un centenar de pajarillos negros se posan en el tejado del cobertizo del abuelo y luego remontan el vuelo otra vez.

Todas y cada una de las casas en el grupo de casas idénticas del abuelo Z tienen cortinas de encaje. Las ventanas son todas iguales pero el encaje es distinto en cada una. Una tiene un dibujo de flores, otra un dibujo lineal y otra tiene círculos apoyados unos contra otros. Mientras miro, una anciana retira una cortina con diseño en zigzag en una ventana. Se pone unas gafas enormes y me indica con un gesto que me acerque y veo que tiene unos tubos metidos por la nariz.

Su casa se encuentra a unos siete metros de la del abuelo Z, está llena de estatuas de la Virgen María y hierbas y huele como a mondaduras de zanahoria. Un hombre en chándal en la habitación del fondo duerme en una cama sin mantas. La anciana se desengancha de una máquina que parece dos bombonas de buceo en un soporte con ruedas, da unos golpecitos con la mano en el sofá y me dice un puñado de palabras en ruso. Su boca está llena de oro. Tiene un lunar del tamaño de una canica bajo el ojo derecho. Sus pantorrillas parecen bolos, va descalza y los dedos de los pies se le ven golpeados y aplastados.

Responde con un asentimiento a algo que no he dicho, enciende una televisión inmensa de pantalla plana colocada encima de dos ladrillos de cenizas y vemos juntas decir misa por televisión a un pastor. Los colores están corridos y el sonido es confuso. En la iglesia hay tal vez unas veinticinco personas en sillas plegables. Cuando era niña mi mamá me

hablaba en lituano, así que entiendo parte del sermón del pastor. Cuenta algo sobre que su padre se cayó del tejado. Dice que eso significa que solo porque no puedas ver algo no supone que no debas creerlo. No sé si se refiere a Jesucristo o a la gravedad.

Luego la anciana me trae una patata rellena grande cubierta con trocitos de beicon. Me ve comer a través de sus gafas enormes, empañadas.

Gracias, le digo en lituano, lo que suena como un estornudo. Se queda mirando al vacío.

Cuando vuelvo a casa del abuelo Z, tiene una revista abierta en el regazo con esquemas espaciales.

¿Estás en casa de la señora Sabo?

Estaba. En pasado, abuelo.

El abuelo Z describe un círculo junto a la oreja con un dedo. La señora Sabo ya no se acuerda de las cosas, dice. ¿Entiendes?

Asiento.

Aquí leo, dice el abuelo Z, carraspeando, que la Tierra tiene tres lunas. Se muerde el labio inferior, pensando cómo decirlo en inglés. No, antes tiene tres lunas. La Tierra antes tiene tres lunas. Hace mucho tiempo. ¿Qué te parece?

¿Quieres saberlo? ¿Lo que es? ¿Apuntalar la presa? ¿Tener los dedos metidos en las grietas? ¿Sentir que cada vez que respiras es otra traición, otro paso que te aleja de lo que eras y donde estás y quien eras, otro paso hacia el interior de la oscuridad? El abuelo Z vino dos veces a Kansas esta primavera pasada. Se sentó en las habitaciones y olió los olores. Ahora se inclina hacia delante hasta que atino a ver los minúsculos relámpagos rojos de las venitas en sus ojos. ¿Quieres decir algo?

No, gracias.

Me refiero a hablar, aclara. ¿Hablar, Allie?

No. Gracias.

¿No? Pero hablar es bueno, ¿no?

El abuelo Z hace lápidas. Las lápidas en Lituania no son exactamente como las de América. Son lustrosas y lisas y están hechas de granito, pero la mayoría llevan grabados retratos de la gente enterrada debajo. Son como fotografías en blanco y negro talladas en las piedras mismas. Son caras y todo el mundo gasta dinero en ellas. Los pobres, dice el abuelo Z, son los que más gastan. Unas veces graba la cara y otras hace el cuerpo entero del fallecido, como un hombre alto de pie con chaqueta de cuero, a tamaño real, muy realista, con botones en los puños y pecas en las mejillas. El abuelo Z me enseña una polaroid de una lápida que le hizo a un gángster famoso. La piedra mide más de dos metros de alto y lleva un retrato a tamaño real del hombre con las manos en los bolsillos sentado en el capó de un Mercedes. Dice que la familia le pagó dinero extra para que añadiera una aureola en torno a la cabeza del hombre.

El lunes por la mañana el abuelo Z va al taller y todavía faltan dos meses para que empiece el curso, conque me quedo sola en casa. Para mediodía ya he mirado todos los cajones del abuelo Z y el único armario que tiene. En el cobertizo encuentro dos cañas de pescar y un viejo bote de aluminio bajo una lona, ocho tarros de calderilla lituana y miles de revistas científicas británicas roídas por los ratones: *Popular Science*, *Science Now* y *British Association for the Advancement of Physics*. Hay revistas sobre osos polares y calendarios mayas, biología celular y montones de cosas que no entiendo. Dentro hay cosmonautas desvaídos, gorilas conectados a máquinas y coches de dibujos animados que se pasean por Marte.

Entonces aparece la señora Sabo. Grita algo en su ruso medio en ruinas, se

acerca a una cómoda, abre una cigarrera y dentro hay fotografías.

Motina, dice, y me señala.

Pensaba que no se acordaba de las cosas, le contesto.

Pero me está poniendo las fotos delante de las narices como si acabara de recordar algo y quisiera decirlo antes de que se le olvide. *Motina* significa mamá. En todas las fotos aparece mamá cuando era pequeña. Aquí está disfrazada de oso polar, aquí frunce el ceño encima de lo que podría ser el motor un cortacésped y aquí camina descalza por el barro.

La señora Sabo y yo extendemos las fotos formando una cuadrícula encima de la mesa plegable del abuelo Z. Hay sesenta y ocho. Mamá con cinco años frunce el entrecejo delante de un tanque soviético oxidado. Mamá con seis años pela una naranja. Mamá con nueve años está de pie entre las malas hierbas. Ver las fotos me provoca una sensación en las entrañas como de que casi me apetece cavar un hoyo poco profundo en el patio y tumbarme dentro.

Separo doce fotografías. En todas ellas, mi madre —mi madre inmigrante lituana que conducía un Subaru, comía anacardos, escuchaba a Barry Manilow y ha muerto por culpa del cáncer— está o bien de pie en el agua turbia o bien asomada por la borda de un bote de aspecto cutre, ayudando a levantar alguna parte de un tiburón horripilante y gigantesco.

Erketas, dice la señora Sabo, y asiente con gesto grave. Luego tose durante unos dos minutos seguidos.

¿*Erketas*?

A estas alturas las toses le han arrebatado toda la capacidad de comprensión. El hombre de chándal, su hijo, viene y le dice algo y la señora Sabo mira fijamente la parte inferior de su rostro hasta que al final consigue engatusarla para que regrese a la casa. El abuelo Z vuelve de trabajar a las 14.31.

Abuelo, le digo, para el caso el papel higiénico es como si estuviera hecho

de grava.

Asiente pensativo.

¿Y esta es mi madre, le pregunto, con todos estos tiburones blancos?

El abuelo mira las fotos, parpadea y se lleva un nudillo entre los dientes. Durante quizá treinta segundos guarda silencio. Parece como si estuviera plantado delante de un ascensor esperando a que se abran las puertas.

Al final dice, *Erketas*. Va a un libro en una caja en el suelo, lo abre y lo hojea, levanta la vista y vuelve a bajarla, y dice, Esturión.

Esturión. ¿*Erketas* significa esturión?

Pez de río. Del río.

Comemos salchicha para cenar. Sin pan, sin ensalada. Durante toda la cena las fotos de mamá nos están observando.

Friego los platos. El abuelo Z dice: ¿Paseas conmigo, Allie?

Nos lleva a Tropiezo y a mí por el campo detrás de la colonia de casas. Hay pulcros huertitos y cabras atadas a postes aquí y allá. Brincan saltamontes delante de nosotros. Pasamos por encima de una valla y sorteamos excrementos de vaca y ortigas. El senderillo va hacia unos sauces y al otro lado hay un río: pardo y manso, de una anchura sorprendente. Al principio el río parece inmóvil, como un lago, pero cuanto más miro, mejor veo que se mueve muy lentamente.

Tropiezo estornuda. Me parece que no había visto nunca un río. Una fila de vacas se pasea con calma por la orilla opuesta.

El abuelo Z dice, A pescar. Ahí es donde va tu madre. Iba. En pasado. Deja escapar una risa nada risueña. A veces con su abuelo. A veces con la señora Sabo.

¿Cómo se llama?

Río Niemen. Se llama río Niemen.

Una hora tras otra sube a la superficie el mismo pensamiento: Si vamos a acabar todos juntos y felices en el Cielo, ¿cómo es que la gente espera? Una hora tras otra la Gran Tristeza se alza detrás de mis costillas, afilada y reluciente, y me cuesta horrores seguir respirando.

La señora Sabo, dice el abuelo Z, tiene noventa o noventa y cuatro años. Ni siquiera su hijo lo sabe seguro. Ha vivido la primera independencia lituana y la segunda también. Luchó con los rusos la primera vez, contra ellos la segunda. Cuando todas estas casas eran una granja colectiva bajo los rusos, salía en bote de remos todos los días, durante treinta y cinco años, y remaba nueve kilómetros río arriba para trabajar en una fábrica de productos químicos. Iba a pescar cuando en aquellos tiempos las mujeres no pescaban, dice.

Hoy en día la señora Sabo tiene que estar conectada al aparato de oxígeno todas las noches. No parece importarle si me paso a ver la tele. Ponemos el volumen muy alto para oír a pesar de los resuellos y el estruendo de la bomba de oxígeno. A veces vemos al pastor lituano, a veces vemos dibujos animados. A veces es tan tarde que solo vemos una cadena que emite un mapa del mundo desde un satélite, rotando eternamente a través de la pantalla.

Llevo en Lituania dos semanas cuando Mike, el consejero, le llama al móvil al abuelo Z. El consejero Mike, un abogado que masca chicle y viste pantalones cortos de baloncesto. Son las dos de la madrugada en Kansas. Pregunta cómo me estoy adaptando. Oír su acento americano abierto de par en par hace que note en mi interior una súbita ráfaga de verano en Kansas. Es como si lo tuviera ahí mismo al otro extremo de la línea, el aire sedoso, las

últimas luces de los porches apagadas, una bruma de mosquitos revoloteando sobre el estanque de Brown, la luna que llega a la tierra a través de capas y estratos y cortinas de humedad, las farolas que proyectan suaves columnas de luz sobre los aparcamientos de las tiendas de comestibles. Y en algún lugar de esa oscuridad soñolienta el consejero Mike está sentado a la maciza mesa de la cocina en calcetines y le pregunta a una huérfana en Lituania cómo se está adaptando.

Me lleva diez segundos enteros decir, Estoy bien, no pasa nada.

Dice que tiene que hablar con el abuelo. Hemos recibido una oferta por la casa. Cosas de adultos.

¿Es una buena oferta?

Cualquier oferta es buena.

No sé qué responder a eso. Oigo que llega música desde su extremo, lejana y plagada de estática. ¿Qué escucha el consejero Mike, en las profundidades de la noche de Kansas?

Rezamos por ti, Allie, dice.

¿Quiénes?

Los de la oficina. Y los de la iglesia. Todos. Todos rezamos por ti.

El abuelo se ha ido a trabajar, digo.

Luego saco a pasear a Tropiezo por el campo, cruzamos la verja y vamos por las piedras hasta el río. Las vacas siguen en la orilla opuesta, comiendo lo que coman las vacas y moviendo el rabo de aquí para allá.

A ocho mil kilómetros de allí el consejero Mike planea vender las baldosas de plástico naranja que papá pegó al suelo del sótano, la muesca que dejé en la pared del comedor y los frambuesos que plantó mamá en el jardín de atrás. Va a vender las bandejas de horno combadas, los champúes medio usados y los seis vasos de Jedi que nos regalaron en Pizza Hut que solo nos quedamos después de que papá le preguntara a nuestro pastor si Jesucristo hubiera

«aprobado» *La guerra de las galaxias*. Todo, todo ello, nuestros trastos, nuestros posos, nuestros recuerdos. Y yo tengo el caniche de la familia y tres bolsos de lona con prendas demasiado pequeñas y cuatro álbumes de fotos, pero no me queda nadie que encarne ninguna de esas fotos. Me separan de allí ocho mil kilómetros y cuatro semanas y cada minuto que transcurre a duras penas es otro minuto que el mundo ha seguido girando sin mamá y papá. Y se supone que voy a vivir con el abuelo Z en Lituania... ¿qué, el resto de mi vida?

Pensar en la casa vacía allí en Kansas hace que la Gran Tristeza empiece a oscilar en mi pecho como un péndulo y enseguida una riada azul inunda los márgenes de mi visión. Esta vez llega rápido y la hoja del hacha se pone a dar tajos a los órganos de cualquier manera y de pronto me siento como si tuviera ante mis ojos el interior de una bolsa muy azul y alguien tirase del cordón para cerrarla. Me derrumbo contra los sauces.

Me quedo allí tumbada quién sabe cuánto rato. Allá en el cielo veo a papá vaciándose los bolsillos después de trabajar, dejando monedas, caramelos de menta y tarjetas de visita sobre la encimera de la cocina. Veo a mamá cortando una pechuga de pollo frita en triangulitos blancos y untándolos todos en ketchup. Veo que la Virgen María sale a una pequeña galería entre las nubes y mira alrededor, coge las contraventanas, una a cada lado, y las cierra de golpe.

Oigo a Tropiezo olisqueando por ahí cerca. Oigo que el río discurre suavemente, los saltamontes mastican las hojas y resuenan a lo lejos los cencerros tristes y distraídos de las vacas. Cuando por fin me incorporo, la señora Sabo está de pie a mi lado. No sabía que pudiera ir andando tan lejos. Unas maripositas blancas aletean entre los sauces. El agua del río corre reluciente. Dice algo en un ruso racheado y me pone la mano helada en la frente. Miramos el río, la señora Sabo, Tropiezo y yo, entre la hierba al sol. Y

mientras miramos y respiro y vuelvo en mí —lo juro—, salta del río un pez del tamaño de un misil nuclear. Tiene el vientre de un blanco immaculado y el lomo gris, se dobla en pleno salto, sacude la cola y se estira como si pensase, Esta vez la gravedad va a dejarme ir.

Cuando vuelve a caer, el agua explota al otro lado del río lo bastante lejos como para que me caigan unas gotas a los pies.

Tropiezo aguza las orejas, levanta la cabeza. El río se recupera. La señora Sabo me mira desde detrás de sus gafas inmensas y parpadea una docena de veces con ojos lechosos.

¿Ha visto eso? Dígame que lo ha visto, por favor.

La señora Sabo no hace más que parpadear.

El abuelo Z vuelve a casa a las 15.29.

Te he comprado una sorpresa, dice. Abre la puerta trasera del Peugeot y dentro hay una caja de papel higiénico americano.

Abuelo, le digo. Quiero ir a pescar.

Papá decía que Dios creó el mundo y todo lo que hay en él y el abuelo Z diría que si Dios creó el mundo y todo lo que hay en él, ¿cómo es que no es todo perfecto? ¿Por qué tenemos hernias y por qué hijas sanas y preciosas enferman de cáncer? Entonces papá diría, Bueno, Dios es un misterio, y el abuelo Z diría que Dios es, cómo se dice, una mantita de seguridad para bebés, y papá se iría de mal humor y mamá tiraría la servilleta y le soltaría algo en lituano al abuelo y se iría detrás de papá y yo me quedaría mirando los platos en la mesa.

El abuelo Z cruzó el océano dos veces esta primavera para ver morir a su hija y su yerno. ¿Tenía Dios una explicación para algo así? Ahora estoy en la cocina del abuelo Z y le oigo decir que ya no quedan esturiones en el río

Niemen. Quizá queden algunos en el mar Báltico, dice, pero en el río no queda ninguno. Dice que su padre llevó a mamá a pescar esturiones todos los domingos durante años y probablemente la señora Sabo capturó unos cuantos en los viejos tiempos pero luego llegaron la esquilación y los pesticidas, la presa de Kaunas y el caviar del mercado negro, su padre murió y el último esturión murió y mamá se hizo mayor y se fue a la universidad en Estados Unidos, se casó con un creacionista y hace veinticinco años que nadie ha pescado un esturión en el río Nemunas.

Abuelo, le digo, la señora Sabo y yo hemos visto un esturión. Hoy. Ahí mismo. Y señalo por la ventana hacia la hilera de sauces al otro lado del campo.

Son las fotos, dice. Has visto las fotos de tu madre.

He visto un esturión, insisto. No en una foto. En el río.

El abuelo Z cierra los párpados y los abre. Luego me coge por los hombros, me mira a los ojos y dice, Vemos cosas. A veces están. A veces no están. Las vemos igual de un modo u otro. ¿Entiendes?

Vi un esturión. También lo vio la señora Sabo. Me acuesto enfadada y me despierto enfadada. Tiro el panda de peluche contra la pared, me paseo enfurruñada por el porche y doy patadas a la grava en el sendero de acceso. Tropiezo me ladra.

Por la mañana veo que el abuelo Z se va a trabajar en coche, grande, barrigudo y confuso, y oigo cómo el aparato de la señora Sabo emite runruneos y chasquidos en la casa de al lado, y pienso: tendría que haberle pedido al abuelo Z que confíe en mí. Tendría que haberle hablado del anciano padre del pastor y la escalera, de Jesús y la gravedad y cómo solo porque no veas algo no significa que no debas creerlo.

En cambio, entro en el cobertizo del abuelo Z y empiezo a sacar cajas y muestras de granito, escoplos y sierras para piedra, y me lleva media hora despejar un paso y otra media sacar el viejo bote de aluminio hasta el sendero. Es de fondo plano, tiene tres asientos y debajo de cada uno viven tal vez unas mil arañas. Las rocío con una manguera. Busco una botella de algún producto tóxico de limpieza lituano y friego con él todo el casco.

Un rato después llega tambaleándose la señora Sabo con las gafotas y los bracitos cruzados sobre el pecho y me mira como una mantis religiosa. Deja escapar una sarta de toses. Su hijo viene con el chándal y un pitillo entre los labios, se quedan los dos viéndome trabajar unos diez minutos o así y luego se lleva a su madre otra vez adentro.

El abuelo Z vuelve a casa a las 15.27. Hay cajas y mangueras, rastrillos y herramientas por todo el sendero de acceso. La botella de disolvente ha dejado brillantes manchas plateadas por todo el casco del bote. Le digo, la señora Sabo y yo vimos un esturión en el río ayer, abuelo.

El abuelo Z me mira parpadeante. Me da la impresión de que igual está contemplando en el pasado algo que creía que terminó hace mucho tiempo.

Dice, No queda más esturión en el Nemunas.

Digo, Quiero intentar pescar uno.

No están aquí, insiste el abuelo Z. Son especie en peligro de extinción. Eso quiere decir...

Ya sé lo que quiere decir.

Columpia la mirada entre el bote, Tropiczo y yo. Se quita el sombrero, se pasa la mano por el pelo y se lo vuelve a poner. Luego empuja un poco el bote con la puntera de la zapatilla deportiva y sacude la cabeza, Tropiczo menea el rabo y el viento aleja una nube. El sol estalla derramándose por encima de todo.

Utilizo una viejísima carretilla con las ruedas pinchadas para llevar el bote por el campo, cruzar la verja y dejarlo en el río. Después cargo con los remos y las cañas de pescar. Luego regreso y le digo al hijo de la señora Sabo que me la llevo al río; tomo a la señora Sabo del brazo, cruzamos el campo y la acomodo en la proa del bote. A la luz del sol su piel parece cera de vela vieja.

Pescamos con toscas cañas de más de dos metros y anzuelos antiguos del tamaño de mi mano. Usamos gusanos. La cara de la señora Sabo permanece totalmente inexpresiva. La corriente es muy lenta y resulta fácil remar de vez en cuando y mantener el bote en mitad de la corriente.

Tropiezo permanece sentado junto a la señora Sabo y tiembla de emoción. El río discurre por nuestro lado. Vemos toda una manada de gatos silvestres durmiendo encima de una roca al sol. Vemos un ciervo que mueve nerviosamente las orejas en los bajíos. Van desfilando muros de árboles negros, grises y verdes.

A media tarde me acerco a lo que resulta ser una isla y la señora Sabo se baja del bote, se levanta la falda y mea largo rato entre los sauces. Abro una lata de Pringles y la compartimos.

¿Se acuerda de mi madre?, le pregunto, pero la señora Sabo vuelve la vista hacia mí y me ofrece una mirada ensoñada. Como si ella lo supiera todo pero yo no fuera a entenderlo. Sus ojos están a kilómetros de distancia. Quiero pensar que está recordando otros viajes por el río, otras tardes al sol. Le leo fragmentos de una de las revistas de naturaleza del abuelo Z. Le cuento que las plumas de un águila de cabeza blanca pesan el doble que sus huesos. Le cuento que los cerdos hormigueros toman el agua que necesitan comiendo pepinos. Le cuento que el macho de la mariposa con el nombre de «pequeño pavón» puede oler el aleteo de la mariposa hembra a nueve kilómetros.

Tengo que remar durante dos horas para volver a casa. Vemos grandes

aspersores de eje proyectar arcoíris sobre un campo de patatas y vemos pasar un millar de vagones de mercancías traqueteando detrás de una locomotora. Qué bonito es todo aquí fuera, digo.

La señora Sabo levanta la mirada. ¿Lo recuerdas?, pregunta en lituano. Pero no dice nada más.

No pescamos nada. Tropiezo se duerme. A la señora Sabo le quema las rodillas el sol.

Ese único día, no hace falta más. Todas las mañanas el abuelo Z se va a grabar retratos de muertos en granito, y cuando sale por la puerta me llevo a la señora Sabo en el bote. Un anciano a seis puertas de la mía me aconseja que use carne de hamburguesa podrida, no gusanos, y que rellene los dedos de los pies de unas medias y ate las medias a los anzuelos con goma elástica. Así que cojo un poco de carne picada y la dejo en un cubo al sol hasta que huele que apesta, pero las medias no se enganchan al anzuelo, y una señora en el supermercado de Mazeikiai dice que hace años que no ve un esturión pero cuando había esturiones no querían comida podrida, querían camarones de arena frescos en anzuelos bien grandes.

Pruebo en profundas fosas detrás de los rápidos, en remolinos junto a campos de flores de color amarillo intenso y en grandes hondonadas azules y sombrías. Pruebo con almejas y lombrices y —una vez— muslos de pollo congelados. Sigo pensando que la señora Sabo soltará algo de sopetón, recordará, me dirá cómo se hace. Pero la mayor parte del tiempo permanece ahí sentada con cara de estar ida hace mucho tiempo. Mi cerebro se vuelve poco a poco como un mapa del lecho del río: bancos de grava, dos coches hundidos con los techos horadados por el óxido justo bajo la superficie, largos tramos de agua mansa salpicados de basura. Cabría pensar que la

superficie de un río es uniforme, pero no lo es. Hay cantidad de torbellinos, rápidos y remolinos, borboteos y surtidores, tocones sumergidos, bolsas de plástico y coronas de luz que giran ahí abajo, y cuando el sol ilumina el río como es debido a veces se ve a diez metros de profundidad.

No pescamos un esturión. Ni siquiera vemos ninguno. Empiezo a pensar que igual el abuelo Z tiene razón, igual a veces las cosas que creemos ver no son lo que vemos en realidad. Pero lo sorprendente es esto: No me importa. Me gusta estar ahí fuera con la señora Sabo. A ella por lo visto le parece bien, a su hijo por lo visto le parece bien, e igual a mí también me parece bien. Igual tengo la sensación como de que la desdicha en mis entrañas empieza a hacerse un poco más pequeña.

Cuando tenía cinco años contraí una infección y el doctor Nasser me echó unas gotas en los ojos. Poco después no veía más que manchas y colores. Papá era una niebla y mamá era un borrón y el mundo tenía el aspecto que tiene cuando se te llenan los ojos de lágrimas. Un par de horas después, justo cuando el doctor Nasser dijo que ocurriría, recuperé la visión. Iba en el asiento trasero del Subaru de mamá y el mundo empezó a quedar enfocado de nuevo. Era yo misma otra vez y los árboles eran árboles otra vez, solo que los árboles parecían más vivos de lo que los había visto nunca: las ramas encima de nuestra calle estaban entrelazadas bajo un océano de hojas, miles y miles de hojas que iban desplazándose, oscuras por la parte superior y pálidas por la inferior, cada hoja individual moviéndose independientemente pero aun así al unísono con las demás.

Salir al Niemen es algo parecido. Vas por el sendero, cruzas entre los sauces y es como ver que las luces del mundo vuelven a encenderse.

Incluso cuando no queda mucho de una persona, aún se puede descubrir

cosas sobre ella. Descubro que a la señora Sabo le gusta el olor a canela. Descubro que se anima cada vez que pasamos por un meandro concreto del río. Pese a sus dientecillos con fundas de oro mastica la comida despacio y con delicadeza, y creo que quizá su madre debía de ser estricta al respecto, en plan, Siéntate con la espalda recta, Mastica con cuidado, A ver esos modales. La madre de Emily Dickinson era así. Como es natural, Emily Dickinson acabó aterrada de la muerte, solo vestía ropa blanca y únicamente hablaba con las visitas a través de la puerta cerrada de su cuarto.

Llegamos a mediados de agosto y las noches se vuelven calurosas y húmedas. El abuelo Z deja abierta la puerta de la calle. Oigo la máquina de oxígeno de la señora Sabo resollando y murmurando toda la noche. Medio en sueños es un sonido como el del mundo girando a través del universo.

Amarillo, verde y rojo son los colores de la bandera que aletea delante de la oficina de correos. El sol en lo alto, explica el abuelo Z, la tierra en medio, la sangre abajo. Lituania: el felpudo de un millar de guerras.

Echo de menos Kansas. Echo en falta los ciclamores, los aguaceros, cómo los universitarios van todos de púrpura los sábados que hay partido de fútbol americano. Echo de menos a mamá entrando en la tienda de comestibles y retirándose las gafas de sol sobre la frente, o a papá pedaleando colina arriba en bicicleta, yo una personita en un remolque de bici detrás de él, su mochila granate oscilando arriba y abajo.

Un día a finales de agosto la señora Sabo y yo vamos corriente abajo, con los sedales a la zaga en el río, cuando la señora Sabo empieza a hablar en lituano. La conozco desde hace cuarenta días y no le he oído decir gran cosa a lo largo de todo ese tiempo. Me cuenta que el más allá es un jardín. Dice que está en una gran montaña al otro lado de un océano. En ese jardín siempre hace calor, no hay inviernos y es allí adonde van los pájaros en otoño. Espera unos minutos y luego dice que la muerte es una mujer que se

llama Giltine. Giltine es alta, delgada, ciega, y siempre está muy, pero que muy hambrienta. La señora Sabo dice que cuando pasa Giltine por un sitio, los espejos se agrietan, los apicultores encuentran panales en forma de ataúd en las colmenas y la gente sueña que le arrancan los dientes. Siempre que sueñas con el dentista, dice, significa que la muerte te ha pasado cerca durante la noche.

En una revista del abuelo Z pone que cuando un albatros joven remonta el vuelo por primera vez, puede pasar quince años en el aire sin tocar tierra. Creo que cuando muera me gustaría que me ataran a diez mil globos, para poder subir flotando hasta las nubes y que el viento me impulsara por encima de las ciudades, y luego de las montañas, y después del océano, nada más que kilómetros y kilómetros de océano azul, mi cadáver navegando por encima de todo.

Igual podría pasar quince años allá arriba. Igual un albatros se me posaría encima y me usaría a modo de percha para descansar un rato. Igual es una tontería. Pero tiene el mismo sentido, creo yo, que ver cómo entierran a tus padres en unos cajones en el barro.

Por la noche la señora Sabo y yo empezamos a ver un programa de cocina titulado *Chico conoce chicha* en su televisión grande. Intento preparar calabacín frito y berenjena pringada de Pepsi. Intento cocinar espárragos Francis y brócoli Diane. El abuelo Z arquea las cejas a veces cuando entra por la puerta pero guarda silencio mientras bendigo la mesa, y se come todo lo que cocino, regándolo con cerveza Juozo. Algunos fines de semana me lleva por la carretera a pueblos con nombres como Panemuné y Pagégiai, compramos cortes de helado en gasolineras Lukoil, Tropiezo se duerme en el coche y al anochecer el cielo pasa del azul al púrpura y del púrpura al negro.

Casi todos los días de agosto la señora Sabo y yo vamos a pescar esturiones. Remo río arriba y deajo que la corriente nos lleve a la deriva hacia casa, echando de vez en cuando el ladrillo que usamos como ancla para pescar en las pozas profundas. Me siento en la proa, la señora Sabo se sienta en la popa y Tropiezo duerme bajo el banco de en medio, y me preguntó cómo los recuerdos pueden estar aquí un instante y desaparecer al siguiente. Me pregunto cómo el cielo puede ser una nada inmensa y azul y al mismo tiempo también puede parecer un refugio.

Es el último amanecer de agosto. Estamos pescando a kilómetro y medio de casa río arriba cuando la señora Sabo se pone en pie y dice algo en ruso. El bote empieza a balancearse. Entonces su carrete comienza a emitir un chillido.

Tropiezo se pone a ladrar. La señora Sabo clava los tacones contra el casco, apoya el extremo inferior de la caña en el vientre y la sujeta. El carrete aúlla.

Lo que está en la otra punta, sea lo que sea, se lleva mucho sedal. La señora Sabo lo aferra y no lo suelta y asoma a su rostro una determinación extraña, feroz. Se le resbalan las gafas por la nariz. Surge en la espalda de su blusa una mancha de sudor con una forma parecida a la de Australia. Masculla para sí. Le tiemblan los bracitos con la piel colgante. Su caña se dobla hasta formar una U vuelta del revés.

¿Qué hago? No hay nadie para contestarme, así que digo, Rezar, y rezo. El sedal de la señora Sabo desaparece en el río en diagonal, disolviéndose en una oscuridad de color café. Da la impresión de que el bote puede estar desplazándose río arriba y el carrete de la señora Sabo chirría de vez en cuando y parece eso que nos explicaba la profesora de la escuela dominical

durante los ensayos del coro, cuando decía que estábamos entrando en contacto con algo más grande que nosotros mismos.

Lentamente el sedal da una vuelta entera alrededor del bote. La señora Sabo tira de la caña y recoge carrete, ganando terreno centímetro a centímetro, poco a poco. Luego lo nota un poco más flojo, así que empieza a recoger carrete como loca, recuperando metros de sedal, y lo que quiera que esté en el otro extremo intenta emprender una lenta huida.

Suben burbujas a la superficie. El emerillón y el plomo del sedal de la señora Sabo quedan a la vista. Permanece ahí un instante, justo debajo de la superficie del agua, como si estuviéramos a punto de ver lo que hay justo bajo el líder del sedal, lo que está forcejeando ahí, cuando, con un estallido como el de un petardo, el sedal de la señora Sabo se parte y el emerillón y el líder roto salen volando por encima de nuestras cabezas.

La señora Sabo sale propulsada hacia atrás y a punto está de caerse del bote. Deja caer la caña. Se le caen las gafas. Dice algo parecido a Ay, Señor, Señor, Señor, Señor.

Pequeñas ondas se propagan por la superficie del río y son arrastradas cauce abajo. Luego no hay nada. La corriente lame mansamente el casco. Volvemos a deslizarnos tranquilamente río abajo. Tropiezo le da lengüetazos en las manos a la señora Sabo. Y la señora Sabo me ofrece una sonrisa de dientes dorados como si lo que estaba en el otro extremo del sedal, fuera lo que fuese, acabara de devolverla al presente un momento, y en el silencio siento que mi madre está aquí, a mi lado, bajo el amanecer lituano, las dos con décadas de vida por delante.

El abuelo Z no me cree. Se sienta en el borde de su cama, con los codos en la mesa plegable, un escultor de lápidas lituano de moderado renombre, con los

ojos mustios y venitas rotas en las mejillas, con un plato de coliflor al parmesano a medio comer delante, y se enjuga los ojos y me dice que tengo que empezar a pensar en comprarme ropa para el instituto. Dice que igual el anzuelo se ha enganchado a una carpa o un neumático viejo o una res muerta pero que pescáramos nosotras un esturión sería más o menos como que cazáramos un dinosaurio, tan probable como que sacáramos a la luz de entre el fango del río un enorme triceratops de setenta millones de años de antigüedad.

La señora Sabo ha pescado uno, digo.

Vale, dice el abuelo Z. Pero ni siquiera me mira.

El instituto Mažeikiai Senamiesčio es un edificio de ladrillo de color arena. Las ventanas son todas negras. Un chico en el aparcamiento tira una pelota de tenis al tejado, espera a que ruede hasta caer y la atrapa al vuelo, y lo hace una y otra vez.

Se parece a cualquier otro instituto, digo.

Es bonito, comenta el abuelo Z.

Empieza a llover. Dice, Estás nerviosa, y yo le respondo, ¿Cómo es que no crees lo del pez? Me mira y vuelve a mirar hacia el aparcamiento, baja la ventanilla y limpia gotas de lluvia del parabrisas con la mano.

Hay esturiones en el río. O hay uno. Por lo menos hay uno.

Han desaparecido todos, Allie, dice. Con eso de pescar solo consigues romperte más el corazón. Solo consigues sentirte más sola.

Entonces, qué, abuelo, ¿no crees en nada que no puedas ver? ¿Crees que no tenemos alma? ¿Pones una cruz en todas las lápidas que haces pero crees que lo único que nos pasa cuando morimos es que nos convertimos en barro?

Durante un rato vemos al chico tirar la pelota de tenis y recogerla. No falla

nunca. El abuelo Z dice, Voy a Kansas. Me monto en avión. Veo encima de las nubes. No hay gente allá arriba. Ni puertas, ni Jesús. ¿Tu madre y tu padre están en el cielo sentados en nubes? ¿Tú crees eso?

Vuelvo la vista hacia Tropiezo, que está acurrucado en el coche al abrigo de la lluvia. Quizá, respondo. Quizá sí creo algo parecido.

Me hago amiga de una chica llamada Laima y de otra chica llamada Asta. Ellas también ven el programa *Chico conoce chicha*. Sus padres no están muertos. Sus madres les riñen por depilarse las piernas y les dicen cosas como, Ojalá no te mordieras los padrastrós así, Laima, o, Llevas la falda muy corta, Asta.

Por la noche estoy acostada en la cama con el yeso sin pintar del abuelo Z agrietándose poco a poco todo alrededor y sin persiana en la ventana, con la máquina de la señora Sabo venga a resollar en la casa de al lado y las estrellas reptando imperceptiblemente por el cristal, y releo la parte de la biografía de Emily Dickinson en la que dice, Vivir es tan pasmoso que apenas me deja tiempo para nada más. La gente aún recuerda que Emily Dickinson dijo eso, pero cuando intento recordar alguna frase que dijeron mamá o papá no recuerdo ninguna. Probablemente me dijeron un millón de frases antes de morir pero esta noche me da la impresión de que lo único que tengo son plegarias y clichés. Cuando cierro los ojos veo a mamá y papá en la iglesia, mamá con un pequeño misal granate entre las manos, el pequeño cinturón náutico de papá y sus mocasines. Se inclina para susurrarme algo: una niña pequeña de pie en el banco a su lado. Pero cuando abre la boca, no sale ningún sonido.

Los sauces a orillas del río se vuelven amarillos. Nuestro profesor de historia nos lleva de excursión al museo del KGB en Vilnius. El KGB hacinaba a cinco o seis presos en una celda del tamaño de una cabina de teléfono. También tenían celdas en las que los presos debían permanecer durante días de pie en un suelo cubierto de varios centímetros de agua sin ningún sitio para sentarse ni tumbarse. ¿Sabíais que las mangas de las camisas de fuerza tenían entre cuatro y cinco metros de largo? Te las ataban a la espalda.

Una noche a altas horas la señora Sabo y yo vemos un programa sobre una tribu en Sudamérica. Se ve a un viejo desnudo asando un ñame en un espetón. Luego se ve a un joven con pantalón de pana en un ciclomotor. El joven, nos cuenta la narradora, es el nieto del anciano. Ya nadie quiere hacer las cosas tradicionales de la tribu, dice la narradora. Los ancianos permanecen acucillados con aire sombrío y los jóvenes van en autobús, se mudan a las ciudades y escuchan casetes. Ningún joven quiere hablar su idioma originario, cuenta la narradora, y nadie se molesta en enseñárselo a sus hijos. Antes había ciento cincuenta personas en el pueblo. Ahora se han mudado todos menos seis y hablan español.

Al final la narradora dice que el antiguo idioma de la tribu tiene una palabra que significa estar bajo la lluvia mirando la espalda de un ser querido. Dice que tiene otra palabra para cuando se le arroja mal una flecha a un animal, de manera que este sufre más de lo necesario. Llamar a una persona esa palabra, en el idioma antiguo, según dice la narradora, es la peor maldición que se le pueda lanzar a alguien.

La niebla se arremolina delante de las ventanas. La señora Sabo se pone de pie, se desconecta de la máquina y saca una botella de cerveza Juozo del frigorífico. Luego va a la puerta de la calle y sale al jardín, se sitúa en el extremo opuesto a la luz del porche y se echa un poco de cerveza en el cuenco de la mano. La sostiene en alto un buen rato, y me estoy preguntando

si la señora Sabo por fin ha perdido la cabeza del todo cuando de entre los márgenes de la niebla aparece un caballo blanco y bebe la cerveza del cuenco de la mano y luego la señora Sabo apoya la frente en la cara enorme del caballo y los dos permanecen así largo rato.

Esa noche sueño que se me aflojan las muelas. La boca se me llena de dientes. Sé antes de abrir los ojos que la señora Sabo ha muerto. Viene gente durante todo el día. Su hijo deja las ventanas y las puertas abiertas tres días para que escape su alma. Por la noche voy a su casa y le hago compañía, y él fuma y vemos programas de cocina.

¿Estás bien?, me pregunta en lituano, dos noches después de fallecer su madre. Me encojo de hombros. Me preocupa que si abro la boca me salga algo espantoso. No dice nada más.

Al día siguiente el abuelo me trae del instituto a casa en coche, se me queda mirando un buen rato y me dice que quiere ir de pesca.

¿De verdad?, digo.

De verdad, responde. Cruza el campo conmigo; me deja poner el cebo en su anzuelo. Durante tres tardes seguidas pescamos juntos. Me dice que en la planta química donde trabajaba la señora Sabo se fabricaba hormigón, fertilizante y ácido sulfúrico, y en época de los soviéticos algunos días el agua del río se volvía de color amarillo mostaza. Me cuenta que las granjas eran colectivos en los que muchas familias trabajaban un área grande, y por eso las casas están agrupadas y no dispersas, cada cual en su propia parcela, como las granjas de Kansas.

El cuarto día, estoy pescando con un pollo muerto cuando se tensa el sedal. Cuento hasta tres e intento levantar la caña de un tirón. No cede. Es una

sensación como si estuviera enganchada al fondo mismo del río, como si intentara levantar el lecho de roca de Lituania.

El abuelo Z mira el sedal y luego me mira a mí.

¿Enganchado?, pregunta. Noto los brazos como si me los estuvieran a punto de arrancar. La corriente empuja el bote lentamente río abajo y poco después el sedal está tan tenso que chisporrotea gotitas de agua. De vez en cuando se desprende del carrete un poco de sedal. Eso es lo único que ocurre. Si soltara la caña, saldría despedida río arriba.

Algo tira de mí y el bote tira de ello y permanecemos así mucho rato, inmersos en un tira y afloja, mi pequeño sedal sosteniendo todo el bote y a Tropiezo, al abuelo Z y a mí contra la corriente, como si hubiera enganchado con el anzuelo un inmenso, imposible tapón de tristeza hundido en el fondo del río.

Tira, susurro para mí. Luego recoge. Como hacía la señora Sabo. Tira, recoge, tira, recoge.

Lo intento. Siento los brazos como si estuvieran desapareciendo. El bote se bambolea. Tropiezo jadea. Sopla río abajo un intenso viento plateado. Huele a pinos húmedos. Cierro los ojos. Pienso en la nueva familia que se está mudando a nuestra casa, alguna madre nueva que está colgando su ropa en el armario de mamá, algún padre nuevo que la llama desde el despacho de papá, algún hijo adolescente que cuelga pósters en mis paredes. Pienso en cómo el abuelo Z dice que el cielo es azul porque está polvoriento, los pulpos pueden desenroscar la tapa de un frasco y las estrellas de mar tienen ojos en los extremos de los brazos. Pienso: «Ocurra lo que ocurra, por espantoso y sombrío que pueda ponerse todo, al menos la señora Sabo llegó a sentir esto».

El abuelo Z dice, No es un enganchón. Lo dice dos veces. Abro los ojos. Brotan burbujas de lo que quiera que haya al otro extremo de mi sedal. Tengo la sensación de que voy a partirme por la cintura. Pero poco a poco,

finalmente, parece que empiezo a ganar terreno. El bote se mece cuando lo arrastro un metro corriente arriba. Levanto la caña, recojo un par de vueltas de sedal.

Tiro, luego recojo. Tiro, luego recojo. Nos deslizamos otro metro corriente arriba. Parece que al abuelo Z se le van a salir los ojos de las cuencas.

No es un pez. Sé que no es un pez. No es más que un pedazo bien grande de memoria en el fondo del río Niemen. Elevo una plegaria que papá me enseñó sobre que Dios está en la luz y en el agua y en las piedras, sobre que la gracia de Dios perdura por siempre. La digo deprisa para mis adentros, siseando entre los labios, y tiro y luego recojo, tiro y luego recojo, Dios está en la luz, Dios está en el agua, Dios está en las piedras, y noto que Tropiezo araña el fondo del bote con sus patitas e incluso noto cómo le palpita el corazón en el pecho, un puño pequeño y brillante que se abre y se cierra, y noto la fuerza del río más allá del bote, sus afluentes cual uñas arrastrándose por el país entero, toda Lituania desembocando en una sola arteria, setecientos cincuenta kilómetros de agua deslizándose todo el trayecto hasta el Báltico, que según dice el abuelo Z es el mar más frío de Europa, y me viene algo a la cabeza que seguramente os parece evidente pero que yo nunca había pensado: Un río no se detiene nunca. Te encuentres donde te encuentres, al margen de lo que estés haciendo, olvidar, dormir, llorar, morir: los ríos siguen discurriendo.

El abuelo Z grita. Algo está saliendo a la superficie a unos siete metros del bote. Surge sin apresurarse, igual que un submarino, como salido de un sueño: pasmosamente grande, del tamaño de una mesa. Es un pez.

Le veo bajo la boca cuatro barbillones como serpientes. Le veo el vientre de color niebla. Veo el anzuelo grande que le atraviesa la mandíbula. Se mueve con lentitud, y desplaza la cabeza adelante y atrás, igual que un caballo que espantara una avispa.

Es enorme. Es tremendo. Mide tres metros de largo.

Erketas, dice el abuelo Z.

No puedo seguir sujetándolo, digo.

El abuelo Z dice, Sí que puedes.

Tiro, recojo. Inspiro luz, espiro color. El esturión arremete contra nosotros panza arriba. Su boca aspira y se abre, aspira y se abre. Le cubre el lomo una armadura. Aparenta cincuenta mil años de edad.

Durante un minuto entero el pez flota junto al bote como una traviesa de ferrocarril blanca y suave, el bote meciéndose suavemente, sin la señora Sabo, sin mamá ni papá, sin cintas métricas ni básculas, sin fotografías, los brazos me arden de dolor, Tropiezo ladra y el abuelo Z mira el agua como si mirara desde el borde de una nube y fuera testigo de una resurrección. Las branquias del esturión se abren y se cierran. La carne en su interior es de un carmesí brillante, imposible.

Lo retengo ahí tal vez otros diez segundos. ¿Quién más lo ve? ¿Las vacas? ¿Los árboles? Entonces el abuelo Z se asoma, abre la navaja y corta el sedal. El pez flota al lado del bote unos segundos, atontado y soñoliento. No agita la cola, no dobla el cuerpo inmenso. Sencillamente se hunde hasta desaparecer.

Tropiezo guarda silencio. El bote se bambolea y empieza a deslizarse corriente abajo. El río discurre sin cesar. Pienso en aquellas fotos de mamá, alta y delgada como una brizna de hierba, ciclista, nadadora, desconocida, una alumna de sexto bronceada que aún puede llegar pedaleando por el sendero de acceso de la casa de su padre alguna tarde con una cuerda de saltar sobre el hombro. Pienso en la señora Sabo, cómo sus recuerdos se esfumaron uno tras otro hacia el crepúsculo y la dejaron aquí en una casa en un campo en mitad de Lituania esperando a que Giltine, delgada y hambrienta, la llevara a un jardín al otro lado del cielo.

Noto un minúsculo alivio. Como si me hubieran quitado un kilo de los mil

que cargo sobre los hombros. El abuelo Z sumerge las manos en el agua y se las frota. Veo todas y cada una de las gotas que le caen de las yemas de los dedos. Las veo caer formando esferas perfectas y reflejando diminutos fragmentos de luz antes de volver al río.

Apenas hablamos nunca del pez. Es algo entre nosotros, algo que compartimos. Igual creemos que hablar de ello lo estropearía. El abuelo Z se pasa las tardes esculpiendo el rostro de la señora Sabo en su lápida. Su hijo se ha ofrecido varias veces a pagarle pero el abuelo lo hace gratis. La retrata en el granito sin las gafas y los ojos se le ven pequeños, desnudos e infantiles. Le dibuja un vestido con cuello de encaje ceñido a la garganta y unas perlas alrededor, y representa su cabello por medio de copos como de algodón de azúcar. Es un trabajo bueno de veras. Llueve el día que la ponen sobre su tumba.

En noviembre todo nuestro instituto va en autobús a Plokštinė, un silo subterráneo de misiles soviéticos abandonado donde los rusos guardaban bombas nucleares. Parece un campo cubierto de hierba, bordeado de abedules, con un enorme montículo de lanzamiento como los de los terrenos de béisbol en cada rincón. No hay cuotas de entrada, ni turistas, solo unos cuantos carteles en inglés y lituano y un solo ramal de alambre de espino: todo lo que queda de siete barreras de alarmas, vallas electrificadas, alambre de cuchillas, dóbermans, reflectores y nidos de ametralladoras.

Bajamos unas escaleras en el centro del campo. De los techos agrietados cuelgan bombillas eléctricas. Las paredes son estrechas y herrumbrosas. Paso por delante de una minúscula habitación con literas y un par de generadores con las tripas al aire. Luego enfilo un pasillo negro con goteras, sembrado de charcos. Al final, llego a una barandilla. El techo está abombado: Debo de

tener justo encima uno de los montículos de lanzamiento. Alumbro con la linterna unos treinta metros más abajo. El fondo del silo es todo óxido, sombras y ecos.

Aquí, hace no tanto, guardaban un misil balístico termonuclear del tamaño de un camión con remolque. El remate de hierro en torno al borde del agujero tiene los 360 grados de un compás pintados en torno a la circunferencia. Supongo que es más fácil apuntar hacia un punto determinado por compás que hacia Frankfurt sin más.

La necesidad de saber pugna con la incapacidad de saber. ¿Cómo fue la vida de la señora Sabo? ¿Cómo fue la de mi madre? Contemplamos el pasado a través de agua turbia; lo único que atinamos a ver son siluetas y figuras. ¿Qué parte es real? ¿Y qué parte son meramente hebras y lápidas?

En el trayecto de regreso a casa los chicos lituanos se dan empujones en los asientos a mi alrededor, dispersando su olor corporal. Una cigüeña cruza volando un campo con la última luz del día. El chico a mi lado me dice que no aparte los ojos de la ventana, que ver un caballo blanco al anochecer es el no va más de la suerte.

No me digáis cómo llorar una pérdida. No me digáis que los espectros acaban por desaparecer, como ocurre en las películas, despidiéndose con manos translúcidas. Muchas cosas desaparecen pero no esta clase de espectros, no esta clase de dolor. La hoja de hacha sigue siendo tan afilada y real en mi interior como hace seis meses.

Hago los deberes, le doy de comer al perro y rezo mis oraciones. El abuelo Z aprende un poco más de inglés, yo aprendo un poco más de lituano, y enseguida los dos somos capaces de hablar en pasado. Y cuando empiezo a sentir que la Gran Tristeza me corta por dentro intento recordar a la señora

Sabo y el jardín que es el más allá y miro los pájaros volar hacia el sur en bandadas.

El esturión que pescamos era pálido y hermoso, estaba recubierto de una armadura y todo moteado por la edad y los parásitos. Era un ermitaño de huesos blandos que vivía en el fondo de una profunda fosa en un río que discurre sin cesar igual que un espectro verde a través de los campos de Lituania. ¿Es huérfano igual que yo? ¿Se pasa el día entero todos los días buscando algún hermano al que reconocer? Y aun así, ¿no se mostró tan amable cuando logré acercarlo al bote? ¿No fue paciente como un caballo? ¿No fue de lo más noble?

Jesucristo, decía papá. Es un barco dorado en un río largo y oscuro. Eso sí recuerdo que decía.

Todo está silencioso aquí en Lituania en noviembre, y tremendamente oscuro. Estoy tendida en la cama de mi abuelo y abrazo a Tropiezo, inspiro luz y espiro color. La casa gime. Rezo por mamá y papá, la señora Sabo y el abuelo Z. Rezo por los miembros de aquella tribu sudamericana de la tele y su idioma a punto de desaparecer. Rezo por el esturión solitario, un monstruo, un pez de aúpa, el último anciano de una nación agonizante, dormitando en los rincones más azules y profundos del río Niemen.

Del otro lado de la ventana empieza a nevar.

El más allá

1

En una casa alta en un cardizal once niñas despiertan en el suelo de once dormitorios. Bostezan, pegan la frente al cristal de las ventanas. De punta a punta de las manzanas circundantes, hay casas adosadas en hileras de cuatro y cinco plantas. En unas, los tejados se han hundido. En otras, las fachadas se han desmoronado dejando a la vista vigas interiores, habitaciones vacías, charcos verdes de agua de lluvia. Las pocas ventanas que aún tienen cristales en los marcos reflejan rectángulos de cielo.

Crece arbolillos de grietas en la calle. Allá arriba pasan majestuosamente bandadas de nubes bordeadas de rosa.

Una niña de tres años llamada Anita Weiss grita «Hola» desde lo alto de la escalera. Dos, tres veces. Una planta más abajo, otra niña responde. Dos chicas mayores van de piso en piso reuniendo a todas. Ilouka Croner, de cinco años. Bela Cohn, de ocho años. Inga Hoffman y Hanelore Goldschmidt y su hermana mayor Regina. La miope Else Dessau.

Abajo no encuentran mobiliario, ni retretes, ni puertas en los armarios ni cortinas en las ventanas. Los fregaderos no tienen grifería. Ulceraciones de pintura forman burbujas en las paredes. Aviones comunes entran revoloteando por entre los vidrios rotos. Las chicas se sientan en lo que antes era un salón bajo la luz del día cada vez más intensa. Todas llevan vestidos

de tallas que no les corresponden. La mayoría van descalzas. Unas bostezan; otras se frotan los ojos. Otras doblan los brazos y los dedos como si les hubieran puesto extremidades nuevas.

—¿Qué es este lugar?

—Dijeron que habría paseos. Jardines.

Las más pequeñas miran hacia el cardizal. Las mayores fruncen el ceño y rebuscan entre sus recuerdos. Varias perciben que algo se asentó aquí recientemente, algo espantoso, algo que podría cobrar vida si hurgan demasiado.

Hanelore Goldschmidt, de nueve años, baja las escaleras con las manos ahuecadas a la altura del vientre. Escudriña las caras en el salón.

—¿Dónde está Esther? ¿Está Esther aquí?

No contesta nadie. Una diminuta patita, asomando entre los dedos de Hanelore, tiembla visiblemente.

Inga Hoffman dice:

—¿Es un ratón?

Else Dessau dice:

—¿Ha visto alguien mis gafas?

Regina Goldschmidt dice:

—Ya sabes que muerden, ¿no?

Hanelore susurra entre sus manos.

Regina le advierte:

—No lo acerques a las pequeñas.

Varias niñas desvían la mirada constantemente hacia las puertas. Esperan que frau Cohen entre a paso firme con su vestido sencillo y su delantal, dé unas palmadas y haga un anuncio. Coge una escoba. Coge una fregona. La que vaguea se estropea. El desayuno se sirve dentro de veinte minutos. Sus

faldas que huelen a alcanfor. Cuatro docenas de panecillos con coliflor dorándose en una sartén.

Pero frau Cohen no entra por la puerta.

La última que baja es Miriam Ingrid Bergen, de dieciséis años. Va hasta la puerta principal, la abre y se queda mirando afuera. A la luz del amanecer, a una manzana de allí por entre el desordenado desfile de arbolillos, corretea una solitaria liebre. Se detiene; vuelve las largas orejas hacia Miriam. Luego se esconde detrás de un árbol y desaparece.

No hay entrada, no hay sendero de acceso. No hay caminos hollados entre los cardos. Solo se ven las fachadas inexpresivas de las casas vecinas, las lánguidas cortinas de hiedra que cuelgan de los canalones y una sola gaviota que sobrevuela la calle quebrada. Y la luz, que parece haber recorrido miles de kilómetros antes de pasar por encima de los tejados en un silencio arrasador.

Miriam se vuelve.

—Estamos muertas —dice—. Estoy segura.

2

Esther Gramm nace en 1927 en Hamburgo, Alemania. El parto de su madre es largo y angustioso. Durante varios minutos Esther permanece atrapada en el canal de parto sin oxígeno. Su madre muere de resultas de las complicaciones; a Esther le queda una cicatriz de más de medio centímetro en el interior del lóbulo temporal izquierdo.

Su padre se ahoga en un canal cuatro años después. Llevan a Esther a la otra punta de la ciudad por la noche: nieva sobre los muelles, sale vapor de

los agujeros de las tapas de alcantarilla. Carruajes tirados por un caballo pasan al trote a través de la blancura que cae.

El Orfanato para Niñas de la Fundación Hirschfield en el número 30 de Papendam es una casa adosada de cinco plantas en un barrio judío de clase media. En los dormitorios una docena de niñas duermen en camas plegables. Llevan el pelo recogido en trenzas idénticas; lucen medias negras a juego y vestidos hasta las espinillas. Van a hacer gimnasia los martes por la tarde, remiendan la ropa los miércoles por la tarde, trenzan cestos para la matzá los jueves por la tarde. Todas las mañanas la directora del hogar, frau Cohen, escucha a las niñas leer al unísono cartillas donadas. *El pequeño Solomon barre la carbonera. El pequeño Isaac empuja su carro.*

Esther lleva un año en el número 30 de Papendam cuando empieza a sufrir ataques epilépticos del lóbulo temporal. Nota un olor a apio que la abrumba aunque no lo hay. Está en el salón de abajo y le sobreviene una sensación de aniquilamiento inminente y durante un minuto entero no es capaz de responder a nada de lo que le dicen.

Meses después, cuando Esther tiene seis años, está sentada en una silla en los aseos al lado de tres bañeras de hierro, esperando su turno para bañarse, cuando oye cobrar vida a lo lejos lo que le parece una locomotora. En unos segundos el tren suena tan cerca que podría entrar a través de la pared con un estallido. Ninguna otra niña levanta la vista. Frau Cohen lleva un montón de camiones doblados, va remangada y le caen sobre los ojos tres hebras de cabello. Mira a Esther y ladea la cabeza un poco. Mueve la boca, pero no sale de ella sonido alguno.

Esther se tapa los oídos con las palmas de las manos. El tren brama como si cruzara la garganta de un túnel. En cualquier momento se le echará encima; en cualquier momento la arrollará. Entonces el tren atraviesa su cabeza.

Lo que ven las otras niñas es lo siguiente: La pequeña Esther se desploma

de la silla en el rincón, cae de costado sobre las baldosas y empieza a sufrir convulsiones. Parpadea una docena de veces por segundo.

Lo que ve Esther es lo siguiente: una habitación sin amueblar. El tren ha desaparecido, las chicas han desaparecido, la Casa Hirschfeld ha desaparecido. Entra a raudales por dos ventanas luz violeta reflejada en la nieve. Un hombre y una mujer están sentados en el suelo con las piernas cruzadas. Por un momento miran a la vez por una ventana la nieve que cae delante de los edificios de apartamentos en la acera de enfrente.

«Primero morimos —dice la mujer—. Luego entierran nuestros cadáveres. Así que sufrimos dos muertes.»

Esther nota, distraídamente, que su cuerpo descarga patadas.

«Luego —continúa la mujer—, en otro mundo, plegado en el interior del mundo de los vivos, esperamos. Esperamos hasta que todos los que nos conocieron cuando éramos pequeños hayan muerto. Y cuando muere el último de ellos, por fin morimos por tercera vez.»

Del otro lado de la ventana el viento atrapa la nieve y parece impulsarla hacia lo alto, de vuelta a las nubes. «Es entonces cuando somos liberados al otro mundo», dice la mujer. En los aseos de la Casa Hirschfeld, una de las niñas grita. Frau Cohen deja caer el montón de camisones. Transcurren quizá nueve segundos. Esther despierta.

3

Setenta y cinco años después, Esther Gramm, de ochenta y un años, se encuentra tendida boca arriba en su jardín de Geneva, Ohio. Es viuda, cultivadora de zanahorias premiadas e ilustradora de libros infantiles

moderadamente célebre. Vive sola en una casa de estilo ranchero azul pálido en trece acres de arces y álamos a seis kilómetros del lago Erie. Lleva viviendo aquí cincuenta años.

El hijo de Esther y su mujer, una rubia que hace esquí de fondo, viven en una casa colonial blanca al otro lado de un muro de sauces. Hace cuatro días tomaron un avión a Changsha, en China, para adoptar a unas gemelas, pero han tenido problemas con los visados, una inesperada chapuza con el papeleo. De pronto todo está en tela de juicio. Le han dicho a su hijo de veinte años, Robert —estudiante de tercer curso en la universidad que ha vuelto a casa a pasar el verano—, que igual tienen que quedarse varias semanas en China.

Esther tiene la mano izquierda agarrada a la derecha de su nieto. Nota todo el cuerpo, hasta el dorso de las manos, húmedo de sudor. Las ventanas de su casa, visibles a través de las tablillas de la valla del jardín, relucen levemente contra el atardecer. Robert se lleva el puño a la frente.

—Van cuatro esta semana —dice.

—Son reales —susurra Esther. Se incorpora demasiado rápido y la vista se le deforma en largas franjas. Robert le recoge las gafas y la ayuda a ponerse en pie.

—Vamos a ir al hospital —dice. Palpitan nubes de mosquitos contra el cielo. Los primeros murciélagos salen de los árboles dando giros.

—No. —Esther cierra los ojos: los nota curiosamente desligados—. Nada de hospitales.

Se apoya en su nieto mientras cruzan el césped. Él la acuesta en el sofá; clava los dedos en los botones de su pequeño teléfono negro.

—¿Papá? —dice Robert—. ¿Papá?

Una presión sorda palpita contra las sienas de Esther.

—La he visto de nuevo —susurra ella—. Una casa alta en un cardizal.

—Ha sido un ataque, abuela —dice Robert, que mira la pantalla del móvil—. Solo has estado ausente nueve segundos. Lo he cronometrado de principio a fin. Has estado en el jardín todo el rato.

—Me han parecido horas —masculla Esther—. Me ha parecido el día entero.

—Papá —dice Robert, que ahora habla por el móvil—. Ha tenido otro. —Robert explica, asiente, explica un poco más. Luego le pasa el teléfono a Esther y ella oye a su hijo regañarla a doce mil kilómetros de distancia. Dice que tiene que ir a la clínica neurológica de Cleveland. Dice que está siendo terca, tozuda, imposible. Ella responde que está más fuerte que él seis días a la semana.

—Piensa en Robert. —La voz de su hijo suena cercana, quebrada; parece como si estuviera en la casa de al lado. Pero cuando Esther piensa en la clínica ve caras paralizadas que van en ascensor en sillas de ruedas cromadas; ve biombos de cama con personajes de dibujos animados detrás de los que descansan las cabezas afeitadas de niños—. Todo esto es un lío de cojones —exclama su hijo—. Igual deberíamos volver a casa.

—Tú ocúpate de tus problemas —responde Esther—. Yo me ocuparé de los míos.

Le devuelve el teléfono. Robert pulsa el botón de colgar. Comen huevos revueltos en la penumbra de la cocina. En el anfiteatro de su enorme jardín trasero revolotean y destellan luciérnagas.

—Prométemelo. Si tienes otro, iremos.

Esther vuelve la vista hacia él. Robert, de metro cincuenta y cinco, con sudadera azul, pantalones cortos militares y chanclas, comiendo huevos a bocados. Robert lleva varias semanas grabando entrevistas con Esther por motivos que ella no acaba de entender. Tiene algo que ver con la asignatura de historia en la universidad. Una tesis, lo llama él.

—De acuerdo —responde—. Te lo prometo.

Robert vuelve andando a casa. Esther va por el pasillo palpando las paredes y se acuesta en la cama vestida del todo. El cerebro se le bambolea en el interior del cráneo. Estas últimas semanas ha estado percibiendo formas que discurren bajo los objetos de su cuarto; ha oído música de violín tamizada por los árboles del jardín de atrás. Y sus sentidos parecen haberse vuelto más finos: No quiere cocinar, ni quitar las malas hierbas ni leer; no quiere más que apoyarse en los codos en el jardín y ver las hojas desplegarse, tornarse más densas y brillar. Ayer recorrió el largo sendero de acceso hasta el buzón bajo una lenta llovizna y se detuvo con la mano en la valla, se sentó en la grava y miró hacia arriba, dejando que la lluvia le cayera a los ojos, y durante un prolongado momento tuvo la seguridad de que veía un mundo plateado e inquieto ondulando justo debajo de este.

Ahora en su dormitorio a las nueve de la noche, con la lámpara apagada a su lado, ascienden a raudales recuerdos sin evocar, con décadas de antigüedad, profundamente enterrados. Oye el ajeteo y las prisas en la Casa Hirschfeld, pies apresurándose escaleras abajo, vestidos que aletean en tendederos en el jardín, música de baile que brota de la enorme radio con paneles de nogal Radiola V del salón. Todos los sabbat durante once años Esther ocupaba su lugar en la larga mesa de refectorio y columpiaba la mirada entre los dorsos de sus manos y los dorsos de las manos de las otras chicas, Miriam y Regina, Hanelore y Else, dispuestas en torno a la mesa en actitud de oración, y se preguntaba por la familia, por la herencia. El tiempo se comprime; Esther parpadea en la oscuridad y se pregunta durante un largo instante si ya no está en Ohio en absoluto, sino de nuevo en la casa adosada en el número 30 de Papendam, hace más de medio siglo, una docena de niñas en dos bancos, una docena de corazones jóvenes rasgueando bajo sus jerséis, tres farolas azules oscilando al viento delante de las ventanas.

El doctor Rosenbaum le pasa una llave por la planta de los pies a Esther, de seis años; le mira las pupilas con un reflector plateado. Escucha con atención su descripción del hombre y la mujer y la nieve ascendiendo empujada por el viento.

—Son fascinantes, estas alucinaciones —murmura—. ¿Cree que podría estar imaginándose a sus padres?

Frau Cohen frunce el ceño; no le hacen gracia esa clase de fantasías.

—¿Es epilepsia?

—Tal vez —contesta el médico—. Más grasa en la dieta. Menos azúcares. No hay por qué apresurarse a ingresarla en el psiquiátrico.

Dos semanas después del ataque en los aseos, Esther sufre otro. Vuelve a encontrarse viendo a un hombre y una mujer en una casa sin amueblar. Esta vez bajan una escalera hacia una ciudad con luz crepuscular. Serpentean entre barrancos de casas adosadas durante lo que le parece varias horas, sumándose a una lenta marcha de personas bajo el frío. Todo el mundo va en la misma dirección. La nieve se les posa en los hombros de los abrigos y se les acumula en las alas de los sombreros.

El doctor Rosenbaum le receta un anticonvulsivo de olor acre llamado fenobarbital. Viene en un frasco del tamaño del puño de Esther. Un cuentagotas de cristal atraviesa el tapón. Se supone que Esther tiene que tomar seis gotas tres veces al día.

Transcurre un mes. Luego otro. A veces Esther se siente lenta y vidriosa; a veces le resulta imposible permanecer quieta durante las clases. Pero el

medicamento funciona: Sus estados de ánimo se estabilizan; su mente no descarrila.

Miriam Ingrid Bergen, una niña de siete años con la cintura ancha, el mentón delicado y una inclinación por el riesgo, toma a Esther bajo su protección. Le enseña dónde guarda el tabaco frau Cohen, qué panaderías reparten restos de masa; le explica qué chicos del mercado son dignos de confianza y cuáles no. Las dos juntas van a los aseos de la Casa Hirschfeld y se arreglan el pelo en peinados diversos, se pintan de negro el borde de los ojos y ríen delante del espejo hasta que les duelen las costillas.

Esther pasa buena parte del tiempo restante dibujando. Hace esbozos de ciudades antiguas, gigantes tatuados, banderas que ondean en torres. Dibuja campanarios de cincuenta plantas, túneles bordeados de antorchas, puentes hechos de cuerda, extrañas amalgamas de imaginación y algo que le resulta curiosamente parecido al recuerdo.

Cumple siete años; cumple ocho. Un mes, parece ser, nadie lleva brazaletes en Hamburgo y el siguiente prácticamente todo el mundo los lleva. Las fotos en los periódicos del Reich muestran soldados desfilando, tanques cubiertos de rosas, plantaciones de banderas. En una fotografía seis bombarderos alemanes vuelan en formación, ala con ala, suspendidos sobre una cordillera de nubes. Esther, de ocho años, la observa. Relucen en las ventanillas lentejuelas de sol. Todos los pilotos van ligeramente echados hacia delante. Como si la gloria fuera una lámpara colgada justo al otro lado de las aspas de las hélices.

Aparecen pequeños soldados de asalto de hojalata en los escaparates de las jugueterías, unos con flautas, otros con tambores, otros a lomos de lustrosos sementales negros. Chicos de otros barrios desfilan por delante de la Casa Hirschfeld y entonan canciones groseras hacia las ventanas. Le escupen a frau Cohen mientras hace cola para comprar queso.

«El gigante dormido está despertando —dice la radio en la sala de estar—. Un año de victorias y triunfos sin precedentes queda a nuestras espaldas. La valentía, la confianza y el optimismo se adueñan del pueblo alemán.»

—Están suspendiendo ciudadanías —les dice frau Cohen a las chicas de Hirschfeld mientras cosen unas cortinas más gruesas para las ventanas de los dormitorios—. Los directores dicen que tenemos que prepararnos para la *Auswanderung*.

Auswanderung: Significa «emigración». A Esther esa palabra le trae a la cabeza imágenes de la migración de las mariposas; nómadas del desierto que montan tiendas; las bandadas de gansos en forma de largos galones desprendidos que pasan por encima de la casa en otoño.

Frau Cohen se queda hasta tarde escribiendo cartas al Departamento de Bienestar de la Infancia, a la Oficina de la Comunidad Germano-Israelí. Las chicas de Hirschfeld reciben clases de inglés, clases de holandés, clases de comportamiento. Esther y Miriam se cogen de la mano de una cama a otra en la oscuridad del invierno y Esther susurra destinos en el espacio encima de sus lechos: Argentina, la Antártida, Australia.

—Espero que nos envíen juntas —dice Esther.

—Solo envían juntos a los niños de una misma familia —señala Miriam.

La radio dice: «La relación del *führer* con los niños nunca deja de conmovernos y asombrarnos. Se acercan a él con plena confianza y él los acoge con la misma confianza. Solo él es responsable de que para los niños alemanes, de nuevo merezca la pena vivir una vida alemana».

El día del noveno cumpleaños de Esther, viene el doctor Rosenbaum con nueve pinturas envueltas en un lazo. «Qué alta te estás haciendo», se maravilla. Rellena el frasco de anticonvulsivo de Esther; le hace una serie de preguntas sobre sus ilustraciones más recientes. Mira un buen rato un dibujo en el que una ciudad en miniatura brota de la cabeza de una chincheta:

tejados minúsculos cubiertos de tejas más diminutas aún, minúsculas banderas que ondean en torres infinitesimales.

—Extraordinario —declara.

En la comida todas las niñas se sientan tan cerca como pueden de la esposa del doctor Rosenbaum, una mujer diminuta de cabello plateado que huele a cachemira y perfume. Les habla a las niñas de los puentes sobre el Arno, los colmenares en los jardines de Luxemburgo, los veleros en el mar Egeo. Después de comer las chicas mayores sirven tarta en la vajilla de té de la Casa Hirschfeld y todas se reúnen en torno a frau Rosenbaum en el salón para ver sus postales: Estocolmo, Londres, Miami. Caen telarañas de lluvia del otro lado de las ventanas. La enorme Radiola V susurra música de violín. Frau Rosenbaum describe la luz de noviembre en Venecia, cómo lo endurece todo y simultáneamente lo ablanda.

—Por las tardes esa luz es como un líquido. —Suspira—. Sientes deseos de beberla.

Esther cierra los ojos; ve arcadas, canales, escaleras que se ensortijan en torno a torres de un kilómetro de alto. Ve a un hombre y una mujer agazapados delante de una ventana, con un sombreado de copos de nieve cayendo del otro lado del cristal.

Cuando abre los ojos, hay un cuervo posado en una rama justo delante de la ventana. Vuelve un ojo hacia ella, ladea la cabeza, parpadea. Esther camina hacia él, apoya la palma de la mano en un vidrio. ¿Lo ve? ¿Ahí mismo? ¿Algo que reluce entre sus plumas? ¿Otro mundo plegado en el interior de este?

El cuervo se va aleteando. La rama oscila.

Frau Rosenbaum murmura otro relato; las niñas suspiran y dejan escapar risillas. Esther mira hacia la noche y piensa: «Esperamos. Esperamos hasta que todos los que nos conocieron cuando éramos pequeños hayan muerto».

Esther, de ochenta y un años, despierta a las seis de la madrugada y tiene que apoyarse en la pared cuando va al cuarto de baño. Toda la casa parece oscilar adelante y atrás, como si por la noche alguien la hubiera trasladado seis kilómetros hacia el norte y la hubiera dejado a la deriva sobre las aguas del lago Erie.

Sale el sol. Se prepara una tostada pero no tiene apetito. En el jardín hay un conejo mordisqueando algo, pero Esther no consigue reunir fuerzas para asustarlo. Justo ahora nota el estómago como si le latiera, como si tuviera avispones en su interior.

Un tren cobra vida a lo lejos. Esther se arrodilla, luego cae de costado. Sufre convulsiones.

En algo parecido a un sueño, Esther ve a Miriam Ingrid Bergen subir con Hanelore Goldschmidt por las escaleras de una casa alta y estrecha.

Tres plantas, cuatro plantas. Las habitaciones que van dejando atrás no tienen nada dentro. En lo alto de las escaleras Miriam abre una trampilla que da a un ático. Miran por unas ventanas hexagonales idénticas en la buhardilla.

Escaleras de incendios colgando, chimeneas truncadas, tuberías oxidadas. Un estrecho canal obstruido por árboles. En todos los tejados crecen malas hierbas entre las tejas; algunos se han hundido por completo. No hay humo. Ni hay tranvías, camiones, generadores, martillos resonantes, caballos al trote ni criaturas gritando. No se oye ningún estrépito a ras de suelo. No vuelan empujadas por el viento hojas de periódico.

—¿Esto es Hamburgo? —susurra Hanelore.

Miriam no contesta. Está mirando hacia un edificio lejano de unas veinte

plantas: el edificio más alto que ve. En la azotea el enrejado de acero de una antena anclada con cables se alza más arriba incluso; en la punta misma destella una sola baliza verde.

Una bandada de pajarillos negros describe círculos alrededor lentamente.

—¿Dónde está todo el mundo? —pregunta Hanelore.

—No lo sé —dice Miriam.

Vuelven abajo. Las otras niñas están sentadas contra las paredes, mudas y asustadas y un poco hambrientas. Con arena en los ojos. Las más pequeñas vuelven a adormecerse. Revolotean frases entre ellas. «¿No hay cerillas?» «¿No queda ninguna?» «¿Cómo es que no queda ninguna?» El viento, que se cuela por las ventanas agrietadas, lleva olor a agua de mar. La casa grande y vacía gime. Los cardos crujen.

Esther despierta. Sufre otro ataque generalizado en el cuarto de baño a mediodía. Y un tercero en la cocina hacia el anochecer. Todas las veces ve a las niñas con las que vivía de niña. Beben de un canal cercano; recogen manzanas silvestres y las llevan de regreso a la casa en los dobladillos replegados de los vestidos. Se acuestan a dormir temblando en el suelo, delante del hogar frío.

Después de oscurecer Esther se encuentra en la cama sin saber muy bien cómo ha llegado. Hay un olor en el aire como a polvo, como a papel antiguo, como a nada que albergue vida.

Las hojas susurran contra los canalones de la casa, un sonido parecido al chapaleo del agua. No recuerda si ha comido nada desde el desayuno. Sabe que tendría que llamar a Robert pero la energía necesaria para incorporarse y alargar el brazo hasta el teléfono no aparece. Del otro lado de la ventana, las nubes pasan por delante de las estrellas. En sus enormes vientres imagina que ve reflejado el resplandor de la baliza de una antena que destella verde, verde, verde.

Otoño en Hamburgo, 1937, y los aviones comunes parten hacia el Sáhara. Las cigüeñas, según le ha dicho el doctor Rosenbaum, se irán nada menos que hasta Sudáfrica. Mientras tanto, todos los judíos del país se apresuran hacia el norte, en dirección opuesta, hacia los puertos.

Brotan carteles delante de la carnicería, delante del teatro, delante del restaurante de Schlösser, siempre pintados con la misma caligrafía elegante. «Juden sind hier unerwünscht.» Nada de paseos por placer. Nada de sonreír. Nada de contacto visual. Estas normas no están escritas pero para el caso como si lo estuvieran.

Esther tiene diez años cuando llega la primera carta de emigración. «Los ancianos han hecho preparativos para que Nancy emigre a Varsovia», anuncia frau Cohen. Varias niñas aplauden; otras se llevan las manos a la boca. Todo el mundo mira a Nancy, que se muerde el labio inferior.

Afuera, lejos, *Auswanderung*. Varsovia: Esther se imagina grandes palacios, candelabros de plata, carritos de comida que traquetean a través de salones de baile. Dibuja farolas reflejadas en un río y un carruaje de cuatro ruedas tirado por dos caballos blancos engalanados con campanillas. Un elegante cochero que blande un látigo con borlas monta en la caja y en el interior una niña con guantes largos va sentada tras un velo de seda.

Dos amaneceres después Nancy Schwartzenberger, de catorce años, está en el vestíbulo aferrada a una maleta de cartón casi tan grande como ella. Dentro ha metido su cartilla de hebreo, varios vestidos, tres pares de medias, dos hogazas de pan y un plato de porcelana que le dejó su madre fallecida. La etiqueta del equipaje, minuciosamente manuscrita, va anudada al asa.

El resto de las chicas de Hirschfeld se apelotonan en lo alto de la escalera de la primera planta, todavía en camisón, las mayores sosteniendo en alto a las pequeñas para que alcancen a ver. Abajo en el vestíbulo Nancy se ve pequeña con una rebeca blanca y vestido azul marino. Da la impresión de que no puede decidir si reír o llorar.

Frau Cohen la acompaña al centro de deportación y regresa sola. Llega una única carta de Nancy en octubre. «Estoy todo el día cosiendo botones. Los hombres con los que vine ponen piedras para autopistas. El trabajo es duro. Esto está abarrotado. Me muero por un latke. Dios os bendiga a todas.»

A lo largo del invierno siguiente los rumores se propagan por la Casa Hirschfeld como los zarcillos de un gas invisible. Las chicas oyen que todos los comercios propiedad de judíos van a ser desvalijados; oyen que el gobierno está preparando un arma con el nombre de Señal Secreta, que deja hecho papilla el cerebro de todos los judíos. Oyen que los policías se cuelan en casas judías por la noche y se cagan en la mesa del comedor mientras todos duermen.

Todas y cada una de las chicas se convierten en portadoras de su propia medida individual de esperanza, miedo y superstición. Else Dessau dice que el Departamento de Relaciones Culturales permite que barcos de vapor llamados *Kindertransport* atestados de niños viajen a Inglaterra. Antes de partir, pueden ir a cualquier tienda de la ciudad y escoger tres trajes para el viaje. Regina Goldschmidt dice que la policía se lleva a todos los discapacitados de Hamburgo a una casa de ladrillo detrás del hospital de Hamburgo-Eppendorf, los sientan en sillas especiales y les lanzan rayos a las partes íntimas. A los epilépticos también, asegura, y mira directamente a Esther.

Confiscan el oro y la plata. Confiscan los carnets de conducir. Desaparece el arenque ahumado; la mantequilla y la fruta pasan a ser recuerdos. Frau

Cohen empieza a racionar el papel y Esther tiene que recurrir a dibujar en los márgenes de los periódicos y los libros. Dibuja un ogro que atrapa con un cazamariposas una ciudad del tamaño de un plato; dibuja un cuervo colosal que aplasta casas adosadas con el pico.

—Seguro que a ellas las deportarán pronto —le dice Esther a Miriam—. Seguro que las acogerán en alguna parte. Canadá, Argentina, Uruguay.

Imagina a Nancy Schwartzberger sentada después de una jornada de trabajo con una docena de personas más, los platos humeantes pasando de mano en mano. Dibuja las luces de las arañas reflejadas en la vajilla centelleante.

En noviembre de 1938 Esther y Miriam están sentadas en el interior de la farmacia del barrio en un reservado de cuero sintético con tres pastillas de chocolate entre las dos. Es la primera vez en cuatro días que frau Cohen les ha dejado salir de la Casa Hirschfeld. Todos los clientes que entran parecen saber alguna novedad: Van a quemar las sinagogas mañana; la Compañía Naviera Judía va a ser arianizada; todos los hombres adultos del barrio serán detenidos.

Un hombre mayor entra corriendo y asegura que unos muchachos con botas militares y brazaletes están rompiendo los cristales de una zapatería en Benderstrasse. La farmacia se queda en silencio. En cuestión de diez minutos se han escabullido los clientes que quedaban. Esther nota cómo se le enreda en torno al cuello una aprensión conocida, lenta.

—Más vale que nos vayamos —le dice a Miriam.

El farmacéutico gordo se sienta en un reservado enfrente de Esther y Miriam. Tiene la cara pálida y dura como un guijarro de cuarzo. De vez en cuando emite un gemido audible.

—¿Con quién habla? —susurra Miriam.

Esther le tira de la manga a Miriam. El farmacéutico mira fijamente la

nada.

—He oído que su familia ya se ha marchado —susurra Miriam.

—No me encuentro bien —dice Esther. Saca el frasco de anticonvulsivo del bolsillo y se echa tres gotas debajo de la lengua. Fuera, pasa pedaleando una pandilla de chicos, encorvados sobre las bicicletas, uno seguido por una larga bandera carmesí.

El teléfono del farmacéutico, en la pared detrás del mostrador, suena cinco, seis veces. La atención del farmacéutico se divide entre el teléfono y el ventanal.

—¿Por qué no contesta al teléfono? —susurra Miriam.

—Más vale que nos vayamos —susurra Esther.

—Le pasa algo.

—Por favor, Miriam.

El teléfono suena. Las niñas miran. Y ante sus ojos el farmacéutico saca una navaja del bolsillo y se corta el cuello.

7

Esther va con Robert en el Nissan de su padre camino de Foodtown cuando oye que un tren cobra vida con un estallido a su derecha. En un acto reflejo mira a través de la ventanilla hacia la Ruta 20, donde no vienen coches y hace décadas que no pasan trenes —una agradable luz de media mañana cae sobre un solar cubierto de malas hierbas a la orilla de la carretera—, y las piernas se le ponen rígidas, el olor del coche se vuelve de súbito acre y las farolas parecen llamear y luego apagarse.

Esther vuelve en sí dentro del centro de neurología en Cleveland. Lleva

instalado en la cabeza un casco de registro electroencefalográfico, tachonado con docenas de electrodos cableados. Robert duerme en la silla del rincón con la capucha de la sudadera puesta y los cordones tan cerrados que solo se le ve la nariz y la boca.

Una enfermera de uniforme azul le dice a Esther que ha estado ausente casi tres horas. «Pero ahora ya está aquí», le asegura, y le da unas palmaditas en el dorso de la mano.

Cuando está despierto, Robert juega a alguna clase de videojuego en la pantalla de su móvil, o ve concursos en la televisión colgada en el rincón. En dos ocasiones mantiene largas conversaciones unilaterales por teléfono con sus padres en China. «Está bien, papá. Está aquí mismo. Le están haciendo pruebas.»

Por la tarde un neurólogo pelirrojo se sienta al lado de la cama de Esther. Robert lee preguntas que ha anotado en letras mayúsculas en pedazos de papel arrancados de una bolsa de la compra. El médico ofrece respuestas ecuanímes. La lesión dentro del hipocampo de Esther, dice, es casi el doble de grande que la última vez que la sometieron a un escáner. No saben por qué está creciendo pero sin duda es el motivo de que sus convulsiones sean más graves. Tienen previsto regular la medicación, incrementar las dosis, introducir esteroides neuroactivos. Tendrán que mantenerla bajo observación una semana. Es posible que más.

Esther no oye apenas nada de eso. Todo le resulta desvaído y remoto ahora mismo; los medicamentos le provocan la sensación de estar viendo la habitación a través de unas gafas llenas de agua. El tiempo va a la deriva. Oye cómo el juego electrónico de Robert emite pitidos anestésicos. Entre las placas del techo ve a niñas descalzas que cogen manzanitas silvestres de tono rosado de los árboles; comen deprisa, con voracidad; se mueven pálidas y extrañas en ropa interior con las escaleras de las costillas a la vista; andan

arrastrando los pies por calles quebradas, las más pequeñas tropiezan de vez en cuando porque los zapatos les quedan muy grandes; poco a poco las engullen la niebla y un firme palpitar interno, del corazón de la propia Esther o de alguna maquinaria recóndita del hospital, Esther no sabría decirlo.

En torno a medianoche Robert deja a Esther, conduce en el Nissan setenta y cinco kilómetros de regreso a Geneva desde Cleveland y se sienta a solas en la cocina enorme de sus padres. Sus amigos de la universidad están a cientos de kilómetros y no se ha mantenido en contacto con los amigos del instituto de su ciudad. Probablemente debería estar leyendo libros de historia, trabajando en su tesis, editando las entrevistas que ya ha grabado con su abuela. En cambio, ve medio telefilme sobre dos chicos que viajan en el tiempo y se come un cuenco de sopa en lata. En el jardín la luz de la luna se derrama a través de los árboles.

Su madre llama desde China para decirle que su abuela necesitará algunas cosas: cepillo de dientes, pastillas contra el colesterol, ropa interior, algo que leer. «¿Ropa interior?», repite Robert, y su madre, sentada en una silla plegable en un hogar de transición regentado por el gobierno en Changsha a las dos de la tarde, dice: «Tú llévasela, Robert».

Revolotean polillas contra la luz del porche de Esther. El vestíbulo parece húmedo y vacío. Robert se limpia la suela de los zapatos; cruza la cocina de su abuela quizá por milésima vez. Pero esta noche le resulta desolada; tiene la sensación de que le han arrancado algo vital al lugar.

Coge una blusa, unos pantalones, unas zapatillas. En la mesilla junto a la cama hay una novela, y entre las páginas asoma un papel del tamaño de una ficha. Robert saca el papel.

Por un lado hay un dibujo a lápiz emborronado: una casa con malas hierbas en los canalones. Cinco plantas, tejado a dos aguas. En torno a los cimientos brotan más malas hierbas hacia una calle rota y cubierta de vegetación.

En el otro lado de la tarjeta figuran los nombres y las fechas de nacimiento de doce chicas. Parece antigua: El papel está amarillento; el texto, gris.

«Nombre», reza la línea superior, luego «Fecha de nacimiento», «Fecha de deportación» y «Destino». En todos los nombres, las fechas de deportación y los destinos son los mismos. «29 de julio, 1942. Birkenau.»

Robert lee todos los nombres, de arriba abajo: Ellen Scheurenberg. Bela Cohn. Regina Goldschmidt. Hanelore Goldschmidt. Anita Weiss. Zita Dettmann. Inga Hoffman. Gerda Kopf. Else Dessau. Miriam Ingrid Bergen. Esther Gramm.

8

En agosto de 1939 es deportada a Rumanía otra niña de Hirschfeld: Ella Lefkovits. Tiene siete años. Una semana después recibe su citación Mathilde Seidenfeld: la envían al este con un tío lejano, a un lugar llamado Theresienstadt. «Dicen que es una ciudad balneario», murmura Mathilde. En su última hoja de papel sin marcar Esther dibuja avenidas bordeadas de estanques humeantes, baños de mármol, globos de cristal que relucen encima de postes de latón. Escribe «Para Mathilde» en la parte interior y le mete los dibujos a Mathilde en la maleta.

En sus pesadillas Esther se quema; ve llamas que devoran las cortinas de los dormitorios; oye al farmacéutico gordo tragar con un sonido húmedo al tiempo que se derrumba en el reservado de cuero sintético. No llegan cartas de Ella ni de Mathilde. A estas alturas tres nuevas huérfanas más pequeñas han sustituido a las chicas deportadas en el número 30 de Papendam; dos son apenas niñas. Todo el mundo habla en voz queda; de punta a punta de

Papendam los viandantes miran hacia el cielo, como si los persiguieran desde el aire.

Alemania bombardea Londres; Esther cumple trece años. Se toma sus dosis de anticonvulsivo; recoge la colada de los tendederos del jardín. Escucha el sonido lejano de las sirenas de los barcos y el tañer de las grúas del puerto. Habla con Miriam sobre lugares remotos: Katmandú, Bombay, Shangai. Miriam rara vez responde.

En septiembre un aviso en la prensa exige que todos los aparatos de radio propiedad de judíos sean entregados en centros de recogida antes del día veintitrés. Dos noches después las doce chicas de Hirschfeld se reúnen en el salón con frau Cohen, el doctor y frau Rosenberg, y Julius, el viejo conserje, para escuchar una última emisión en la Radiola V. La programación estatal emite una ópera desde Berlín. Las niñas permanecen encaramadas a los sofás y sentadas en el suelo con las piernas cruzadas. Una voz grandiosa e impregnada de estática colma la casa.

Frau Cohen remienda medias. El doctor Rosenbaum camina de aquí para allá. Frau Rosenbaum permanece sentada con la espalda muy recta y los ojos cerrados durante toda la representación. De vez en cuando inspira profundamente, como si el altavoz emitiera una fragancia poco común.

Después las niñas se quedan sentadas mientras Julius desenchufa la Radiola, la carga en una plataforma con ruedas y la baja por las escaleras hasta la puerta principal. Donde estaba la radio ahora queda un rectángulo de tablas del suelo menos gastadas que las demás.

En la clínica de Cleveland Esther pasa las horas aturdida, medicada. Los esteroides evitarán el edema, según el neurólogo; los anticonvulsivos evitarán que sufra más ataques.

Robert se inclina sobre ella en lo que quizá sea el mediodía de su tercera jornada allí con una hoja de papel de acuarela y un puñado de pinturas. Han dibujado juntos durante toda la vida de Robert; de niño se sentaba en su regazo y dibujaban superhéroes, naves espaciales, galeones piratas. Se pasaban horas contemplando los dibujos enmarcados que había colgado Esther por la casa; prácticamente había crecido en su regazo leyendo cuentos infantiles ilustrados por ella. Ratones que avanzaban erguidos a través de un túnel iluminado por antorchas. Princesas que cruzaban un bosque provistas de faroles. Ahora Robert le coloca a su abuela la bandeja de comer a la altura del vientre; la recuesta contra un almohadón y le pone las patillas de las gafas encima de las orejas.

A Esther le lleva diez segundos enteros convencer a sus dedos para que cojan una pintura. Robert observa con paciencia, de pie a su lado, con la cabeza ladeada.

Con gran esfuerzo lleva la pintura al papel. En su imaginación ve una casa blanca, once niñas que miran por once ventanas. Dibuja una sola línea a través de la página. Pasa el tiempo. Consigue trazar otra línea, luego dos más: un rectángulo torcido.

Cuando acerca el papel a las lentes de las gafas, es un revoltijo de cruces medrosas. No representa nada.

—¿Abuela? —pregunta Robert.

Esther lo mira a través de las lágrimas.

Desaparece la cocinera de la casa. Julius el conserje es enviado a un campo de trabajo. Tampoco llegan cartas suyas. A estas alturas frau Cohen se pasa varias horas al día haciendo cola para el racionamiento, cola para solicitudes de deportación y cola para el papeleo. Las chicas mayores preparan las comidas; las más pequeñas friegan los platos. Esther dibuja barcos de vapor en los márgenes de periódicos viejos: cuatro gruesas chimeneas, muchedumbres en las barandillas, mozos de cuerda en las pasarelas. En cualquier momento llegarán las citaciones; en cualquier momento las enviarán a otro sitio, sonarán las sirenas, dará comienzo la emigración.

En otoño de 1941, cuando Esther tiene catorce años, el doctor Rosenbaum se salta una cita para visitarla por primera vez. Frau Cohen envía a Miriam y Esther a su clínica. Las chicas caminan aprisa, con los dedos entrelazados; cada pocas manzanas Esther traga saliva para reprimir un brote de pánico.

En su pequeña clínica en una planta baja han arrancado la placa de bronce con el nombre del doctor. Por una ventana lateral las chicas permanecen entre unos setos y ven a un fumigador lanzar nubes de gas en lo que era su sala de reconocimiento. Han enrollado la alfombra; las puertas de los armarios han desaparecido.

—Han emigrado —decide frau Cohen—. Tienen buenos contactos y probablemente les resultó bastante fácil. Esperaron todo lo que pudieron, y luego huyeron. —Mira a Esther a los ojos—. Mantente ocupada —dice—. Estarás con nosotras.

Esther piensa: «Me lo hubiera dicho. No se habría marchado sin decírmelo». Mira el frasco de fenobarbital. Dentro hay líquido suficiente

como para dos semanas. Quizá, piensa, la medicación fue un invento del doctor Rosenbaum para evitar que frau Cohen me enviara a un psiquiátrico. Igual no es más que azúcar y agua.

Esther prueba en tres boticarios distintos. Dos no le dejan entrar siquiera. El tercero le pregunta el nombre, la dirección, le pide documentos de identificación. Esther se escabulle del establecimiento. Se raciona tres gotas al día. Luego dos. Luego una.

Inesperadamente, nota el cerebro más veloz, electrificado; pasa una noche en la que no hace otra cosa que dibujar a la luz de una vela: veinte mil rayas de sombreado a lápiz, ciudades oscuras llenas de lluvia, pálidas figuras que avanzan por calles nevadas, apenas unos círculos blancos en el papel para representar las farolas. Dibuja la oscuridad, piensa Esther, y hará resaltar la luz que estaba en el papel desde el primer momento. Dentro de su mundo hay otro plegado.

Una hora tras otra, un día tras otro, sus sentidos se aguzan a medida que se desestabilizan sus estados de ánimo. Se nota atolondrada, luego ansiosa; le grita a Else Dessau por tardar mucho en salir del aseo; le grita a Miriam sin razón alguna que sea capaz de expresar. A veces le da la impresión de que las paredes del dormitorio se vuelven más endebles; tumbada en la cama en mitad de la noche, Esther cree que alcanza a ver a través de las plantas superiores el cielo nocturno.

Y una tarde de invierno cuando la casa parece especialmente silenciosa, mientras las niñitas más pequeñas echan la siesta y las mayores hacen la colada en el jardín, más de nueve años después de su primer ataque epiléptico generalizado, Esther oye cómo una locomotora cobra vida a lo lejos. Se detiene en el vestíbulo en lo alto de las escaleras y cierra los ojos con todas sus fuerzas.

—No —susurra.

Brama en dirección a ella. La Casa Hirschfeld se desvanece; Esther camina por una ciudad sin luz al anochecer. Entre los edificios hay laberintos, callejuelas anodinas y madrigueras de piedra. Todos los umbrales por los que pasa están atestados de gente sucia y muda. Toman caldo gris, están acucillados sobre los tobillos o se miran las líneas de las manos. Salen volando cuervos de los desagües. Revolotean hojas por las calles, caen y ascienden de nuevo por el aire.

Esther despierta a los pies de las escaleras con un hueso asomándole de la muñeca.

11

Esther ha estado en la clínica seis días cuando le pide a Robert que la lleve a casa. Él hace una mueca de dolor en la silla del rincón y dobla el cuerpo hacia las rodillas. Sus zapatos le parecen a ella enormes; da la impresión de que le han crecido los pies un número en la última semana. En las entrañas de las paredes, la maquinaria del hospital emite su zumbido palpitante.

—Tengo que salir de aquí —dice Esther.

Robert se pasa las manos por el pelo. Los ojos le lloran.

—El médico dice que lo mejor es que te quedes, abuela. Papá y mamá volverán a casa dentro de una semana. Quizá dos.

Esther se esfuerza por abrir y cerrar la mandíbula. Cada vez le resulta más difícil hablar. Pasan celadores ruidosamente. En algún lugar alguien descarga la cisterna del retrete. ¿Cuánto tiempo pueden retenerla aquí? ¿Durante cuánto tiempo será capaz de aguantar este zumbido palpitante, mecánico, monstruoso?

Vuelve la vista hacia su nieto, el dulce Robert inclinado sobre las rodillas con el pelo rizado y la camiseta de los Cleveland Browns.

—Tengo que salir —dice ella—. Tengo que ver el cielo.

Para su octavo día en la clínica Robert prácticamente está llorando en cuanto ella empieza a insistirle. A Esther le sobreviene una intensa urgencia en los momentos más inesperados; tiene una sensación como si se hubiera dejado un fuego encendido, o un niño encerrado dentro del coche, y tiene que hacer todo lo posible por evitar una catástrofe. En dos ocasiones las enfermeras la atrapan cuando pasaba renqueando por delante de su puesto en camión en plena noche, descalza, arrastrando un gota a gota. En otros momentos el hospital apenas está presente; no sabe cuánto tiempo pasará ausente, ni adónde va.

Robert habla sobre el neurólogo pelirrojo, cómo parece un buen médico. Los padres de Robert, dice, han logrado un adelanto importante en China y tienen previsto volver a casa con las gemelas dentro de quince días.

—Quince días no es mucho tiempo. Y cuidan de ti mejor de lo que podría cuidarte yo. Tienes que esperar a que te den de alta.

Esther intenta despertarse del todo.

—Estos medicamentos me dejan como muerta. ¿No puedes abrir una ventana?

—No se abren, abuela. ¿Te acuerdas?

—No crecen —dice Esther—. Las niñas siguen siendo niñas. Las adolescentes siguen siendo adolescentes.

—¿Qué niñas?

—Las chicas.

Robert camina de aquí para allá junto a su cama. Sus zapatillas deportivas huelen a césped segado y gasolina; ha estado trabajando dos días a la semana para un paisajista. La luz que entra por la ventana es de color verde oscuro.

Más allá de un aparcamiento, luces de freno avanzan lentamente por una interestatal.

—Eso son imaginaciones tuyas —dice Robert, que hace girar las llaves del coche de su padre en torno al dedo índice—. El médico dice que lo que ves solo es real en tu imaginación.

—¿Real en mi imaginación? —susurra Esther—. ¿No es todo lo que es real solo real en nuestra imaginación?

—Dice que sin los medicamentos tendrás más ataques. Podrías morir.

Esther intenta incorporarse.

—Robert —responde. Por la ventana las nubes se han oscurecido considerablemente—. Bobby. Mírame. —Su nieto se vuelve—. ¿Tengo aspecto de que me quede mucho tiempo?

Robert se muerde el labio inferior.

—Tengo que ir a casa.

—Eso ya lo has dicho, abuela.

—¿Y si no están en mi imaginación? ¿Y si son reales? ¿Si están esperándome?

—¿Esperando que hagas qué?

Esther no contesta.

A Robert le tiembla la voz.

—Estás pidiéndome que te ayude a morir.

—Estoy pidiéndote que me ayudes a vivir.

acoge a veinte ancianos. Los hombres se apelotonan en el vestíbulo; las mujeres se dividen entre la sala de costura y los dormitorios.

Dos semanas después se presentan diez ancianos más en la puerta principal. Para mediados de enero, el número 30 de Papendam rebosa de gente, ansiedad y piojos. Todos los miércoles frau Cohen hierve pucheros de desinfectante. Los desplazados están acampados en el sótano, en el armario del conserje, en el aula y en el suelo del comedor: una mecanógrafa, una antigua bibliotecaria, un profesor jubilado, comerciantes y joyeros. Cada cual delimita unos pocos palmos cuadrados de espacio en el suelo con maletas, algún polígono fracturado en el que colgar prendas, jugar a las cartas o soñar.

Esther despierta por la noche sintiendo punzadas de dolor en la muñeca bajo la tablilla improvisada. Las toses resuenan paredes arriba; las niñas se rascan en sueños. Transcurren semanas sin un solo ataque epiléptico, luego llegan tres o cuatro seguidos: episodios agotadores, precedidos por un minuto o dos de aturdimiento durante el que el tren brama hacia ella y todo parece apresurarse y relucir, como si las paredes de la Casa Hirschfeld fueran a estallar en llamas.

Esther despierta para encontrarse las caras envejecidas de desconocidos contemplándola con preocupación y horror a partes iguales. Como si miraran algo de otro planeta. La caligrafía se le desquicia. Cuando sube las escaleras, Miriam tiene que cogerla del codo. «No caminas recta, Esther. Te desvías una y otra vez a la izquierda.» En el espejo es una criatura frágil y enfermiza con los ojos enormes.

En las comidas todo el mundo observa cuánto echa frau Cohen a los platos. Esther nota los ojos de los hombres sobre ella mientras come. En su imaginación oye la voz de Regina: «También se llevan a los epilépticos».

Esther y Miriam pasan noches cogidas de la mano. Una planta más abajo un hombre lee en voz alta en hebreo acerca de los hijos de Israel. Sus

palabras parecen reverberar por la casa alta. «Mientras caminabais por esta inmensa desolación estos cuarenta años Dios vuestro Señor había estado con vosotros; nada os había faltado...»

Del otro lado de las cortinas la nieve golpetea contra el cristal de la ventana. Vuelvan cuervos sobre los árboles sin hojas. Unas pocas furgonetas de gas pasan por el barrio con los limpiaparabrisas en marcha y los canales discurren agitados bajo los puentes, y desde la estación otro tren avanza a un ritmo constante hacia el este, a través de la nieve, proyectando sus tenues luces.

13

Robert ayuda a Esther a escabullirse de la clínica en mitad de una tormenta. Las enfermeras se reúnen delante de una ventana para ver los relámpagos, y Robert y Esther van directos al ascensor. Bajan seis plantas y salen por las puertas automáticas que dan a la calle. La lluvia azota el aparcamiento. Se sientan en el Nissan y ponen la calefacción; los limpiaparabrisas oscilan a toda prisa.

Él dice:

—¿No tendríamos que haber firmado unos papeles o algo?

—No es una cárcel —responde Esther.

Robert suspira para sus adentros mientras conduce. Esther apoya la nuca en el reposacabezas. Nota en el costado izquierdo un entumecimiento curioso; la emoción de la huida perdura en su pecho. A lo lejos, los márgenes de la autopista parecen relucir; las luces de freno delante de ellos se desdibujan bajo la lluvia. El cochecito se desplaza hacia el este. Esther cierra

los ojos; ve el tono rosáceo que tiene en las mejillas Bela Cohn del agua caliente del baño, con todos los capilares abiertos. Ve la cara en forma de huevo de Anita Weiss, de dos años, que levanta la mirada hacia ella con ojos brillantes. Ve la frente de Regina Goldschmidt fruncirse en surcos, amenazando con chivarse a frau Cohen de alguna transgresión. Ve las manos rápidas y atareadas de Hanelore Goldschmidt, y la belleza morena y asilvestrada de Miriam Ingrid Bergen. Ve Hamburgo en los meses anteriores a que se marcharan: las ventanas oscurecidas, la penumbra de Laufgraben y Beneckestrasse, la sensación de que la ciudad se había convertido en un laberinto crepuscular, como si las realidades trisecadas de su vida, sus dibujos y sus ataques epilépticos se hubieran convertido en una sola.

La lluvia golpetea el parabrisas. El aire huele a hierro.

—Gracias —susurra Esther—. Gracias, Robert.

14

Racionamiento. Reclusión. Miriam y Esther empiezan a pasar tardes en el ático de la Casa Hirschfeld: un refugio cubierto de telarañas y atestado de antiguas donaciones. Dos ventanas hexagonales idénticas dan a los tejados vecinos. Con las ventanas abiertas oyen sorberse la nariz a la gente recluida en todas las casas a su alrededor, las plegarias susurradas que ascienden a través de los techos, los rumores a la deriva por los largos pasillos, las últimas esperanzas que se depositan en las paredes.

Al fondo del ático se vislumbra un armario de cedro de media tonelada, con gruesos paneles, pintado de blanco. Esther puede ponerse de pie en la repisa inferior sin tocar la parte de arriba con la cabeza. Empieza a transcurrir

tardes enteras allí arriba, pasando por encima de las viejas mesas y lámparas para arrodillarse en el inmenso armario y dibujar laberintos con el cabo de su último lápiz sobre los paneles interiores, lisos y blancos. Dibuja puentes que se entrelazan encima de otros puentes, templos con atrios de columnas, árboles que crecen del revés dentro de cavernas. Como inventando un refugio al que puedan huir Miriam y ella.

Es marzo cuando Esther baja al comedor y ve al doctor Rosenbaum hablando con frau Cohen. Viste un traje marrón y corbata granate y a primera vista Esther decide que no debe de ser real.

Pero lo es. Está alarmantemente delgado. Lleva raídos los dobladillos de los pantalones y a un zapato le falta el cordón. Alberga bajo las uñas medias lunas de mugre. Abraza a Esther largo rato. Saca de un bolsillo dos pinturas, nuevas, de color rojo intenso. A Esther se le antoja casi imposible su mera existencia.

Le susurra al oído.

—Se me ha acabado la medicina.

—A todo el mundo se le ha acabado todo.

—Y he estado viendo a gente apelonada en casas. Personas agachadas en las aceras. Esperando algo.

El doctor Rosenbaum asiente.

—Como cuando eras pequeña.

—Ahora son más —dice Esther. El doctor Rosenbaum no le pregunta si se refiere a las personas o los ataques.

Ha estado casi un año en un campo de trabajo. Dice que solo lo liberaron porque es médico. No ha visto a su esposa en todo ese tiempo.

—Minsk —masculla—. Dicen que la enviaron a Minsk.

El doctor Rosenbaum dedica casi todo el tiempo que pasa en el número 30 de Papendam a examinar a los enfermos, arrancar liendres de las cabezas de

los niños o permanecer sentado en el jardín, indiferente al frío, con el cuello de la camisa desabrochado, el abrigo sobre los hombros, la espalda apoyada en un árbol, las manos grandes en el regazo cual máquinas apáticas. Por las noches se acuesta entre los hombres, la cabeza entrecana apoyada en el maletín de cuero del instrumental, las gafas con montura de acero dobladas encima del pecho. Esther se sienta a su lado siempre que puede.

—Minsk —susurra—. ¿Cree que es feliz allí?

—¿Feliz? —pregunta el doctor Rosenbaum. Baja la vista hacia Esther con un gesto que ella no puede entender: parece en parte pena, en parte melancolía y en parte asombro. Le da unas palmaditas en la cabeza y desvía la mirada.

Los días pasan a duras penas. Frau Cohen instruye a sus pupilas de acuerdo con una reglamentación cada vez más exigente: requisitos de lectura, velocidad de cálculo, historias de la Biblia. Deberes, cena, rezar, dormir. Pero para Esther el tiempo está empezando a desintegrarse; en abril se encuentra dos veces a una manzana de la casa y no recuerda cómo ha llegado hasta allí. A veces ve que Miriam le coge la mano en el ático o en un banco delante de una casa desconocida.

—Te has ido, Esther. No me oías. Me preguntabas una y otra vez dónde estabas.

Apoya la cabeza en el hombro de Miriam; escucha la respiración lenta y fiable de su amiga.

—¿Te acuerdas del péndulo? —pregunta.

Años atrás, en lo que ahora parece un mundo anterior, el doctor Rosenbaum llevó a varias niñas al cine por el cumpleaños de Esther. En el noticiario antes de la película salía un templo en París. En su interior, bajo una inmensa cúpula abovedada, una bola dorada oscilaba sujeta a un cable de sesenta metros. En la parte inferior de la bola había una clavija, y a medida

que oscilaba colgada del cable, la clavija iba trazando un dibujo en la arena que cubría el suelo. El péndulo de Foucault indicaba el giro de la Tierra, dijo el narrador; oscilaba constantemente; nunca se detenía.

Ahora, sentada con la cabeza apoyada en la caja torácica de Miriam, Esther alcanza a ver el péndulo oscilando sobre la ciudad: inmenso, terrible, oscilando sin parar, implacable, incesante; marca y vuelve a marcar su inhumana verdad en el aire.

15

En Ohio Robert le prepara las comidas a su abuela, llama a sus padres dos veces al día y duerme en el sofá de Esther. De vez en cuando abre el ordenador portátil, con la intención de trabajar en su tesis, y se queda mirando la pantalla un rato.

Cree que Esther parece más feliz estando en casa, entre sus plantas, dibujos y teteras. Puede vestirse; con ayuda de un bastón es capaz de desplazarse en un triángulo lento del cuarto de baño al dormitorio y la cocina. Dentro de dos semanas sus padres estarán de nuevo en casa; dentro de un mes Robert estará otra vez en la universidad.

Dos días después de volver de la clínica Esther está delante del lavabo en el cuarto de baño cuando el tren brama a lo lejos. Dobla una rodilla y se deja caer sobre la moqueta. En algo parecido a un sueño ve a Miriam, Hanelore e Ilouka Croner, de cinco años, caminar por calles combadas y medio en ruinas. Por encima de sus cabezas pasan gaviotas cual fantasmas. Dejan atrás el armazón oxidado de una grúa, oyen cómo gotea agua de un tejado al interior de un almacén vacío y deambulan por fábricas despojadas de

maquinaria. Al final llegan al edificio de veinte plantas que estaba buscando Miriam. Cuando las niñas levantan la mirada ven una cuadrícula de ventanas que se estrecha conforme asciende y los puntales desnudos de la inmensa antena de radio que se eleva hacia el cielo. La baliza se ilumina de color verde, se apaga, vuelve a encenderse.

La escalera no está cerrada con llave ni tiene iluminación. Hanelore abre camino; Miriam lleva a Ilouka a hombros. Quince pisos, dieciséis pisos. En la planta superior hay una sola puerta sin pomo. Hanelore vuelve la mirada hacia Miriam, luego la abre. Toda la planta superior es una amplia sala cuadrada sin tabiques de separación. Seis ventanas en cada lado ofrecen un panorama de la ciudad.

Las chicas entran jadeantes. En el centro de la enorme habitación hay un micrófono de radiodifusión de cromo encima de una mesa de madera. El micrófono no está conectado a ningún cable. No parece haber ninguna otra entrada a ese espacio. Solo veinticuatro ventanas, algunas sin cristal. Y la mesa. Y el micrófono encima.

Miriam deja a Ilouka en el suelo. El puerto más allá de la ciudad está tranquilo y gris bajo una pausada llovizna. A lo largo de la orilla penden ristas de malas hierbas, un paseo marítimo de madera se ha desgajado de sus pilares y sobre el agua caen campos de lluvia. Una brisa suave y húmeda surca la habitación.

No se ve la luz parpadeante de ningún barco allá afuera. No suena la campana de ninguna boya. No hay nada en el horizonte.

La lluvia cae sobre el mar. Allí lejos los peces viajan en bancos innumerables y las ballenas acarrear sus colosales corazones a través de la oscuridad fría. Ilouka mira a Hanelore.

—¿Qué es eso?

—Es un micrófono.

—¿Para qué sirve?

—Para hablar a la gente.

—¿A qué gente?

Hanelore vuelve la vista hacia Miriam. Miriam se acerca descalza a la mesa con su vestido andrajoso. Se inclina sobre el micrófono. Susurra:

—¿Esther?

16

—Vi a frau Rosenbaum —le dice Esther al doctor Rosenbaum. Está sentado en su lugar de siempre apoyado en el árbol del jardín. Es un luminoso día de primavera y varias de las personas que trabajan entre las plantas de semillero se yerguen y vuelven la mirada—. La vi caminando por una ciudad. Iba cantando para sí misma.

Frau Cohen friega cazuelas en el rincón del patio.

—Tendrías que estar en clase de aritmética, Esther —le recuerda.

Esther continúa:

—Cantaba: «¿Qué puede crecer, crecer sin lluvia? ¿Qué puede arder y nunca morir?».

El doctor Rosenbaum se sienta muy recto. Mira a Esther con las palmas de las manos apoyadas en el suelo.

—Ya está bien, Esther —dice frau Cohen. Luego se dirige al doctor Rosenbaum—: No sabe lo que dice.

—Estaban en una ciudad pero se fueron de la ciudad y atravesaron un bosque hasta un valle lleno de tiendas de campaña. Iban todos hacia esas tiendas y el tejido de las tiendas aleteaba al viento. Frau Rosenbaum cantaba:

«Una piedra, una piedra puede crecer, crecer sin lluvia; el amor, el amor puede arder y nunca morir».

Las emociones surcan el semblante del doctor Rosenbaum cual nubes; Esther se da cuenta de que la tiene aferrada por el antebrazo.

—¡Ya está bien, Esther! —dice frau Cohen.

—Dibújame —susurra el doctor Rosenbaum.

Le dibuja la escena tal como la recuerda en el interior de las puertas del armario blanco con su último lapicero. Dibuja una ciudad enorme y humeante con un puerto a un lado y un bosque al otro. En el extremo más alejado del bosque dibuja cientos de tiendas de campaña cercadas por los laterales de un valle. Al final dibuja a frau Rosenbaum, una figura minúscula en una larga procesión de peregrinos: el cabello plateado, un largo abrigo, la boca abierta para cantar.

Tres días después Esther llama al ático al doctor Rosenbaum. Él entra en el armario, le crujen las rodillas. Con una vela en la mano contempla los dibujos; acerca la cara; masculla para sus adentros.

Esther está sentada en el suelo sobre sus manos. El viejo médico se agacha en el armario, dándole la espalda, su silueta perfilada por la luz de la vela. Un minuto después lo ve tender un largo dedo y tocar ligeramente la figura de su esposa entre las hileras de peregrinos de un par de centímetros de alto.

Piensa: «Y cuando muere el último de ellos, por fin morimos por tercera vez».

Cuando el doctor Rosenbaum sale de armario, mira a Esther durante mucho rato. Por la mañana ya se ha ido.

En torno a mediodía, todos los días, Robert acompaña a Esther a la terraza detrás de su casa y la sienta en una silla de patio bajo una sombrilla. A medida que transcurren las horas oscila entre dos versiones de sí misma: una presente, locuaz incluso, que se sirve de un bastón para andar cojeando por el jardín, contemplando las madreselvas, las flores que aletean de una manera extraña, engoznada, como si cada cual fuera azotada por un viento distinto. Toca una rama con la punta del bastón; las flores se convierten en mariposas y se alejan volando.

Luego está la otra Esther, una Esther más sombría, alucinada, aquejada de náuseas que llega hacia el anochecer. Descienden cuervos de la cúpula del cielo trazando espirales; su acento se vuelve más marcado; surgen de los recovecos de su memoria frases en alemán y hebreo. Se remonta en el tiempo.

Cuatro días después de salir de la clínica, Esther empieza a perder la visión del ojo izquierdo. Cuando cierra el derecho ve cómo el jardín trasero disminuye poco a poco: primero los árboles, luego la hierba, después el cielo, hasta que lo único que queda son los postes de la verja del jardín, como rollos de tela blanca o vestidos que ondean en contraste con el gris que todo lo invade.

A veces Robert le lee el periódico en voz queda. A veces dibuja en un cuaderno: árboles, flores, cosas que no tendría el valor de enseñarles a sus amigos. Y a veces le pone la pequeña grabadora digital delante y le hace preguntas.

—Háblame del abuelo.

—¿El abuelo?

—El padre de papá.

—Yo vendía entradas para el cine en Nueva Jersey. Él compraba entradas

una y otra vez pero no pasaba a ver la película. Era mucho más joven.

Robert ríe.

—¿Cuánto más joven?

—Unos pocos años, supongo. Pero parecía mucho más joven. —Guarda silencio un rato—. Después de la guerra, me asombraba que el mundo siguiera produciendo gente joven.

Robert le pone edredones en el regazo, recoloca la sombrilla sobre su cabeza. Las hojas susurran en los árboles. En el jardín se abren pequeñas trampillas y se vuelven a cerrar.

—Estoy estudiando la guerra en la universidad.

—El año pasado —dice Esther.

—El año que viene también —señala él—. Estoy escribiendo un trabajo muy largo al respecto.

—Recuerdo que no te gustaba cómo la enseñaban.

—Al principio todo tenía que ver con ejércitos y tratados y tanques —dice Robert—. Churchill, Hitler, Roosevelt. Como si fuera el antiguo Egipto o algo así. Como si hubiera ocurrido hace una eternidad.

—La historia —dice ella.

—Pero tú estabas viva entonces. Tú la recuerdas. De eso va mi tesis, ¿te acuerdas?

Espera, pero Esther no dice nada más. Coge la pequeña grabadora, pulsa un botón y vuelve a dejarla.

—¿Pasaste miedo, abuela?

—No por las cosas que seguramente imaginas.

—¿Te refieres a cosas como morir?

—Sí, como morir.

—Entonces ¿qué te daba miedo?

Esther se tira del cuello de la blusa. Tiene las gafas empañadas y la boca

entreabierto y Robert no sabe si su abuela tiene algo más que decir.

18

En julio llegan dieciséis desplazados más a la Casa Hirschfeld. Entre las caras nuevas hay algunas más que Esther reconoce: un conductor de autobús, un vendedor de periódicos, un fabricante de muebles. Un tendero que se muere de ganas de fumar al que le crujen los zapatos. Ninguno parece saber qué ha sido del doctor Rosenbaum.

El tiempo se vuelve caluroso. La casa está insoportablemente atestada y no hay suficiente comida. Los retretes se atascan; los aseos están abarrotados y apestan. Frau Cohen hierve tinas de sábanas en el jardín. Por las ventanas abiertas del ático Miriam y Esther imaginan que alcanzan a oler ganso asado, sopa de tomate, comidas de hace mucho tiempo.

Esther cumple los quince. Le da la sensación, en todo momento, de que tiene una importante cita pendiente cuyos detalles ya no es capaz de recordar. A menudo no consigue contestar las preguntas que se le plantean. En más de una ocasión Regina Goldschmidt, directamente delante de Esther, le pide a frau Cohen que lleve a Esther al hospital.

—Ya no podemos tenerla aquí —dice Regina—. Está cada vez peor.

Los brazos de frau Cohen, antes gruesos, están cada vez más delgados; lleva el pelo lacio y gris sobre el cráneo. Carraspea.

—Regina...

—Podemos decírselo a un policía —sugiere Regina—. Seguro que nos ayuda.

—¡Desde luego que no! —grita Miriam—. Yo la vigilo. Déjeme que me

ocupe de ella.

Frau Cohen se pasa las manos por el delantal; les dice a las niñas que se vayan.

Miriam y Esther trasladan sus camas al ático. El 26 de julio, cuatrocientos tres aviones ingleses bombardean Hamburgo a medianoche. Miriam y Esther lo ven desde las ventanas del ático. Brotan reflectores de puntos situados en torno al puerto. Cientos de filamentos de luz roja ascienden desde emplazamientos de artillería ocultos. Una vez alcanzan su punto más alto, las hebras estallan en ganglios de fuego antiaéreo rojos, blancos en el centro.

Esther se acurruca en el suelo.

—Tenemos que bajar —susurra.

Miriam no aparta los ojos de la ventana.

—Baja tú.

Por todo el número 30 de Papendam la gente despierta y oye las sirenas y el estrépito de los cañones antiaéreos; bajan silenciosamente al sótano en tropel y se apelotonan en la oscuridad.

Esther se queda con Miriam. Lentamente, casi con aire perezoso, los aviones descienden hacia la ciudad. Brillantes rachas de balas trazadoras surgen destellantes de la oscuridad. Los aviones bajan más aún; mantienen la formación. A alguna señal las bombas llovisnan de sus vientres todas a una: En un abrir y cerrar de ojos caen miles de motas negras a través de franjas de cielo iluminadas. Los bombarderos ascienden. Las bombas caen en diagonal.

Esther piensa: «Enjambres de langostas. Bandadas de pájaros».

Desde las ventanas de la buhardilla las chicas ven cómo las bombas incendiarias caen a través de los tejados a veinte manzanas de allí y sus carcasas se abren dejando brotar la luz. Llamas fosfóricas, blancas, discurren como líquido hacia los desagües. En cuestión de segundos incendios independientes se han encadenado; poco después hay casas enteras en llamas.

Encima de sus cabezas florecen nubes de humo y ceniza con colores arlequinados: rojos, verdes, naranjas. Llamean grandes extensiones de cielo, luego vuelven a ser absorbidas por la negrura. Esther tiene la sensación de estar contemplando un enorme cerebro eléctrico. Y desde ese cerebro llueven lentamente sobre la ciudad hojitas llameantes de papel y almohadas, libros y tejas.

Ve un péndulo dorado que oscila a través del espacio. Oye la voz de una mujer que relata una historia antigua: «Y la luz estalló sobre el mundo y se quebró en un millar de pedazos, y estos pedazos cayeron sobre todos los acontecimientos y todas las criaturas».

Se enjuga los ojos.

—Ah, ah, ah —susurra Miriam—. *Schön, am schönsten*. Qué hermoso, lo más hermoso.

19

En Ohio Esther se ve sacudida por ataques epilépticos. Se desprende de su lóbulo temporal una uniforme pulsación electroquímica que se apropia del funcionamiento coordinado de su conciencia. Los brazos se le quedan rígidos, la cabeza se le cae hacia atrás. Ahora los ataques, más que dañar su conciencia, parecen amplificarla. Por el ojo derecho ve que Robert la vuelve de costado y le coge la mano; por el izquierdo ve que las sombras eclipsan los árboles.

Le dice a Robert que tal vez, durante sus momentos de mayor claridad, una persona puede experimentar una enfermedad como una suerte de salud. Quizá no toda enfermedad sea un déficit, una merma. Igual lo que le está ocurriendo

a ella se puede interpretar como una apertura, una ventana, una migración. Igual es eso lo que vio en ella el doctor Rosenbaum; igual es eso lo que estaba pensando mientras miraba el armario blanco aquella tarde en el ático del número 30 de Papendam: que había algo en ella que merecía la pena salvar.

Robert asiente, incómodo. Le lleva la sopa; le lleva los triángulos de tostada. Les dice a sus padres que Esther está mejor. Les dice que es tan indestructible como siempre.

En los ataques epilépticos ve a Miriam llevar a las niñas en grupos por la ciudad abandonada hasta el edificio alto con el mástil de la radio en la azotea. Las niñas levantan la vista hacia la baliza que destella en la punta misma y suben los largos tramos de escaleras hasta el piso veinte. Sus voces le llegan a Esther en el cuarto de baño, en la cama, en la terraza de atrás a plena luz del día. Permanece sentada, muy callada; las hojas susurran; oye el levísimo retazo de una voz de niña, justo por debajo de la brisa. Oye a una niñita decir: «Pero ni siquiera está conectado».

«Ya voy yo —dice una tercera voz, amplificada de pronto—. Papá trabajaba en una tienda de muebles. Encendíamos velas los viernes, respetábamos el sabbat. Incluso después de que me mandaran a la Casa Hirschfeld pensaba que todo el mundo hacía lo mismo. Hasta que no vi los carteles y le pregunté a frau Cohen qué querían decir no supe que éramos judíos.»

O: «Bien. Vale. Tenía un tío en Estados Unidos. Cuando cumplí los trece, años después de que mis padres hubieran desaparecido, frau Cohen le escribió una carta pidiéndole que pagara un viaje. El mío. Si me podía buscar un sitio donde vivir, alimentarme, todo eso. Sacarme de Hamburgo. Le dije que no le escribiera que tendría que alimentarme. Le dije que le dijera que ya

me buscaría yo la comida. Mi tío contestó de inmediato. “Aquí vamos bastante justos”, escribió».

Una larga pausa. Esther cierra los ojos. Oye una voz que dice: «Él no lo sabía».

A veces ve a las chicas sobre su jardín. Suben penosamente una larga escalera muy empinada, las más pequeñas agarradas a las manos de las mayores; se sientan en el piso veinte en la sala grande y cuadrada, más de un cuarto de kilómetro por encima del patio de Esther, turnándose para usar el micrófono, unas tumbadas con las manos entrelazadas detrás de la cabeza, escuchando cómo el viento del puerto entra a rachas por las ventanas rotas, a trescientos metros sobre las copas de los árboles.

Esther susurra sus nombres hacia la oscuridad del patio trasero. Ellen, Bela, Regina, Hanelore, Anita, Zita, Inga, Gerda, Else, Miriam. Robert está a su lado.

—Háblame de ellas —dice.

—Anita Weiss ceceaba. Solía pellizcarse la lengua entre los dientes. Zita no podía evitar que el pelo le cayera sobre los ojos. Regina tenía pico de viuda. Las otras niñas decían que era mala pero yo creo que estaba siempre asustada. No confiaba en que nada pudiera ser permanente.

—¿Quién era tu mejor amiga?

—Miriam —murmura Esther—. La adoraba. Era mayor que yo. Apenas unos años más joven que tú ahora.

Robert le tiende una taza de té. Transcurre un minuto, o una hora. ¿Por qué, se pregunta Esther, creemos todos que nuestras vidas conducen hacia fuera a través del tiempo? ¿Cómo sabemos que no estamos viajando continuamente hacia dentro, hacia nuestro centro? Porque esa es la sensación que tiene Esther cuando está sentada en su terraza en Geneva, Ohio, la última primavera de su vida; tiene la sensación de que está siendo arrastrada por un

sendero que conduce más adentro, hacia un reino final en miniatura, velado, que ha estado esperando desde siempre en su interior.

Los padres de Robert llaman desde China; les hace falta el número de teléfono de cierto abogado; necesitan que Robert entregue algo en la oficina de su padre. Tienen previsto volver a casa para el cinco de julio. Quieren saber si Robert necesita que vuelvan antes.

—No es tan terrible —dice Robert—. Estar con ella. Es más bien asombroso, la verdad. —Permanece callado un rato; su madre respira en el otro extremo—. Pero no sé cuánto tiempo podré seguir haciéndolo.

Esa tarde saca de las profundidades del garaje de sus padres un remolque de bicicleta de dos ruedas para niños. Le pone unos cojines dentro, lo engancha a la bici; por la tarde acomoda a Esther en el remolque y la lleva por su larga calle.

Van despacio; Robert elude el tráfico y las colinas. Esa noche pasean una hora entera, a través del crepúsculo y bajo la luz de la luna, pasando por delante de granjas y alguna que otra subdivisión, por las largas y lisas carreteras rurales del noreste de Ohio, se cruzan con un coche tal vez cada diez minutos, y Esther tiene la sensación de que la están llevando a través de un semimundo de árboles relucientes y campos, depósitos de agua y grandes remansos cimbreados de sombra. A lo lejos, sobre el lago Eire, brumosas nubes de tormenta se apilan en torres de color coral. Robert pedalea con fuerza y con suma seriedad, y Esther siente la sangre que corre por sus venas.

—¿Estás cómoda, abuela? —pregunta Robert, que se vuelve, jadeante.

—Más de lo que imaginas —dice Esther.

El 28 de julio llegan por fin las citaciones de las chicas de Hirschfeld. El águila y la cruz en un sobre. Sin sello. Como enviado desde el despacho mismo de Dios. Frau Cohen llama a las chicas, que están haciendo sus diversos quehaceres; se sientan mirándola mientras ella abre las patillas de las gafas de leer.

A su alrededor arden a fuego lento un millar de casas en Hamburgo. A su alrededor prisioneros de guerra cargan cadáveres en camiones y marineros dormitan sobre sus cañones. En el jardín detrás del orfanato un antiguo director de banco pasa el rastrillo entre hileras de repollos.

Tienen que trasladarse a pie a un gimnasio de enseñanza secundaria junto al hotel Central. Desde allí un agente de deportación las acompañará hasta la estación de ferrocarril de Ludwigslust. Hay largas y meticulosas listas de lo que es aconsejable llevar —camisones, mitones, velas, betún para zapatos, gafas— y lo que no es aconsejable —alfombras, plantas, libros, cerillas—. Hay instrucciones acerca de cómo debe ser etiquetado y transportado; asignan a cada niña un número de deportación.

Adónde, adónde, adónde. Regina Goldschmidt es la que por fin hace la pregunta primero. Las chicas se acercan un poco más para oír la respuesta; varias se llevan la mano al corazón. Frau Cohen hojea los documentos.

—Varsovia.

Esther intenta recuperar el aliento. Tiene la sensación de que si se permite parpadear, verá otro mundo ondulante debajo de este. Varsovia: ¿cuántas veces ha imaginado la vida de Nancy Schwartzenberger allí? Intenta recordar las postales de frau Rosenbaum. El casco viejo. El palacio de Wilanów. El río Vístula.

Las chicas dedican toda la tarde a hacer el equipaje. Esther se concentra: velas, betún para zapatos, camisón, libro de aritmética. Ropa interior, partida

de nacimiento, hilo. Piensa en Nancy Schwartzenberger cosiendo botones. ¿Qué edad tendrá Nancy ahora? ¡Qué emocionante si consiguen encontrarse con ella!

Esther decide que quizá tengan más espacio en Varsovia. Quizá haya farmacéuticos con guantes blancos y las estanterías repletas.

Auswanderung. Los senderos de los pájaros.

En la otra punta del ático Hanelore Goldschmidt, de nueve años, acosa a Miriam con preguntas: ¿Habrás colegio? ¿Y gimnasia? ¿Qué clase de animales tendrán? ¿Nos dejarán ir al zoo? Miriam baja, ayuda a Hanelore a escoger entre sus escasas posesiones. Antes de cenar, las chicas llevan las maletas a la puerta principal y las dejan en una fila con las etiquetas colgando de las asas, para que las lleven todas en carretillas a la estación por la mañana.

Después de rezar, Esther y Miriam suben la escalera al ático y abren la trampilla. Se tumban junto al armario grande y blanco. Las vigas del ático emiten leves crujidos por el calor; las arañas tejen sus telas entre los travesaños.

—Varsovia no puede ser peor que esto —comenta Esther.

Miriam guarda silencio.

—¿No crees?

Miriam se vuelve de costado.

—Lo único que he aprendido hasta ahora, Esther —dice—, es que las cosas siempre pueden ir a peor.

Junto a su amiga en el ático esa noche Esther se sume en sueños y cuando vuelve en sí es muy tarde. No se ve ni una sola luz por la ventana. Alguien camina agachado entre los muebles en torno. La figura se inclina delante de las camas de las chicas un largo instante. Respiración acuosa. Rodillas que crujen. Miriam duerme.

—¿Doctor Rosenbaum? —Parece más delgado que nunca en la penumbra

del ático.

—No hagas ningún ruido —susurra.

—¿Qué pasa?

—Chis.

Piensa: «Ha venido a despedirse. Nos vamos por la mañana, conque ha venido a despedirse de mí».

—El vestido —dice él—. El abrigo, también.

Se pone las medias, se ata los zapatos. Miriam no se mueve. Esther sigue al doctor Rosenbaum, bajan cinco tramos de escaleras, pasan por delante de niños dormidos, viejas murmurantes y hombres condenados y llegan por fin al vestíbulo, donde él mira con toda su atención por una hendidura entre las cortinas. Alguien ronca en el otro extremo de la habitación. Algún otro tose.

¿Se van tan temprano? ¿Por qué no esperan a que llegue la mañana? Cada vez que intenta preguntarle algo, la hace callar. En la calle los amortiguadores de un camión emiten un ruido sordo al traquetear las llantas sobre los adoquines. «El toque de queda...», dice Esther, y el doctor Rosenbaum susurra: «Ahora», y la hace salir a toda prisa de la casa y cruzar la cancela. El camión no lleva las luces encendidas y Papendam está muy oscura. Se abre la trasera del camión; dentro hay un vacío, un espacio en blanco del que brotan lentamente caras asustadas: la caja del camión está llena de gente.

—Deprisa —dice el doctor Rosenbaum.

—¡Pero Miriam! —grita Esther—. ¡Mi maleta!

—Venga —insiste el doctor Rosenbaum, y la empuja dentro.

Once niñas asesinadas despiertan en el suelo de una casa adosada alta, corriente. Esther despierta en su cama en Ohio, con su nieto dormido pasillo adelante en el sofá. Frau Cohen despierta en el número 30 de Papendam en 1942, se lava la cara y se pone el vestido de casa más limpio. Se ata los zapatos, se detiene en el umbral de la cocina y eleva sus plegarias a Dios. «Por favor, vela por nosotros ahora que emprendemos nuestro viaje. Por favor, no permitas que me falle el valor.»

En el húmedo recinto de una sola mente una persona puede saltar de una década a la siguiente, de un país a otro, del pasado al presente, de la memoria a la imaginación. ¿Por qué Esther y no Miriam? ¿Por qué no cualquiera de las otras? ¿Por qué la escogió el doctor Rosenbaum? Sacar a Esther de Hamburgo le costó todo: desde luego todo el dinero que tenía, quizá la vida. ¿Era Esther lo único bueno que podía hacer, lo único que podía sacar de allí clandestinamente?

Esther despierta en una cabaña en el bosque. El techo es bajo y los muebles de factura tosca. Hay colgados al azar en las paredes viejos picos, sierras y crampones: producen un efecto de asfixia histórica, herrumbrosa. Los armarios son madrigueras de superstición: llenos de un hedor putrescente, tarros de elixires oscuros, remedios contra el dolor sin etiquetar, melazas, cristales, algo con la leyenda «belladona», algo con la leyenda «trompeta de la muerte». Por las ventanas diminutas espejean contra el amanecer cientos de abedules de color blanco hueso. Una casa de moradores del bosque involucrados en alguna clase de magia oscura, propia de gnomos.

Delante de la cabaña el doctor Rosenbaum duerme en un tronco a guisa de banco sin una manta que lo cubra. Ella teme que esté muerto pero cuando dice su nombre, abre los ojos.

—¿Qué ha ocurrido?

—Has sufrido un ataque. Te hemos traído aquí.

—No lo recuerdo.

Revolotean pájaros aquí y allá, trinando suavemente. El cielo es incoloro.

—Tendría que estar con ellas —susurra Esther.

—Estás cansada —responde el doctor Rosenbaum—. Esto ha sido un calvario. —Como si esto fuera todo, como si ya hubiera terminado. Esther se oye susurrarle a Miriam, años antes, en la oscuridad del dormitorio: «Ojalá nos envíen juntas».

El doctor Rosenbaum le sonrío.

—Es mejor quedarse dentro.

Esther se pasa el día sumiéndose en pesadillas y despertando de ellas. El doctor Rosenbaum hierve una cazuela de nabos; se sienta a su lado y le coge la mano. Por la tarde le entrega una carta manuscrita en inglés, un fajo de libras esterlinas y una dirección en Londres.

—Cuando vuelva el camión —le dice—, yo regresaré a Hamburgo.

A Esther se le inunda la visión de miedo.

—No. Por favor. Miriam. Y las otras.

El doctor Rosenbaum le aprieta la mano entre las palmas de las suyas, grandes y frías.

—Adonde van ellas, más te vale no ir.

Esther intenta componer una queja sensata.

—Ve a vivir tu vida, Esther.

Una hora después se ha marchado. A ella la recoge esa noche un hombre con otros seis niños montados en un remolque bajo una lona; atraviesan juntos el amanecer. Un chico susurra que han entrado en Dinamarca; otro sostiene que van a Bélgica. Uno se ha meado encima y poco después su compartimento bamboleante y oscuro apesta a orina. A media mañana el hombre los esconde en un sótano de dos por dos metros sin ventanas y con el suelo sucio.

Pasan allí las siguientes treinta y seis horas, la cadera de una chica clavada en el hombro de Esther, un niño pequeño sollozando contra su otro costado, los gañidos de perros lejanos y los largos silencios del anochecer y los retumbos de los aviones que pasan allá arriba. Se transmiten rumores entre los niños como ondas por el agua: los van a enviar a Irlanda, o Inglaterra o Sudamérica; un niño repite, «Vamos a ir a algún lugar mejor», una y otra vez, como si decirlo fuera a hacerlo realidad. En dos ocasiones alguien abre la puerta, lanza dentro una hogaza de pan duro y oscuro y vuelve a cerrarla.

En ese lugar Esther tiene la cara pegada a una tabla y en la tabla hay un nudo grande y oscuro. Durante todas las horas de luz mira fijamente ese nudo e impregna de sudor su vestido más bonito hasta que ya no le queda nada de agua que sudar. Una y otra vez le pasan por la cabeza las mismas palabras: «Tendría que estar con ellas». Ve a las chicas de Hirschfeld subir las escaleras de un palacio reluciente en Varsovia. Las puertas se abren; las chicas entran en un vestíbulo blanco. Levantan la vista hacia el millar de diamantes chispeantes de una araña de luz. Alguien de uniforme baja por un largo tramo de escaleras para recibirlas. Las puertas se cierran lentamente. La luz se va apagando.

El sótano huele a sudor, hambre, terror y heces humanas. Los otros no saben ni más ni menos. Cuando hay luz suficiente, Esther observa el nudo de madera hasta que entre sus fibras asoman figuras minúsculas, carruajes y tranvías, farolas y pequeños cocheros vestidos de terciopelo con látigos, casas envejecidas y árboles desnudos, y cuanto más lo mira más se da cuenta de que alberga una ciudad oscura, viva, microscópica, llena de gente y lluvia y mugre.

En dos ocasiones Esther sufre crisis de *grand mal* allá abajo en la oscuridad. Las piernas se le sacuden contra las paredes de tablas mientras los otros intentan sujetarla, alguien le tapa la boca con la mano, algún otro la

sostiene por el costado. Ve a Miriam Ingrid Bergen en un tren, mirando por la ventanilla, con una de las niñas pequeñas en el regazo. Ve a una familia que aguarda en la oscuridad.

Después del segundo día trasladan a los niños clandestinamente a Londres a bordo de un barco de pesca con cañones recién soldados a la proa. En Anglia, Esther le muestra a un estibador su dinero y la carta del doctor Rosenbaum. La llevan a una clínica donde un hombre con bata de médico le da una muda de ropa usada, un frasco de fenobarbital y documentos de emigración para Estados Unidos.

22

Inga Hoffman dice: «Hay una zapatería judía en Benderstrasse. La noche que estaban rompiendo todos los ventanales vimos que un chico atravesaba la puerta y se colaba dentro. Su padre estaba fuera y cuando el chico salió con cuatro pares de zapatos, lo fulminó con la mirada y le regañó. Yo creía que le regañaba por robar pero le regañaba porque uno de los pares que había cogido tenía dos zapatos derechos. Envió al chico otra vez dentro para corregir el problema». Intenta reír pero lo que le sale se parece más a un grito ahogado.

La pequeña Zita Dettmann dice: «No todos se portaron mal con nosotras. Dos señoras dejaron un cajón de pastas en los peldaños de la entrada. ¿Os acordáis? Me metí una en la boca enseguida. Estaba rellena de mermelada de fresa. ¡Mermelada de fresa!».

Una voz más menuda incluso canta: «Una cabrita, una cabrita, que mi padre compró por dos *zuzim...*»

Gerda Kopf dice: «Se oyen historias como que te pasa toda la vida por delante. Pero no es verdad. Una vida es muy grande, contiene miles de millones de cosas, tantas como agujas hay en un pino. No suena música, pero se oye un sonido, como un chillido lejano. O humo que sube. O como una mujer que inspira un poco, como a punto de ponerse a cantar».

Una pausa. Un ruido de pies que se arrastran. Esther está sentada en el patio trasero y la lluvia resuena contra la sombrilla que Robert le ha puesto encima. Se propaga por el aire una fragancia intensa, entreverada: malvaloca, lluvia sobre la hierba. Esther oye la voz de Regina Goldschmidt entre los árboles. «La señora al final de la manzana no tenía casa. Todo el mundo la llamaba señora Gafas. Durmió en la acera durante años. Las otras chicas decían: ¿Por qué no se va? Yo sabía por qué. La señora Gafas no tenía a nadie. Se había dado por vencida. Le llevé un cepillo porque llevaba el pelo que daba asco. Y luego empecé a pensar que tenía frío, así que le di también mi bufanda roja. La marrón era más bonita de todos modos. Luego le llevé el perro afgano con círculos coloreados de la vitrina en el cuarto de frau Cohen. Lo dejé al lado de la señora Gafas mientras dormía. Recuerdo que tenía las manos escamosas y me alegré de que no se despertara. Dos días después la policía se la llevó por robar y no dije nada. No volví a ver nunca a la señora Gafas. No la vimos ninguna. Ese es mi recuerdo. De eso me acuerdo.»

La lluvia amaina. Las hojas gotean. El jardín humea.

Las Autoridades de Rescate Judías asignan a Esther a una pareja sin hijos que casualmente se apellida Rosenbaum. Son inmigrantes rumanos de primera

generación y viven en una casa flotante de dos dormitorios. En la diminuta mesa en lo que los Rosenbaum llaman la cocina, le sirven a Esther comidas que parecen abundantes hasta la obscenidad: tajadas de berenjena, trozos de pollo, cuencos humeantes de sopa de alubias verdes. Tres veces al día los tres se sientan a comer a esa mesa, en esa casa flotante que huele a aguas de pantoque, crema para los pies y baclava.

Esther le escribe a Miriam todos los días. El señor Rosenbaum agrupa las cartas de seis en seis y las envía desde la oficina de correos de Toms River. Esther nunca sabrá adónde van, a quién le llegan, qué manos se deshacen de ellas.

Se filtran en la prensa artículos sobre los campos; la señora Rosenbaum no puede hablar de otra cosa. ¿Por qué?, eso se pregunta Esther continuamente. ¿Por qué la salvó a ella el doctor Rosenbaum, por qué la sacó de allí, por qué no se llevó a Hanelore, Regina, Else? ¿Por qué no a Miriam?

Ingiere un raudal constante de anticonvulsivos. Vende entradas en el cine. Procura creer que el mundo puede ser un lugar razonable. Pero la mayoría de los días el silencio de su habitación angosta y fría en la casa flotante de los Rosenbaum la abrumba: iluminada de un azul inquietante por una luz del muelle ahí delante, sin voces de niños, sin música, nada más que sirenas de barco lejanas y sogas que gimen tristemente contra los mástiles, todo meciéndose de aquí para allá.

La memoria se convierte en su enemiga. Esther se esfuerza por fijar la atención solo en el presente; siempre está el ahora: un olor del viento que se modifica sin cesar, el rielar de las estrellas, el profundo chirriar chirriar en cinco tiempos de las cigarras en el parque. Está el ahora que es hoy avanzando hacia el ahora que es esta noche: el crepúsculo al borde del Atlántico, el parpadeo de la pantalla de cine, una sumersión de la memoria, un buque cisterna que se abre paso imperceptiblemente por el horizonte.

Nunca hace suficiente calor. Se compra vestidos de primavera y chaquetas acolchadas y entra en el cine un día caluroso pero siente un intenso frío en su interior.

Esther tiene veintiséis años y habla inglés con soltura cuando conoce al chico que será su marido. Es pequeño y sociable y está perpetuamente a punto de lanzar una risa sonora y contagiosa. La conoce en el cine; es celador de hospital pero quiere ser ciclista; sueña con abrir una tienda de bicicletas; se sienta con ella en los bancos de los parques y le cuenta sus planes. Irán a algún sitio lejos de allí, venderán bicicletas, las repararán, tendrán una familia.

El contenido de sus planes no es ni remotamente tan importante para Esther como su sonido: la profunda seguridad que transmiten. Y su voz. Tiene una voz suave, una voz como una prenda de seda que solo sacarías de un cajón muy de vez en cuando, algo que te gustaría acariciar una y otra vez.

Que pueda estar viva con este chico —compartir un helado de vainilla, pasear por los mercados, comprar coles del tamaño de balas de cañón— a veces le provoca a Esther una vergüenza vertiginosa, paralizante. ¿Por qué tiene ella la oportunidad de verlo, mientras las otras chicas no la tienen? Se siente como si las piezas que la conforman apenas se mantuvieran unidas: si cede aunque solo sea un instante, saldrá volando por los aires.

Y sin embargo, ¿no supone también una bendición? ¿No está empezando a respirar de nuevo, del modo en que respiraría un animal después de huir de un depredador durante mucho tiempo, aminorando el paso por fin, y levantando la vista, y viendo cómo las hojas oscilan por encima de su cabeza en multitudes? Estaba viva, seguía viva. Podía apoyar la cabeza en el pecho de este chico y escuchar el latir de su corazón. Podía mirar el pomo de cristal de su minúscula taquilla del cine una tarde entera, con un cuaderno de dibujo en el regazo, esperando a que el sol de última hora de la tarde entrara por la

ventanilla de la izquierda en el ángulo adecuado. Cuando por fin rocía de prismas de color la pared.

El novio y ella se mudan a Ohio. Se casan; obtienen un préstamo; abren la tienda de bicicletas. Todo es redondo: llantas, neumáticos, ruedas de espigas, anillas de cadena. Todo huele a grasa para cadenas; todo el mundo paga en efectivo.

El arco de un manillar, remontándose hacia los asideros. Treinta ruedas con radios colgando de ganchos; ruedas libres y ejes; vainas y pedales; las espirales concéntricas de los guardacadenas. Un expositor de timbres; de cromo, latón, aluminio. Suspendidos de una viga hay cientos de llantas. Tornillos de cabeza redondeada relucen en cubos. Cojinetes en tarros, cojinetes en baldes. Haces de radios atados con tiras de tela.

Esther se ocupa de la caja registradora o abre el cuaderno sobre el mostrador de cristal y dibuja mientras su marido trastea con una serie de radios portátiles, un espectro de emisoras americanas: country, jazz, folk, swing.

Tienen un hijo. Después del colegio dibuja junto a su madre en el mostrador, los dos trabajando en hojas de papel idénticas, y cuando se hace mayor ayuda a su padre, pasa los eslabones de una cadena de bicicleta recuperada por una palangana de aceite, ve cómo el óxido se desprende, nota cómo los remaches encajan limpiamente en los cojinetes y el lubricante le perla los pelillos dorados de las muñecas.

Afuera, lejos, *Auswanderung*. Esther se construye una vida tan modesta, normal y estable como puede. No tiene permitido conducir, su medicación sigue provocándole molestias estomacales y de vez en cuando le sobrevienen furiosos sentimientos de pavor que la atenazan. A veces le palpita la muñeca; se siente desdibujada, se pregunta si tal vez murió en aquel sótano con el nudo de madera y se plantea la posibilidad de que todo lo que ha ocurrido

después haya sido un sueño. Busca la forma de su marido en plena noche; se aferra a él.

Es la señora Rosenbaum, que sigue viviendo en su casa flotante en Nueva Jersey, quien le envía el manifiesto de deportación. Esther tiene treinta y cinco años cuando llega; le espera en el buzón entre una factura y un folleto publicitario. Dentro del primer sobre hay otro, y Esther espera dos días antes de abrirlo. Para entonces ha decidido que sabe lo que va a decir.

Piensa: «Las otras figurarán ahí pero quizá Miriam no esté. ¿Cómo iba a morir Miriam? Miriam no fue nunca una persona que se hiciera ilusiones; siempre había tenido la fuerza de su propio pragmatismo. Igual solo fueron masacrados los ilusos. Pero todo el mundo fue masacrado, claro».

Cuarenta tarjetas. Varias contienen cientos de nombres.

Resulta bastante sencillo buscar el 29 de julio de 1942. Doce fechas de nacimiento, doce chicas. El nombre de Miriam entre ellas. El de Esther, también.

24

La voz de Robert se torna más débil, como si Esther estuviera quedándose rezagada, como si siguiera llevándola con la bicicleta, el remolque se hubiera desenganchado y el chico hubiera seguido pedaleando sin darse cuenta. Al final lo único que atina a oír Esther sentada en la terraza el último día de su vida es la voz de Miriam. El patio trasero está gris hora tras hora; Robert es poco más que una presencia cálida.

«A las afueras de la ciudad encontramos un bosque —dice la voz de Miriam— y tendremos que atravesar todo el bosque. Y luego al final

subiremos una colina y cuando lleguemos a la cima, allá abajo hay niebla, Esther, una gruesa franja que oculta el paisaje. Los vapores caen, se condensan y se arremolinan. Pero a veces se despejan un momento, y allá abajo, en el valle, vi miles de tiendas de campaña, Esther, quizá diez mil, cada cual con una lámpara encendida dentro, todas crujiendo y aleteando movidas por el viento. Una ciudad entera de tiendas doradas que relucen allá lejos bajo la niebla.»

Entonces hay una pausa. Luego: «Vamos allí, Esther. Tú y yo. Todos nosotros».

25

Al anoecer del Cuatro de Julio resuenan en el bosque las explosiones de los fuegos artificiales de los vecinos.

Esther está sentada en la terraza con una manta sobre las piernas y una expresión ensoñada, perdida. Robert clava en un árbol una girándula y lanza rociadas de arcoíris hacia la noche.

Cada vez que Robert le pregunta si está cómoda le lleva un ratito contestar que está bien. En ese preciso momento sus padres están a treinta mil pies de altitud sobre el Pacífico, con dos niñas pequeñas dormidas en los asientos entre ellos.

La girándula derrama un último paroxismo de chispas. La oscuridad se reafirma. Robert enciende una linterna y hurga en su caja en busca de otro artilugio pirotécnico. Las luciérnagas flotan y destellan en los árboles.

—¿Encendemos otro, abuela? Tenemos un montón de estos.»

Esther no contesta. Robert dice:

—Venga, vamos a poner uno bien grande.

Acerca el encendedor a una mecha, la mecha se consume y un cohete sale disparado hacia el cielo con un chisporroteo.

La mirada de Esther se proyecta a través de un millar de hojas, un mar entero que se mece en contraste con una flor de chispas doradas, silenciosas. ¿Qué parte de ellas es Esther misma y qué parte es el resto del mundo? Se reclina hacia el césped. Las chispas caen por el cielo. Una locomotora le atraviesa en estampida la cabeza.

Cuando Esther despierta, es de noche. Nota las tablas pulidas de un suelo bajo las rodillas, un alféizar bajo las uñas de los dedos. Del otro lado de la ventana, el viento empuja nubes por delante de las estrellas. Cuanto más mira Esther, más estrellas ve.

En algún lugar debajo de ella una voz de niña la saluda. Esther va a tientas hacia la puerta de la calle. El vestíbulo está totalmente a oscuras. Un miedo antiguo regresa, le brota del pecho, le sube por la garganta. Encuentra una escalera; hay una barandilla que se bambolea. Un tramo, dos tramos. La primera planta está un poco más iluminada, la luz de las estrellas entra por las ventanas sin cortinas.

No hay mobiliario. No hay puertas en los armarios. Vuelve a oír una voz que la llama desde algún lugar en el exterior. Esther da con la puerta principal. Más allá está el viento del puerto y un cielo plagado de luces infinitesimales.

De pie entre los cardos que les llegan hasta la cintura hay once niñas, sus rostros son manchas blancas en la oscuridad. Es fácil ver a Miriam: la más alta. Descalza. Regia con su vestido andrajoso. Toma a Esther de la mano y la ayuda a salir por la puerta. «Te estábamos esperando», dice Miriam, y le ofrece una sonrisa encantadora. Esther respira. El viento amaina. Las doce

permanecen un momento en el cardizal con la vista vuelta hacia la casa vacía agazapada bajo la noche. Luego todas echan a andar calle abajo.

26

Robert está en el último año de carrera; ha vuelto a casa para Acción de Gracias. Cinco días, dieciocho centímetros de nieve, siete grados bajo cero. Es la primera nevada del año y todo resulta conocido y nuevo al mismo tiempo: los árboles sin hojas que rodean la casa de sus padres; los olores entremezclados a aguanieve, gasolina y leña en el garaje; las miradas confusas y maravilladas de sus dos hermanas de cuatro años cuando ven por las ventanas del salón la nieve por primera vez.

Su padre corta zanahorias en la cocina. Su madre forcejea con las niñas para ponerles monos de nieve rosas a juego. Del otro lado de las ventanas todo es o bien gris o bien blanco. La radio murmura otro aviso de tormenta; las gemelas permanecen muy quietas mientras su madre les pone las manoplas.

Robert las lleva afuera por el garaje. Unos últimos copos de nieve se desprenden de las nubes. Las niñas pisan sobre las huellas de Robert una detrás de la otra, con la cabeza gacha, en el anfiteatro grande y blanco del jardín trasero. Permanecen juntos entre la blancura que cae. Luego surge la exuberancia de las niñas; echan a correr delante de Robert; ríen, se caen, ruedan y chillan. Robert corretea tras ellas con las manos en los bolsillos.

Unos minutos después las niñas cruzan por entre los sauces desnudos en el lateral izquierdo del jardín y desaparecen hacia lo que era la finca de Esther.

Ahora está vacía; hay un cartel de venta cubierto de nieve al final del sendero de acceso.

Todos y cada uno de los árboles, todos y cada uno de los postes de la valla del jardín, son una vela en honor a un recuerdo, y cada uno de esos recuerdos, al brotar entre la nieve, va unido a una docena más. Allí está el comedero que rompió Robert con la muñeca intentando colgarse de él; allá Esther le ayudó a enterrar su periquito, que se llamaba Canicas. Acostumbraba a lanzar una pelota de fútbol americano sobre una parte del tejado encima del garaje y esperar a que cayera rodando por el canalón. Abatió de un disparo una ardilla en aquel algarrobo y llevó su cadáver en la plancha de una pala hasta el montón de fertilizante. Un día de verano tiñó unas camisetas anudadas con su abuela justo en el mismo lugar donde ahora las huellas de las botitas de sus hermanas se entrecruzan sobre la nieve.

Las niñas tiran nieve al aire y la ven relucir mientras cae desmenuzada a su alrededor. Una grita: «¡Tú eres, tú eres!», da unos pasitos corriendo y luego cae de rodillas y manos. Robert la ayuda a levantarse. El calor de su cara ya ha fundido la nieve que tenía encima. «No pasa nada», le dice él.

A cada hora, piensa Robert, en el mundo entero, desaparece un número de recuerdos infinito, rebosantes atlas enteros son arrastrados a la tumba. Pero durante esa misma hora hay niños moviéndose de aquí para allá, explorando un territorio que a ellos les parece nuevo por completo. Alejan la oscuridad; dejan a su paso recuerdos cual migas de pan. El mundo se rehace.

En los cinco días que va a pasar Robert en casa sus hermanas aprenderán a decir «piedras», «pesado» y «muñeco de nieve». Asimilarán los diferentes olores de la nieve y la sensación deslizante del trineo de plástico cuando su hermano las arrastra por el sendero de acceso.

Volvemos a los lugares de los que procedemos; pisamos rincones desvaídos y trazamos nuevas líneas.

—Qué rápido has crecido —le dice a Robert su madre en el desayuno, en la cena—. Hay que ver.

Pero Robert cree que se equivoca. Entierras la infancia aquí y allá. Durante toda tu vida, está esperando a que vuelvas y la desentierres.

Ahora las niñas arrancan ramitas de la nieve y hacen dibujos con ellas. Encima de sus cabezas las nubes cambian de forma y —repentinamente— el sol cae en tromba sobre el jardín. Las sombras de los árboles se abalanzan sobre el terreno. La nieve parece volverse incandescente. Robert ha olvidado que la luz del sol pueda parecer tan pura, brotando del cielo, derramándose sobre la nieve. Hace que se le llenen los ojos de lágrimas.

Jing-Wei, la más alta de las niñas, levanta de la nieve una rama larga y negra e intenta dársela.

—Para Robert —dice, y le mira, parpadeante.

Las profundidades

Un nuevo relato de Anthony Doerr

Galardonado con el Premio *Sunday Times* EFG Private Bank al mejor relato 2011.

La prosa de Doerr es extraordinariamente convincente. Transmite la sensación de época y lugar en el Detroit de la Gran Depresión, con el hundimiento de la industria pesada, el coste humano y la ruina urbana. [...] He leído este relato muchas veces y sigue pareciéndome profundamente conmovedor.

MELVYN BRAGG, del fallo del galardón

Tom nace en 1914 en Detroit, a cuatrocientos metros escasos de las salinas International Salt. Su padre está fuera del escenario, no se sabe nada de él. Su madre regenta una pensión mal aislada de seis habitaciones poblada de puertas cerradas, detrás de las que dormitan las parcas posesiones de los obreros itinerantes de la sal: abrigos de color ratón, andrajosas botas de faena, aguatintas de mujeres desnudas, sus pechos de un naranja desvaído. Cada seis meses un minero se queda en el paro, cambia de destino o muere, y es reemplazado por otro, de modo que desde muy temprano en la vida Tom ve

cómo el mundo se deshace continuamente de jóvenes, que no dejan a su paso más que objetos —petacas de tabaco vacías, navajas sin filo, pantalones endurecidos de sal— mudos, incapaces de recuerdo.

Tom tiene cuatro años cuando empieza a desmayarse. Está doblando una esquina, jadeante, y las luces se apagan. Madre lo lleva dentro, lo acomoda en el sillón y envía a alguien en busca del médico.

Defecto septal atrial. Un agujero en el corazón. El médico dice que la sangre chapotea del lado izquierdo al derecho. Su corazón tendrá que hacer el triple de esfuerzo. Una esperanza de vida de dieciséis años. Dieciocho si tiene suerte. Lo mejor es que evite las emociones.

Madre se acostumbra a hablar en susurros. «Eso es, aquí tienes, Tom, dulce gatito.» Traslada a Tom a una cama plegable en un armario del piso superior; nada de luces brillantes, nada de ruidos fuertes. Por las mañanas le sirve un vaso de suero de leche, luego le indica las escobas o los estropajos de aluminio. «Sin prisas», le murmura. Friega la estufa de carbón; barre el pórtico de mármol. De vez en cuando levanta la vista del quehacer y ve el rostro del huésped más antiguo, el señor Weems, cuando baja a paso firme, un hombre de cincuenta años encapuchado contra el frío, que se dispone a descender en un montacargas trescientos metros bajo tierra. Tom imagina el descenso, las luces esporádicas y tenues que pasan y quedan atrás, los cables que traquetean, media docena de mineros más apelotonados en la jaula a su lado, cada cual pensando en lo suyo, pensamientos de hombres, sumiéndose en esa ciudad debajo de la ciudad donde las mulas están a la espera, arden lámparas de aceite en las paredes y relucientes estancias de sal se adentran hacia enormes claustros más allá de donde alcanza la luz.

«Dieciséis —piensa Tom—. Dieciocho si tengo suerte.»

La escuela es un cobertizo de tres habitaciones plagado con la descendencia de los obreros de la sal, los obreros del carbón, los obreros del metal. Niños irlandeses, niños polacos, niños armenios. A Madre el patio del colegio le parece un millar de acres de jaleo chisporroteante. «No corras, no te pelees — le susurra. Nada de juegos.» El primer día, lo saca de clase después de una hora. «Chis», le dice, y le rodea los brazos con los suyos como si fueran sogas.

Tom viene y va durante los primeros cursos. A veces Madre lo tiene alejado de la escuela varias semanas seguidas. Para cuando cumple los diez, está en clases especiales de todas las asignaturas. «Lo intento», tartamudea, pero las letras se salen de las páginas y se lanzan contra las ventanas igual que la nieve. «Zopenco», declaran los otros niños, y a Tom le parece que tienen razón.

Tom barre, friega, restriega el pórtico con piedra pómez un centímetro tras otro. «Lento como las melazas en enero», comenta el señor Weems, pero le guiña el ojo al decirlo.

Un día tras otro, el día entero, la sal se las apaña para entrar. Se incrusta en los lavabos, se posa en los bordes de los rodapiés. También se derrama de los huéspedes: de las orejas, las botas, los pañuelos. Se acumulan surcos de polvo reluciente en las sábanas: una lección diaria de insidia.

Empieza por los márgenes, luego friega el centro. Los jueves la ropa de cama. Los viernes los retretes.

Tiene doce años cuando la señora Fredericks les pide a sus alumnos que hagan presentaciones. Ruby Hornaday es la sexta. Ruby tiene llamas por pelo, la Navidad por cumpleaños y a un borracho por padre. Es una de las dos chicas que llega a cuarto curso.

Lee sus notas en un estado de terror controlado. «Si os parece que el lago es grande tendríais que ver el mar. Ocupa tres cuartas partes de la Tierra. Y

eso es solo la superficie.» Alguien tira un lápiz. A Ruby se le marcan los pliegues de la frente. «Los animales terrestres viven en la tierra o en los árboles ratas y gusanos y gaviotas y así. Pero los animales marinos viven por todas partes viven en las olas y viven en medio del agua y viven en cañones a más de diez kilómetros de profundidad.»

Les da un libro rojo para que pase de mano en mano. En su interior hay bloques de texto y placas fotográficas a todo color que provocan que a Tom le palpite estrepitosamente el corazón en los oídos. Una ventisca de pececillos dentados. Un río de corales púrpuras. Cinco estrellas de mar de color naranja aferradas a una roca.

Ruby dice: «En Detroit había palmeras y corales y conchas de mar. Antes Detroit era un mar de cinco kilómetros de profundidad».

La señora Frederick pregunta: «Ruby, ¿de dónde has sacado ese libro?», pero para entonces Tom apenas puede respirar. Flores translúcidas con tentáculos venenosos, campos de almejas y esferas rosas con un millar de agujas en el lomo. Intenta preguntar, «¿Son de verdad?», pero le salen de la boca burbujas caprichosas que suben flotando hacia el techo. Cuando se derrumba, la mesa se derrumba con él.

El médico dice que es mejor que Tom no vaya al colegio y Madre coincide con él. «No salgas a la calle —le aconseja el médico—. Si te notas agitado, piensa en algo azul.» Madre solo le deja bajar para las comidas y los quehaceres. Por lo demás, debe permanecer en el armario. «Tenemos que andarnos con más cuidado, gatito», le susurra, y le pone la palma de la mano en la frente.

Tom se pasa largas horas en el suelo al lado de la cama, haciendo y volviendo a hacer el mismo puzle: un pueblo suizo. Quinientas piezas, de las

que faltan nueve. A veces el señor Weems le lee a Tom fragmentos de novelas de aventuras. Están barrenando una nueva veta en las minas y en las pausas entre las palabras del señor Weems, Tom nota cómo las explosiones reverberan a través de cientos de metros de roca y sacuden la frágil bomba en su pecho.

Echa de menos la escuela. Echa de menos el cielo. Echa todo de menos. Cuando el señor Weems está en la mina y Madre está abajo, Tom va a menudo al final del pasillo, aparta las cortinas y pega la frente al cristal. Corren niños por las calles nevadas, brillan luces en las ventanas de la fundición y bajo los conductos elevados ruedan vagonetas. Los mineros del primer turno emergen de la embocadura del montacargas que los transporta en grupos de seis, sacan las pitilleras del mono, encienden cerillas y se dispersan hacia la noche cual pequeños insectos recubiertos de sal, mientras las figuras más sombrías de los mineros del segundo turno dan pisotones en el suelo para espantar el frío, esperando delante de las jaulas su turno en el pozo.

En sueños ve ondulantes abanicos de mar, bancos de meros arremolinados y haces de luz bajo el agua. Ve a Ruby Hornaday abrir la puerta de su armario. Lleva una escafandra de cobre; se inclina sobre la cama y acerca la ventanilla de la escafandra a un par de centímetros de su rostro.

Se despierta con un sobresalto. Nota un calor cada vez más intenso en las ingles. Piensa: «Azul, azul, azul».

Un sábado de llovizna, suena el timbre. Cuando Tom abre la puerta, Ruby Hornaday está en el pórtico bajo la lluvia.

«Hola.» Tom parpadea una docena de veces. Las gotas de lluvia ocasionan en los charcos de la calle un millar de círculos que se intersectan. Ruby le

enseña un tarro: seis renacuajos negros se retuercen en un par de centímetros de agua.

«Me pareció que podían interesarte las criaturas de agua.»

Tom intenta responder, pero el cielo entero se precipita a través de la puerta abierta hacia su boca.

«No vas a desmayarte otra vez, ¿verdad?»

El señor Weems renquea hasta el vestíbulo. «Dios santo, chico, está empapada hasta los huesos, a una dama hay que invitarla a entrar.»

Ruby se queda de pie en las baldosas y gotea. El señor Weems sonrío de oreja a oreja. Tom masculla: «Mi corazón».

Ruby le tiende el tarro. Quédatelos si quieres. Dentro de poco serán ranas. Le brillan gotas en las pestañas. La lluvia le pega la blusa a las clavículas. Vaya, eso es estupendo, comenta el señor Weems. Le da un codazo a Tom en la espalda. ¿Verdad que sí, Tom?

Tom está abriendo la boca. Está diciendo: «Tal vez podría...», cuando Madre baja las escaleras con sus zapatos grandes, negros. «Cuidado», sisea el señor Weems.

Madre tira los renacuajos a una cuneta. Su semblante dice que está recuperando la compostura pero sus ojos dicen que va a poner fin a todo esto. El señor Weems se inclina sobre las fichas de dominó y susurra: «Tu madre es más dura que un adoquín, pero ya la agrietaremos, Tom, espera y verás».

Tom susurra, «Ruby Hornaday», hacia el espacio sobre su cama plegable. «Ruby Hornaday. Ruby Hornaday». Una alegría extraña e incontenible se le hincha peligrosamente en el pecho.

El señor Weems inicia largas conversaciones con Madre en la cocina. Tom

alcanza a oír retazos: «El chico tiene que mover las piernas. Tendría que darle un poco el aire al chico».

La voz de madre es un látigo. «Está enfermo.»

«¡Está vivo! ¿Para qué lo está reservando?»

Madre accede a dejar que Tom recoja carbón del depósito y conservas del economato. Los martes se le permite ir al carnicero de Dearborn. «Cuidado, gatito, no vayas muy deprisa.»

Tom se desplaza por la colonia ese primer martes con algo parecido al éxtasis en las venas. Enfila las largas callejuelas de grava, pasa por delante de las cabañas de la mina y las montañas de superficie de sal azul y blanca, los almacenes como catedrales oscuras, las máquinas de transporte como armazones demoníacos. A su alrededor la monumental industria de Detroit emite golpetazos y estrépitos metálicos. El chico se dice que es un buscador de tesoros, un héroe de una de las aventuras del señor Weems, un caballero con importantes cometidos, un espía tras las líneas enemigas. Lleva las manos en los bolsillos, la mirada baja, y mantiene el paso lento, pero su alma se lanza a la carga, ingrávida, jubilosa, reluciente a través de la penumbra.

En mayo de ese año, 1929, Tom, que ha cumplido los catorce, va caminando por la callejuela pensando que la primavera ocurre tanto si le prestas atención como si no; ocurre bajo la nieve, ocurre más allá de las paredes —la primavera ocurre en la oscuridad mientras sueñas—, cuando Ruby Hornaday sale de entre las malas hierbas. Lleva enrollada al hombro una manguera de goma arrugada, una máscara de buceo en una mano y una bomba para hinchar neumáticos en la otra. «Necesito tu ayuda.» A Tom se le acelera vertiginosamente el pulso.

«Tengo que ir a la carnicería.»

«Tú verás.» Ruby se da la vuelta para irse. Pero en realidad Tom no tiene opción.

Lo lleva hacia el oeste, en dirección opuesta a la mina, a través de montículos de maquinaria herrumbrosa. Saltan una valla, cruzan un campo echado a perder y caminan unos cuatrocientos metros a través de pinos broncos hasta unas marismas donde hay garcillas bueyeras posadas sobre eneas cual flores blancas.

«Entra por la boca —dice ella, y empieza a recoger piedras—. Sale por la nariz. Tú bombeas, Tom. ¿Lo entiendes?» En el agua verde, un par de palmos más abajo, Tom atina a distinguir las tenues siluetas de unos pocos peces que se deslizan por enclaves llenos de malas hierbas.

Ruby sumerge en el agua el extremo opuesto de la manguera. Con un cordón encerado, sujeta el otro extremo a la bomba de aire. Luego se llena los bolsillos de piedras. Se mete en el agua, vuelve la vista, dice: «Tú bombeas», y se mete la manguera en la boca. Se coloca la máscara de buceo sobre los ojos; mete la cara en el agua.

La marisma se cierra sobre la espalda de Ruby y la manguera se va alejando de la orilla. Tom empieza a bombear. El cielo pasa deslizándose por encima de su cabeza. Rizos de manguera de jardín flotan bajo la luz ahí fuera, moviéndose de vez en cuando. Esporádicamente suben burbujas, que se desplazan cada vez más lejos.

Un minuto, dos minutos. Tom bombea. El corazón hace su frágil trabajo. No debería estar aquí. No debería estar aquí mientras esa chica flaca y cautivadora se ahoga en la marisma. Si es eso lo que está haciendo. Le viene a la cabeza uno de los símiles del señor Weems: «Tiemblas como una aguja señalando el Polo Norte».

Después de cuatro o cinco minutos bajo el agua, Ruby sale a la superficie. Lleva pegada al pelo una suerte de esterilla de algas de color neón y sus pies descalzos son grandes botas de barro. Se abre paso entre las eneas. Le

cuelgan de la barbilla gruesos hilos de saliva. Tiene los labios azules. El cielo se torna líquido.

«Increíble —jadea Ruby—. Increíble que te cagas.» Se sujeta los pantalones mojados y llenos de piedras con las dos manos y mira a Tom a través de la lente ondulada de la máscara de buceo. A Tom le corre la sangre en tromba por los túneles sin luz.

Tiene que ir al trote para llegar a la carnicería a tiempo y volver a casa antes de mediodía. Hasta donde alcanza a recordar, es la primera vez que se permite correr, y nota las piernas como de cristal. Al final de la callejuela, a unos cien metros de su casa, se detiene y jadea con la cesta de carne en los brazos y escupe un poco de sangre entre los dientes de león. El sudor le empapa la camisa. Las libélulas se lanzan como dardos y planean. Las golondrinas inscriben letras en el cielo. La calle parece ondular y plegarse y volver a enderezarse.

Solo cien metros más. Obliga a su corazón a calmarse. «Todo —piensa Tom—, sigue un sendero hollado por los que han pasado antes: garcetas, nubes, renacuajos. Todo todo todo.»

El martes siguiente Ruby se reúne con él al final de la callejuela. Y el martes después de ese. Saltan la valla, cruzan el campo; ella lo lleva a sitios que no había soñado que existieran. Sitios donde las estructuras de las salinas se convierten en espejismos blancos sobre el horizonte, sitios donde la luz del sol se derrama sobre los arcedos y hace que la tierra tiemble por efecto de las sombras de las hojas. Se asoman a una fundición donde hombres descamisados con máscaras vierten hierro fundido de un recipiente a otro; suben a un montón de residuos sobre el que crece un solitario arbolillo como una mano alzada desde el infierno mismo. Tom sabe que lo está arriesgando

todo —la libertad, la confianza de Madre, incluso la vida— pero ¿cómo va a renunciar? ¿Cómo va a negarse? Decirle que no a Ruby Hornaday sería decirle que no al mundo.

Algunos martes Ruby lleva su libro rojo con las ilustraciones de corales, medusas y volcanes submarinos. Le cuenta que cuando sea mayor irá a fiestas donde los anfitriones llevan a los invitados costa afuera y todo el mundo se pone cascos especiales para pasear por el fondo del mar. Le cuenta que será una submarinista de las que se sumergen cientos de metros en el mar dentro de una bola de acero con una ventanilla. En el sótano del océano, le dice, encontrará un universo distinto, un lugar hecho de luces: bancos de relucientes peces verdes, galaxias vivas girando a través de la negrura.

«En el océano —dice Ruby—, la mitad de las piedras están vivas. La mitad de las plantas son animales.»

Se cogen de la mano; mascan goma de la India. Ella le llena la cabeza de bosques de algas, paisajes marítimos y delfines. «Cuando sea mayor —dice Ruby—. Cuando sea mayor...»

Cuatro veces más se pasea Ruby bajo la superficie de una marisma del río Rouge mientras Tom permanece en la orilla a cargo de la bomba. Cuatro veces más la ve él salir a la superficie como una fiebre al aflorar. «Anfibio. —Ella se ríe—. Significa dos vidas.»

Luego Tom va corriendo a la carnicería y vuelve corriendo a casa, y el corazón le palpita a toda velocidad y le aparecen motas cual manchas de tinta delante de los ojos. A veces, por la tarde, cuando está haciendo los quehaceres, la visión se le desdibuja en franjas violetas. Ve el blanco reluciente de los túneles de sal, el rojo del libro de Ruby, el naranja de su cabello: la imagina hecha una mujer, plantada en la proa de un barco, y nota un núcleo de luz amarillo limón que llamea cada vez más fuerte en su

interior. Brota de entre las lamas de sus costillas, de entre sus dientes, de las pupilas de los ojos. Piensa: «¡Cuánto hay! ¡Cuánto!».

«O sea que ahora tienes quince años. ¿Y el médico dice dieciséis?»

«Dieciocho, si tengo suerte.»

Ruby da vueltas al libro entre las manos. «¿Cómo es eso? ¿Saber que no vivirás todos los años que te corresponderían?»

«No me siento tan defraudado cuando estoy contigo», quiere decir, pero la voz se le quiebra en «siento», y la frase se fractura.

Se besan solo esa vez. Con torpeza. Él cierra los ojos y se inclina hacia delante, pero algo se mueve y Ruby no está donde él creía. Chocan sus dientes. Cuando Tom abre los ojos, ella mira hacia su izquierda, sonrío ligeramente, huele a barro, y el millar de minúsculos pelillos rubios de su labio superior captan la luz.

La penúltima vez que Tom y Ruby están juntos, el último martes de octubre de 1929, todo es raro. La manguera tiene una fuga, Ruby está molesta, de algún modo ha caído un telón entre ellos.

«Vete —le dice Ruby—. Probablemente ya es mediodía. Vas a llegar tarde.» Pero suena como si le estuviera hablando a través de un túnel. Le brotan pecas por toda la cara. La luz se ausenta de la marisma.

En el largo trayecto por entre los pinos bravíos empieza a llover. Tom va a la carnicería y vuelve a casa con la cesta y el picadillo de ternera, pero cuando abre la puerta del vestíbulo de Madre las cortinas aletean hacia dentro. Las sillas abandonan su sitio y se arrastran hacia él. La luz del sol se reduce a un par de haces, oscilando adelante y atrás, y el señor Weems pasa

por delante de sus ojos, pero Tom no oye pasos, ni voces: solo un fragor interno y el metrónomo húmedo de sus exhalaciones. De pronto es un submarinista que mira por una ventana gruesa y empañada un mundo en el que reina una presión inmensa. Camina por el fondo del mar. Los labios de Madre dicen: «¿No me he esforzado suficiente? Dios mío, ¿no lo he intentado?». Luego desaparece.

En algo más profundo que un sueño Tom anda por los caminos de sal cientos de metros por debajo de la casa. Al principio todo es oscuridad, pero transcurrido lo que podría ser un minuto o un día o un año, ve pequeños destellos de luz verde allá en galerías lejanas, a cientos de pasos. Cada destello provoca una reacción en cadena de destellos más allá, de modo que cuando se vuelve describiendo un lento círculo percibe un enorme flujo de señales de luz en todas direcciones, túneles de color verde que trazan arcos hacia la negrura: cada destello reluce solo un momento antes de desvanecerse, pero en ese instante repite todo lo que vino antes, todo lo que vendrá después.

Despierta en un mundo desalentado. Los periódicos van llenos de suicidios; el precio de la gasolina se ha triplicado. Los mineros susurran que las salinas corren peligro.

Las botellas de un litro de leche cuestan un dólar. No hay mantequilla, apenas carne. La fruta pasa a ser un recuerdo. La mayoría de las noches Madre solo sirve repollo y pan con levadura de bicarbonato. Y sal.

Se acaban los viajes a la carnicería; la carnicería cierra de todos modos. Para noviembre, los huéspedes de Madre empiezan a desvanecerse. El señor Beeson se va primero, luego el señor Fackler. Tom espera que Ruby venga a la puerta pero no se presenta. Le trepan imágenes suyas por el envés de los

párpados, y se frota los ojos para ahuyentarlas. Todas las mañanas sale del armario y acarrea su corazón traicionero hasta la cocina como si fuera un huevo.

«El mundo está engullendo a la gente como golosinas, chico —dice el señor Weems—. Nadie deja dirección de contacto.»

El señor Hanson es el siguiente que se va, luego el señor Heathcock. Para abril las salinas solo funcionan dos días a la semana, y el señor Weems, Madre y Tom están solos a la hora de cenar.

Dieciséis. Dieciocho si tiene suerte. Tom traslada sus pocas pertenencias a una de las habitaciones de huéspedes vacías de la primera planta, y Madre no dice ni palabra. Piensa en Ruby Hornaday: sus ojos azul pálido, las llamas sueltas de su pelo. «¿Está por ahí en la ciudad, en alguna parte, ahora mismo? ¿O está a cinco mil kilómetros de aquí?» Luego deja de lado las preguntas.

Madre contrae unas fiebres en 1932. La devoran desde dentro. Sigue poniéndose vestidos de talle alto, se ata el delantal. Sigue preparando todas las comidas y le plancha el traje al señor Weems un domingo tras otro. Pero en cuestión de un mes se ha transformado en otra persona, un demonio vacío con la ropa de Madre; perfectamente erguida a la mesa, los ojos ardiendo sin llama, el plato vacío.

Tiene una manera curiosa de ponerle la mano en la frente a Tom mientras él trabaja. Tom está llevando carbón, arreglando una tubería o barriendo el vestíbulo, el sol frío y blanco detrás de las cortinas, y Madre aparece salida de la nada y le pone la palma de la mano gélida sobre las cejas, y él cierra los ojos y nota que el corazón se le desgarran un poquito más.

«Anfibio. Significa dos vidas.»

Tienen que dejar que el señor Weems se vaya. Se pone el traje, recoge el dominó y deja una dirección en el centro.

«Yo pensaba que nadie dejaba dirección de contacto.»

«Eres firme como un mapa, Tom. Tan firme como el imán que atrae el hierro.» Y al viejo minero le brotan lágrimas de los ojos.

Una mañana azul no mucho después, por primera vez desde que Tom alcanza a recordar, Madre no está delante del fuego cuando entra en la cocina. La encuentra arriba sentada en la cama, vestida de los pies a la cabeza con el abrigo y los zapatos y con el rosario aferrado al pecho. La habitación está impoluta, la casa anegada en silencio.

«Los pagos se hacen el día quince. —Su voz es ceniza—. Hay que cambiar los tapajuntas del tejado. Hay noventa y un dólares en la cómoda.»

«Madre.»

«Chis, gatito —sisea—. Tranquilo.»

Tom se las apaña para efectuar dos pagos más. Luego el banco viene a por la casa. Camina aturdido a través del aguanieve que cae hasta el final de la calle, dobla a la derecha y se tambalea por entre malas hierbas resacas hasta que encuentra el viejo camino y continúa bajo el crujir de los pinos bravíos hasta la marisma de Ruby. El hielo se ha entreverado en los bajíos, pero el agua hacia el centro es oscura como peltre fundido.

Permanece allí largo rato. En la oscuridad en ciernes dice: «Sigo aquí, pero tú, ¿dónde estás?». La sangre le chapotea de aquí para allá, y se le acumula nieve en las pestañas, y tres patos brotan de la noche describiendo espirales y se posan en silencio en el agua.

La mañana siguiente pasa por delante de la verja cerrada con candado de

International Salt con catorce dólares en el bolsillo. Se monta en el trolebús al centro por cinco centavos y se apea en Washington Boulevard. Entre los edificios el sol sale de color acero, y Tom levanta la cara pero no siente la menor tibieza. Pasa por delante de borrachos catatónicos sentados en cajas vueltas del revés, inmóviles cual estatuas, y deja atrás un escaparate vacío tras otro. En una cafetería una camarera con bocio le trae una taza de café con circulitos brillantes de grasa flotando en la superficie.

Las calles están llenas de caras, apagadas y desvaídas, enjutas y hambrientas; ninguna es la de Ruby. Se toma otra taza de café y se come un plato de huevos con pan tostado. Una mujer sale de un portal y lanza el contenido de un barreño a la acera, y el agua relumbra bajo la luz un momento antes de caer. En una callejuela una mula yace de costado, dormida o muerta. Al final, la camarera dice: «¿Vas a quedarte a vivir aquí?», y Tom se marcha. Camina lentamente hacia la dirección que ha copiado y vuelto a copiar en una hoja del papel de escribir de Madre. Hay montones de nieve helada apilados contra los edificios, y las pequeñas ventanas doradas encima de estos parecen a kilómetros de distancia.

Es una pensión. El señor Weems está sentado a una mesa ladeada jugando al dominó consigo mismo. Levanta la vista, dice: «Coño, tan firme como la gravedad», y derrama el té.

Gracias a un milagro el señor Weems tiene una sobrina nieta que es enfermera jefe del turno de noche en el pabellón de maternidad del hospital City General. La maternidad está en la cuarta planta. En el ascensor Tom no sabe si está subiendo o bajando. La sobrina lo mira de arriba abajo, le examina los ojos y la lengua por si tiene fiebre y lo contrata en el acto. «El

mundo se va al infierno pero siguen naciendo niños», le dice, y le da un mono blanco.

Diez horas por noche, seis noches a la semana, Tom vaga por los pasillos con carros de ropa para lavar, lleva sábanas y pañales manchados al sótano y vuelve a subir con sábanas y pañales limpios. Sube comidas, baja bandejas. Las noches de lluvia son las más ajetreadas. Las de luna llena y los días festivos se disputan la segunda posición. Dios quiera que no toque un festivo lluvioso con luna llena.

Los médicos recorren las hileras de camas inyectando a las madres en ciernes morfina y una sustancia llamada escopolamina que las hace olvidar. A veces se oyen gritos. A veces a Tom le late el corazón sin que alcance a identificar motivo alguno. En los paritorios siempre hay sangre reciente sobre las baldosas para sustituir la sangre antigua que acaba de fregar Tom.

Los pasillos están iluminados a cualquier hora, pero por las ventanas la oscuridad parece muy oprimente, y en las horas más difíciles de esas noches Tom tiene la sensación como de que el hospital está bajo el agua, en las profundidades, el suelo se mece suavemente, las luces de los edificios vecinos parecen bancos de peces relucientes, la presión del mar todo alrededor.

Cumple dieciocho años. Después diecinueve. Todas las figuras lánguidas que ve —niños encorvados en torno a la entrada del hospital, con los ojos hueros de hambre; campesinos que llegan en tromba a los parques; familias que duermen al raso— son gente a la que nada sobre la faz de la tierra podría sorprender. Los hay en cantidades enormes, como si alguien allá en las grandes granjas del campo bombeara miles de hombres arruinados a cada

minuto, como si los que arrastran los pies por las aceras no fueran sino fracciones de las multitudes que les siguen.

Y aun así, ¿no hay también bondad? ¿Acaso no ayuda la gente al prójimo en estos lugares dejados de la mano de Dios? Tom comparte su sueldo con el señor Weems. Trae a casa periódicos desechados y se las arregla para leer las palabras de las tiras cómicas. Cumple los veinte años, y el señor Weems hornea un bizcocho amazotado lleno de cáscaras de huevo y le pone encima veinte cerillas, y Tom las apaga todas a soplos.

Se desmaya en el trabajo: una vez en el ascensor, dos en la enorme y palpitante lavandería del sótano. La mayoría de las veces puede disimularlo. Pero una noche se desmaya en el pasillo delante de la sala de espera. Una enfermera llamada Fran lo lleva hasta un lavadero. «Más vale que no te vean así», le advierte, y le enjuga la cara, y Tom se refresca y vuelve en sí.

El lavadero es algo más que un lavadero. El aire es cálido y está lleno de vapor; huele a jabón. En una pared hay un lavabo con dos pilas; hay calentadores fijados a la parte inferior de los armarios. En la pared contraria hay dos puertas pequeñas.

Tom vuelve a la misma silla en el rincón del cuarto de Fran cada vez que empieza a sentirse mareado. Tres, cuatro, a veces diez veces cada noche, ve a una enfermera llegar con una criatura recién nacida por la puertecita de la izquierda y dejarla en la encimera delante de Fran.

Ella retira gorritos de ganchillo y desenvuelve mantitas. Sus cuerpos son de color escarlata o púrpura imperial; tienen los dedos minúsculos, de color rojo intenso, carecen de cejas, y de rótulas, y no tienen otra expresión que una constante y perpleja mueca de dolor. La voz de la enfermera es un susurro: «Aquí está la niña, ahí va el niño, muy bien, pequeño, ahora te voy a levantar por aquí». Sus muñecas tienen la circunferencia del meñique de Tom.

Fran coge un paño limpio de un montoncito, lo moja en agua tibia y limpia

hasta el último centímetro de la criatura —las orejas, las axilas, los párpados—, retirando restos de placenta, sangre seca, todos los fluidos lechosos que lo han acompañado a este mundo. Mientras tanto, la criatura la mira fijamente con ojos inexpresivos y dispuestos a aprender, escudriñando la novedad de todo lo que la rodea. ¿Qué conoce? Solo luz y oscuridad, solo madre, solo fluido.

Fran seca al bebé y le extiende los dedos debajo de la cabeza, le pone pañales y vuelve a calarle el gorrito. Susurra «Eso es, qué niña tan buena eres, ahora, abajo», y con una mano libre tiende dos nuevas sábanas almidonadas, abriga a la criatura —vuelta, vuelta, giro— y la deja en una cunita con ruedas para que Tom la lleve a la sala de recién nacidos, donde aguardará junto con los demás bajo las luces cual hogazas de pan.

Tom encuentra en una revista una fotografía en color de un esqueleto de trescientos años de antigüedad de una ballena boreal, varada en una llanura litoral en un lugar llamado Finlandia. Arranca la página, la estudia a la luz de la lámpara. «¿Ve cómo las flores más cercanas a ella son las más brillantes? —le murmura al señor Weems—. ¿Ve cómo las hojas más cercanas son las de color verde más oscuro?»

Tom tiene veintiún años y se desmaya unas tres veces a la semana cuando, un miércoles de enero, ve, entre las madres medicadas, aturdidas, en sus hileras de camas, el rostro inconfundible de Ruby Hornaday. El cabello naranja llameante, las pecas dispersas por las mejillas como una rociada, las manos entrelazadas sobre el regazo y un anillo de boda dorado en el dedo. El material del pabellón se ondula. Tom tiene que apoyarse en el asidero del carrito para no caerse.

«Azul —susurra—. Azul, azul, azul.»

Se retira a su silla en el rincón del cuarto de aseo de Fran y procura mitigar su corazón. «En cualquier momento entrará su bebé por la puerta», piensa.

Dos horas después, empuja el carrito hasta la sala de posparto, y Ruby ya no está. El turno de Tom termina; baja en el ascensor. Afuera, la lluvia se posa suavemente sobre la ciudad. Las farolas relucen amarillas. Las avenidas a primera hora de la mañana están vacías salvo por algún que otro automóvil que pasa con un suspiro húmedo. Tom se apoya con una mano en los ladrillos y cierra los ojos.

Un agente de policía le ayuda a llegar a casa. Durante todo ese día Tom permanece tumbado boca abajo en la cama de la pensión y vuelve a copiar la carta hasta que le estallan solecitos detrás de los ojos. «Querida Ruby, te vi en el hospital y vi también a tu bebé. Tenía los ojos muy vonitos. Fran dice que mas adelante probablente serán azules. Madre murió y estoy mas solo que el mar artico.»

Esa noche en el hospital Fran busca la dirección. Tom adjunta la foto del esqueleto de ballena de la revista y pone un sello de más por si trae suerte. Piensa: «Fíjate cómo las flores que están más cerca son las más brillantes. Fíjate cómo las hojas que están más cerca son las de color verde más oscuro.»

Duerme, paga el alquiler, camina las treinta y una manzanas hasta el trabajo. Mira el buzón todos los días. Y el invierno palidece y la primavera cobra fuerza y Tom pierde un poco la esperanza.

Una mañana durante el desayuno el señor Weems le mira y dice: «Ni siquiera estás aquí, Tom. Tienes un pie al otro lado del río. Tienes que volver a nuestra orilla».

Pero ese mismo día, llega. «Querido Tom, me alegró saber de ti. No hace

ni diez años pero parecen mil. Estoy casada, probablemente ya lo supusiste. El bebé es Arthur. Quizá se le pongan los ojos azules. Es posible que sí.»

Hay un presidente calvo en el sello. El papel huele a papel, nada más. Tom pasa un dedo por debajo de todas y cada una de las palabras, sopesándolas. Asegurándose de no haber pasado nada por alto.

«Se que te casaste y no te deseo nada mas que felicidad pero ¿igual puedo verte una vez? Podemos quedar en el acuario. Si no me escribes no pasa nada y no tienes que dar explicaciones.»

Dos semanas más. «Querido Tom, yo tampoco te deseo nada más que felicidad. ¿Qué tal el martes que viene? Llevaré al bebé, ¿vale?»

El martes siguiente, el primero de mayo, Tom sale del hospital después de su turno. Nota los márgenes de la visión borrosos y oye la voz de Madre: «Ten cuidado, gatito. No merece la pena correr riesgos». Camina lentamente hasta el final de la manzana y coge el primer trolebús a Belle Isle, donde baja al encuentro de un amanecer dorado.

Hay pocos coches, todos aparcados, uno es un Ford con un regalo enorme envuelto en un lazo amarillo en el asiento trasero. Un anciano con el rostro arrugado rastrilla los senderos de grava. La luz del sol alcanza el rocío y hace que los jardines estallen en llamas.

La fachada del acuario es gótica y está cubierta de enredaderas. Tom busca un banco a la entrada y espera a que se le apacigüe el pulso. Los tejados de vidrio reticulados del invernadero de las flores reflejan una nube que pasa. Al final un hombre vestido con mono abre la verja, y Tom compra dos entradas,

luego se acuerda del bebé y compra otra. Vuelve al banco con las tres entradas entre los dedos trémulos.

Para las once el cielo está cubierto de una bruma de color platino y hay ajeteo en la isla. Pasan hombres en bicicleta haciendo crujir los senderos. Una niña vuela una cometa amarilla.

«¿Tom?»

Ruby Hornaday aparece ante él: los hombros erguidos, el pelo recién cortado, lleva un cochecito de bebé de cromo y lona. Tom se levanta rápido, y el parque se desangra hacia lo lejos y luego regresa.

«Siento llegar tarde», dice ella.

Tiene un aspecto digno, esbelto. Dos trazos rápidos por cejas, la misma nariz estrecha. No va maquillada. No lleva joyas. Esos ojos azul pálido y ese cabello.

Ladea la cabeza un poco. «Fíjate. Un hombre hecho y derecho.»

«He comprado entradas» dice Tom.

«¿Cómo está el señor Weems?»

«Ah, está hecho de pura sal, vivirá eternamente.»

Enfilan el sendero entre las hileras de bancos y los árboles relucientes. De vez en cuando ella le agarra del brazo para que no se desequilibre, pero su tacto no hace sino desorientarlo más.

«Pensaba que igual te habías ido lejos de aquí —dice él—. Pensaba que igual te habías hecho a la mar.»

Ruby aparca el cochecito y se lleva el bebé al pecho —va envuelto en una mantita azul de ganchillo— y luego cruzan los tres el torniquete.

El acuario es oscuro y húmedo y está flanqueado por depósitos de agua con pantalla de vidrio. Cuelgan helechos del techo y los niños pequeños se asoman por las barandillas de latón y pegan la nariz al cristal. «Creo que le gusta —comenta Ruby—. ¿Verdad que sí, pequeñín?» El niño tiene los ojos

abiertos de par en par. Detrás del vidrio los peces nadan describiendo lentas elipsis.

Ven calamares translúcidos con las colas como sacacorchos, centelleantes pulpos rosas cual faroles flotantes, vaquitas marinas azules, violetas y doradas. Las baldosas verdes iridiscentes del techo rielan y proyectan dibujos oscilantes de luz sobre el suelo.

En un estanque circular en el centro mismo del edificio, siluetas oscuras se precipitan de aquí para allá coordinadas. «Lucios —murmura Ruby—. ¿Verdad?»

Tom parpadea.

«Estás pálido», dice ella.

Tom niega con la cabeza.

Ruby le ayuda a salir de nuevo a la luz del día, bajo el cielo y los árboles. El bebé está en el cochecito, chupándose el puño y examinando las nubes con enorme intensidad, y Ruby lleva a Tom hasta un banco.

Por el puente blanco, muy alto sobre el río, pasan lentamente coches y furgonetas y una limusina blanca. La ciudad reluce a lo lejos.

«Gracias», dice Tom.

«¿Por qué?»

«Por esto.»

«¿Qué edad tienes ahora, Tom?»

«Veintiún años. Igual que tú.» Una brisa agita los árboles y las hojas vibran con la luz. Todo está radiante.

«El mundo se va al infierno pero siguen naciendo criaturas», susurra Tom.

Ruby mira dentro del cochecito y arregla algo, y por un instante le asoma la nuca entre el pelo y el cuello del vestido. La visión de esas dos protuberancias de vértebras, cubiertas por su piel pálida, colma a Tom de una añoranza que agrieta los jardines. Por un instante le parece que Ruby está

alejándose, lentamente arrastrada, como si él fuera un nadador atrapado por la resaca, y a cada brazada su nuca quedase un poco más lejos. Entonces se apoya en el respaldo, y el parque se asienta, y nota el banco sólido de nuevo bajo su cuerpo.

«Antes pensaba —dice Tom—, que debía tener cuidado de cuánto vivía. Como si la vida fuera un bolsillo lleno de monedas. Solo tenías las que tenías y más valía no gastártelas todas de una vez.»

Ruby le mira. Sus párpados se mueven fugaces arriba y abajo.

«Pero ahora sé que la vida es lo único en este mundo que no se agota. Se me podría acabar la mía, o se te podría acabar la tuya, pero el mundo nunca se quedará sin vida. Y tenemos todos mucha suerte de formar parte de algo así.»

Ruby le sostiene la mirada. «Hay quien merece más suerte de la que le ha tocado.»

Tom niega con la cabeza. Cierra los ojos. «Yo también he tenido suerte. He tenido una suerte increíble.»

El bebé empieza a alborotar, emite un gemido que va convirtiéndose en lloro. Ruby dice: «Tiene hambre».

Se abre una trampilla en la grava entre los pies de Tom, negra como un ojo de cerradura, y mira hacia abajo.

«¿Te irá bien?»

«Me irá bien.»

«Adiós, Tom.» Le toca el antebrazo una vez, y luego se va, empujando el cochecito por entre las multitudes. La ve desaparecer por partes: primero las piernas, luego las caderas, luego los hombros y al final la parte de atrás de su luminosa cabeza.

Y entonces Tom se sienta, con las manos en el regazo, vivo un día más.

Agradecimientos

Gracias a la American Academy de Roma y la Idaho Commission on the Arts por su ayuda económica mientras trabajaba en este libro. También estoy en deuda con Wendy Weil, Nan Graham y Susan Moldow por su constante confianza en mi trabajo. Mucha gente me ayudó en relatos concretos, en especial Rachel Sussman, Rob Spillman, Ben George y Laura Furman en «El pueblo 113»; Cheston Knapp en «El río Niemen»; Matt Weiland y Helen Gordon en «Procrear, generar»; y Jordan Bass en «El más allá» y «El muro de la memoria». Mi madre, Marilyn Doerr, aportó información útil para los seis relatos; verla cuidar a su madre fue toda una lección sobre la paciencia, el amor y la fragilidad de la memoria.

Este libro es para Shauna: mujer, editora, consejera, amiga íntima.

***El muro de la memoria* reúne cuatro historias inéditas del autor de *La luz que no puedes ver*, que nos hablan de la conmovedora fortuna de vivir en este mundo.**

Cada hora, aquí y allá, un sinfín de recuerdos desaparecen para siempre. Y, al mismo tiempo, los niños, explorando lo que les es desconocido, rehacen el mundo de nuevo con la memoria, la fuente de sentido en nuestras vidas, el frágil hilo que nos conecta con nosotros y con los demás.

En «El muro de la memoria», un joven sudafricano halla en un secreto del pasado el poder de redimir una vida. En «Río Niemen», un adolescente huérfano se muda a Lituania para vivir con su abuelo y descubre un mundo en el que el mito se hace realidad. «El pueblo 113» nos lleva hasta la presa de las Tres Gargantas, en China, y el pueblo en ciernes del hundimiento. Finalmente, «El más allá» presenta a una mujer atormentada por el Holocausto del que escapó, y que solo encontrará consuelo en el afecto de su nieto.

“

«Una extraordinariamente rica y matizada reflexión sobre la memoria, el tiempo y la pérdida. Doerr es un estilista exquisito.»

The Guardian

«Extraño y hermoso. Doerr escribe sobre grandes cuestiones, los

imponderables, los mayores temores existenciales, y lo hace sin miedo.»

The New York Times

«Asombrosamente bueno.»

The Oregonian

«Un pequeño clásico de la literatura contemporánea.»

The National Post

«La voz de Doerr no tiene límites.»

The Millions

Anthony Doerr (1973) es autor de los libros de relatos *El rastreador de conchas* y *El muro de la memoria*, el libro de memorias *Un año en Roma* y la novela *Sobre Grace* y *La luz que no puedes ver*. Esta última se ha convertido en un best seller en todo el mundo entre extraordinarias críticas y ha sido también finalista del National Book Award y ganadora del Premio Pulitzer de Ficción 2015, así como de la Andrew Carnegie Medal concedida por la Asociación de Bibliotecas de Estados Unidos. Anthony Doerr ha logrado numerosos premios más, entre ellos cuatro O. Henry Prizes, el Barnes & Noble Discover Prize, el Premio Roma, el New York Public Library's Young Lions Award, el National Magazine Award for Fiction, cuatro Pushcart Prizes, dos Pacific Northwest Book Awards, cuatro Ohioana Book Awards, el 2010 Story Prize, considerado el más prestigioso premio de Estados Unidos para un libro de relatos, y el Sunday Times EFG Short Story Award, el mayor premio del mundo concedido a un único relato. Doerr vive en Boise, Idaho, con su mujer y sus dos hijos.

Título original: *Memory Wall*

Edición en formato digital: febrero de 2017

© 2010, 2011, Anthony Doerr

© 2017, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2017, Eduardo Iriarte, por la traducción

Diseño de la portada: Sophie Guët basado en el diseño original de Tal Goretsky

Fotografía de portada: © Friedrichsmeier / Alamy Stock Photo

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-663-3987-2

Composición digital: La Nueva Edimac, S. L.

www.megustaleer.com

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

Índice

El muro de la memoria

El muro de la memoria. Hombre alto en el jardín

Procrear, generar

La zona desmilitarizada

El pueblo 113

El río Niemen

El más allá

Las profundidades

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Anthony Doerr

Créditos